ALAS NEGRAS

EN EL CAMINO DE VUELTA



AMAYA ALVAREZ

EN EL CAMINO DE VUELTA

AMAYA ALVAREZ

Copyright © 2023 Amaya Alvarez Orozco
Todos los derechos reservados.
Imagen y diseño de portada Amaya Alvarez Orozco
ISBN: 978-84-09-54103-4

Para Haizene, Carlos y Xabier.

Siempre para vosotros.

1 UNA SEMANA DE CLASE

Levantó los ojos del suelo y los guió hasta un cielo gris, cargado de lluvia.

—Pues, no parece que haya sido un gran cambio… —susurró devolviendo la mirada a las baldosas de la calle.

No se quejaba. Tampoco se quejó cuando su madre le preguntó qué le parecía la idea de mudarse. Dijo que «bueno». Podría haberse lamentado, dramatizarlo todo un poco. Al fin y al cabo, sería fácil suponer que tenía motivos más que suficientes para ello. De hecho, estaba bastante segura de que su madre se habría preparado para cuando el momento llegase. Pero no llegó, porque Alicia no se quejó. Estaba claro que cambiar de instituto a mitad de curso le inquietaba, aunque no mucho. Si era sincera consigo misma, no dejaba nada importante allí. Para empezar, su vida social no se resentiría demasiado. Conocía gente y tenía amigos, aunque apenas mantenía relación con nadie fuera del instituto. Solo con él. Pero como intentaba olvidarle y alejarse, saber que la opción de verle ya no existiría, convertía lo que debería haber sido un impedimento en algo bueno.

Tal vez su madre tenía razón cuando insistía en que visitase a un psicólogo. Nunca se lo había dicho y estaba bastante segura de que nunca se lo diría, pero Alicia sospechaba que algo andaba mal dentro de su cabeza. La facilidad con la que había abandonado su vida anterior, incluyendo a su padre en la categoría de «gente que conocía», por fuerza tenía que ser prueba de ello.

2 LA MUJER Y LA NIÑA DEL CARRO Y ÉL

Miró a la mujer y a la niña que esperaban a su lado en el semáforo. Se habían convertido en parte de su rutina diaria. Hasta el punto de que si no se encontraba con ellas, miraba el reloj para comprobar que no hubiese salido de casa demasiado pronto.

Supuso que serían madre e hija, pero desde hacía algún tiempo había dejado de dar por sentado muchas cosas. Por ejemplo; que una mujer con una niña eran madre e hija, que la amistad entre chica y chico era casi imposible o, que los padres de una no se divorcian.

Los niños no solían llamar su atención, ni siquiera los bebés. Conocía a chicas de su edad, también algún chico, aunque en menor medida, que sonreían cada vez que veían un niño pequeño. Les saludaban, hacían gestos e incluso les hablaban con voces agudas y chillonas. Ella no. Pero esa niña era diferente. A veces iba sentada en su carro con algún muñeco, mirando hacia delante. Otras, comía pan o algo parecido a cereales que sacaba de un pequeño túper que llevaba sobre las rodillas. Otras, iba en brazos de su madre (no, de la mujer) que pasaba a disponer de una sola mano para guiar el carro vacío. Aquella mañana, como casi siempre, la mujer iba cantando y la niña haciendo gestos con las manos. Alicia se fijó en que el túper había quedado abandonado sobre sus piernas, ladeado y medio vacío, pero eso no parecía importar a ninguna de las dos, que iban absolutamente entregadas a una canción sobre animales que subían a un barco. Tampoco prestaban atención a las pocas personas que las miraban con curiosidad. Ni siquiera a ella.

—¿Qué miras? ¿Quieres empujarla? ¿Eres una de esas psicópatas a las que le gusta tirar niñas pequeñas a la carretera?

Alicia alternó la mirada, con los ojos abiertos como platos y la boca desencajada, entre la mujer, que afortunadamente había comenzado a cruzar en cuanto el muñeco del semáforo cambió a verde, y el chico que tenía al lado. Su cara, redonda y de tez morena, le resultaba vagamente familiar, aunque no lo suficiente como para reconocerlo. La sonrisa irreverente que mostraba en ese momento la ayudó a reaccionar.

—Pero ¡qué …!

—Era broma. Venga, va —dijo con tranquilidad—. Vamos, que se va a poner en rojo otra vez.

Se adelantó un par de pasos a Alicia, que continuaba quieta en el mismo lugar mientras miraba incrédula cómo la figura de la mujer empujando el carro se perdía entre las calles, sin que al parecer ella misma tuviese la intención de empezar a andar. Retrocedió con paciencia hasta casi ponerse a su altura y le agarró de la manga de la chaqueta dándole un tirón, lo justo para que se pusiese en marcha.

—¡Vamos!

Alicia apartó el brazo y comenzó a andar. Los últimos pasos antes de llegar a la acera contraria, los dieron con el muñeco en un rojo inmóvil.

—Ya te ha costado —dijo el desconocido subiendo las cejas—. ¿Vamos? O te vas a quedar ahí plantada sin moverte otra vez.

—¿Tú eres imbécil o qué? —preguntó irritada.

—¡Hala! Venga ya, tía, tampoco ha sido para tanto.

—Ya está —dijo Alicia adelantándole—. Eres imbécil.

—Vale. Igual me he pasado —reconoció dando un pequeño salto y poniéndose a su altura —. Pero, ¿qué quieres? Me lo has puesto a huevo.

Alicia le miró de lado, sin parar de caminar y decidida a no regalarle ni tan siquiera una mirada de asco.

—¡¿Qué?! ¡Dirás que no! —Seguía caminando resuelto a su izquierda—. Ahí parada, mirando fijamente a la niña, con cara de loca.

—No tengo cara de loca. —Alicia se detuvo de golpe y se giró hacía él—. Tú sí que estás loco. ¿Qué habrá pensado la mujer?

—Quién, ¿esa?

—Sí, «esa».

—Pues nada, porque ni siquiera se habrá dado cuenta y, si lo ha hecho, le habrá hecho gracia. Siempre va a lo suyo con su hija, el resto del mundo se la pelamos, como debe ser.

—Sí que van a lo suyo, la verdad —reconoció Alicia mientras daba un nuevo paso pensativa—. Pero no sé si tanto…

—Sí, hazme caso. Viven en mi portal, pasan bastante de todo.

—¿Las conoces? —preguntó Alicia más relajada, dejándose llevar por la curiosidad.

—Bueno, de vista. De hola y adiós y esas cosas.

—Y ¿cómo son? —Sintió un interés repentino por saber más acerca de la mujer (no, al parecer la madre) y su hija.

—No sé, les veo alguna vez jugando en el patio. Son un montón de gente en casa.

—¿Un montón? —preguntó mientras intentaba adelantar a una mujer que caminaba erráticamente delante de ellos.

—Pues ella, un chico, la niña y otros dos más mayores —respondió agarrándola de nuevo de la manga para arrastrarla junto a él, mientras intentaba no chocar contra la mujer errante ni el resto de los transeúntes.

—Pues sí que son muchos.

—Y dos perros.

—Vaya. —Comparándolo con el número de habitantes de su casa, sí que eran un montón.

—Y gatos —añadió mirándola de reojo como si tal cosa—. No estoy muy seguro de si dos o tres.

—¿Tres gatos? —preguntó Alicia sin ocultar su sorpresa.

—No. Eso es mentira —dijo riéndose—. Espera. ¿Eso ha sido una sonrisa?

Alicia bajó la mirada y apretó el paso.

—Así que Alicia, la misteriosa y solitaria chica nueva, sabe sonreír.

—Pero, ¿se puede saber quién eres? —preguntó por fin Alicia sin dejar de andar.

—Leo —respondió el chico con una sonrisa —. Y no sé si sentirme ofendido. Ahora mismo, lo valoro seriamente.

—Vale, Leo. Imagino que vas al mismo instituto que yo —dijo Alicia dándose cuenta de que esa debía de ser la razón por la que le sonaba su cara.

—¿Cómo lo has adivinado? —repuso sin perder la sonrisa—. Eres brillante.

—No te creas. El hecho de que supieses mi nombre me ha dado la primera pista. Que no te me despegues me dice que vas en la misma dirección que yo y yo voy al instituto. Y —continuó Alicia—, sobre todo, me baso en mi deseo de que no seas un acosador.

—Vale. No soy un acosador —respondió Leo poniéndose serio y abandonando el tono jocoso de su voz—. ¿Te parezco un acosador?

—No lo sé. No te conozco.

—Sí que me conoces.

—No. Ya te digo yo que no —respondió acelerando el paso de nuevo para intentar dejarle atrás.

—Pero si vamos juntos a clase de latín.

—Eso lo has sacado de una peli, ¿verdad? —replicó Alicia poniendo los ojos en blanco—. Una americana, de los años noventa.

—Ja, ja, ja —rió con ganas—. Así que graciosa además de misteriosa.

Alicia no respondió, continuó andando a paso rápido. El incidente del semáforo había hecho que se retrasase. Llegaría a clase a tiempo, pero muy justa. Miró con disimulo a Leo, que parecía tener una sonrisa imperturbable.

—¿Cómo sabes mi nombre? —. Se sintió obligada a hablar después de que su acompañante descubriese su mirada furtiva.

—Ya te lo he dicho. Voy contigo a latín.

—¿Es en serio?

—Sí.

—Pues no te había visto antes —dijo Alicia bajando la voz, más para ella misma que para él.

—Bueno. Aunque no te lo creas, no me sorprende. —Alicia le miró con curiosidad—. Juraría que hay días en los que no levantas la cabeza del libro. No me extrañaría que ni siquiera supieses quién es el profe.

Abrió la boca para contestar, pero Leo tenía razón. Sí sabía quién era el profesor de latín, pero tenía serias dudas sobre si podría reconocer al resto de sus compañeros, a excepción de Leo, claro. Y tenía la impresión de que ya no le sería fácil olvidarse de él.

—Bueno, chica seria, ¡que vaya muy bien el día! —dijo Leo a modo de despedida antes de recorrer, trotando, los escasos 20 metros que les separaban de las escaleras de acceso al instituto, para encontrarse con un grupo de chicos al que Alicia tampoco conocía.

No se despidió, dudaba de que le hubiese escuchado. Aceleró el paso sin llegar a correr. Con suerte se sentaría en su sitio, junto a la ventana, un minuto antes de que sonase el timbre.

3 DE VUELTA A CASA, SOLA

Bajó las escaleras intentando esquivar a la multitud de chicas y chicos que se agrupaban en la puerta y en los diversos escalones, junto a la barandilla. A pesar de que llevaba casi dos meses en el nuevo instituto, no dejaba de sorprenderse de la cantidad de alumnos que había. Eso sí que era diferente al de su antiguo pueblo, mucho más pequeño. Un edificio enano si lo comparaba con los dos grandes bloques, de tres plantas cada uno, que unidos por un patio con una parte central descubierta, formaban su nuevo instituto.

Cuando pudo alejarse del bullicio de la salida se recolocó la mochila y se subió la cremallera de la chaqueta. A pesar de que el cielo estaba despejado, no llegaban a los diez grados. Siempre había sido friolera. El frío la paralizaba y ponía de mal humor, algo que para alguien que había pasado toda su vida en el norte, no era fácil de llevar.

En la acera contraria vio a Leo. Estaba con el mismo grupo de chicos que le habían estado esperando a la mañana, o eso supuso, porque seguía sin reconocer ninguna de sus caras. Hablaban tranquilamente. En total eran cuatro y ocupaban todo el ancho de la acera. Alicia apartó la vista con rapidez al darse cuenta de que se exponía a que en cualquier momento Leo la viese y entonces… Entonces, ¿qué? ¿La saludaría? ¿Tendría que saludarle ella primero? Negó con la cabeza y sonrió para sí misma al darse cuenta de que algo tan absurdo como un simple saludo pudiese ponerla nerviosa.

Continuó andando con paso tranquilo, alejándose de Leo y su grupo de amigos. Había sido un día intenso y, a excepción de algún momento puntual a primera hora y en el recreo, en el que no pudo evitar buscarle con disimulo entre los grupos de chicos que ocupaban el patio, no había pensado en su encuentro de la mañana.

El martes era el único día que no tenía latín, lo que significaba que, si le había dicho la verdad, aunque no se encontrasen de nuevo por la mañana, se verían casi todos los días. Ese pensamiento le hizo fruncir el ceño. Levantó la vista hacia el cielo y disfrutó del breve placer del sol en la cara hasta que un alto bloque de pisos lo oculto de nuevo. Un súbito retortijón de estómago le hizo apretar el paso, tenía hambre. Debía acordarse de hacerse un bocadillo o coger alguna pieza de fruta para el momento del recreo. Aunque solía desayunar bien, pasaba sin comer unas ocho horas, cuando llegaba a casa, el estómago le rugía a un volumen imposible de disimular.

—¡Hasta mañana, chica seria!

Leo salió de una calle unos metros por delante de ella, sonrió y la saludó con la mano, luego, continuó andando a paso rápido. Alicia le observó sorprendida. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que, si él no le hubiese dicho nada, no le habría visto. Se descubrió observándole con atención. Parecía tan alto como ella, tal vez algo menos, o igual algo más. Era fuerte, ancho, musculoso, era difícil de saber con la chaqueta y la mochila, pero desde luego tenía una espalda ancha y las piernas parecían fuertes dentro de unos vaqueros azules. Supuso que iría a algún gimnasio. Tenía el pelo corto y oscuro. A la mañana le había parecido rizado, pero no había querido fijarse demasiado. Cuando llegó a su calle vio cómo continuaba andando. Giró hacia su portal después de permitirse una última mirada fugaz. Le dio la sensación de que aún a esa distancia y de espaldas, podría estar sonriendo.

Se dio cuenta de que, si no hubiese abandonado las redes sociales, en ese mismo instante estaría buscando entre los pocos contactos que tenía de los compañeros del instituto hasta encontrarle. Pero, llevaba el tiempo que había transcurrido desde que vivía en Gijón sin entrar en ninguna de sus cuentas, y aspiraba a continuar así mucho tiempo. Aunque tenía que reconocer que ese loco le intrigaba lo suficiente como para pensar en caer en la tentación.

4 LA MAÑANA SIGUIENTE

Y allí estaban las dos, acababan de cruzar la calle. La madre empujaba el carro con prisa, avanzaban a paso rápido por la recta junto a las vías del tren. Las vio alejarse con la mente perdida en cien mil cosas y ninguna a la vez. La súbita presencia de una figura a su lado la sobresaltó. Se giró, incómoda por la cercanía, y se encontró con un hombre alto, vestido con ropa deportiva. En cuanto el semáforo cambió a verde cruzó trotando la carretera y una vez que estuvo en el otro lado, comenzó a correr.

Alicia miró alrededor antes de cruzar, no se había dado cuenta hasta ese momento de lo tensa que estaba a la espera de encontrarse de nuevo con Leo. Pero, no fue así, recorrió el camino al instituto en su acostumbrada soledad. Con las manos en los bolsillos y el gorro de la chaqueta puesto para protegerse del frío.

5 LATÍN

Caminó a paso rápido por el pasillo. Otra de las cosas a las que le estaba costando acostumbrarse era a esos acelerados cambios de clase. En su antiguo instituto solo tenía que cambiar una vez de aula y, aunque disponía de los mismos cinco minutos para hacerlo, en el nuevo instituto, al estar las clases mucho más lejos unas de otras y tener que esquivar a otros chicos, que al igual que ella se dirigían a sus respectivas aulas siempre llegaba con el tiempo justo.

Se sentó en su sitio, junto a la ventana, igual que en el resto de las clases. Había días en los que podía llegar a estar en cuatro diferentes, y en todas ellas su sitio era prácticamente el mismo, en las últimas filas al lado de la ventana. Dejó el cuaderno y el libro sobre la mesa, colgó la mochila en el respaldo de la silla y ocultó un bostezo mientras se sentaba. Le gustaba filosofía, pero los miércoles a primera hora de la mañana, le costaba mantenerse atenta. La clase de ese día, sobre la influencia de Darwin en el feminismo de la época mediante su tratado de la evolución, a pesar de que le parecía muy interesante, se le había hecho eterna y pesada. Tendría serias dificultades para terminar el trabajo que les habían puesto para la próxima semana.

—Hola, chica seria. —La voz de Leo, que se acercaba a ella cargado con su mochila y una chaqueta en el brazo, destacó sobre el murmullo de la clase.

—Hola —respondió Alicia con una sonrisa involuntaria.

—¡Muy buenos días, señoras y señores! —saludó el profesor de latín entrando en el aula.

Todos devolvieron el saludo con diferentes grados de entusiasmo mientras ocupaban sus sitios. En general, Juan José, o J. J., que era como le gustaba que le llamasen sus alumnos, caía bien a todos. Era alegre, moderadamente permisivo y casi siempre comprensivo. Lo que no significaba que dejase de exigir dedicación e interés en sus clases. Era uno de los profesores favoritos de Alicia.

—Percibo, por vuestro entusiasmo, que estáis ansiosos por sumergiros en el apasionante mundo de la traducción. —La respuesta, conformada por palabras apenas entendibles y con diferentes entonaciones, hizo sonreír a J. J. que dejó unos folios en una de las mesas de la primera fila para que los fuesen repartiendo de uno a otro—. Entusiasmo en estado puro. No me equivocaba —repitió satisfecho.

Cuando Alicia se giró para coger la hoja, que la chica de la mesa de al lado sujetaba pacientemente en su dirección, se encontró con la mirada de Leo, que puso los ojos en blanco ante las palabras del profesor. Alicia cogió la hoja con rapidez y simuló centrar su atención en ella.

No se explicaba cómo no le había visto antes. El aula de latín era diferente al resto de clases, bastante más pequeña y distribuida en tan solo dos filas con siete mesas cada una. Leo se sentaba en la primera, en la tercera mesa, dos más a la derecha de Alicia. Miró con disimulo hacia su sitio. Le parecía imposible no haberse fijado en él antes, con su pelo oscuro destacando entre el resto. Pudo confirmar lo que sospechó el día anterior, los anchos músculos de los brazos se marcaban sutilmente bajo una camiseta gris de manga larga. Alicia se obligó a apartar la mirada de él y centrarse en los ejercicios de traducción que tenía en la mesa. Más le valía, al menos, empezarlos o se pasaría la tarde enfrascada en ellos. Miró en la mesa esperando ver su

estuche, pero no había nada a excepción del libro y el cuaderno con la hoja encima. Se volvió para buscar en la mochila.

—Qué raro… —susurró.

—Alicia, ¿todo bien? —preguntó J. J. levantando la mirada de lo que parecía un taco de exámenes por corregir.

—Sí, es que no encuentro el estuche. No tengo boli —respondió algo avergonzada al convertirse en el centro de atención.

—Toma. Pásaselo, Patri. —La voz de un chico a su derecha llamó su atención.

—Toma. —Alicia se volvió y cogió el bolígrafo que le ofrecía la chica del asiento contiguo.

—Gracias —dijo cogiéndolo y mirando con curiosidad a Dani, el propietario de la voz y del bolígrafo. Se sentaba dos sitios hacia su derecha, detrás de Leo, y le había hecho llegar el bolígrafo a través de Patricia, que se sentaba entre ellos.

—De nada —respondió Dani. Alicia estaba segura de que, a pesar de que iba a todas sus clases, no había hablado antes con él. Le resultó imposible no ver la sonrisa burlona de Leo.

La clase de latín siguió su curso sin mayores interrupciones. J. J. explicó algunos conceptos con los que la mayoría tenía problemas, y les sorprendió gratamente al comunicarles que el día siguiente continuarían con las traducciones para hacer después una corrección en grupo. Un par de minutos antes del final de la clase, de nuevo con la chaqueta colgada del brazo y la mochila en la espalda, Leo se acercó a su mesa.

—Odio latín —dijo observando cómo Alicia recogía sus cosas—. Tú ¿no?

—No —respondió Alicia poniéndose la chaqueta.

—Por Dios, si es la clase más absurda e innecesaria del mundo.

Alicia le miró sin saber qué responder, latín le gustaba. En realidad, le gustaban casi todas las asignaturas, incluso educación física era pasable.

—Bueno, me marcho o no llego —dijo Leo dirigiéndose entre las dos filas de mesas hacia la puerta—. Luego nos vemos.

—Hasta luego —respondió Alicia recogiendo sus cosas. O se daba prisa o ella tampoco llegaría a su clase, y la profesora de Historia contemporánea no solía ser tan comprensiva como J. J.

6 DE CAMINO AL INSTITUTO

—¡Chica seria, espera!

Alicia apenas había dado unos pasos desde el portal cuando se detuvo al escuchar la voz de Leo, que cruzaba trotando la pequeña plazoleta de enfrente de su casa.

—¡Buenos días! —¿Leo siempre sonreía o era una percepción suya?

—Hola.

—¿Siempre estás tan seria?

—Y, tú ¿nunca lo estás? —replicó molesta.

—¡Ja! Pues supongo que sí —respondió colocándose a su lado y adaptando el paso al de ella—. Ayer salisteis antes de clase, ¿verdad?

—Sí, ¿por?

Los miércoles a última hora tenían Educación física. Era una clase bastante divertida. A Alicia nunca le habían gustado las clases de gimnasia, pensaba en el deporte como algo ajeno, incompatible con ella. Se consideraba torpe en casi todas las actividades físicas que decidía emprender, pero Santi, el profesor de gimnasia, era un chico bastante joven y parecía darse cuenta de cuando se sentía incómoda. A pesar de que le exigía cómo al resto, evitaba ponerla en situaciones comprometidas. Alicia apreciaba ese gesto y cosa rara en ella, en las clases de gimnasia se mantenía tranquila e incluso participativa. No sacaría un sobresaliente, tampoco un notable, pero vislumbraba un inusitado y dorado bien en el horizonte.

—Porque no te vi en el camino de vuelta —respondió Leo tras esquivar a un hombre alto de pelo gris y chaqueta oscura.

Las calles, habitualmente con un ir y venir constante de gente, estaban incluso más concurridas a esa hora de la mañana.

—Santi nos dejó salir un poco antes.

—Santi mola —dijo Leo recuperando la posición a su izquierda.

—Sí —apoyó Alicia—. Es majo.

—¿Habéis hecho ya «el kilómetro»?

—Oh, sí… —contestó Alicia con una mueca.

Tal y como el nombre de la prueba indicaba, habían tenido que correr un kilómetro. La idea era que se esforzaran al máximo. Fue unos días después de que Alicia comenzara las clases y, por ese motivo, Santi no fue tan exigente con ella. Le dijo que entendía que no se había preparado como el resto de la clase, pero que la próxima vez tendría que estar al mismo nivel que sus compañeros. En aquel momento Alicia suspiró aliviada, pero era consciente de que el tiempo pasaría y tendría que enfrentarse de nuevo a «el kilómetro»

—¿Qué te pasa? —preguntó Leo divertido.

—Nada.

—Venga ya, tía, con la cara que has puesto, eso no se lo cree nadie —refutó—. Tan mal no pudo irte. Solo es un kilómetro.

—05:45 —respondió Alicia mirándole con las cejas levantadas.

—¡Vaya!

—Ya sé, para el próximo tengo que estar al mismo nivel que el resto.

—No te preocupes. Todavía tienes un montón de tiempo por delante. A nada que entrenes un poco…

—Yo no entreno —le cortó Alicia.

—¿Cómo que no entrenas? —Leo miraba distraído hacia los lados.

—Pues eso, que no entreno. No corro ni hago nada.

—¿Por? —Su respuesta le sorprendió e hizo que desviase la atención de su búsqueda.

—Porque no. No lo sé. —Alicia se sintió incómoda ante la mirada de Leo—. No me gusta el deporte.

—¿No te gusta nada? ¿No haces ningún tipo de deporte?

—No —respondió molesta.

—Pues deberías.

—No me gusta.

—Porque no has encontrado uno que te vaya bien —replicó Leo volviendo a su búsqueda.

—No lo he encontrado porque no me gusta el deporte —zanjó Alicia.

—Bueno, ya lo hablaremos —respondió sin dar importancia a sus últimas palabras—. Nos vemos en latín —dijo corriendo hacia la acera contraria, donde le esperaba un chico rubio de pelo corto. Alicia le miró intentado recordar si formaba parte del grupo con el que parecía estar Leo y él, la saludó tímidamente con la cabeza.

—Hasta luego —respondió Alicia intentando disimular la decepción de tener que recorrer las dos calles que le separaban del instituto sola.

7 EN LATÍN, LA PRUEBA FINAL DE EDUCACIÓN FÍSICA

—Oye, ¿y qué harás para la prueba final de Educación Física? —preguntó Leo al lado de su mesa—. ¿Cómo la prepararás?

Alicia le miró sin comprender. Le había visto entrar, de hecho, había estado atenta, esperando a que apareciese por la puerta. Después, tras dejar las cosas en su sitio, él se acercó a ella con naturalidad, como si fuese lo más normal del mundo, como si no hiciese tan solo tres días que se conocían.

—¿Qué prueba final? —respondió Alicia vagamente consciente del movimiento del resto de chicos y chicas de la clase mientras ocupaban sus sitios.

—La de Educación física.

—Eso ya lo has dicho.

—¿No os ha hablado Santi todavía de la prueba final? Que raro…

—Pues no sé… —respondió Alicia indecisa.

—¡Dani! —llamó Leo levantando la voz.

—Qué. —Dani estaba de pies, rebuscando entre los papeles de una carpeta.

—¿No os ha dicho nada Santi de la prueba final?

—¿«La paliza»? —preguntó Dani sonriendo—. No, todavía no.

—Que raro, ¿no?

—Sí —respondió Dani mirando a Alicia y levantando los hombros—. Nos lo dirá el viernes o la semana que viene. —Sacó por fin un folio que puso sobre la mesa—. Tú me debes un boli —dijo guiñándole un ojo a Alicia antes de sentarse.

Alicia se mantuvo en silencio, notando cómo los nervios formaban un revoltijo caliente en su estómago, hasta que finalizó la conversación entre Dani y Leo. El guiño de Dani la sorprendió, pero no tanto como para olvidar de qué estaban hablando.

—¿Qué es «la paliza»? —preguntó a Leo, que ya le daba la espalda mientras se dirigía a su sitio.

—Nada, no te preocupes —contestó dándose la vuelta y mostrándole su imperturbable sonrisa.

—¿Qué es? —repitió Alicia justo en el momento en el que J. J. entraba por la puerta.

—Luego —susurró Leo señalando al profesor con la cabeza.

A Alicia no le quedó más remedio que asentir con resignación e intentar centrarse en terminar las traducciones y correcciones pendientes del día anterior.

8 DE VUELTA A CASA
¿QUÉ ES LA PRUEBA FINAL?

La hora de historia contemporánea se le hizo eterna y en cuanto Eva, la profesora, les dijo que podían ir recogiendo, se puso en pie para guardarlo todo. Probablemente fue la primera en salir de clase cuando sonó el timbre. Bajó los tres pisos a paso rápido, aunque sin sentirse tan valiente como para bajar corriendo las escaleras, y esquivó a los que, como ella, iban con prisa. Necesitaba hablar con Leo y que le explicase que era eso de «la paliza» que tanta gracia le había hecho a Dani, pero que a ella no le había sonado nada bien.

Una vez estuvo en la calle se dio cuenta de que no tenía sentido haber salido con tanta prisa. Que ella supiese, Leo volvía con sus amigos, aunque tampoco podía estar segura porque solo le había visto una vez y fue a punto de llegar a casa. De hecho, ni siquiera sabía que recorrido hacía.

Decidió que, por el momento, dejaría de pensar en ello y le preguntaría a la mañana siguiente. Si no, siempre podía recurrir a alguien de su clase. Sabía que no le ayudaba estar tan nerviosa cómo estaba, pero también que no podía hacer nada por evitarlo. Cuando escuchó la voz de Leo a su espalda notó cómo toda la ansiedad que creía haber derrotado renacía de nuevo, y junto a ella, algo parecido al alivio.

—¿Qué es «la paliza»? —preguntó Alicia en cuanto Leo llegó a su lado.

—Hola a ti también —respondió sorprendido.

—Vale, hola —saludó Alicia con impaciencia.

—Madre mía, que alegría de recibimiento —replicó con un amago de sonrisa.

—¡Venga ya! ¿Me lo vas a decir o no?

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó dándole un pequeño empujón.

—Nada —suspiró molesta.

—¿Es por lo de la prueba?

—¿A ti qué te parece? —respondió Alicia mirándole con frustración—. Llevo dos horas esperando para que me digas qué es la puñetera prueba esa, y tú, nada. Primero te vas de latín corriendo, sin que me dé tiempo a preguntarte y ahora, me tomas el pelo.

—Uno —dijo Leo—. Yo no me he ido corriendo de latín, lo hacemos todos porque si no, no llegamos a la siguiente clase. De hecho, tú también deberías hacerlo. Y dos, aquí estoy para contarte lo que quieras, pero desde ya te digo que no es para tanto.

Alicia respiró hondo e intentó tranquilizarse antes de hablar.

—Vale, pues ¿puedes, por favor, explicarme qué es eso de «la paliza»?

—Por supuesto —respondió Leo—. Es la prueba final de Educación Física.

—Venga ya —dijo Alicia acelerando el paso enfadada—. Vete a la mierda.

—¡Eh! Perdona —respondió Leo arrepentido al darse cuenta de que la angustia, que había creído ver y descartado casi en el acto, era real—. Oye… —La detuvo agarrándole del brazo—. ¿Qué te pasa?

—Nada, déjame.

—Chica seria…

—Joder, pues que te estás riendo de mí y ahora mismo no me apetece —dijo Alicia

moviendo el brazo para seguir andando.

—No me estoy riendo de ti —dijo Leo soltándola—. Era una broma, pero ya veo que no te ha hecho ninguna gracia. Lo siento.

Alicia le miró a los ojos y vio sinceridad. También se dio cuenta de eran de un color miel precioso y de que en ese momento parecían los de alguien muy arrepentido.

—Es igual —respondió andando de nuevo, pero más tranquila.

—Es como una especie de prueba final, justo después de «el kilómetro». No —puntualizó tras reflexionar unos segundos—, «el kilómetro» forma parte de la prueba final. Sí.

—Y ¿qué hay que hacer? —preguntó Alicia ansiosa.

—Pues se corre un kilómetro, después hay una tanda de flexiones, otra de abdominales y a final, hay que hacer dominadas. Bueno, las chicas creo que una o dos. Los chicos me parece que cuatro… no me acuerdo ahora mismo. Tú más de dos seguro que no.

—No me digas eso… —lamentó Alicia.

—¿Qué te pasa? No es tanto como parece.

—No lo será para ti —replicó Alicia mirándole y moviendo las manos de arriba abajo a su lado. Mostrándole su propio cuerpo.

—¿Qué significa eso? —replicó Leo mirando divertido el movimiento de Alicia.

—Pues que tú haces deporte. Es obvio.

—Sí —respondió Leo.

—Yo no. Nada —continuó Alicia.

—Ya te he dicho esta mañana que eso no estaba bien.

—Y yo te he dicho que no me gusta —replicó Alicia nerviosa y contrariada.

—Pues deberías…

—No me gusta porque se me da fatal, muy muy mal —le cortó Alicia—. No soy capaz de saltar vallas, ni correr, ni hacer abdominales sin quedarme a medias como un bicho panza arriba, o flexiones. No quieras saber qué parezco cuando intento hacer una… No soy capaz de hacer que mi cuerpo me obedezca, soy torpe y lenta y …

—Eh, tranquila —le cortó esta vez Leo. La miraba atónito, haciendo que Alicia se sintiese avergonzada—. Yo te ayudaré —dijo con tranquilidad.

Alicia estuvo a punto de detenerse pero consiguió dar solo un pequeño traspiés y continuar andando a su lado, le miró en silencio, demasiado sorprendida como para responder.

—No hace falta —dijo finalmente, mirando al frente.

—¿Por?

—Porque no hace falta, da igual.

—No me importa —insistió Leo.

—Ya, pero no hace falta —replicó Alicia con obstinación.

—Bueno, cómo quieras —aceptó Leo torciendo el gesto—. Pero mi ofrecimiento seguirá en pie.

—Vale, gracias —dijo evitando mirarle—. Me voy a casa.

Llegaron al punto en el que tenía que desviarse hacia la izquierda para llegar a su portal. Lo hizo sin apartar la vista del suelo. Se despidió con apenas un susurro ronco.

Antes de continuar andando Leo observó su paso cansado hasta llegar al portal. Después desapareció dentro.

—Hasta mañana, chica seria.

9 EDUCACIÓN FÍSICA Y LA PRUEBA

Estaba muy distraída. Tanto, que a punto estuvo de ir a su aula en lugar de al gimnasio. Había subido el primer tramo de escaleras cuando Paula, la chica que se sentaba delante de ella en clase, la llamó.

—¡Alicia! —Se dio la vuelta sorprendida al escuchar su nombre—. Nos toca con Santi.

—¡Mierda! —respondió Alicia bajando las tres escaleras que había subido—. No me acordaba. Estoy tonta.

—¡Qué va! —Paula la esperaba con una sonrisa. Movía la cabeza negando y haciendo que su pequeña coleta rubia bailase de un lado a otro—. Nos ha pasado a todos alguna vez. Seguro.

Fueron juntas hasta el vestuario del gimnasio, una vez allí, se separaron. Paula fue hasta donde estaban Eva e Inés y dejó su mochila sobre la de ellas. Alicia colocó sus cosas en el primer sitio libre que vio, junto a Deva, una chica de piel clara y un pelo muy rizado que le envolvía la cabeza en un halo esponjoso, a la que Alicia apenas había oído hablar. Se había fijado en ella el primer día de clase, con una camiseta negra varias tallas mayor de lo que necesitaba y con el logo de Batman en el centro. Con el paso de los días había descubierto que envidiaba profundamente su fondo de armario.

—Hola —saludó mientras colgaba la chaqueta de un pequeño saliente de metal.

—Hola —respondió Deva antes de salir hacia el gimnasio. Alicia salió también y se puso a su lado—. ¿Crees que Santi nos hablará hoy de la prueba final? —preguntó nerviosa la chica.

—Ni idea. Yo ni siquiera sabía lo que era hasta ayer. —Alicia no intentó ocultar el agobio que le producía pensar en ello.

—Joder, claro —dijo Deva mirándola—. Tú no estuviste el año pasado.

—No.

—Pues es una mierda —dijo Deva frotándose los brazos.

A pesar de que el gimnasio estaba cerrado hacía frío. Parecía un pequeño polideportivo y desde el momento en el que lo vio por primera vez, pasó a convertirse en una de esas cosas que no dejaban de sorprenderla.

—¿El año pasado también la hicisteis?

—Sí —respondió lacónicamente la chica—. Y fue una mierda —repitió.

—¿Por qué? —preguntó Alicia inquieta.

—Joder, porque si no eres como tú amigo el *mazado*, acabas hecha polvo.

—¿Mi amigo el *mazado*? No sabía que tuviese un amigo mazado. De hecho, no sabía ni que tenía amigos por aquí —respondió con ironía.

—El chico con el que vienes a clase —respondió Deva.

—¿Leo?

—No sé, supongo. Está super mazado.

—Hombre, super mazado…

—Anda que no. Me dirás que cuando se pone manga corta no flipas.

—Pues no sé —respondió Alicia cohibida—. No le he visto nunca en manga corta. Siempre lleva chaqueta, menos en clase de latín…

—Pues en verano, bueno, en breve, cuando empiece a hacer menos frío, ya verás. Es

flipante.

—Es que le conocí el otro día —se justificó Alicia.

—Pues pensaba que erais amigos.

—No —respondió Alicia negando con la cabeza—. Que va.

—Bueno, es igual. Que a él se le da muy bien esa mierda. Pero a las que somos cómo yo…

—Ayer me dijo que no era para tanto…

—Pues claro —dijo Deva abriendo mucho los ojos—. ¿Qué te va a decir él si no le cuesta nada?

—Pues vaya mierda —respondió Alicia nerviosa.

—Pues eso te llevo diciendo yo todo el tiempo.

—¡Señoritas! —La voz de Santi las devolvió a la realidad del gimnasio. Se habían mantenido hablando a un lado, sin darse cuenta de que el resto de la clase formaba un círculo alrededor del profesor, que las miraba con paciencia—. ¿Podemos contar con su presencia?

Las dos se acercaron con prisa y se colocaron en el primer hueco que vieron.

—Perdón —susurró Alicia.

—Bien —continuó el profesor animado—. Hoy toca hablar de eso que lleváis días esperando. —Dio una vuelta sobre sí mismo para poder mirarles a todos—. La prueba final. Este año será a principios de junio, y os dejo elegir qué día preferís. Miércoles o viernes. Como ya sabéis, tendréis que correr un kilómetro a tope, medio minuto de abdominales, medio de flexiones y dominadas.

Toda la clase comenzó a hablar a la vez y Alicia pudo ver reacciones de todo tipo. Los había felices y sonrientes, nerviosos como Deva y ella misma e incluso con cara de indiferencia. Le sorprendió no ser la única a la que no parecía hacerle gracia la prueba.

—¡A ver! —dijo Santi levantando la voz para hacerse oír sobre el barullo que había provocado su noticia—. Un poco de tranquilidad.

Esperó hasta que todos estuvieron en silencio para continuar hablando. Alicia no había abierto la boca, se limitaba a mirar las caras de sus compañeros e intentar leer sus expresiones.

—Ya sé que a algunos no os apetece nada —continuó el profesor—, pero no os preocupéis. Ya sabéis que parece más de lo que es. —Los murmullos comenzaron de nuevo—. ¡Venga! Vamos a decidir qué día os viene mejor y después damos un par de vueltas trotando al gimnasio para calentar.

—Y ¿cuánto durará la prueba? —preguntó un chico de pelo largo que siempre solía llevarlo recogido en una especie de moño.

—¿Cuánto tardaste el año pasado, Carlos? —preguntó Santi a modo de respuesta—. Pues eso.

Alicia observó al chico. Se mordía las uñas y tenía la mirada perdida, como si intentase recordar o estuviese pensando ya en otra cosa. Era difícil de saber.

—Vale —dijo Santi moviendo la cabeza—. Para los que vayan a tener el placer de hacer la prueba final conmigo por primera vez. —Miró a Alicia con una sonrisa cómplice que ella fue incapaz de devolver—, os diré que os doy un margen de quince minutos, aunque os parezca poco, os da tiempo de sobra. Y eso de «la paliza» —dijo paseando de nuevo la mirada por toda la clase—, es una exageración. A nada que la preparemos un poco en el tiempo que queda y vosotros os levantéis del sofá y hagáis algo por vuestra cuenta, lo tenéis chupado. ¡Y ahora a trotar todo el mundo! —dijo subiendo la voz y dando un par de palmadas.

—Pero no hemos decidido qué días lo haremos —se quejó Inés entre Paula y Eva.

—Día dos, viernes —replicó Santi—. Estáis más descansados a primera hora.

—Pues eso —le susurró Deva—. Una mierda.

—No sé qué voy a hacer —se lamentó Alicia antes de comenzar a trotar con pereza.

—Pues lo mismo que todos, entrenar —respondió Deva a su lado.

—Es que no he entrenado nunca. No hago deporte —Alicia se preparó para la reacción de Deva.

—Ya, yo tampoco —dijo esta sorprendiéndola—, pero tocará hasta la prueba —continuó resignada.

—Leo se ofreció ayer a ayudarme —anunció Alicia.

—Joder, que suerte —respondió Deva con envidia.

—Le he dicho que no.

—¿Por? —se escandalizó Deva—. El año pasado lo hizo que no veas. Creo que, junto con Dani, el mejor.

—No sé. No le conozco, yo qué sé —dijo Alicia—, ponerme a correr con él me da cosa…

—Joder, a mí tampoco me conoces y aquí estás, corriendo a mi ladito.

—Pues también es verdad —reconoció Alicia.

—No seas tonta. Seguro que te ayuda. Y así haces un amigo. ¿No te quejabas hace un momento de que no tenías ninguno? —dijo Deva dándole un codazo.

—Ya…

—¡A ver! —gritó Santi—. Una cosa es trotar y otra lo que hacéis vosotros. ¡Subid un poco el ritmo! —Dio un par de palmadas para enfatizar sus palabras.

—Joder, que poco me gusta gimnasia —refunfuñó Deva.

Alicia tuvo que contener la risa ante la mirada de Santi. No quería abusar de su paciencia, pero la respuesta de Deva junto con su capacidad para decir «joder» cada vez que abría la boca, le ayudó a relajarse y ver la futura prueba final con otros ojos. Le diría a Leo que recibiría su ayuda encantada.

10 DE VUELTA A CASA Y LEO NO TIENE GANAS DE HABLAR

—¡Leo! —Alicia vio salir a Leo de la misma bocacalle que el primer día, pero esta vez estaba más atrás, por lo que tuvo que llamarle de nuevo y levantar la voz para que la escuchase —. ¡Leo!

Se dio la vuelta y la miró sorprendido. Parecía distraído y con prisa. Aun así, se detuvo. Alicia aceleró el paso para ponerse a su lado y continuaron andando.

—Hola —saludó Alicia.

—Hola.

—He pensado que me gustaría que me ayudases en lo de la prueba de educación física —dijo Alicia esperando la consabida respuesta graciosa o burlona, pero en lugar de eso, la miró con gesto serio y afirmó con la cabeza.

—Vale. Ya te dije que sin problema —respondió—. Tengo prisa. Hablamos el lunes, ¿vale?

—Claro —respondió Alicia.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Alicia le miró alejarse y se dio cuenta de que en latín ni siquiera habían hablado. Ella le había buscado para decirle que tenía razón y necesitaba entrenar y que, si aún le parecía bien, quería hacerlo con él, pero al final, tras varios intentos, tuvo que contentarse con saludarle con la cabeza. Estaba claro que le ocurría algo y que no se conocían lo suficiente.

11 FIN DE SEMANA Y HABLANDO CON ANDREA EN EL DESAYUNO

—Muy buenos días, cariño. —Su madre levantó los ojos del libro para saludarla. Tenía sobre la mesa un café y un plato con dos tostadas con mermelada de fresa.

—Hola —respondió Alicia.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—Me alegro —dijo su madre devolviendo la atención al libro, del que ya había leído más de la mitad.

Alicia continuaba en la puerta, junto a la nevera. Siempre había pensado que no le costaba levantarse ni ponerse en marcha por las mañanas. Casi siempre, si es que se levantaba a una hora decente, es decir, a partir de las nueve, necesitaba solo unos minutos para recolocar el mundo en su lugar. Desde luego no llegaba al nivel de su madre, que parecía que más que dormir, descansaba en un estado de semi inconsciencia, lo que le permitía abrir los ojos despierta y activa. A veces tanta energía era exasperante, aquella mañana, por suerte, no.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Alicia sacando una botella de leche de la nevera.

—Bastante bien.

Alicia sacó una taza del armario, echó la leche y la metió en el microondas. Mientras esperaba a que se calentase observó a las personas que pasaban por la calle. Vivían en un primer piso, frente a una pequeña plaza bastante concurrida, con una parada de autobús, que Alicia aún no sabía adónde iba, y varias tiendas y bares. Justo cuando el pitido le informó de que su leche ya estaba caliente, en el momento en el que se giraba para abrir la pequeña puerta, le pareció ver a Leo pasar corriendo por la parte de la plaza más cercana a la carretera. Regresó con rapidez a la ventana, pero no había nadie. Quien quiera que fuese ya había desaparecido.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre extrañada.

—Nada —dijo Alicia echando café de la pequeña cafetera de metal en la taza—. Me ha parecido ver a un amigo.

—¿Un amigo? —El tono de su madre, de un mal disimulado interés, quería parecer casual, pero por supuesto, no lo conseguía.

—Bueno, no es un amigo —respondió Alicia intentando a su vez parecer indiferente. Esperó que con más éxito que su madre—. A veces vamos juntos a clase por la mañana.

—Anda. —Su madre colocó un marcapáginas en el libro y lo cerró.

—No, no, no. No hagas eso —dijo Alicia después de sentarse y dejar su taza sobre la mesa.

—¿El qué?

—Cerrar el libro —respondió Alicia señalando el libro sobre la mesa—. No hay nada de que hablar. Puedes continuar leyendo.

—Por Dios, hija —suspiró su madre subiendo las cejas y levantando el tono de voz—. Qué seca eres, Alicia. No te iba a decir nada, solo iba a comerme las tostadas antes de que se me enfríen del todo.

—Ya —dijo Alicia torciendo el gesto—. Que ya nos conocemos.

—¿Es majo? —El don de su madre para ignorar lo que le dijese, a veces le resultaba digno

de admiración.

—Sí, bueno —respondió Alicia con la taza entre las manos—. Sonríe mucho. Es como que siempre está de buen humor. —De repente la imagen de Leo serio y distraído, la tarde anterior, le vino a la cabeza.

—¿No vas a comer nada? —preguntó su madre con gesto más serio—. ¿Quieres una tostada?

—¿No te la vas a comer?

—Yo ya me he comido cuatro. Esta es la segunda tanda.

Alicia cogió una de las tostadas con una sonrisa. Su madre siempre decía que el desayuno era su momento favorito del día. Para demostrarlo comía y leía, mucho de las dos cosas.

—Gracias.

—Y ¿cómo se llama?

—Leo.

—Bueno, pues me alegro —dijo su madre poniéndose de pie y dejando la taza en el fregadero. Empujó hacia su hija el plato con la tostada que le quedaba.

—De qué te alegras —preguntó Alicia antes de masticar ruidosamente el pan crujiente.

—De que tengas un amigo.

—No es mi amigo.

—¿Por qué no? —Su madre cogió el estropajo y buscó el jabón con la mirada.

—Porque casi no nos conocemos. Y deja eso que ya lo friego yo todo junto cuando acabe.

—Pero, podéis serlo. Es pronto —sentenció su madre secándose las manos con un trapo—. Date tiempo.

—Ama. —A pesar de que no quería continuar con la conversación, sabía que cuanto antes le aclarase las cosas a su madre, antes dejaría ella el tema—. No vamos a ser amigos, no me hace falta. Estoy bien así.

—No es cierto —dijo su madre volviéndose hacia ella y apoyándose en la encimera negra de granito—. Aunque no lo creas, necesitas tener amigos, conocer gente, salir…

—Vale ya, ama. Por favor —pidió Alicia, cada vez de peor humor—. Estoy bien así —repitió.

—Así, ¿cómo? —siguió su madre—. ¿Pasando un sábado por la noche tras otro con tu madre en casa? Tienes 18 años, Alicia, y ni siquiera has celebrado tu cumpleaños.

—¡Eso no es verdad! Salimos a comer al vegano de la playa.

—Ya lo sé, cariño —dijo su madre relajando la postura—. Pero eso no es una celebración para un décimo octavo cumpleaños.

—Y me gusta estar en casa —continuó Alicia—. Estoy tranquila. Ayer terminé uno de los libros que cogí en la biblioteca. Hoy tengo el comentario con el grupo…

—Un grupo de lectura de Telegram no es…

—Vale, ama —la cortó Alicia—. A mí me parece bien. No sé por qué a ti no.

—Cariño, solo quiero que entiendas que todos los chicos con los que te encuentres no serán como Ibán.

—Vale, ama. Ya está —respondió Alicia levantándose de la mesa.

—No. No te vayas, Alicia —dijo su madre con autoridad.

—No tengo hambre.

—Ibán no hizo nada malo. Solo fue sincero contigo.

—Ya lo sé —dijo Alicia aún de pies.

—Entiendo que estés dolida, pero…

—Ya está, ama, por favor —pidió Alicia.

Andrea miró a su hija, de pie, junto a la mesa, con la taza aún llena y el plato con una tostada al lado, la otra continuaba en su mano. Vio sus ojos brillantes y los labios apretados y supo que estaba conteniendo las ganas de llorar. Odiaba verla así, pero por más que lo intentaba era incapaz de ayudarla, de traspasar el muro que había construido a su alrededor de un día para otro. Respiró profundamente y se volvió hacia la puerta.

—Sí, ya me voy —dijo saliendo de la cocina—. Termina de desayunar, por favor.

Alicia se sentó despacio en la silla y dejó el trozo de tostada en el plato. La taza y todo lo que había en la mesa se volvió borroso y a pesar de que se pasó la mano por los ojos, no pudo evitar que cayesen algunas lágrimas, y luego más. Cogió la tostada y continuó comiendo y le supo salada, pero masticó y volvió a morder y luego dio un trago a su café, que ya estaba más templado que caliente, y siguió desayunando, esperando que las lágrimas parasen.

12 EL RECREO Y CONOCIENDO A LOS AMIGOS DE LEO

Como de costumbre salió al patio sola y echó una mirada alrededor, buscando un lugar vacío en el que poder sentarse tranquila para leer un poco y comerse la manzana que había llevado. Para su sorpresa, uno de los bancos más cercanos a la puerta estaba vacío así que, después de mirar con atención en busca del motivo por el cual no estaba ocupado por alguno de los grupos que habitualmente los llenaban todos, y no encontrar nada sospechoso a primera vista, se dirigió a él.

—Hola, chica seria. —Acababa de sentarse y abrir el libro cuando la sombra de Leo la cubrió por completo—. ¿Podemos compartir banco contigo?

Alicia levantó la mirada mientras daba un mordisco a la manzana, para encontrase con Leo y su grupo de amigos. Se encogió de hombros e intento devolver la atención al libro. Quiso aparentar indiferencia, pero la realidad era que su cerebro buscaba a velocidad de vértigo una manera, sencilla y disimulada, de levantarse del banco sin llamar demasiado la atención.

—¿Qué tal el fin de semana? —dijo Leo dándole un suave codazo en el brazo.

—Bien —respondió sin levantar la vista del libro.

—A ver, tío —dijo una voz delante de Alicia—. Déjala, que está leyendo.

Alicia levantó la mirada y se encontró con un chico alto y delgado que miraba a Leo con el ceño fruncido.

—¡Qué va! —respondió Leo dando otro codazo a Alicia—. Está siendo una borde, muy en su línea.

—¡Que dices! —replicó cerrando el libro de golpe.

—Venga ya —dijo Leo mirándola divertido. En ese momento Alicia se dio cuenta de que había perdido la batalla. Había caído de cabeza en su trampa—. Nos sentamos contigo para hacerte compañía y te pones a leer sin decirnos ni hola.

—De eso nada —respondió Alicia—. Os habéis sentado aquí porque no había más bancos libres.

—¡Ja! —rio un chico rubio de pelo corto que se había sentado al lado de Leo y del que Alicia solo alcanzaba a ver el perfil.

—Pero también queremos hacerte compañía —dijo Leo—. Hoy no te he visto a la mañana y en latín no he podido ni saludarte.

—Ya, hoy ha sido una clase muy intensa —apoyó Alicia.

—Chicos, esta es Alicia —dijo entonces Leo. Los «hola» llegaron en diferentes tonos de voz—. Estos son Juanfran, Saúl y Víctor —continuó, señalando primero al chico que tenía sentado a su lado, después al que estaba de pie frente a ellos y por último a otro al que Alicia no había visto y que se mantenía detrás del banco.

—Hola —saludó Alicia.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó de nuevo Leo mientras desenvolvía un bocadillo que a Alicia le pareció de un tamaño imposible. En realidad, todos tenían unos bocadillos enormes.

—Bien —respondió Alicia—. En casa. Tranquila.

—Bueno. A veces no está mal eso de quedarse en casa y reponer fuerzas para la semana —dijo Leo.

—¿Al final fuiste al salón *friki* ese? —preguntó Saúl, el chico que estaba de pie, a Juanfran, del que Alicia continuaba sin poder ver más allá de una parte de su perfil.

—Sí —respondió este con una sonrisa—. Una pasada.

—¿Una pasada? ¿Qué se hace en esos sitios? —quiso saber Leo.

—Pues hablar, ver conferencias y charlas, comprar libros, merchandising… Podrías venir, el sábado continúa, dura dos fines de semana.

—Pues igual voy —dijo Leo pensativo—. ¿Te vienes?

Alicia le miró con cara de sorpresa.

—Quién, ¿yo?

—Claro, ¿verdad? —preguntó Leo hacia el chico, que comía tranquilamente el bocadillo.

—Sí —contestó—. Es gratis —continuó. Miro a Alicia con unos redondos y expresivos ojos verdes.

—Pues es que…

—Y tú, Saul, ¿te vienes?

—No sé, depende del tiempo. Quería hacer surf.

—¿Y, tú? —Esta vez se dio la vuelta para mirar al tercero de sus amigos, que no había hecho ni siquiera un intento de entrar en la conversación.

—Sí —respondió escueto.

—Pues ala, Juanfran. Vas a tener que hacernos un tour guiado a los tres —dijo Leo guiñándole un ojo a Alicia.

—Venga ya, tío —se quejó Saul—. Si vais todos tendré que ir yo también.

—No, tú te vas a hacer surf —dijo Leo riéndose.

—Claro, y luego no me entero de lo que habléis durante el próximo mes. De eso nada.

—Vale, pues un tour para los cuatro —dijo Juanfran con una sonrisa.

Alicia deseó con todas sus fuerzas que el banco se la tragase haciéndola desaparecer, pero no parecía probable, así que decidió comenzar a concentrar sus energías en buscar una buena excusa para el sábado.

13 DE VUELTA A CASA Y NO QUIERO IR

—¡Chica seria!

Había intentado no encontrase con Leo y lo consiguió durante un día completo. Había salido del instituto el día anterior casi corriendo y aunque ese día había hecho lo mismo, al parecer, no había servido de mucho. Alicia suspiró y aminoró el ritmo. No tenía ningún sentido actuar cómo lo estaba haciendo. La única manera de resolver el problema era siendo sincera con él.

—No voy a ir a eso *friki* —dijo en cuanto Leo estuvo a su lado.

—¿Por qué no? —No le extrañó la ausencia de saludo y si lo hizo, no lo demostró.

—Porque no os conozco.

—Y si no vienes, seguirás sin conocernos —expuso Leo.

—Lo sé, pero… —Alicia sopesó mentirle durante unas décimas de segundo, pero sabía que no era la solución—. No estoy preparada.

—Entiendo… —respondió Leo pensativo.

—Verás. No es que no seáis majos, la verdad es que lo parecéis, o que no me apetezca ir. Es que…

—Es que es pronto —terminó Leo por ella—. Lo entiendo.

—Para la próxima —dijo Alicia tras mirarle con gratitud.

—Me parece bien, porque seguro que hay una próxima. A Juanfran le encantan estas cosas. —La expresión de su cara iba entre la resignación y el cariño de quién expone un pequeño defecto de alguien a quién quiere.

—Es que «estas cosas» molan —dijo Alicia mucho más relajada.

—No me digas que, tú también eres una *friki* de esas. Porque no tienes pinta.

—¿Cómo que no tengo pinta? —preguntó bastante menos ofendida que divertida—. Y ¿qué pinta debería tener?

—No sé, pinta de *friki*.

—Y supongo que tu amigo…

—Juanfran —apuntó Leo.

—Y supongo que Juanfran —continuó Alicia—, sí que la tiene.

—Juanfran no cuenta —repuso Leo—. Le conozco desde que tengo dos años y siempre ha sido igual.

—Sí, seguro —respondió Alicia riendo.

—Y ¿qué harás el fin de semana? —preguntó Leo cambiando sutilmente de tema.

—Pues supongo que lo mismo que el anterior y el anterior —respondió Alicia subiendo los hombros.

—A saber…

—Estudiar, deberes, leer, ver alguna peli, leer y…

—Leer.

—Sí —reconoció Alicia—. Leer ocupa gran parte de mi tiempo.

—Bueno, eso está bien —dijo Leo—. Leer es bueno, pero también deberías salir y dejar que te dé un poco el aire. ¿No?

—Sí, supongo… Aunque ahora me recuerdas un poco a mi madre.

—¡Ja! Entonces, tu madre es una mujer muy sabia —respondió Leo—. De todas formas, eso va a cambiar a partir de la semana que viene.

—¿Por? —preguntó Alicia temiendo volver a retomar la misma discusión de antes.

—Hombre, esa prueba final de educación física no va a prepararse sola.

—Oh… Es verdad. No me acordaba —respondió bajando los hombros y la cabeza con aire derrotado—. Buuuf…

—A ver, contrólate. No estoy preparado para tanto entusiasmo —respondió Leo chocándose con ella.

—Ya lo sé, es que…

—No te gusta hacer deporte.

—No, joder. No me gusta.

—No digas palabrotas.

—No he dicho ninguna palabrota —replicó Alicia alzando una ceja.

—Hombre que no.

—He dicho joder.

—Pues eso. —El tono de voz de Leo expresaba a las claras que, para él, era una obviedad.

—Pues eso no es una palabrota.

—Bueno, chica seria, mañana nos vemos. —Alicia le miró perpleja. No se había dado cuenta de que ya estaban en la esquina de su calle, apenas había sido consciente de pasar por las calles de siempre, ni del tráfico y bullicio habitual—. A no ser —continuó Leo con una sonrisa —, que quieras acompañarme a casa.

—No, no. Deja —respondió Alicia dirigiéndose a su portal— Mañana nos vemos. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Alicia se dio la vuelta antes de entrar. Leo caminaba a paso tranquilo por la plaza. Le resultaba curioso su manera de andar, tan recto. A su madre, que siempre le estaba diciendo que su mala postura le acabaría acarreando una chepa en no muchos años, le encantaría.

14 ESPERANDO EN EL PORTAL

Bajó las escaleras preguntándose en qué momento de la mañana le abandonaría el sopor que la envolvía en ese instante. A punto estuvo de tropezar con un chico parado junto a su portal.

—¡Eh, tú! —la llamó cuando pasó a su lado—. Buenos días por la mañana.

—¿Qué? —preguntó Alicia sorprendida al ver a Leo—. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte —respondió con naturalidad.

—Y, ¿eso? —Comenzaron a andar uno al lado del otro.

—No me he dado cuenta y he salido de casa prontísimo. Ya no iba a volver a subir, así que he pensado que podría esperarte e ir juntos.

—Pero nunca coincidimos por las mañanas. Bueno, casi nunca.

—Porque, como esperaba haber dejado claro, tú sales muy pronto.

—¡Qué va! —replicó malhumorada sin motivo.

—Anda que no, tía. Sales pronto y vas por el camino largo. Vamos, todo muy lógico.

—¿Por el camino largo? —preguntó Alicia alzando una ceja.

—A ver, qué me vas a decir, ¿que no sabías que hay un camino más corto para ir y venir del instituto?

—Pues yo diría que es obvio que no.

—¡Venga ya!

Se pararon en el semáforo. Leo con una sonrisa divertida y Alicia con los labios apretados, intentando adivinar si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio. Justo al lado de Leo se detuvo el carro de la niña, que iba concentrada en algo que llevaba entre las manos. Leo siguió la dirección de la mirada de Alicia y su sonrisa se hizo aún más amplia. Por un momento, Alicia temió que repitiese el espectáculo de la primera vez que se vieron, pero solo se limitó a mirar a la niña unos segundos más y devolver su atención a la conversación.

—Por eso no nos encontramos por la mañana. Yo salgo más tarde de casa.

—Ah…

El semáforo cambió a verde y cómo ya era habitual, la madre cruzó empujando con prisa el carro.

—Si quieres, a la tarde volvemos juntos y así lo ves —ofreció Leo.

—Sí, vale. —Aceptó el ofrecimiento sin pensarlo demasiado. Sin estar muy interesada en ese nuevo y corto camino.

—Si quieres, eh —dijo Leo.

—Sí, bueno. La verdad es que me da un poco igual —se sinceró—. Por las mañanas ya me va bien ir a esta hora, me ayuda a estar despejada cuando llego a clase.

—Ya te digo —le cortó Leo—, porque has salido con una cara de empanada que no veas.

—Pues eso —reconoció Alicia con un gesto de las manos—, y por la tarde… Bueno, la verdad es que no tengo prisa.

—¿Ni hambre? —preguntó Leo a la vez que intentaba apartar el humo del cigarro de un hombre que les acababa de adelantar, cual chimenea de trasatlántico.

—Bueno, a veces —concedió Alicia—. Pero vamos, que sí quiero verlo. Quién sabe, igual algún día me viene bien.

—Pues a la salida nos esperamos y volvemos juntos.
—Me parece bien —respondió Alicia.
—Bueno, ahí están Juanfran y Saul —dijo Leo acelerando el paso—. Nos vemos en latín.
—Hasta luego —se despidió Alicia.

15 ¿ME DEJAS LOS DEBERES DE FILOSOFÍA? Y EL RECREO

—¡Alicia! —Deva la esperaba apoyada en la ventana, junto a su mesa—. Joder, tía. ¿Cómo tardas tanto en llegar de latín?

—¿Qué? No sé —respondió Alicia sentándose en su sitio y buscando los libros de inglés.

—Has tardado un montón —repitió Deva nerviosa.

—Vale… —No sabía qué decir, ni a qué se debía esa repentina necesidad de verla.

—¿Me dejas filosofía? —preguntó ansiosa la chica más silenciosa de la clase.

—¿Ahora?

—No, ahora no. En el recreo —respondió Deva arrugando la nariz, como si la pregunta de Alicia fuese lo más absurdo que hubiese oído en mucho tiempo.

—Sí, supongo que sí.

—¡Guay! —gritó dirigiéndose a su sitio—. Gracias.

—Toma —dijo Alicia dejando su cuaderno sobre la mesa de Deva.

—Espera. Cojo el bocadillo y vamos al patio. —La chica se puso en pie casi de un salto, haciendo que sus abundantes rizos se bamboleasen al mismo tiempo.

Como era habitual, todos los bancos estaban ocupados y las dos chicas se quedaron de pie en las escaleras de entrada al patio.

—No hay sitio —se quejó Deva.

—Podemos sentarnos aquí. —Alicia señaló hacia un lado, junto a la pared, en la parte más apartada de las escaleras.

—No. Paso de que entre el profesor de turno y me vea copiando los deberes —respondió Deva escrutando el patio.

—¿Vas a copiarme los deberes?

—No. Me está costando mucho entender esto del Darwinismo y el fijismo… Solo voy a comprobar que los tengo bien, pero eso no se lo va a creer ningún profe.

—Pues no, no se lo va a creer nadie —contestó Alicia dándole la razón—. Casi no me lo creo ni yo.

—Oye, ¿ese no es tu amigo el *mazado*? —preguntó Deva ignorando su puya y señalando a un banco en la parte opuesta del patio. Leo, Juanfran, Saul y Víctor, ocupaban algo más de la mitad del banco. El resto, parecía incitar, seductoramente, a las dos chicas.

—Sí.

—Pues vamos.

—No.

—¿Por?

Alicia miró a Deva unos segundos y decidió que tenía razón. ¿Por qué no?

Atravesaron el patio con paso tranquilo. Estaba repleto de pequeños grupos de chicos y chicas sentados en bancos, en el suelo, apoyados contra una pared o, simplemente dando vueltas. Nadie parecía fijarse en ellas.

—Hola —saludó Leo al verlas llegar.

—Hola —respondieron Alicia y Deva al unísono.

—¿Dice Leo que no vienes mañana? —preguntó Juanfran, dándole a Alicia el motivo que no había encontrado unos segundos antes para no sentarse con ellos. La miraba con sus brillantes y redondos ojos verdes muy abiertos.

—No… —Miró con disimulo a Deva, que se limitó a sentarse en la parte más alejada del banco mientras le devolvía la mirada con curiosidad—. Para la próxima.

—Sí, claro. Para la próxima —repitió el chico bajando la mirada al bocadillo que tenía en la mano.

Alicia miró a su alrededor sin saber qué hacer a continuación. Deva ya estaba enfrascada en lo que fuese que quisiese de su cuaderno de filosofía. Saul miraba el móvil concentrado y Víctor se limitaba a observarlos a todos en silencio. Alicia buscó la mirada de Leo y la encontró tan comprensiva como su sonrisa.

—Lo siento —dijo entonces Alicia mirando a Juanfran—. De verdad que para la próxima, sí.

El chico levantó la vista y la sonrió con timidez. Alicia se fijó en sus labios, gruesos y sonrosados, y en cómo el tono de su piel se había vuelto mucho más oscuro, casi rojizo, de golpe.

—No pasa nada —respondió bajando los ojos de nuevo al bocadillo, consciente de la mirada de la chica.

—Alicia se viene luego con nosotros —dijo Leo mirando a sus amigos, que se limitaron a asentir—. ¿Qué hace? —preguntó después señalando a Deva con la cabeza.

—No tengo ni idea —confesó Alicia subiendo los hombros—. Está comprobando los deberes de filosofía.

—Oh, filosofía —dijo Leo arrugando la nariz—. Casi tan odioso como latín. Puede que incluso más.

—¿Qué dices? —dijo Deva mirándole con desdén para sorpresa de todos—. *No sabes nada, Jon Nieve*.[1] —Después, volvió a lo suyo.

Alicia soltó una carcajada ante la cara de estupefacción de Leo. El resto de sus amigos hicieron lo mismo. Incluso le pareció ver un amago de sonrisa en Víctor.

Cinco minutos antes de que acabase el recreo, Deva se puso en pie.

—Ya he terminado —dijo mirando a Alicia—. ¿Vamos?

—Sí, vamos —respondió esta—. Hasta luego —se despidió del grupo de chicos.

—Hasta luego —respondieron casi a la vez.

—Hasta luego —gruñó Deva.

—¿Sabes que eres una borde? —le recriminó Alicia cuando estuvieron lo suficientemente lejos del grupo como para estar segura de que no las oían.

—Y, tú ¿sabes que el pipiolo rubio del pelo pincho está colado por ti? —atacó Deva a modo de respuesta.

—¿Qué? —Alicia se dio la vuelta en un acto reflejo—. ¿Juanfran?

—Sí, Juanfran.

—¿Qué va?

—Oh, sí —continuó Deva de mucho mejor humor.

—Y, tú ¿qué sabes? Si has estado ahí callada, con la cara metida en mi cuaderno, todo el rato —respondió Alicia a la defensiva.

—Porque yo lo veo toooodo… —dijo Deva abriendo mucho los ojos y provocando otra carcajada en Alicia.

16 DE VUELTA A CASA POR EL CAMINO CORTO, TU AMIGA ES RARA Y ¿QUÉ TE GUSTA?

—Tu amiga es rara —dijo Leo en cuanto se separaron del resto.

La habían esperado con paciencia, apoyados en un coche aparcado frente a la puerta del instituto. Y eso que Ruth, la tutora, había decidido que necesitaba cinco minutos más para terminar la clase. Alicia caminó en silencio, escuchándolos hablar sobre sus últimas horas de clase y los planes para la feria *friki* del día siguiente. Cuando llegaron a una intersección en la que no se había fijado antes, Leo y ella se separaron del resto, que, al parecer, vivían más cerca del instituto.

—Sí que es rara —aceptó Alicia—. Y no es mi amiga, por cierto.

—¿No es tu amiga? Pues lo parece.

—Pues todavía es un poco pronto para llamarla amiga —respondió Alicia.

—¿Hablas con alguien más de tu clase a parte de ella?

—Claro, hablo con todo el mundo. Qué te crees que soy.

—Ya me entiendes…

—Pues entonces no —reconoció Alicia—. Pero, de momento, sigue sin ser mi amiga.

—¿Y yo? ¿Yo soy tu amigo? —preguntó Leo con curiosidad.

—Uuuummm… —masculló Alicia—. Casi.

—¡Oh! Casi. Eso está bien. Me parece que, viniendo de ti, es la leche.

—Sí, podría decirse —respondió Alicia sonriendo.

Alicia se fijó en los bloques de edificios que les rodeaban, las calles eran más estrechas que las que solía atravesar cuando iba a casa por el camino al que Leo llamaba «el largo». El ambiente le resultaba más asfixiante, los coches, el humo, la gente. Era casi imposible caminar uno junto al otro. Por fin llegaron a la pequeña callejuela que les devolvía a su ruta habitual.

—¿Has visto? ¿Te has quedado con el camino? —le preguntó Leo.

—Sí, pero es una mierda. No me gusta —respondió Alicia—. No creo que lo use.

—Cómo que es una mierda —dijo extrañado, abriendo mucho los ojos.

—Hay más coches, más gente, más humo. Es agobiante.

—Si, eso es verdad. Pero tanto como una mierda… No sé yo. Eres un poco extremista.

—No me gusta nada el humo. Me da un ascazo tremendo, me pone…

—Y ¿qué te gusta?

—¿Cómo?

—De aquí, de Gijón. ¿Qué te gusta? —preguntó Leo poniéndose con facilidad a su lado—. Ya me queda claro que el humo no.

—No, no me gusta nada. El humo de los coches, del tabaco… A veces me cuesta respirar —dijo Alicia con cara de asco. Algo que le había llamado la atención el primer día que salió a la calle en su nuevo barrio, fue la cantidad de personas que fumaban. Le parecía escandaloso—. Y, me encantan las bibliotecas, las facilidades para acceder a la cultura, los eventos, los actos, La Semana negra… —dijo sonriendo.

—Las bibliotecas —repitió Leo.

—Sí —respondió Alicia entusiasmada—. Hay muchas y con un gran catálogo. Es impresionante.

—Vale, me queda claro —dijo Leo mirándola con una de sus sonrisas—. Te gustan los libros.

—No. No te confundas. Me encantan los libros —le corrigió Alicia.

—Y ¿qué lees?

—De todo —respondió casi en el acto.

—Tendrás algún libro favorito —insistió Leo.

—Claro, muchos —respondió Alicia—. Y ¿tú?

—Alguno hay —respondió Leo enigmático.

—¿Te gusta leer?

—Sí, algo. Aunque desde luego, creo que no llego a tu pasión.

—Bueno —dijo Alicia al llegar a la esquina de su portal—. Pasadlo muy bien mañana.

—Lo intentaremos —respondió Leo—. Metete en la cuenta de *Insta* del evento y echa un ojo a todas las movidas que tienen. Si te arrepientes de no haber ido y cambias de idea, solo tienes que decírmelo.

—No sé cómo encontrarte y no tengo redes sociales—respondió Alicia sin pensar.

—¿No tienes redes sociales? —preguntó Leo sorprendido.

—No.

—¿Ninguna? ¿Ni *Instagram*?

—No —repitió Alicia comenzando a arrepentirse de su sinceridad.

—Joder, tía…

—¿Has dicho joder?

—¡No! He dicho joe —respondió Leo con una sonrisa ladeada.

—Ya, ya.

—Bueno, da igual, ya me explicarás otro día de qué va tu rollo de aislamiento social total —dijo moviendo la mano como si apartase algo—. Repito; Si te arrepientes, solo tienes que decírmelo.

—Vale… Repito yo también: No sé cómo encontrarte.

—¡Es verdad! Espera. —Leo se quitó la mochila y la dejó en el suelo. Sacó un bolígrafo y cogió la mano a Alicia—. Te lo apunto. Ahora no vayas a lavarte la mano según llegues a casa.

Alicia, que había observado sorprendida los movimientos de Leo, no contestó, se limitó a mirarle con la boca entreabierta, como a punto de hablar, pero no.

—Lo dicho —dijo colocándose de nuevo la mochila en la espalda—. Si cambias de idea, ahora sí, solo tienes que avisarme. Ya sabes que a Juanfran le encantaría que vinieses —añadió guiñándole un ojo antes de darse la vuelta.

Alicia se quedó quieta, observando cómo se alejaba. No había sabido qué contestar ante la última insinuación de Leo. Recordó los ojos verdes de su amigo y su manera de bajar la mirada cuando le pidió perdón. Se puso en movimiento y se dio la vuelta hacia su portal. En su mano el teléfono de Leo y un dibujo de una cara sonriente.

17 CAMINANDO POR LA PLAYA Y DANI

Ya había salido el sol y el cielo estaba completamente despejado. Los días anteriores el frío había comenzado a ser más llevadero, pero parecía que por fin, aquel día tendrían algo de calor.

Suponía que una de las grandes ventajas de mudarse a dónde lo habían hecho era la cercanía a la playa, de la que les separaban algo más de cinco minutos, tal vez diez. Y estaba de acuerdo en considerarlo así, es decir, una ventaja, al menos la mayor parte del tiempo, si no fuese por el viento casi constante que la recibía cada vez que se acercaba.

Esa mañana no era diferente, pero al igual que la temperatura estaba cambiando, la intensidad del viento parecía hacer lo mismo, por lo que incluso, se aventuró a descalzarse y caminar por la arena. Había marea baja, así que lo hizo sobre la arena mojada y más compacta de la orilla, aunque evitando que las olas alcanzasen sus pies.

No estaba sola, ya se había cruzado con una pareja mayor realizando el mismo recorrido que ella, pero a la inversa, y podía ver a lo lejos un buen número de caminantes solitarios. Varias personas corrían solas o acompañadas, la mayoría por el paseo, aunque algunas, también lo hacían por la arena. Ver a los últimos le recordó que, según palabras de Leo, la próxima semana, que empezaría en tan solo un día y medio, comenzarían con la preparación de la prueba de educación física. Seguía sin ser su plan ideal, pero ya no sentía el mismo agobio que la había invadido al enterarse de en qué consistía la famosa «paliza».

El sol empezaba a calentar algo más y el viento parecía haberse tomado un descanso. Tal vez, podría desabrocharse la chaqueta, quien sabe, incluso en un rato, quitársela y sentarse a contemplar el horizonte. En ello estaba pensando cuando un chico la adelantó corriendo por la parte más cercana al mar. Alicia se apartó por instinto para evitar que la salpicase y el corredor, al percatarse de su movimiento, frenó su marcha para disculparse.

—Oye, perdona…

—No pasa nada —respondió Alicia tocándose el bajo del pantalón, que estaba empapado.

—¿Alicia?

—¿Dani?

—¡Anda! —respondió el chico con una gran sonrisa—. ¿Qué tal?

—Bien —contestó Alicia con una mueca que intentaba simular una sonrisa—. ¿Estás corriendo? —preguntó para suspirar después ante lo absurdo y obvio de su pregunta.

—Sí —respondió Dani subiendo los hombros.

—Ya, ya veo. Perdona. —No sabía de qué hablar con él, ni por qué motivo se sentía obligada a hacerlo.

—¿Vas al rollo *friki* ese? —preguntó Dani apartándose un mechón de pelo que le caía sobre la frente. A pesar de que en ese momento lo tenía recogido en una pequeña y tirante coleta castaña, era más habitual vérselo suelto, por debajo de la altura de las orejas.

—Emmm no —respondió Alicia—. Y ¿tú?

—No. Yo paso.

—Ya… —respondió Alicia observando como detrás de Dani una pareja joven y una niña se acercaban a la orilla.

—Pues debemos de ser los únicos del instituto que no van —continuó su compañero de

clase poniéndose a su lado y mirando a la familia jugar con las olas—. ¿Vas hacia el puerto? Te acompaño.

—No, en realidad iba a darme la vuelta ya —respondió Alicia con tono de disculpa.

—Ah, pues te acompaño también —dijo Dani—. He dejado las zapatillas en la primera entrada y ya llevo un rato, así que, va siendo hora de terminar.

Alicia le miró los pies. Efectivamente, estaba descalzo y los tenía mojados.

—Por mí no lo dejes —dijo—. Solo iba a dar un paseo, pero tan cerca de la orilla tengo frío —continuó, soltando la primera excusa que se le ocurrió.

—No, no te preocupes. Me quedaban solo un par de minutos para volver a la calma, ya sabes.— Alicia movió la cabeza asintiendo, sin saber a qué se refería—. ¿Me acompañas? Las tengo justo al lado de las rocas.

—Claro —respondió Alicia, que no veía otra opción más que la de aceptar, para evitar convertirse en la «chica nueva y borde» del instituto.

—Y ¿qué harás esta tarde? —continuó Dani a su lado, avanzando con facilidad sobre la arena.

—Pues no lo sé. Supongo que estudiar y leer. —Alicia se fijó en que la camiseta se le pegaba al cuerpo y en cómo una gota de sudor le caía por la sien—. Oye. Si quieres puedes ir más rápido. Por mí no te preocupes, de verdad.

—¿No te importa?

—¡No! —respondió aliviada ante la oportunidad de terminar con un claro ejemplo de conversación por compromiso.

—Es que no quiero quedarme frío —se disculpó el chico.

—Tranquilo, de verdad —replicó Alicia con, esta vez sí, una auténtica sonrisa.

—¡Vale! —Comenzó a andar a paso más rápido—. Espérame en la salida, al lado de las escaleras. Ahora mismo voy. No tardo.

Alicia sintió cómo la sonrisa se le congelaba en la cara. Vio cómo se alejaba corriendo antes de dirigirse hacia las escaleras más cercanas arrastrando la arena con los pies. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Marcharse sin despedirse?

—Joder, Alicia… —murmuró para sí misma—. Que tonta eres a veces. ¿Por qué no les has dicho que no, que tenías que irte? Porque no me ha dado tiempo… No he tenido opción —se dijo moviendo la cabeza.

Cuando llegó a la zona de cemento miró el reloj. Las diez pasadas y apenas se veía gente por el paseo. Se volvió hacia la playa y torció el gesto. No acababa de convencerle ese paisaje de barcos y grúas. Le habían contado que en realidad esa playa, la de Poniente, era una playa artificial que se había construido llevando arena desde la de San Lorenzo. Se sentó en la última escalera y se limpió los pies con desgana antes de ponerse las zapatillas. Buscó a su compañero de clase y lo encontró un poco más lejos. Se había quitado la camiseta y se secaba con una toalla, después hizo lo propio con los pantalones cortos de correr para ponerse un chándal y una camiseta de manga larga. Cuando terminó de vestirse se agachó y cogió lo que, desde esa distancia, a Alicia le pareció una mochila. Comenzó a andar hacia ella, estaba ensimismada mirándole andar, mientras se soltaba la coleta y se revolvía el pelo. Entonces él levantó la mirada y la saludó con la mano. Alicia respondió a su saludo avergonzada y agradeció que desde la distancia a la que estaban, Dani no podría ver cómo le subían los colores.

—Pero ¿qué te pasa, Alicia? —se recriminó.

—¡Ya estoy! —dijo Dani subiendo las escaleras con un par de saltos. En una mano llevaba la mochila y una toalla y en la otra las zapatillas.

Se sentó en el bloque de cemento que separaba la playa a lo largo del paseo y que hacía las veces de banco para los transeúntes. Comenzó a quitarse la poca arena que le quedaba en los pies con eficiencia. Alicia fue testigo de la operación en silencio, sin saber qué decir o hacer más que esperar.

—No me molesta la arena, pero mi padre odia encontrarla por casa —se disculpó desde abajo—. ¡Ya está!

Alicia continuaba mirándole en silencio, sin saber qué contestar o, lo que le parecía aún más importante, que esperaba él que le dijese.

—¿Te apetece tomar un café o algo? —preguntó poniéndose en pie—. Yo invito.

—No, no hacer falta, tranquilo.

—Qué va, no es nada. Así me acompañas —replicó Dani—. Después de hacer ejercicio hay que reponer fuerzas —dijo riéndose.

—Eso dicen. —Alicia pensaba que andar media hora por la orilla de la playa estaba lejos de poder considerarse hacer ejercicio.

—¿Vamos?

—Sí —aceptó Alicia andando.

No había cruzado más de un par de palabras con Dani en el instituto y no entendía el motivo de su invitación, pero siendo positiva, era una buena manera de conocer un poco más a un compañero de clase. No quería ser la chica nueva, rara y silenciosa, eternamente.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Dani acomodándose la mochila.

—No sé, no conozco nada por aquí…

—Ah, claro. Pues vamos al *Charlot*, está justo ahí, hace esquina con la calle que lleva a la plaza. Su especialidad es el chocolate con churros, y les sale buenísimo.

—Perfecto, dónde quieras —respondió Alicia—. Pero no me apetece nada chocolate con churros.

—A mí tampoco —dijo Dani mirándola de soslayo.

—Entonces perfecto. Solo por asegurar; Vamos a un sitio en el que hacen un chocolate con churros para chuparse los dedos a tomar un café y un pincho de tortilla —dijo Alicia riéndose—. Muy lógico todo, sí.

—Eso es —rio también Dani—. Hay que ser diferentes, no dejarse llevar por lo que diga la mayoría.

La cafetería en cuestión era un local pequeño y alargado de decoración sencilla en tonos negros y blancos. Alicia pasaba por delante cada vez que iba y volvía del instituto, pero nunca se había fijado en ella. Dani se acercó a la barra y pidió dos cafés con leche y un pincho de tortilla para él.

—Vamos a sentarnos —dijo—. Nos lo llevan todo a la mesa.

Se sentaron al fondo, en un pequeño sofá en el que Alicia temió hundirse, pero que resultó ser más firme y cómodo de lo esperado. Una chica morena y delgada, con un delantal marrón atado a la cintura, dejó sobre la mesa las dos tazas de café, un plato con un gran trozo de tortilla de patatas, una cestita con dos panes pequeños y una servilleta con cubiertos.

—Que buena pinta tiene —dijo Alicia mirando la tortilla y cogiendo su taza para sujetarla con placer entre las manos. Sentir ese tipo de calor siempre le resultaba reconfortante.

—¿Quieres un poco? —dijo Dani ofreciéndole uno de los dos pequeños tenedores que la camarera había dejado sobre la servilleta.

—No, de verdad. Toda tuya.

—Y ¿cómo es que no vas al evento estrella del fin de semana? —dijo Dani antes de meterse

un pedazo de tortilla en la boca.

—No lo sé. Este fin de semana me apetecía estar tranquila, pero no descarto ir el año que viene—respondió Alicia, mucho más cómoda y relajada de lo que se hubiese imaginado unos minutos antes en la playa—. Y ¿tú?

—No me gusta —respondió Dani con naturalidad—. No puedo con todo el tema de super héroes, *hobbits*, dibujos animados y libros de vampiros.

Alicia le miró con atención sin saber muy bien qué decir ante la simplicidad de su respuesta. Todo lo que él no soportaba a ella le encantaba.

—Pues sí, ese parece un buen motivo para no ir —respondió.

—A ver —continuó Dani partiendo otro pedazo de tortilla y acompañándolo con un trozo de pan—. No es que no me gusten nada, pero es que, el tiempo que salimos, Eva me puso la cabeza como un bombo con sus rollos de *Crepúsculo*, vampiros y todas las pelis de *Los Vengadores*, Creo que todavía me dura la sobredosis.

—Oh —El comentario de Dani le sorprendió. No se le había ocurrido que entre él y Eva hubiese habido algo, aunque si lo pensaba, lo cierto era que parecían estar hechos el uno para el otro, por lo menos como pareja tipo *Barbie* y *Ken.*

—No me digas que a ti también te va ese rollo —dijo Dani sacándola de sus pensamientos.

—Un poco —reconoció Alicia—. *Crepúsculo* no demasiado, pero *Visión*^{2} es lo más.

—Ja, ja, ja. No puedo creerme que haya dado con otra *friki*. Vaya ojo tengo —dijo Dani riéndose y negando con la cabeza —. Pues vas a flipar con las fotos que cuelgan todos.

—Bueno, solo estamos tomando un café —replicó Alicia dispuesta a no volver a confesar su ausencia en redes—. Todavía no nos hemos comprometido, estás a tiempo de evitar el drama.

—Toda la razón —dijo Dani riéndose de nuevo ante el comentario de Alicia.

Tuvieron una conversación agradable. Hablaron del instituto, deberes, profesores y de sus respectivos y tranquilos fines de semana. Alicia se despidió de Dani, media hora después, animada y relajada. La cafetería estaba solo a unos cinco minutos de su casa, así que cuando cerró la puerta y entró en su habitación, aún sonreía.

—Hola, cariño —saludó su madre desde la puerta—. ¿Has estado hasta ahora paseando por la playa?

—Sí —respondió Alicia que no tenía ganas de comenzar una nueva conversación sobre la amistad y lo necesaria que le parecía a su madre—. Se estaba bien.

—Pues me alegro. Me voy a la ducha, me has pillado de camino.

—Vale. Después iré yo —dijo Alicia quitándose las zapatillas y observando cómo la arena caía en la alfombra.

18 LEO Y ¿ME HE PERDIDO ALGO?

—¡Buenas!

—Buenos días.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Tú, ¿siempre estás contento? —dijo Alicia.

Leo esperaba en la esquina de la calle, junto al paso de cebra. Como siempre, con una sonrisa en los labios.

—Juraría que esto ya lo hemos hablado… —dijo tocándose la nariz.

—Es posible.

—De verdad, chica seria, que mal despertar tienes —dijo Leo a su lado.

—Sí, eso es verdad —reconoció Alicia—. Necesito mi tiempo para centrarme y hoy me he despertado más tarde, así que…

—Pues entonces que suerte para mí poder gozar de tu compañía.

—Que tonto eres, de verdad —dijo Alicia disimulando una sonrisa—. ¿Qué tal lo del fin de semana?

—Quieres decir el evento al que nos había invitado Juanfran y del que tú te escaqueaste. ¿No? —dijo Leo exagerando el tono de la pregunta.

—Ese mismo.

—Bastante bien. He sacado un montón de fotos para que pudieses lamentarte de todo lo que te has perdido —respondió ofreciéndole su móvil con una imagen de él mismo junto a un *stand* lleno de libros—. Y, tú, ¿qué tal con tus lecturas?

—Te lo agradezco. — Alicia cogió el móvil y comenzó a pasar varias fotografías de Leo y sus amigos rodeados de *cosplayers* y posando junto a figuras a tamaño de real de *Capitán américa* y el resto de *Los Vengadores*—. Muy chulas. Yo muy bien —respondió intentando disimular la envidia que le habían provocado las imágenes que acababa de ver.

—Pues me alegro mucho. —Leo se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Yo también. —Incluso después de que se le hubiesen pegado las sábanas, no hubiese podido desayunar apenas nada y, ni pensar en el bocadillo olvidado sobre la encimera de la cocina, el humor de Alicia había ido a mejor en cuestión de minutos

Delante de ellos, a paso rápido, Alicia distinguió a sus «compañeras» de camino de cada mañana. En esta ocasión se sorprendió al ver a la niña dormida cuando se pararon a su lado en el semáforo.

—Nos encontramos con medio instituto allí —dijo de repente Leo.

—Ya me dijo Dani que al parecer los únicos que no iríamos seríamos él y yo —respondió Alicia ausente, admirando la placidez con la que dormía la niña.

—¿Perdona? —dijo Leo a su lado alzando la voz.

—Qué.

—¿Ya me dijo Dani? —continuó levantando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—¿Qué? —repitió Alicia inocente.

—¿Qué? ¿Qué me he perdido? —preguntó Leo divertido.

—Nada, y quieres cruzar o nos quedamos aquí plantados —dijo Alicia tirándole de la

manga.

—Ja, ja, ja —rió dejándose arrastrar.

Recorrieron el camino junto a las vías del tren, rodeados de gente con prisa, esquivando bicis y adelantando un grupo de mujeres vestidas con mallas y zapatillas de *running*, que a primera vista, parecían más entretenidas en hablar todas a la vez que en realizar alguna actividad deportiva.

—Bueno, qué —dijo Leo dándole uno de sus suaves empujones—. Me lo cuentas o qué.

—Qué quieres que te cuente —dijo Alicia disimulando y mirando alrededor.

—¿Eso de «ya me dijo Dani» por ejemplo? O te vas a hacer la interesante.

—Perdona —protestó Alicia con tono de ofendida—. Yo ya soy interesante.

—Completamente de acuerdo —aceptó Leo sonriendo—, y desde que estás de mejor humor, más —terminó guiñándole un ojo.

—Pues… —comenzó a hablar Alicia—. Me lo encontré el sábado paseando por Poniente. Él iba corriendo, nos vimos, hablamos un poco y me invitó a un café.

—Entiendo… —dijo Leo pensativo—. Y ¿qué tal?

—Bien —respondió Alicia con sinceridad.

—¿Te gusta?

—¿Qué? —Le sorprendió una pregunta tan directa.

—Dani, ¿te gusta? —repitió serio.

—Pues no sé —respondió Alicia incómoda—. Sin más.

—Bueno.

—¿Bueno?

—Sí, bueno. —Alzó los hombros con gesto misterioso—. Venga, vamos va, acelera que es tarde —dijo apretando el paso.

—No, que va —replicó Alicia encantada de cambiar de tema.

—Díselo a Saul y a Juanfran que me estarán esperando.

—Pero a mí no me espera nadie —repuso Alicia con cara de circunstancia.

Leo la miró divertido dejando pasar entre ellos a una mujer con traje de chaqueta y pantalón y unos ruidosos zapatos altos.

—Venga, vamos —dijo Alicia una vez volvieron a estar juntos.

En cuanto vieron a sus amigos Leo aceleró el paso.

—¿Vienes?

—No, tranquilo. Ve, tú —dijo Alicia haciéndole un gesto con la mano para que se adelantase—. Te veo en latín.

—Hasta luego, chica seria —se despidió antes de darse la vuelta.

—Hasta luego, chico alegre —respondió a su espalda Alicia con una sonrisa.

19 HABLANDO CON LEO Y HABRÁ QUE EMPEZAR

No estaba segura de si debía esperar, no lo habían hablado nunca, y aunque suponía que no, tampoco sabía si verla allí plantada, en las escaleras del instituto, esperándole para volver juntos a casa, le molestaría. Además, estaban sus amigos. Siempre volvían los cuatro juntos y le daba vergüenza esperar junto a ellos, meterse en el grupo como si tal cosa. En definitiva, se sentía un poco tonta allí plantada.

—¿Vienes? —dijo una voz a su lado. Tan cerca, que no tuvo otra opción que dar por sentado que se dirigía a ella.

—Sí, claro. —Víctor ya se había adelantado unos pasos.

Era la primera vez que Víctor le hablaba. En realidad, ni siquiera estaba segura de que alguna vez la hubiese mirado, suponía que sí, pero cuando habían estado juntos, había evitado, o más bien ignorado, su mirada, y nunca había participado en una conversación con ella, así que, al ver su espalda, su pelo oscuro y rizado y su nuca de tez marrón oscuro, tuvo la certeza de que sus palabras al bajar la escalera, no estaban dirigidas a ella y que iba a hacer un ridículo enorme cuando se diese la vuelta y la viese junto a su espalda.

—Hola —saludó Juanfran al verla.

—Hola.

—¿Estás esperando a Leo? —preguntó Saul.

—Sí.

—No estábamos seguros —dijo Saul—. Haber venido aquí, con nosotros.

—Sí —apoyó Juanfran buscando su mirada y rehuyéndola después.

Alicia no supo que contestar, pero sonrió agradecida ante el sencillo ofrecimiento.

—¿Vamos?

Leo se puso a su lado, ampliando un poco más el círculo que habían formado los cuatro en la acera mientras le esperaban.

—Sí, tío —dijo Saul ajustándose la mochila en la espalda—. Cada día sales más tarde.

—¡Qué va! —respondió Leo mirando el reloj.

—Un poco sí —apoyó Alicia en voz baja.

—¡Venga ya!

—Qué haces, ¿bajas las escaleras de espaldas o qué? —preguntó Juanfran, provocando las risas de todos.

—Vale, hoy estáis todos especialmente graciosos por lo que veo —se quejó Leo intentando disimular una sonrisa —Tú ¿también, chica seria?

—No —contestó Alicia solemne—. Eso nunca.

—Menos mal que puedo contar siempre con tu mal humor.

—De nada —respondió Alicia sonriendo.

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaban andando y de que esta vez, no iba la última, rezagada y esperando a llegar a la calle en la que se separaban para colocarse junto a Leo. Iban todos juntos, hablando entre ellos, como si Alicia fuese una más, obligando a los chicos que también habían salido del instituto, a adelantarles o esquivarles.

—No sabía que ibas a esperarme —dijo Leo una vez estuvieron solos.

—Sí, bueno. No estaba segura —reconoció Alicia.

—Pues que bien que al final te has decidido.

—En realidad ha sido Víctor. —La expresión de curiosidad que recibió como respuesta la invitó a continuar—. Estaba en las escaleras, dudando entre esperarte o no, y Víctor ha pasado por mi lado y me ha preguntado si le acompañaba.

—Y ¿por qué has dudado?

—No sé, porque nunca hemos hablado de esperarnos para volver juntos y no sabía si te parecería mal.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba sentarme mal? Nunca hemos hablado de venir juntos por las mañanas y yo te espero en el portal —respondió con naturalidad—. Además, que sepas, que me ha hecho una ilusión de la leche verte con estos. Me ha gustado.

—Me alegro. ¡Oye! —dijo Alicia de repente—. Si quieres ir por el camino corto, puedes hacerlo, eh.

—¿Te apetece ir por el camino corto? —preguntó extrañado—. Pensaba que no te gustaba.

—No. Yo no voy a ir. Digo que si tú quieres ir me parece bien, que no dejes de hacerlo por mí.

—Y ¿por qué iba a querer ir yo por el camino corto?

—No sé, solo digo que, si quieres ir que por mí…

—Ya, ya te he entendido —la cortó Leo—. Pero no quiero, tranquila. Prefiero ir contigo.

—Guay —contestó casi en un susurro.

—Oye, tú. —Levantó la voz como si un recuerdo o pensamiento olvidado le abordase de repente—. ¿Cuándo pretendes que comencemos con los entrenamientos?

—¿Cómo que cuándo pretendo yo? Pensaba que tú me lo dirías.

—Vale, pues empezamos el viernes.

—¿El viernes? —No se preocupó en disimular las pocas ganas que le producía el plan—. Pero si eso es pasado mañana.

—En algún momento habrá que empezar —respondió Leo alzando los hombros.

—Ya, pero un viernes…

—Y el lunes porque es lunes y tampoco te parecerá buen día.

—Ya —admitió consciente de que la posibilidad de que encontrase pegas a cualquier día que propusiese era muy alta.

—Pues eso. El viernes a las 16:30 en tu portal.

—Vale…

—Eso es, con alegría.

—Dame tiempo para asimilarlo —se quejó Alicia—. El viernes me tendrás a las 16:30 aquí mismo con una sonrisa en los labios —dijo mientras señalaba su portal con el brazo extendido.

—Tendré que creerte —respondió Leo a modo de despedida, antes de darse la vuelta para cruzar por el paso de cebra.

—Hasta mañana —dijo Alicia mientras le observaba atravesar la pequeña plaza.

20 CENANDO CON ANDREA Y MAÑANA EMPIEZO A ENTRENAR

Sabía que su hija estaba inquieta, a pesar de que ya no hablasen cómo antes, seguía conociéndola. Muy en el fondo, por mucho que se alejase, seguía siendo su niña. Y justo porque la conocía, sabía que debía darle tiempo, dejar que fuese ella la que diese el paso, la que hablase en primer lugar, a pesar de que el nudo que sentía en el estómago se hacía cada vez más grande.

—Mañana he quedado para hacer ejercicio —dijo por fin echándose agua de la enorme jarra de cristal que solía presidir las comidas y cenas de su casa—. ¿Quieres?

—Sí, por favor —respondió su madre empujando con suavidad el vaso hacia ella. Esperó que ese gesto hubiese ayudado a disimular el alivio y la curiosidad que le habían provocado las palabras de su hija.

Andrea dejó que se tomase su tiempo para continuar, desde luego, eso no se lo había esperado. Cierto que no había sabido qué esperar, pero la noticia de que su hija iba a hacer deporte no estaba entre sus diez primeras opciones. Si su inquietud se debía a eso, el nudo del estómago podía volver a su tamaño natural.

A pesar de que ninguna de las dos hablaba, la cocina no estaba en silencio. Viviendo donde lo hacían, era difícil no escuchar el ruido del tráfico o de voces en la calle. No llevaban mucho tiempo allí, pero incluso a eso se habían casi acostumbrado.

—Y ¿qué? —dijo Alicia mirando a su madre con interés.

Andrea sopesó, durante unos largos tres segundos, poner cara de inocente y fingir que no sabía a qué se refería, pero no tenía ningún sentido.

—¿Qué?

—No sé. ¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga, cariño? —preguntó a su vez, alzando los hombros y con cara de circunstancia—. ¿Te saco algo de postre? —dijo levantándose de la mesa.

—No —respondió Alicia frunciendo el ceño—. Bueno, sí. Una manzana, por favor.

Su madre lavó una pera y una manzana y tras apartar los respectivos platos de arroz vacíos, las dejó sobre la mesa

—He quedado con Leo —continuó Alicia sin dejar de mirar a su madre—. Me va a ayudar a preparar una prueba para educación física.

—¿Qué prueba? —preguntó Andrea, mostrando una atención exagerada en cortar un trozo de pera con el cuchillo.

—A final de curso, como prueba final —comenzó a explicar su hija moviendo la manzana de una mano a otra—, hay que correr, hacer abdominales, flexiones y un par de dominadas.

—Oh, Dios mío y ¿qué vas a hacer? —preguntó Andrea dejando la pera en la mesa.

—Jo, ama. Tampoco te pases.

—Perdona... Es que, tú corriendo y haciendo flexiones y abdominales… Entiende que no lo vea claro.

—Y un par de dominadas, una por lo menos…

—Pues eso —dijo su madre disculpándose con una sonrisa—. No tengo ninguna duda de que puedes hacerlo, pero…

—¿Pero? —la cortó Alicia dudando de que sentirse ofendida tuviese algún sentido.

—Pero —continuó su madre—, te va a costar y te va a suponer, además, un esfuerzo al que no estás acostumbrada, cariño.

—Ya lo sé —admitió—. Por eso estoy preocupada.

—Bueno. Aún hay tiempo.

—Sí —dijo Alicia más animada—. Y a Leo se le debe de dar muy bien la prueba, así que…

—Pues ya está —dijo Andrea sonriendo con seguridad a su hija—. Una vez que empieces a prepararte, y con ayuda, además, verás cómo empiezas a estar más tranquila.

—¿Tú crees? —preguntó Alicia alternando la mirada entre su madre y la manzana que aún sostenía entre las manos.

—Claro. Según vayas entrenando verás que te cuesta menos y que eres capaz de eso y más.

Alicia miró a Andrea y le dio, por fin, un mordisco a la manzana. Masticó con lentitud, pensando en las palabras de su madre. Parecía lógico, pero también la conocía y sabía que podía ponerse en plan motivacional muy rápido. Y la verdad era que, si aquellas palabras que le habían ayudado a sentirse más tranquila escondían algo de eso, por ella no había ningún problema.

—Y Leo, ¿es el chico con el que vas a clase? —Andrea volvió a lo que, a juzgar por su concentración, era la complicada tarea de cortar una pera para comérsela después.

—Sí —contestó Alicia escondiendo una sonrisa. Ya sabía por dónde iba su madre y a decir verdad, era lo que había esperado desde un primer momento, así que, decidió seguirle el juego y, por una vez, olvidar su parte arisca y esquiva para contestarla.

—Entonces, os lleváis bien, ¿no?

—Pues sí. La verdad es que sí —respondió Alicia—. Es majo.

—Me alegro —dijo su madre.

Alicia esperó a que, durante el tiempo que tardaron en terminar de cenar y recoger la cocina, su madre continuase con la conversación o volviese a sacar el tema, pero no ocurrió. Se limitó a recoger en silencio, con un amago constante de sonrisa en los labios, y después, se fue al cuarto de baño a llevar a cabo su ritual nocturno de limpieza dental y facial. Ella, por su parte, se lavó los dientes, se puso el pijama y se sentó con los pies sobre el sofá y un libro en las rodillas.

Estaba a punto de terminar el segundo título de una trilogía sobre un policía de Vitoria que la tenía enganchadísima, y pasó el tiempo antes de acostarse, tranquila, concentrada en terminarlo y pensando en qué momento podría ir a la biblioteca para coger el tercero. Su madre, por su parte, se sentó en la otra esquina del sofá fingiendo cotillear en sus redes sociales, cuando en realidad, se limitaba a pasar fotos y publicaciones sin prestar atención. Había visto una sonrisa en los labios, y lo que era más importante, en los ojos de su hija. No sabía si se debía a que por fin había hecho un amigo, a que lo consideraba más que eso y su relación estaba cambiando o a que por fin se estaba relajando. Pero sí tenía una cosa clara, y era que gran parte de la culpa de esa sonrisa la tenía ese tal Leo y ella iba a hacer todo lo posible por seguir viéndola.

21 ¿Y LEO?

Se asomó al patio y buscó con la mirada al grupo de Leo. Al no verlos sentados en ningún banco pensó que no tendría suerte, pero tras medio minuto de inspección ocular más detallada, los encontró caminando por el patio sin destino aparente. Decidió no pensarlo y acercarse a ellos, pero esta vez, de manera intencionada. Examinó a los grupos que iba encontrándose o adelantando a su paso. Eva, Paula y Dani sentados en el suelo, apoyados en una de las paredes, le saludaron con una sonrisa. Deva estaba sentada en las escaleras junto a un chico que Alicia no conocía, ambos con las cabezas sumergidas en lo que le pareció una novela gráfica. Y varios chicos y chicas más, a los que tan solo conocía de vista, caminaban por el patio o se sentaban en grupos por cualquiera de los rincones que aún quedaban libres. Los profesores encargados de vigilar eran Santi y J.J. Una sonrisa involuntaria acudió a los labios de Alicia al ver el ímpetu con el que su profesor de latín hablaba y movía las manos.

—Hola —dijo al llegar a la altura de los tres chicos.

—Buenas —contestó Saul.

—¿No ha venido Leo hoy? —preguntó Alicia sin centrarse en ninguno de los tres en particular, alternando la mirada entre todos ellos.

—No —contestó Juanfran con voz suave, mirándola de reojo—. Ha ido al médico.

—¿Por? ¿Qué le pasa? —preguntó sin pensar.

Le había sorprendido no encontrarle en el portal al salir de casa a la mañana. Esperó un rato, hasta que los nervios que le producía pensar en llegar tarde al instituto pudieron con ella. Daba por sentado que se encontrarían en clase de latín, pero tampoco había aparecido, así que, se decidió a preguntarles en la hora del recreo.

—Sus cosas. Ya sabes —contestó Juanfran evasivo.

—No, no sé. —respondió Alicia molesta—. ¿Qué cosas?

Se miraron los tres sin decir nada. A Alicia no le hizo falta que le contestasen para darse cuenta de que pasaba algo de lo que no estaba enterada y de lo que, a juzgar por el silencio, tampoco iba a enterarse en ese momento.

—Pero, ¿está bien? —preguntó con preocupación.

—Sí —dijo Saul—. Ya te contará él —añadió después con una sonrisa tranquilizadora.

—Hoy a la tarde hemos quedado, pero… —continuó Alicia.

—Pues seguro que irá —contestó Saul.

—Vamos a preparar la prueba final de educación física. Se me da bastante mal y… —Alicia dejó morir la frase sin saber qué más decir.

—Pues a Leo se le da muy bien —dijo Juanfran.

—Eso me han dicho. —Alicia recordó el comentario de Deva sobre las dotes físicas de Leo y la buscó con la mirada.

—¿Vienes para arriba? —preguntó Saul mirando el reloj.

Alicia se sorprendió al ver que sin darse cuenta había comenzado a pasear con ellos al llegar a su lado.

—Sí —contestó.

Subieron las escaleras en silencio. Saul y Víctor delante y Juanfran y ella algo más rezagados, entre el resto de alumnos que también se dirigían a sus respectivas clases.

—Nos vemos luego —se despidió Juanfran al llegar a la clase de Alicia.

—Sí, hasta luego.

Pasó el resto de las horas intentando centrarse. Los exámenes de evaluación acababan de empezar, pero era incapaz de no darle vueltas a la conversación que había mantenido con los chicos sobre la visita de Leo al médico. Eso de "ya te contará él", por algún motivo, no le había gustado nada.

La noticia de que para literatura universal tendrían que presentar un trabajo en grupo, que valdría el cuarenta por ciento de la nota, no ayudó a que su estado de ánimo mejorase. Por suerte, no tendría que preocuparse en encontrar a alguien que quisiera hacerlo con ella. Raquel, la profesora, había anunciado que ella se encargaría de formar los grupos. El lunes daría los nombres de los componentes de cada uno y les comunicaría sobre qué obra literaria debería tratar dicho trabajo.

Alicia decidió que, por el momento, dejaría esa preocupación en segundo plano, poco más podía hacer al respecto.

22 EMPEZAMOS

A pesar de que no estaba segura de que Leo acudiese a su cita, estaba tan nerviosa que bajó incluso antes de tiempo. Cuando estuvo abajo se dio cuenta de que podría haberle mandado un mensaje para preguntarle si iba a ir. Llamar no, odiaba hablar por teléfono, le parecía demasiado invasivo. Pero, de todas formas, al ver la hora que era, se dio cuenta de que ya no tenía sentido. Además, se había vestido con pantalón de chándal y zapatillas de deporte, si después de esperar un rato, Leo no aparecía, se iría a correr de todas formas.

—Llegas pronto —dijo Alicia sorprendida al ver a Leo acercándose a su portal.

—Sí, y aun así, tú ya estás aquí, así que… —respondió alzando los hombros con una sonrisa.

Alicia le miró con el ceño fruncido, buscando algún indicio de mal estar, de enfermedad o dolor disimulado. Pero parecía estar como siempre, sonreía, le miraba divertido y se había puesto, como ella, un pantalón de chándal, camiseta técnica, que podía ver a través del cuello en pico de una sudadera y zapatillas deportivas.

—¿Y bien?

—¿Y bien? —repitió Alicia.

—Tú dirás. ¿Empezamos o prefieres que nos quedamos un poco más en tu portal? Así podrás seguir mirándome con cara de sospecha sin que nadie te moleste

—Bah —respondió Alicia negando con la cabeza—. Tú estás tonto.

—¿Tonto? ¿Por? —La expresión de sorpresa de Leo era imposible de fingir.

—Por nada, da igual. ¿Vamos?

—¿Qué te pasa? —preguntó indicándole con la mano la dirección a la que se dirigían y comenzando a andar.

—Nada —respondió Alicia.

—Oye, que si no quieres no hacemos nada —replicó serio.

—No, no es eso.

—Pues entonces, tú dirás. Porque está claro que te pasa algo.

—Que estaba preocupada —soltó Alicia.

—Pero, ¿por qué? Si hoy no vamos a hacer nada —comenzó a explicar Leo—. Solo quiero ver cómo estás. Desde que punto partimos para preparar los entrenamientos.

—Y, tú ¿cómo estás? —preguntó Alicia con una mal fingida indiferencia.

—¿Yo? Bien —respondió Leo perplejo—. Me gusta el deporte y suelo practicar…

—¡No! Que cómo estás, si estás enfermo o te encuentras mal.

—¡Ah! No, estoy estupendamente —respondió.

—Y ¿por qué has ido al médico?

—Y , tú ¿cómo te has enterado de que he ido al médico? —preguntó torciendo el gesto.

—Pues no has ido a clase y, además, le he preguntado a los chicos —respondió Alicia a la defensiva.

—Ah, vale. —La mirada de Leo pasó de ella al suelo y tras unos segundos, regresó a los ojos castaños de Alicia—. Pues estoy bien.

—Y ¿qué más?

—¿Más? Nada más.

—Vale… —Sopesó la idea de decirle que, de eso nada, que le estaba mintiendo, pero se abstuvo. Si no quería contarle de qué iba todo eso del médico allá él, era cosa suya.

—¡Bueno! —dijo Leo dando una palmada y sacándola de sus pensamientos—. ¿Te apetece calentar un poco?

—¿Aquí? —Alicia miró a su alrededor. Habían llegado al paseo de la playa. En ese momento apenas había una docena de personas en toda su extensión, o al menos, en la que podía ver ella.

—Sí —respondió Leo mirando alrededor a su vez—. Ni nos molestarán ni nosotros molestaremos a nadie. Venga, empezamos con los tobillos. Vamos a movilizarlos un poco.

—Vale…

Leo miró a Alicia unos segundos, mientras ella centraba toda su atención en los movimientos de giro que hacía con los pies. Estaba tensa, seria, tenía la mirada triste y los labios apretados. Y no le gustó.

—Alicia —dijo con dulzura—. No tienes de qué avergonzarte conmigo.

—Ya… —dijo Alicia esquivando su mirada.

—Cambia al otro—le indicó mientras repetía los giros después de cambiar de pie—. De hecho, no tienes que avergonzarte ni conmigo ni con nadie.

—Ya lo sé —repitió Alicia con una mueca que debería haber sido una sonrisa.

—Deja de decir «ya». —Leo comenzó a hacer giros con las piernas juntas, agarrándose las rodillas—. Vamos con las rodillas, diez hacia un lado y diez hacia el otro. —Dio las instrucciones sin apartar la mirada del rostro de Alicia. Verla así le provocaba un nudo en el estómago—. Suficiente. Vamos a la cintura. Otra vez, diez hacia un lado y diez hacia el otro —dijo realizando él mismo giro con la cintura, que Alicia imitó de manera tímida y vaga—. Alicia, mírame.

—Qué…

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Leo rotando los hombros hacia delante e indicándole a Alicia, con la mirada, que le imitase.

—Porque me dijiste que me ayudarías con la prueba. Pero si no quieres, pues no pasa nada.

—No, no he dicho eso —respondió cambiando la dirección de la rotación—. ¿Por qué estás aquí, conmigo?

—¿Me estás vacilando? Te lo acabo de decir —respondió Alicia molesta.

Leo ocultó una sonrisa mientras comenzaba a girar los codos y Alicia le imitaba. La única manera de que su compañera de entrenamiento saliese de su nubarrón gris era provocándole, lo justo para que le sostuviese la mirada. Y eso era lo que estaba haciendo.

—Vale. Me parece que me he explicado mal —reconoció Leo—. ¿Por qué estás aquí conmigo y no con otra persona?

—Y ¿con quién iba a estar? —preguntó Alicia deteniéndose.

—No, no pares. Ahora las muñecas. Círculos hacia un lado y luego hacia el otro. Podrías estar con Dani, por ejemplo —le dijo Leo.

—Pues porque, tú me lo dijiste…

—Y Dani también lo haría. Si se lo pidieses o le insinuases que te gustaría que te ayudase, lo haría. Y los dos lo sabemos.

—Pues porque, tú… —Alicia no supo continuar. ¿Cuál era la razón por la que estaba allí con Leo? —. Porque tú eres mi amigo.

—Sí, eso me parecía a mí —dijo Leo sonriendo—. Venga, mírame, que vamos a mover el

cuello y luego empezamos, y hacia dónde dirijas la mirada cuando haces los ejercicios es más importante de lo que crees.

—¿Por? —preguntó Alicia con curiosidad.

—Oh, no, no —respondió Leo divertido—. Eso formará parte de nuestra próxima lección querida pupila.

—¿Pupila? —preguntó Alicia subiendo una ceja—. Y eso qué significa, ¿que, tú eres mi maestro?

—Obviamente.

—Por Dios… —dijo Alicia con un amago de sonrisa.

—¡Venga, va! —le animó—. Vamos a trotar un poco. ¡No! —dijo ante el gesto de Alicia—. No te quejes ni te pongas nerviosa. Solo vamos a trotar, no hay que hacer marcas o correr una maratón. Solo cinco minutos trotando a ritmo suave. No te vas ni a cansar.

—Vale —respondió Alicia con tranquilidad.

—Pues a ello, chica seria.

Leo comenzó a trotar a ritmo lento, tal y como le había asegurado que haría, y Alicia le siguió. Al principio se sintió algo cohibida, pero tras los dos primeros minutos consiguió relajarse.

—¿Cómo vas? —preguntó Leo mirando al frente.

—Bien. Creo…

—Si lo crees, es que sí —aseguró Leo mirándola—. Nos queda un minuto. Cómo te ves para añadir, por ejemplo, tres más.

—Bien —respondió Alicia.

—Genial. Tres minutos más y luego paramos y estiramos un poco. ¿Te parece?

—Sí. —Esta vez no esquivó la mirada de Leo y a cambio, recibió una de sus sonrisas, abierta y sincera.

Alicia tenía bastante flexibilidad y Leo más bien poca, así que disfrutó de su sufrimiento intentando ocultar una sonrisa.

—Descansa mucho —dijo Leo cuando llegaron al portal.

—Sí. Tengo todo el fin de semana para recuperar.

—Nos vemos el lunes a la mañana, chica seria. —Los ojos de Leo brillaban más de lo habitual, o al menos, eso le pareció a Alicia.

—Hasta el lunes —se despidió Alicia.

—No ha sido tan terrible, ¿verdad? —Leo le miró a los ojos. No sonreía, pero había calidez en ese brillo nuevo.

—No —reconoció Alicia—. Ha estado bien.

—Hasta el lunes —repitió Leo antes de darse la vuelta.

—Hasta el lunes.

No se metió en el portal, se quedó mirando cómo se alejaba, cómo esperaba en el paso de cebra a que pasase una furgoneta de reparto y después cruzaba. Giró la cabeza y levantó la mano, Alicia correspondió el gesto, pero siguió observándole cruzar la plaza. Le pareció que cojeaba, como si estuviese agotado, miró con más atención pero Leo ya estaba cruzando el semáforo.

—No —dijo para sí mientras se daba la vuelta dispuesta a entrar en el portal.

23 ¿QUÉ TE GUSTA?

—¡Egunon por la mañana! —exclamó Alicia cuando vio a Leo esperándola junto a su portal.

—¡Egunon! Supongo —respondió divertido.

—Sí, supones bien. Es como decir buenos días.

—Oye, ¿de dónde eres? —preguntó mirándola de reojo.

—Pero bueno, pensaba que lo sabías todo sobre mí —respondió Alicia divertida.

—No, todo no.

—Pues dime ¿qué sabes? —Quiso saber curiosa.

—Veamos —respondió Leo poniéndose un dedo en la barbilla con teatralidad—. Sé que vienes del País Vasco, pero no sé de dónde concretamente.

—Aja. Soy de un pueblo de Bizkaia, Galdakao, cerca de Bilbao —respondió Alicia mirando al frente y disimulando una sonrisa—. Qué más.

—Sé que no te gustan el humo y la contaminación.

—No, no me gusta —apoyó Alicia.

—Ni el tabaco.

—Odio el tabaco, me parece asqueroso. —Leo sonrió para sí. Sabía de sobra cuál sería la reacción de Alicia y le estaba empezando a coger el gusto a eso de picarla de vez en cuando—. Me parece un vicio absurdo y asqueroso. ¿Te he dicho ya lo asqueroso que me parece? Gente convirtiéndose en chimeneas, asfixiándose ellos mismos y a los que estamos alrededor, es…

—Es absurdo y asqueroso —dijo Leo terminando la frase por ella.

—¡En efecto!

—Sé que te gusta leer —continuó cambiando de tema—, pero no sé el qué.

—Yo tampoco —dijo Alicia sorprendiendo a Leo.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Creo que es porque simplemente me gusta leer —respondió con sinceridad—. Leo de todo.

—¿De todo? —replicó Leo—. Habrá algo que no te guste.

—Pues seguro que sí —otorgó Alicia.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿Por qué no?

—No lo sé —reconoció Leo—. Y ¿qué te gusta ver?

—Madre mía, que interrogatorio —se quejó Alicia.

—Tú has tenido la culpa.

—De eso nada. Yo solo quería saber qué sabes de mí y, tú te has venido arriba.

—Ja, ja, ja. Puede ser —reconoció Leo.

—Me gusta *La princesa prometida*.

—¿De verdad?

—Sí, la película, pero es que el libro me parece una maravilla. Y *Drácula*.

—¿Libro o película?

—Libro.

—O sea, que eres una romántica —sentenció Leo.

—Qué va.

—Si, lo siento, pero sí.

—Ni idea tienes.

—No es malo ser una romántica —dijo Leo rodeándola con el brazo y apretándole el hombro.

—Buuuuf, qué paciencia —respondió poniendo los ojos en blanco y simulando que intentaba zafarse del brazo de Leo sin demasiada convicción—. Y, ¿tú?

—¿Yo? Yo, ¿qué?

—¿Te gusta leer, el cine, algo?

—Sí.

—Sí, qué.

—Sí a todo —dijo Leo sacándole la lengua.

—Si es que eres un niño…

—Y del instituto, ¿qué me dices?

—Qué quieres que te diga, a ver…

—Que te gusta y que no.

—Sí que estás curioso hoy, ¿no? —Leo no respondió, la miró entornando los ojos y con una promesa de una de sus eternas sonrisas en los labios—. Veamos… Lo que menos creo que es la sensación de estar expuesta, de estar continuamente rodeada de gente… —Esperó una reacción de Leo, pero no llegó. No quiso girarse para comprobar si la miraba y qué podía haber en aquella posible mirada—. Y lo que más, está claro.

—Yo —dijo Leo señalándose.

—Estaba pensando más bien en latín —repuso Alicia rompiendo a reír mientras Leo se tapaba la cara con la mano y negaba con la cabeza—. Ja, ja, ja. ¿Qué te pasa, chico alegre?

—Las románticas estáis locas…

24 HACIENDO EL GRUPO PARA LITERATURA Y ESCRIBE A DANI

—¡Muy bien! —Raquel, la profesora de literatura universal, entró cargada de libros y haciendo, después, malabares para cerrar la puerta sin usar las manos. Alicia se preguntó cómo se las había arreglado para abrirla unos segundos antes—. Lo primero que vamos a hacer es quitarnos de encima el tema de los grupos para el trabajo de evaluación —dijo mientras dejaba sobre su mesa un montón de libros de diferentes tamaños y grosores—. Imagino que os habrá quitado el sueño este fin de semana.

Alicia miró a su alrededor cuando un murmullo general, con respuestas de todo tipo, se adueñó del aula.

—Veamos —continuó la profesora—, sois veintisiete en clase por lo que, a pesar de estar en clase de literatura, no se os escapará la sencilla operación matemática que he llevado a cabo para formar los grupos. —Recolocó los libros en diferentes montones y paseó la mirada por la clase a la espera de que el murmullo cesase—. Habrá nueve grupos de tres personas y cada uno tendrá un libro que tendréis que pasaros entre vosotros. —Una queja global e indefinida comenzó a formarse—. ¡A ver¡ —La respuesta de Raquel fue rápida y enérgica. Tras varios años de docencia, sabía cuándo una situación podría irse de las manos y había aprendido que a veces era necesario alzar la voz, solo lo justo, para recuperar la atención de sus alborotados alumnos—. Vamos a tranquilizarnos. Son en su mayoría obras cortas y fáciles de encontrar en cualquiera de nuestras múltiples y bien dotadas bibliotecas públicas. Además, de algunos títulos he traído varias copias, así que no será tan tremendo. ¡Empecemos!

El anuncio de cada grupo estuvo acompañado de sus respectivos comentarios. Alicia mientras tanto, intentaba controlar la sensación de agobio que le provocaba la situación. Aún era leve, podría con ella. No importaba con quién le tocase en su grupo. Todos los de su clase eran bastante agradables y no tenía problemas con ninguno. Además, se trataba de leer y eso siempre era algo bueno, se dijo para darse ánimos. Intentó averiguar qué tipo de orden había seguido la profesora para organizar cada grupo, pero en seguida se dio cuenta de que no parecía haber ninguna lógica, como si hubiese sacado los nombres de un sombrero, al azar.

—Alicia, Dani y Deva. —La voz de Raquel, anunciando su grupo, le devolvió a la realidad y le provocó una sonrisa. Era un buen grupo, de eso no había duda—. Tenéis para elegir entre *El guardián entre el centeno* y *El señor de las moscas.*

Alicia buscó con la mirada a sus compañeros y se encontró a una Deva sonriente que alzaba el pulgar en señal de confirmación. Saltaba a la vista que estaba tan encantada como ella. Dani resultó ser otra historia. Apenas le dedicó una mirada de resignación antes de centrar toda su atención en la mesa vacía que tenía frente a él.

—Os doy cinco minutos para elegir título y empezamos la clase. Para los que me vais a preguntar por el tipo de trabajo que quiero, os lo pondré fácil. Os pasaré una serie preguntas que espero que rellenéis junto a un resumen escrito, en común, entre los tres miembros de cada grupo —dijo la profesora en cuanto terminó de leer el listado de nombres—. No alborotéis demasiado, por favor.

Alicia, al igual que muchos de sus compañeros, se levantó y junto a Deva, se acercó a la

mesa de Dani que no parecía tener ningún interés en saber nada del trabajo ni de ellas.

—Bien, ¿qué queréis? —La primera en hablar fue Deva, que alternaba la mirada entre sus dos compañeros—. Yo tengo los dos en casa y los he leído varias veces, así que me da igual.

—A mí también me da igual —declaró Dani sombrío.

—Pues, como a ninguno os importa, me decantó por *El señor de las moscas* —eligió Alicia intentando mostrarse segura.

—¡Perfecto! —dijo Deva con una sonrisa—. El trabajo es para la semana que viene, así que, si queréis podemos quedar en casa de alguno el sábado o el domingo, y nos lo ventilamos.

—¿Qué? ¿No tendríamos que quedar para leer las preguntas antes?

—Pero si ya nos lo hemos leído todos —le cortó Deva—. Es un libro fácil de leer y entender y creo, que con un mensaje que no se nos va a escapar a ninguno. Así que… En una tarde lo tenemos hecho.

—No sé… —dudó Alicia.

—Si queréis quedar vosotros antes, por mí no hay problema. Decidme cuándo y dónde y si puedo voy. El fin de semana seguro, pero entre semana estará más complicado. Tengo mucho que estudiar.

—Mira que lista… Como todos —replicó Dani malhumorado.

—Pues más a mi favor —contestó Deva con hastío.

—Vale —cortó Alicia—. El fin de semana.

—Te apunto mi teléfono y nos organizamos por Telegram luego.

—Perfecto —respondió Alicia viendo como Deva apuntaba su número en medio folio doblado que llevaba en la mano, y se lo pasaba después a Dani, que hizo lo mismo antes de dárselo a ella.

—Vale… —dijo Alicia incómoda ante el papel de organizadora que le habían otorgado—. Después de clase haré el grupo y quedamos para el fin de semana.

—Genial —agradeció Deva antes de volver a su sitio.

—Sí, genial. —Dani comenzó a revolver en su mochila. Alicia no sabía qué hacer, supuso que le diría algo, pero no lo hizo y se decidió a volver a su mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Leo después de clase, en cuanto llegó a su lado.

—Nada —respondió Alicia evasiva.

—¡Claro que sí! —La respuesta de Leo le molestó mucho más de lo que hubiese debido.

—Pues no me pasa nada —repitió Alicia sin ocultar su malestar.

—Chicos, ¿a que le pasa algo?

La respuesta fue unánime. Incluso Víctor asintió con la cabeza.

—Se te nota mucho. Lo siento.

—Pues no es nada —insistió Alicia—. Así que no os preocupéis.

—Lo que quieras —otorgó Leo mirándola brevemente antes de dirigir su atención a Juanfran, que iba a su lado.

El resto del camino, Alicia lo pasó en silencio. El único momento en el que abrió la boca lo hizo para despedirse de los chicos en la zona de siempre. Estaba segura de que Leo volvería al ataque e insistiría en saber qué le pasaba, pero no lo hizo. Solo se mantuvo a su lado, intentando esquivar a transeúntes apresurados y paseantes relajados.

—Me ha tocado con Dani y Deva en el grupo.

Su compañero de trayecto la miró dando a entender, con un gesto de negación, que no sabía a qué se refería.

—Vale… Tenemos que hacer un trabajo para literatura universal y me ha tocado con Dani y

Deva.

—Pues no me parece tan mala noticia. Por lo menos para ti, yo me estaría dando cabezazos contra la pared si me tocase con tu amiga. —Alicia le miró sorprendida, no le parecía habitual que Leo hablase así de nadie—. No es que me caiga mal —aclaró este—. Es solo que me pondría de los nervios.

—Pues algo así ha debido de pensar Dani —dijo Alicia bajando la voz—. Yo creo que en cuanto llegue a casa empezará a darse contra la pared de su habitación.

—¿Dani? —Alicia asintió con la cabeza—. Qué raro…

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé. No suele tener problemas con nadie.

—Pues hoy, cuando la profesora ha dado los grupos y los libros que teníamos que leer, parecía de todo menos feliz. Y ha sido un borde de mierda —añadió tras pensarlo un momento.

—Pues me parece rarísimo —insistió Leo —. Y más, habiéndole tocado contigo.

—¿Conmigo? —preguntó perpleja.

—Claro. Estoy seguro de que era lo que quería —respondió Leo guiñándole un ojo.

—¿Qué le tocase conmigo? —Alicia no salía de su asombro.

—De verdad, chica seria, no te enteras de nada. Y ¿qué libro os ha tocado?

—Teníamos que elegir entre *El guardián entre el centeno* y *El señor de las moscas*. Como a ninguno le importaba, al final me ha tocado decidir a mí —respondió Alicia incómoda—. He elegido *El señor de las moscas.*

—¿No te gusta *Holden*[3]? —preguntó Leo divertido.

—No, la verdad es que no le acabo de pillar el punto…

—Bueno, es un personaje… diferente.

—Oye, ¿te has leído *El guardián entre el centeno*? —preguntó Alicia extrañada.

—Por supuesto. Lo que me extraña es que se lo haya leído una romántica empedernida como tú —replicó Leo riéndose.

—Paso de ti —declaró Alicia acelerando el paso.

—Y al final, ¿dónde está el problema? —Leo dio un par de zancadas rápidas hasta ponerse a su lado.

—¿Qué problema?

—El de Dani. ¿Qué le ha molestado?

—Pues eso me gustaría saber a mí, porque no lo sé —respondió Alicia alzando los hombros —. Tengo que hacer un grupo entre los tres para quedar el sábado.

—Pues pregúntale. Cuando hagas el grupo, escríbele —dijo Leo.

—Sí, claro.

—¿Qué pasa?

—Que no le voy a escribir, no le conozco —dijo Alicia.

—De verdad que a vece eres más rara…

—No es ser rara, es que no tengo confianza para escribirle —se defendió intentando que su réplica no pareciese una justificación.

—Lo que quieras, chica seria —dijo Leo al llegar a su portal—. ¿Cómo lo tienes mañana para quedar y entrenar un rato?

—Bien, supongo. Si no tardamos mucho… Tengo que estudiar una barbaridad.

—Tranquila, yo también. Pero nos vendría bien despejarnos un poco y pensar en otra cosa —dijo Leo alejándose hacia el paso de cebra.

—Pues sí. Hasta mañana.

—Hasta mañana. Y escribe a Dani —dijo Leo desde la plaza.
—¡No!

Cuando esa noche, después de cenar, cogió el papel doblado con los números de teléfono de Deva y Dani para hacer el grupo, durante unos segundos, dudó sobre sí debía seguir el consejo de Leo y escribir a Dani o no. No le escribió, no sabía qué problema tendría con el trabajo, el libro o ella, pero decidió que tampoco tenía tanta necesidad de averiguarlo. Tras formar el grupo con el nombre de «trabajo de literatura» recibió un icono con el pulgar levantado por parte de Deva, de Dani nada.

25 ANDREA ESTÁ PREOCUPADA

Cuando llegó a la cocina, con paso lento y razonablemente somnolienta, se sorprendió al ver a su madre sentada a la mesa con una taza entre las manos. No le extrañó que estuviese despierta, comenzaba a trabajar muy temprano, a veces incluso antes de las 07:30, de hecho, lo raro hubiese sido lo contario. «Es lo que tiene trabajar con un equipo formado por personas que viven cada una en una parte diferente del mundo» decía a menudo. Lo que le sorprendió fue verla allí, en la cocina, sentada y con la taza casi vacía.

—Hola —saludó Alicia abriendo la nevera.

—Hola —repitió su madre ausente.

—¿Todo bien?

—¿Eh?

—Qué raro que estés aquí a estas horas. ¿No? —respondió señalando con la cabeza el reloj que colgaba en la pared, frente a la que estaba sentada su madre.

—Sí, es tarde —respondió—. Se me ha pasado el tiempo. Bueno, hoy no tenía previsto nada demasiado importante a primera hora, así que, no pasa nada.

—¿Estás bien?

Alicia abrió el cajón donde guardaban el pan y sopesó la idea de hacerse unas tostadas. Al final decidió que un tazón de leche con cereales sería más rápido.

—Sí, solo estaba pensando.

—¿En?

—En tu abuela. Ayer estuve hablando con ella.

Se tensó ante la respuesta de su madre. La relación que ambas mantenían nunca había sido buena. Cuando pensaba en comidas y reuniones familiares, le llegaban a la cabeza multitud de discusiones y momentos incómodos. No importaba qué clase de celebración las reuniese. Su madre y su abuela siempre terminaban discutiendo por cualquier cosa. Aun así, se llamaban y hablaban con bastante regularidad, algo que Alicia no llegaba a comprender.

—¿Y? —preguntó de espaldas a su madre, buscando una cuchara en el cajón de los cubiertos.

—Nada nuevo. Cotilleos varios del barrio. —Alicia sonrió al escucharla. Sabía cuánto odiaba que su abuela comenzase a contarle asuntos de los vecinos. Su madre no soportaba los cotilleos y para su abuela era lo más normal en su día a día—. Pero estaba rara.

—¿Rara? —Alicia dejó el tazón en la mesa y se sentó junto a su madre—. ¿Cómo rara?

—No lo sé, rara —respondió mordiéndose el labio.

—Pues vaya… Igual tenía mal día o algo…

—Seguramente —respondió su madre poniéndose en pie —. Voy a trabajar.

—Muy bien.

—Y, tú ¿todo bien?

—Todo en orden.

—¿Has dormido bien?

—Sí —respondió Alicia antes de comenzar a desayunar.

—Me alegro. Que tengas muy buen día, cariño. Luego nos vemos.

—Igualmente.

Alicia observó a su madre salir de la cocina, abrir la puerta y desaparecer en la momentánea oscuridad de la sala. Parecía que estaba bien, pero había algo en su manera de hablar que le preocupaba. Miró el reloj y vio que el tiempo había pasado más deprisa de lo que parecía. Dejó la cuchara sobre la mesa y se bebió la leche con los cereales directamente del tazón. No quería hacer esperar a Leo.

—Buenos días —saludó su acompañante en cuanto la vio aparecer.

—Hola.

—¿Todo bien? —preguntó cuando ya estaban de camino.

—Sí.

—Pareces seria, más de lo normal.

—Mi madre está rara.

—¿Y eso?

—Está preocupada por mi abuela.

—Vaya, ¿y todo bien? —repitió.

—No lo sé, creo que sí —respondió Alicia con sinceridad.

—Igual tu madre tenía el día tristón. A veces pasa. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Desde Navidad.

—Pues igual echa de menos a su madre —aventuró Leo.

—Sí, puede ser —dijo Alicia asintiendo levemente con la cabeza y cayendo en la cuenta de que en ningún momento se había planteado que eso pudiese ocurrir.

26 ¿HAS HABLADO CON DANI?

—¿Estás lista?

—Todo lo lista que se puede estar —contestó con una sonrisa de resignación—. ¿Cuál es el plan de hoy?

—Pues en esencia el mismo que el del viernes, pero un poco más largo —respondió Leo—. ¿Te parece bien?

—De momento sí, pero ya lo iremos viendo —dijo Alicia haciéndose a un lado para permitir que una pareja cargada de bolsas pudiese entrar al portal—. ¿Vamos?

—Sí, vamos. A la playa.

—A la playa —repitió Alicia empezando a andar.

—¿Qué tal? —preguntó Leo tras haber recorrido la mayor parte del pequeño camino en silencio.

—Bien.

—Y ¿tu madre? —A Alicia le sorprendió que Leo se hubiese acordado de la conversación que habían mantenido a la mañana.

—Parece que mejor. ¿Y, tú?

—Bien también. ¿Has hablado con Dani? Se me ha olvidado preguntarte antes.

—Pues no. De hecho, hoy ni siquiera hemos hablado entre los tres del tema. Quedaremos algún día del fin de semana para hacer el trabajo.

—Que raro… —dijo Leo en voz baja.

—¿El qué?

—Dani. Él no es así.

—Bueno, pues parece que conmigo sí. Igual no le caigo bien —aventuró Alicia, diciendo en voz alta lo que llevaba pensando todo el día.

—No. Eso no es, seguro —desechó Leo de inmediato con un gesto de la mano.

—Pues no sé si es o no es eso, pero solo de pensar en que tenemos que quedar me entra un agobio que no veas...

—¡Mira! —exclamó Leo de repente—. Ahí está. Vamos a preguntárselo.

—¿Qué? ¿El qué? —preguntó Alicia desconcertada.

—¡Dani! —gritó Leo a modo de respuesta.

Alicia siguió la dirección de su mirada y sintió que el estómago se le volvía de plomo. Allí estaba Dani, vestido con ropa deportiva y a punto de pisar la arena de la playa. Al escuchar la voz de Leo se volvió y comenzó a buscar con gesto de duda. Cuando les vio les saludó con una sonrisa.

—No, Leo. Por favor —pidió Alicia.

—¿Estamos luego? —preguntó Leo a Dani gesticulando con las manos. Este le respondió asintiendo con la cabeza y levantando la mano como despedida.

—Joder… ¿Por qué has hecho eso? —preguntó Alicia molesta.

—Porque es mi amigo —respondió Leo con sencillez.

—Ya.

—Y porque quiero saber qué le pasa —añadió.

—Pero yo no. No te metas. —Alicia estaba enfadada. Lo que había hecho era ponerla en un compromiso para el que, aún, no estaba preparada. Había asumido que en unos días tendrían que encontrarse, pero Leo le forzaba a hacerlo antes y eso de que le obligasen a hacer algo que no quería, no iba con ella—. El trabajo tenemos que hacerlo nosotros, no tú.

—Lo sé, pero es mi amigo y si se comporta así es porque le pasa algo.

—Vale, pero yo me voy —anunció Alicia decidida.

—¿Por?

—Ya te lo he dicho. Porque no quiero encontrarme con él… Si tú quieres hablar con él, hazlo, pero deja que yo haga las cosas a mi manera.

—Vale, pues cuando acabemos nos vamos y ya le digo luego que tenías prisa y no podíamos esperar —respondió Leo.

—¿No te importa?

—Sí, sí que me importa, pero me he comprometido contigo a ayudarte con la prueba y eso voy a hacer. Además, tienes razón. Si no quieres hablar con él yo no soy quien para obligarte. Puedo estar con Dani en otro momento.

—Y ¿qué le vas a decir? —quiso saber Alicia más tranquila.

—Nada. Solo le voy a preguntar qué tal todo. Hace mucho que no hablamos. —Leo se acercó a uno de los bancos del paseo y comenzó con los movimientos de pies que ya habían practicado la vez anterior—. Pero, que sepas que no hubiese pasado nada por hablar los tres. Dani es buen tío.

—Ya, pero no quiero, y después de lo que ha pasado ahora, me da palo —reconoció Alicia.

—¿Te gusta? —preguntó Leo mientras seguía con el calentamiento.

—No —respondió Alicia demasiado rápido—. No lo sé. No…

—Ya veo. —Intentó ocultar una sonrisa, pero no lo consiguió.

—Y ¿a ti? ¿Te gusta alguien? —preguntó Alicia intentando centrar la atención en él.

—Y ¿a ti?

—No lo sé —respondió Alicia—. No sé si tengo ganas de eso ahora mismo. —Leo la miró alzando las cejas—. De todo lo que supone estar pillada por alguien —le aclaró.

—Lo que yo decía. Una romántica empedernida.

—¡Totalmente! —respondió Alicia riendo.

—¿Empezamos?

—Sí, a por ello.

Al principio trotaron a ritmo tranquilo, siguiendo el mismo recorrido que la vez anterior. Alicia se sorprendió buscando a Dani en la arena de la playa, pero si estaba corriendo por la orilla, le iba a ser muy difícil verle. La pregunta de Leo, después de la sorpresa inicial, le estaba haciendo reflexionar. ¿Le gustaba Dani?

—¿Cómo vas?

—Bien —respondió devolviendo su atención al paseo.

—¿Te parece si apretamos un poco el ritmo?

—No sé…

—Venga va —le animó antes de acelerar un poco—. ¿Así?

—Sí, creo que sí. —Alicia se acomodó a su ritmo sin problema.

Continuaron corriendo cinco minutos más, hasta llegar al cuarto de hora. Después iniciaron el ritual de estiramientos que tanto le había gustado a Alicia y que tanto hacía sufrir a Leo.

—Y a ti, ¿qué te gusta de una chica? —peguntó Alicia centrando la mirada en sus pies, apoyados en un enorme y despoblado tiesto de piedra. Aun así, podía sentir la mirada de Leo.

—Pues… A ver. Es una pregunta difícil —respondió para su sorpresa—. Me gusta que sea extrovertida, que se tome la vida con calma… que le gusta la aventura —hablaba despacio, pensando cada una de las palabras que decía—. Me gustaría que persiguiese sus sueños. Sí, eso es importante. Y que sonriese mucho, no solo con los labios, también con los ojos. Yo diría que eso más o menos.

Alicia levantó la mirada y se encontró con sus ojos color miel, brillantes y divertidos.

—Y, tú ¿qué me dices?

—Uuufff… No lo sé. Es difícil —reconoció Alicia—. Pero eso de que persiga sus sueños te ha quedado muy bonito —añadió divertida.

—Lo sé, soy así —respondió encogiéndose de hombros—. Venga va, tú. No te escaquees que tú has preguntado primero.

—A ver… Me gusta que sea sincero, divertido, que le guste leer, ir al cine… —soltó de carrerilla.

—Y ¿de físico?

—No sé, me da igual.

—Ya, de eso nada. No te lo crees ni tú —replicó Leo sentado en el suelo e intentando alcanzar uno de sus pies sin doblar las rodillas.

—A ver, es que no me fijo, no sé… —Miró a Leo unos segundos antes de hablar. Mas bien bajo, con su pelo moreno, corto y rizado. La piel continuamente tostada y un cuerpo fuerte y atlético—. Pues supongo que me gustan altos, muy altos, y delgados. Con el pelo rubio, liso y largo —respondió Alicia intentando no reírse.

—Vaya… Entonces como Dani. —La respuesta de Leo estuvo acompañada por una gran carcajada.

—¡¿Qué?! —Alicia notó un calor súbito en la cara y supo sin lugar a dudas que, además, estaría empezando a adquirir un bonito tono sonrojado—. Eso no era…

—Ja, ja, ja, ja.

—Vale… Me ha salido mal —reconoció al darse cuenta de que su intención de picarle describiendo a alguien opuesto a él se había vuelto en su contra.

—¿Estamos, chica seria? —dijo Leo guiñándole un ojo—. ¿Lista para volver a casa?

—Sí, más que lista —respondió agradecida porque no hubiese querido hurgar en su respuesta.

Comenzaron a andar hacia casa a paso lento, paseando.

—¿Qué tal hoy? —quiso saber Leo.

—Bien.

—¿Repetimos el jueves?

—Sí, en principio sí. Creo que llevo bien los exámenes.

—Si no, me avisas y listo.

—Sí.

Alicia le miró de reojo y sin darse cuenta una sonrisa tímida se formó en sus labios. Estaba cómoda a su lado. Hacía tiempo que no se sentía así con nadie y por un segundo tuvo miedo.

—Bueno. Nos vemos mañana —se despidió Leo al llegar a la esquina.

—¡Oye! —dijo de repente—. Y a ti, ¿qué te gusta de una chica? ¿En qué te fijas físicamente?

—¿No has mirado mi perfil de *Instagram*? Lo tengo lleno de tías medio desnudas —respondió sacándole la lengua.

—Qué tonto eres, de verdad.

—Y, tú rara —dijo dándole un suave empujón con el hombro.

—¿Por qué no me interesa cotillear en la vida de los demás ni quedarme embobada mirando vídeos de gente haciendo el tonto? —se defendió Alicia.

—No. Además, ¿quién hace esas cosas? Yo lo uso sobre todo para hablar con estos y desconectar de vez en cuando.

—Bueno, pues yo prefiero hablar en persona y desconectar con un libro.

—Pero, ¿nunca has tenido nada? —insistió Leo.

—Joder, que pesado eres, de verdad… —Alicia le miró de reojo antes de contestar—. Sí que he tenido. Bueno, tengo —corrigió—, pero no lo uso. Lo dejé.

—Y eso ¿por qué?

—Buuuff…

—Vale, ya lo dejo —aceptó Leo—. Pero me tienes que contar qué te ha pasado.

—Y, ¿por qué ha tenido que pasarme algo?

—Hombre, no soy tonto, Alicia.

—Ahora que lo dices, un poco sí —replicó con una mueca—. Bueno, me vas a contestar o qué. ¿Qué te gusta de una chica?

—Que no sé, yo no me fijo en esas cosas, chica seria. Cómo se te ocurre…

—¡Venga ya! —se quejó Alicia, que había recibido minutos antes la misma pregunta.

—¡Hasta mañana! —respondió Leo con una gran sonrisa.

—Hasta mañana…

Dio un par de pasos antes de volverse para observarle cruzar la plaza. Después sonrió antes de entrar al portal.

27 ¿QUIÉN ES IBAN?

Iban:
Egunon. ¿Cómo estamos? No sé nada de ti desde que os marchasteis. ¿Todo bien?

Se encontró con el mensaje en cuanto se despertó y cogió el móvil para apagar la alarma. Intentando centrar la vista a pesar del sueño, consiguió ver que lo habían enviado unos minutos antes. Lo abrió, lo leyó y lo volvió a cerrar. En ningún momento se planteó contestar, solo lo cerró y se levantó de la cama.

Desayunó pendiente de la hora y después fue al baño a lavarse los dientes y vestirse. Hizo exactamente lo mismo que cualquier otra mañana, pero prestando una atención especial a todo, como si cada gesto que realizase fuese de vital importancia para comenzar el día.

—Hola —saludó cuando se encontró con Leo junto al paso de cebra.

—Hola, ¿qué tal?

—Mal —respondió Alicia.

La respuesta le sorprendió, por inesperada pero sobre todo por lo directa y sincera que había sido. Leo la miró con el ceño fruncido, pero cuando estaba a punto de preguntarle qué había pasado Alicia se le adelantó.

—A la tarde te cuento. ¿Vale?

—Claro…

No hablaron más durante el camino. A pesar de que el nudo en el estómago le oprimiese hasta casi no dejarle respirar, y tuviese que hacer un esfuerzo por no abrazarla y decirle que él estaba allí, a su lado, no abrió la boca.

—Luego estamos —dijo Alicia al llegar al instituto.

La observó saludar a los chicos y subir las escaleras como si fuese un día normal, pero él sabía que no y deseó que pasasen las horas para volver a encontrarse en el mismo lugar.

No se vieron durante el patio, Leo incluso se acercó a Deva para preguntarle por Alicia. Le respondió que se había quedado en clase estudiando. En latín, a anteúltima hora, la buscó con la mirada y la encontró sentada en su sitio, junto a la ventana. Estaba mirando distraída hacía la puerta así que, cuando le vio entrar le saludó con una sonrisa que, a él le pareció triste y a la que no supo cómo contestar. Cuando a la hora de la salida su clase comenzó a retrasarse, le dijo a los chicos que se marchasen tranquilos, que él prefería quedarse esperando, y así lo hizo, y cuando la vio bajar las escaleras apresurada por fin pudo respirar.

—No corras, tranquila —dijo al tenerla a su lado.

—Lo siento. La de historia contemporánea nos ha estado dando algunas de las preguntas que posiblemente entren en el examen. Es tardísimo. ¿Los chicos?

—Se han marchado. Víctor tiene entrenamiento a la tarde y ya va justo para comer.

—Y, tú te has quedado. Cuanto lo siento —repitió Alicia.

—No pasa nada. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

Leo no veía el momento de preguntarle cómo estaba, pero no quería agobiarla, así que

decidió esperar. Dejar que fuese ella la que hablase.

—Me ha escrito Iban —dijo Alicia mirándole de reojo.

—No sé quién es Iban. Lo siento.

—No te he hablado de él antes.

—¿Es tu novio de allí? —preguntó Leo bajando la voz, con un apuro que a Alicia se le antojo impropio en él.

—No… Era, es… era un amigo. —Alicia cerró los ojos con fuerza y se detuvo—. Era mi mejor amigo —dijo comenzando a andar de nuevo.

—Y ¿todo bien? —preguntó Leo sin saber qué decir.

—No, bueno, es complicado…

—Ya…

—Fue culpa mía —continuó Alicia—. Me ha escrito para saber qué tal estoy. Nada más, pero…

—Es complicado —repitió Leo por ella.

—Sí, mucho.

—Ya me lo contarás, si quieres.

—Sí —agradeció Alicia con una sonrisa.

—Cuando quieras. ¿Vale?

—Vale.

—¿Estás lista para esta tarde? —preguntó Leo tras caminar unos minutos en silencio, entre edificios altos, esquivando transeúntes y esperando en semáforos. Uno junto al otro.

—No mucho —respondió con una sonrisa triste—. Pero no te preocupes. Estaré a las 16:30 en el portal.

—No esperaba menos de ti, chica sería —dijo Leo al llegar a la esquina que les separaba cada día.

—Gracias —respondió Alicia despidiéndose.

Aquella tarde no hablaron del tema. Por supuesto, Leo lo tuvo presenta todo el tiempo que duró el entrenamiento, pero decidió no preguntar, dejar que se relajase y se evadiese de lo que fuera que le había provocado aquel mensaje. Se prometió darle tiempo. Cuando se despidieron en su portal, se preguntó si había hecho bien.

28 ¿DÓNDE ESTÁN LA MADRE Y LA NIÑA?

—¡Leo!

—¡Qué! —El grito de Alicia le cogió desprevenido.

—Hace un montón que no vemos a tus vecinas —dijo Alicia pensativa.

—Madre mía, tía. Casi me da un infarto. Qué susto me has dado. —Se puso en marcha de nuevo en cuanto el semáforo cambió de color.

—Jo, perdona. Es que como casi siempre coincidíamos aquí, me ha venido a la cabeza —se disculpó Alicia.

Caminaron unos pasos más hasta que Alicia volvió a hablar.

—¿Sabes algo?

—Algo de qué —preguntó Leo distraído.

—De tus vecinas —Insistió Alicia.

—Bueno… —pareció dudar unos instantes antes de contestar—. Creo que la peque está enferma.

—¡No me digas! —dijo Alicia disgustada—. ¿Qué le pasa?

—Emmm… No lo sé.

—Vaya.

Alicia le dedicó una mirada rápida, algo en su actitud había cambiado, tenía la mirada baja y parecía pensativo.

—Y, tú ¿qué tal?

—¿Yo? Bien, ¿por?

—No sé, estás raro.

—Pues yo tampoco sé. No me pasa nada.

—Bueno, pues estás serio.

—Ah, eso puede ser —reconoció Leo—. Esta noche no he dormido bien y estoy algo cansado. Ya me han dicho alguna vez que cuando estoy cansado no soy precisamente el alma de la fiesta.

—¿Ves como te pasa algo? Y ¿por qué no has dormido? ¿Qué te pasa?

—Muy curiosa estás tú hoy… —respondió Leo con una sonrisa ladeada—. Pues no lo sé. Ha sido muy raro. Hubo un momento en el que parecía que me picaba todo.

Alicia, que hasta ese momento se había dedicado a esquivar a su lado a gente, colillas mal apagadas y paseantes con sus perros, entre otros, le miró con atención. Tal vez el tono de voz, más bajo de lo normal y tal vez demasiado despreocupado, le había resultado extraño. Demasiados tal vez.

—¿Y eso?

—Quién sabe —respondió Leo alzando los hombros.

—¿Te ha pasado más veces?

—Sí, alguna.

—Pues vete al médico.

—Igual sí, ya veremos.

—¡Chicos!

Los dos se volvieron sorprendidos al escuchar a Juanfran. Se detuvieron hasta que llegó a su lado y entonces, los tres, reemprendieron el camino hacia el instituto.

—Qué raro tú por aquí —dijo Leo a su amigo.

—Ya —respondió rascándose la nuca y con la cara sonrojada—. Tenía que mirar el horario del autobús que va al hospital.

—¿Estás bien? —quiso saber Alicia inclinándose hacia delante.

—Eh…, sí. Es para mi madre.

—Y ella, ¿está bien?

—Sí, algo de los ojos. Una vez al año le toca revisión, pero todo en orden —explicó el chico con timidez pasándose la mano por el pelo, corto y siempre en punta.

—Pues vaya —dijo Alicia colocándose de nuevo junto a Leo—. Si que estamos buenos todos con los médicos.

—¿Estás enferma? —preguntó Juanfran.

—No, yo no —respondió—. Aquí, el chico alegre —dijo dándole unas palmadas a Leo en el brazo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con gesto serio Juanfran a su amigo.

—No, nada.

—Le dan ataques raros de picores —replicó Alicia.

—No es nada, solo me ha pasado esta noche. Tampoco me parece que sea como para ir al médico —contestó Leo con rapidez.

—Lo suficiente como para no dejarte dormir —apostilló Alicia molesta por el intento de Leo de restar importancia al tema.

Juanfran miró a Leo con la ceja levantada casi de manera imperceptible. Y para sorpresa de Alicia, su amigo bajo la mirada. Hubiese querido decir algo, por ejemplo, preguntar qué se estaba perdiendo, pero ya estaban en el instituto y Leo escapó de ella en silencio, casi como si se deslizase.Aun así, la miró forzando una sonrisa.

—Hasta luego —dijo.

—Sí, hasta luego —respondió Alicia subiendo las escales y echando una última mirada a los cuatro amigos.

29 QUEDANDO PARA EL TRABAJO

Se decidió al terminar la clase de educación física, a la salida del vestuario se acercó a Deva, que la miró antes de coger la mochila y ponérsela en el hombro.

—¿Qué tal llevas la prueba? —preguntó apoyando un pie en uno de los bancos de madera.

—Bien.

—Al final, ¿estás preparándola con tu amigo el *mazado*?

—Sí, algunas tardes. —Alicia no pudo evitar sonreír al escuchar la pregunta de su compañera de clase.

—¿Y? —quiso saber mientras apretaba, con lo que a Alicia le pareció excesiva fuerza, el cordón de la zapatilla.

—La verdad es que muy bien.

—Sí, ¿eh? —respondió con expresión pícara.

A Alicia no se le ocurrió ninguna respuesta ingeniosa a la insinuación de Deva así que decidió ir directa al grano.

—¿Qué te parece el sábado sobre las 11:00?

—El qué. —Deva la miró con las cejas levantadas—. ¿Quedar contigo y el *mazado*?

—El trabajo —dijo Alicia frunciendo el ceño.

—¡Ah! ¡Mierda! —contestó mientras se golpeaba la frente con la palma de la mano, provocando que sus abundantes rizos morenos saltasen al mismo tiempo

—Qué… —Alicia estaba perpleja.

—No puedo. Se me había olvidado y hemos hecho planes en casa.

—Vale, no pasa nada. Y ¿el domingo? —insistió Alicia.

—Que va, tío. Nos vamos en cuanto llegue a casa, después de comer hasta el domingo a la tarde-noche.

—Pero…

—Se me ha olvidado. Lo siento —se disculpó Deva—. No lo pusiste en el grupo. ¡Era para eso!

—Ya, es que a mí también se me ha olvidado —mintió Alicia.

—Y, ¿no podéis hacerlo Dani y tú?

—Es que…

—Es para el miércoles, ¿no?

—Sí.

—Pues el lunes me lo dais y yo añado mi parte y lo entregamos —dijo Deva esperanzada.

—Puf…

—Venga, porfa… Tú ya te lo has leído, ¿verdad?

—Sí, varias veces —respondió Alicia ablandándose ante la expresión de culpa de su compañera.

—Aunque lo hicieses sola estoy super segura de que no tendrías problema.

—No es eso.

—¿Entonces? Dani es majo y bastante guapillo. No sé, está bueno.

—¿A qué viene eso? —preguntó Alicia incómoda.

—Joder, ¡yo qué sé! Me siento culpable, solo intento buscar la parte positiva. Motivarte o algún rollo de esos.

—Vale, da igual, no te preocupes. —Deva dio un salto y le agarró de la cara espachurrándole los papos—. ¡Suelta!

—Me marcho pitando —dijo con alegría antes de salir corriendo hacia las escaleras, dejándola sola frente a la puerta del vestuario.

Al llegar a clase de latín decidió que lo mejor sería coger el toro por los cuernos y antes de dejar las cosas en su sitio, junto a la ventana, se acercó a Dani que levantó los ojos de su cuaderno en cuanto estuvo a su lado.

—¡Hola! —saludó con una sonrisa.

—Hola —titubeó Alicia perpleja ante el cambio de actitud del chico—. ¿Cómo lo tienes para quedar algún día de este fin de semana y ponernos con lo del trabajo?

A medida que hablaba pudo ver como la sonrisa de Dani se desvanecía delante de sus ojos.

—Ah, eso… Pues lo que queráis —agachó la mirada centrándose de nuevo en el cuaderno y provocando que un mechón medio suelto terminase por caerle de la coleta y taparle parte de los ojos.

—¿El sábado a la mañana?

—Sí, claro. Cómo queráis —repitió incómodo.

—Deva no va a estar y a mí me da lo mismo.

Dani levantó de nuevo la mirada.

—Vale, el sábado bien. ¿Quedamos en tu casa?

—¿En mi casa? —En ese momento Alicia fue consciente de la mirada curiosa de Leo.

—Sí.

—¿Sabes dónde vivo?

—Cerca de Leo, ¿no?

—Sí… podemos quedar en la plaza.

—No hace falta que bajes para eso. Escríbeme luego qué piso y portal es, y ya voy directo, ¿11:00?

—Vale…

Se dio la vuelta sin decir nada más, consciente de las miradas de Leo y Dani fijas en su espalda. Se sentó en su sitio y solo cuando tuvo sobre la mesa el libro y el cuaderno de latín miró hacia Leo. Estaba preparada para alguna de sus múltiples sonrisas, seguramente la burlona, pero en su lugar se encontró una mirada que no supo descifrar.

—¿Todo bien? —le preguntó en silencio, moviendo los labios.

Alicia asintió con la cabeza a modo de respuesta en el momento en el que J.J. entraba en la clase.

—¿Me lo cuentas? —preguntó Leo en cuanto estuvieron solos.

—Ya sabía yo que ibas a preguntar.

—Pues claro. Y, tú ¿me lo vas a contar?

—Hemos quedado mañana en mi casa.

—¡Toma ya!

—Sí… —respondió Alicia bastante menos animada que él.

—Va a ir bien. Además, con tu amiga al lado ni te fijarás en Dani —dijo Leo dándole un empujón.

—Deva no viene. Tiene un compromiso familiar. Estaremos Dani y yo solos. —El tono lastimero hizo que Leo torciese levemente el gesto.

—Pues mejor.
—No sé yo si mejor.
—Sí, hazme caso. Ya verás que majo es.
—Bueno, ya veremos.
—¿Me lo contarás a la noche?
—No, que va —respondió Alicia riéndose.
—Pues vaya.
—Y, tú ¿me contarás lo que hayas hecho a la noche?
—Claro. Si quieres no tengo ningún problema.
—Bueno, ya veremos —repitió Alicia.

30 LUEGO VIENE UN CHICO A CASA Y HACER EL RIDÍCULO

Alicia se asomó a la habitación de su madre.

—Ama.

—Dime.

La encontró terminando de hacer la cama con prisa, de un lado a otro, remetiendo las sábanas y colocando, después, la almohada en el centro exacto.

—Dentro de un rato vendrá un compañero de clase a hacer un trabajo.

Su madre se incorporó y la miró con el ceño fruncido.

—Tenemos que hacer un trabajo para literatura universal.

—Vaaaale…

—Estaremos todo el rato en la cocina.

—Cómo quieras —dijo su madre mientras pasaba a su lado para salir de la habitación—. Yo me marcharé en un rato.

—¿A dónde? —preguntó Alicia con curiosidad.

—Voy a hacer yoga.

—¿Qué? Y eso, ¿desde cuándo?

—Desde dentro de unos diez minutos —respondió su madre

—Y ¿cuándo volverás?

—No lo sé… ¿Una hora? No, seguramente hora y media.

—Bueno.

—¿Por? ¿Todo bien?

—Sí, es que estoy nerviosa —reconoció Alicia.

—¿Nerviosa? ¿Hay algo que tengas que decirme?

—Cómo qué. No.

—¿Segura? ¿Ese chico que viene es tu novio?

—¡Qué va! —exclamó Alicia.

—¿Segura?

—Que sí, ama. Es un compañero de clase y ya. De hecho, casi ni hablamos. Por eso estoy nerviosa.

Su madre la miró unos segundos, como queriendo leer en ella. A pesar de que ese tipo de miradas la incomodaban, Alicia no apartó los ojos.

—Está bien —dijo con una sonrisa—. ¿A qué hora viene?

—A las 11:00.

—Uy, pues estará al caer.

—¿Ya?

—Son menos cinco —dijo su madre enseñándole el desgastado reloj negro que llevaba en la muñeca—. Y yo me voy ya porque voy justísima de tiempo.

—Vale.

—Cariño, ¿seguro que estás bien?

—Sí, ama. Tranquila.

—Pues me marcho —dijo su madre cogiendo una esterilla enrollada y una mochila.

—Que vaya bien —dijo Alicia.

En cuanto su madre salió por la puerta Alicia cogió todo lo que iba a necesitar de su habitación y fue a la cocina. Dejó sobre la mesa unos folios y el libro de *El señor de las moscas*, era una edición de bolsillo y se notaba que estaba desgastado por el uso. Se asomó a la ventana a tiempo de ver cómo Dani cruzaba la calle y se perdía bajó el edificio. Le había enviado, apenas una hora antes, el número de portal y piso. Casi de inmediato sonó el timbre. Alicia abrió sin preguntar. Respiró profundamente y fue hacia la entrada. Cuando escuchó unos pasos que se aproximaban a la puerta, abrió.

—Hola —dijo Dani con una sonrisa nerviosa.

—Hola —saludó Alicia—. Vamos a la cocina.

—Vale.

Dani la siguió a través de la entrada y el pasillo hasta la cocina. Dejó una mochila, granate y con un descosido en la parte superior, en el suelo y se sentó en la silla más cercana a la ventana.

—¿Quieres algo? —ofreció la anfitriona.

—No, gracias.

Alicia le observó sacar un cuaderno y el ejemplar del libro que les había dejado la profesora de su mochila y dejarlo sobre la mesa. Se sentó a su lado, separando un poco la silla para tener espacio suficiente entre ambos. Los dos se miraron y dejaron que un silencio, que amenazaba con volverse incómodo, se adueñase de la cocina.

—Bueno —dijo Alicia cogiendo los folios y alineándolos entre sí.

—Tengo las preguntas aquí. —Dani sacó un par de hojas grapadas del cuaderno.

—¿Te ha gustado?

—Sí, más o menos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alicia.

—¿Qué? —Dani la miró con sorpresa.

—Leo dice que eres majo, y a mí me lo pareciste el día de la playa. Pero… desde que nos tocó juntos para el trabajo estás…

—Nervioso —la cortó Dani.

—¿Nervioso?

—Y asustado.

—¿Asustado de qué? —preguntó Alicia incrédula.

—Pues de ti.

—¡¿De mí?!

—No, de ti no —comenzó a explicar—, de hacer el ridículo.

Alicia le miró en silencio. El pelo castaño claro, casi rubio, permanecía pulcramente sujeto en una coleta, tenía la mirada baja, como si estuviese avergonzado de sus palabras y las manos sobre el cuaderno, quietas y tensas, doblando los dedos y clavando las uñas en la tapa.

—No sé por qué dices eso.

—Hombre… Pues porque tú eres lista, te gusta leer y yo…

—Tú qué.

—Pues soy medio tonto —dijo hundiéndose en la silla y llevando las manos hacia las piernas, dónde Alicia no podía verlas.

—No digas eso. Yo nunca pensaría eso de ti ni de nadie.

—Cuando comencemos a hablar del libro y a responder las preguntas cambiarás de opinión.

—Deja de decir esas cosas, Dani.

—Y menos mal que no está Deva, porque ella si que no se corta nada.

—Eso es verdad —apoyó Alicia.

—Y lee un montón. Casi como tú.

—Y, tú, ¿cómo sabes que yo leo mucho?

—Pues porque se nota. Siempre tienes un libro cerca. Cuando falta un profesor sacas uno de la mochila y te pones a leer y a veces, incluso en el patio. Y yo no leo. No me gusta leer —reconoció avergonzado.

Alicia se sorprendió al escuchar las palabras de Dani y darse cuenta de todo lo que implicaban. La observaba, estaba pendiente de lo que hacía o, al menos, se fijaba en ella. Y no le gustaba leer, eso era...

—Bueno —dijo cogiendo aire—. Pero eso no significa que vaya a pensar que eres tonto. Yo no soy así y nunca me has dado motivos para pensar algo parecido. Eres un chico agradable y que siempre ayuda al resto de la clase. No te gusta leer… Bueno, todos no podemos ser perfectos —terminó Alicia encogiéndose de hombros con desparpajo.

Dani la miró de reojo, sacando las manos de debajo de la mesa con lentitud y colocándolas de nuevo sobre la mesa.

—¿Has leído el libro? —preguntó Alicia como si la conversación que acababan de mantener no hubiese ocurrido. Como si en realidad comenzasen desde ese momento.

—Sí —respondió Dani una vez más.

—¿Y te ha gustado?

—Bueno, sí.

—Vale, a ver las preguntas —dijo Alicia cogiendo las hojas—. Me gusta leer, pero a veces no sé ni dónde tengo la cabeza. Ni las he impreso ni leído.

—Bueno, por lo menos nos complementamos como equipo —dijo Dani sonriendo.

—Sí, eso sí —aceptó Alicia tranquila, ojeando las preguntas por encima.

Cuando llegó su madre se pasó por la cocina y saludó con una gran sonrisa al invitado, a Alicia le regaló una mirada de reproche al ver que no había sacado nada para picar o beber, sin importarle que Dani objetase que no tenía hambre, que estaba bien así. Una hora después, casi tres desde que llegó a casa de Alicia, Dani salió por la puerta con una sonrisa. Terminaron el trabajo sin problemas y tras la conversación inicial todo fluyó con facilidad. Alicia sopesó confesarle que ella también había estado nerviosa, pero al final decidió olvidar el tema y centrarse en las preguntas que tenían frente a ellos. Recogió los folios ya escritos y ocultó una sonrisa ante la mirada inquisitiva de su madre.

El pensamiento estuvo rondándole el resto del día y después de cenar, sentada ya en el sofá con un libro entre las piernas, cogió el móvil.

Alicia:
Ha ido bien.

Escribió mordiéndose el labio.

Leo:
¿Bien o muy bien?

Respondió Leo casi de inmediato.

Alicia:
Muy bien.

En su casa, Leo, recostado sobre la cama, miró con una sonrisa triste el teléfono antes de dejarlo a su lado. Cerró los ojos y se masajeó el cuello apretando los labios y convirtiéndolos en una línea fina y blanca.

31 LE GUSTAS A DANI Y ¿TE AYUDO A ENTRENAR?

Deva la abordó en cuanto entró por la puerta.

—¿Qué tal fue? ¿Pudisteis terminarlo? —preguntó nerviosa.

—Sí, todo bien. Te lo paso después de clase y ya lo miras tranquila.

—No, no. Faltaría más. Le echo un ojo en el recreo y completo mi parte.

—No hace falta, Deva.

—Que sí. Se lo entregamos ya a la de literatura y si hay algún fallo lo corregimos —repuso Deva—. Menos mal que todo ha salido bien. Estaba de los nervios.

—Vale, cómo quieras. —Miró a su alrededor buscando a Dani. Lo encontró apoyado en la mesa de Eva—. Podías haber hablado con Dani, él te hubiese dicho que todo había ido bien.

—No, paso —respondió haciendo un gesto con la mano—. No tenemos nada de confianza.

—¡Ah, muy bien! Es flipante —respondió Alicia entre molesta y divertida—. Yo tampoco y aun así he tenido que hacer el trabajo sola con él.

—Pero es diferente —objetó Deva—. Tú le gustas, yo le caigo como el culo. La diferencia es abrumadora.

—¡Que va!

—Que va qué. Que le gustas o que yo le caigo como el culo.

—Las dos cosas.

—¡Ja! No te enteras de nada —replicó su compañera antes de darse la vuelta.

Si no quería dar un rodeo por toda la clase, no tenía más remedio que pasar al lado de la mesa de Eva para llegar a su sitio. Fue al aproximarse a ella cuando Dani le saludó con una sonrisa.

—Hola.

—Hola —respondió mirando Alicia a Dani y Eva antes de dejar las cosas en el suelo, junto a la pared.

El chico se acercó a ella en tan solo un par de zancadas y se apoyó en su mesa.

—¿Has hablado ya con Deva?

—Sí, en cuanto he llegado —respondió Alicia sin decidirse a sentarse o continuar de pie—. Echará un ojo en el recreo a lo que hicimos el sábado y completará el trabajo con su parte.

—Ah, muy bien.

—Sí.

Máximo, el profesor de legado clásico, se asomó a la puerta.

—¡Chicos! Todo el mundo a su sitio. Tengo que ir un minuto a secretaría. No tardo. —Paseó la mirada entre los alumnos, con lo que pretendía ser un gesto amenazante, y desapareció después.

—Pues nada. A esperar —dijo Dani, con cara de circunstancia, en cuanto el profesor desapareció por la puerta.

Alicia separó la silla de la mesa y se sentó, deseando que ese acto empujase a Dani a darse cuenta de que esperaba que él hiciese lo mismo y regresase a su sitio.

—¿Te gusta correr?

—¿Qué? No. —Eso no era lo que tenía que pasar. Debía volver a su sitio no hacerle una pregunta sin sentido—. De hecho, podría decir que casi lo odio. ¿Por?

—Como el otro día te vi corriendo con Leo en la playa, pensé que solías salir a correr.

—¡Ah no! —respondió Alicia negando con la cabeza—. Es que me está ayudando a preparar la prueba de educación física.

—Y ¿eso?

—No es que no me guste correr, es que no me gusta el deporte y se me da fatal.

—Vaya, que curioso. A mí no me gusta leer y a ti no te gusta el deporte.

—Sí…

—Si quieres puedo ayudarte yo también —dijo Dani poniéndose de pie—. Me parece que sería lo justo. Tú me ayudas a mí con literatura universal y yo te ayudo a ti con educación física.

—No hace falta, tranquilo —respondió Alicia—. Ya entreno con Leo, no te preocupes.

—Bueno, si algún día Leo no puede o te apetece cambiar de compañía, dímelo.

Alicia sonrió sin saber qué decir y Dani decidió que, por fin, había llegado la hora de regresar a su sitio.

El resto del día pasó rápido y Alicia olvidó, sumergida entre apuntes y fechas de exámenes, el ofrecimiento de Dani. Hasta que llegó la hora de salir y el chico de ojos castaños volvió frente a su mesa.

—Oye, lo que te he dicho esta mañana iba en serio —dijo con aparente timidez—. Si algún día quieres que te ayude a entrenar no tienes más que decirlo. Ya tienes mi teléfono.

—Gracias —respondió Alicia intentando sonreír.

Recogió con calma todas sus cosas, dejando que Dani, Eva y Paula saliesen antes que ella. El ofrecimiento de ayuda de Dani le había hecho sentir incómoda y prefería no coincidir en las escaleras o en la salida con ellos.

32 HABLANDO DE MIEDO Y VALOR

—¿Qué te pasa? —preguntó Leo en cuanto estuvieron solos.

—Nada. —Evitó mirarle a los ojos y empezó a caminar a paso rápido.

—Venga ya. Anda que no se te nota —repuso Leo—. Eres trasparente, chica seria.

—¡Qué va!

—Vale, no.

Caminaron en silencio casi hasta llegar a la recta que les llevaría hasta el paso de cebra, entonces Leo la cogió de la mano y se desviaron hacia la izquierda, cambiando de camino y alejándoles de su destino.

—¿Qué haces?

—Vamos al parque —respondió Leo con una sonrisa.

—¿Al parque? ¿Para qué?

El parque al que se refería Leo estaba a unas dos calles de su casa. Un parque enorme, de césped cuidado y grandes árboles. Alicia había ido alguna vez a pasear, no demasiadas porque se sentía extraña andando sola entre gente haciendo deporte o paseando a sus perros. Solía ir, la mayoría de las veces, justo después de comer, entonces apenas había alguien y podía sentarse a leer apoyada en un árbol o, simplemente, dejar pasar el tiempo.

—Para nada. Solo vamos.

—Pero si ya casi hemos llegado a casa.

—Ya lo sé, pero es pronto —dijo guiñándole un ojo y andando hacia el gran parque.

—Vale… —aceptó Alicia—. Pero cinco minutos.

—No, de cinco minutos nada. Damos una vuelta alrededor del río y nos vamos. Lo que tardemos.

—Pero, ¿para qué? —preguntó Alicia aceptando la proposición.

—No lo sé. —Leo movió la cabeza en señal de negación—. Supongo que me apetece.

El parque estaba medio vacío, lo que no extrañó a Alicia. A las tres de la tarde, hora a la que solían llegar a casa, la mayoría de la gente estaba comiendo. Caminaron en silencio hacia una de las gruesas vallas de madera que hacían de barandilla, junto al rio. Alicia intentaba no pensar, pero la invitación de Dani revoloteaba por su mente como si fuese un pájaro al que no pudiese atrapar. Dejó que su mirada se perdiese entre los centenares de margaritas que crecían por todo el parque, después se fijó en cómo la hierba que nacía junto a la valla era mucho más alta que la que les rodeaba y finalmente, sus ojos se perdieron en la línea que el riachuelo dibujaba verticalmente a lo largo de todo el camino.

—¿Qué te pasa? —preguntó de nuevo Leo sacándola de sus pensamientos.

—Nada, solo estaba mirando el riachuelo —respondió Alicia. No era una mentira, aunque tampoco era una verdad completa.

—Vale.

—¿Vale? —dijo Alicia estudiándole con atención. Se había rendido demasiado pronto—. ¿Qué pasa?

—Que no te lo crees ni tú, pero que no voy a insistir. Si quieres contármelo ya lo harás.

—Qué no estaba pensando nada, en serio. Bueno, sí. Estaba pensando en que no entiendo qué sentido tiene que esté en mitad del parque —dijo Alicia señalando el riachuelo lleno de juncos y hierbas altas—. Casi no se ve ni el agua…

—Y no veas la que se lía cada vez que a algún perro le da por bajar —respondió Leo tras mirarla y sopesar si estaba intentando escurrir el bulto—. Bajan y luego no hay manera de que puedan subir solos.

—¿Y entonces? —preguntó Alicia olvidando la invitación de Dani—. ¿Cómo suben?

—No suben, alguien tiene que bajar a coger al perro y luego se lo pasa a otra persona que espera arriba.

—Yo no sé si podría subir. —Alicia miró con atención hacia el fondo del rio. No era muy profundo, pero las dos paredes de piedra de los laterales parecían medir más de dos metros—. Si se me cayese algo tendría que dejarlo ahí dentro —sentenció convencida.

Leo se detuvo y se apoyó en la gruesa valla de madera. Alicia hizo lo mismo. Después, sin que fuese necesario hablar los dos se pusieron de nuevo en movimiento.

—Ha estado bien venir por aquí —dijo Alicia tras salir del parque.

—Ya te lo dije. Lo que no entiendo es por qué te cuesta tanto hacerme caso —respondió Leo con una media sonrisa.

—Será que no me gusta ponerte las cosas fáciles.

—Sí, eso me quedó claro desde la primera vez que hablamos. Ahí plantada en el semáforo, con cara de …

—¿Si se me cayese el móvil irías a buscarlo? —le cortó Alicia de golpe

—¿Qué?

—Si se me cayese el móvil en el riachuelo del parque, ¿irías a buscarlo?

—¿Y por qué narices se te iba a caer ahí dentro el móvil? —repuso Leo subiendo los hombros.

—No lo sé, tú imagínatelo. ¿Bajarías a buscarlo?

—Uf, no —respondió con los ojos muy abiertos y moviendo las manos. —No me metería ahí ni loco.

—¿Me lo dices en serio?

—Pero totalmente.

—No te dará miedo.

—No solo eso. Me da un miedo y un asco que te cagas —dijo torciendo el gesto.

—Joe, vaya tío duro.

—Ah no. Perdona si te he hecho pensar alguna vez que soy como esos tíos guais de tus libros.

—¿Mis libros? —preguntó Alicia subiendo las cejas.

—Sí. Bueno, los tuyos y los de la gran mayoría de las chicas del instituto.

—Madre mía. Me da miedo preguntar qué tipo de libros crees que leo y cómo imaginas que son sus protagonistas.

—Veamos… Sé que eres una romántica. —Levantó la mano cuando Alicia se disponía a replicar—. Eres fan de *La princesa prometida*. No hay nada más que puedas decir.

—De acuerdo. Continúa —aceptó Alicia.

—Imagino que entre tus adquisiciones semanales en la biblioteca, habrá siempre una historia de amor imposible, o de esas en las que el chico y la chica se odian hasta que descubren que no, que lo que pasa es que en realidad están enamorados y son el uno para el otro. —Alicia se mantuvo callada intentando ocultar una sonrisa—. Y, por supuesto, su amor se vuelve eterno

cuando lo sellan haciendo el amor por primera vez bajo las estrellas. —Sonrió satisfecho—. Y ¿bien?

—Y ¿bien?

—¿Me equivoco?

—Siento tener que decirte que sí —respondió Alicia.

—¡Ya!

—¿Qué quieres que haga? No tienes ni idea.

—Claro. Y me dirás que tampoco te enamoras de cada uno de los protagonistas masculinos. —Alicia subió una ceja—. Ya sabes. Del tío guay que enamora a la prota.

—Y a ver, ilústrame. ¿Cómo son esos «tíos guais» que, según tú, me vuelven loca?

—Pues rebeldes, con sus motos impecables, sus miradas de perdona vidas y muy malotes. Eso, sobre todo, muy malotes. Van por la vida demostrando lo duros e irreverentes que son. Y por supuesto —esto lo dijo alargando mucho cada silaba—, están muy muy buenos y son muy muy guapos.

Alicia se detuvo en mitad de la calle y le miró con detenimiento. Pensó en decirle que le asombraba escuchar tantos clichés seguidos en una sola frase, pero sabía que no hablaba en serio, así que decidió seguirle el juego.

—¿Irreverentes? —preguntó con un amago de sonrisa.

—Sí —respondió Leo asintiendo con la cabeza—. Si te he deslumbrado con mi rico léxico y uso de la palabra, te pido disculpas.

—Pues un poco sí, la verdad —reconoció Alicia andando de nuevo.

—Como «dició» mi abuela una vez…

—Ja, ja, ja. —La risa de Alicia hizo que varios transeúntes se volviesen a mirarlos—. ¡Qué tonto eres! —dijo sin parar de reír.

—Ya sabes. Te presento al amigo simpático y comprensivo que acompaña a la protagonista todo el libro —dijo Leo haciendo una reverencia.

—Bueno. —Alicia se paró unos pasos antes de llegar a su portal, junto al paso de cebra que cada día veía cruzar a Leo—. Hasta mañana.

—¿Por qué no vamos a tomar un café o algo? —propuso Leo con naturalidad.

—No puedo —se disculpó Alicia alzando los hombros con una sonrisa—. Hay un «tío bueno» esperándome en casa —dijo guiñándole un ojo antes de darse la vuelta y dirigirse a su portal.

33 HABLANDO DE PRIMERAS VECES

Al salir de clase de latín, una de las más soporíferas y aburridas a las que Alicia había asistido en su vida, la seguridad de que el día que le esperaba iba a ser muy largo le cayó encima como una losa. Hacía casi una semana que había recibido el mensaje de Iban y después llegó la invitación de Dani para entrenar con él. Sumado a la carga de los exámenes y a que su madre continuaba con la misma actitud preocupada desde hacía varios días, Alicia sabía que estaba descentrada. Así que, cuando llegó la hora del recreo, no lo dudó. En lugar de bajar con un libro para estudiar o comerse la fruta con Leo y los chicos, decidió coger el libro que tenía guardado en la mochila y llevárselo para leer en cualquier rincón que encontrase libre en el patio. Cuando regresó a clase, estaba mucho más tranquila y relajada.

—Hoy te hemos visto en el recreo —dijo Juanfran cuando habían recorrido la mayor parte del camino que hacían juntos y estaban a punto de despedirse.

—Pero no me habéis dicho nada.

—Porque estabas leyendo —contestó el chico—. No íbamos a molestarte.

—Pues muchas gracias —respondió Alicia con una sonrisa.

—Y ¿qué estás leyendo?

Leo se acercó con disimulo a ellos. Alicia sabía que, con toda la intención de cotillear, y si le hubiese preguntado cualquier otra persona se habría buscado alguna excusa para no responder. Pero le sorprendió que Juanfran fuese tan directo, siempre se mostraba tímido y callado con ella, así que miró a Leo con el ceño fruncido y le respondió.

—Pues es más bien una relectura, de un libro de Stephen King que me encanta. *22/11/63*.

—¡Sé cuál es! —respondió Juanfran ilusionado—. He leído muy buenas reseñas. Tengo muchas ganas de leerlo.

—Toma. —Alicia le ofreció el libro sin pensar—. Lee el mío.

—Pero lo estás leyendo tú…

—No te preocupes. Ya lo he leído varias veces. Trátalo bien y cuando lo termines, me lo devuelves. —Alicia sonrió y esperó pacientemente con el brazo extendido a que Juanfran cogiese el libro.

—Muchas gracias —contestó el chico con una sonrisa y las mejillas más sonrosadas que nunca.

—De nada.

—Así que le has dejado un libro a Juanfran —dijo Leo en cuanto se separaron del grupo. No esperó ni siquiera a alejarse unos pasos, Alicia supuso que los chicos le habrían oído sin problema.

—Pues sí.

—Y ¿eso?

—No lo sé, no lo he pensado. Me ha dicho que quería leerlo y se lo he dejado. Yo ya lo he leído varias veces y me parece que Juanfran es de los que devuelven los libros. Parece buen tío.

—No te quepa duda —le aseguró Leo con una sonrisa.

—Pues eso.

—Ha sido un detalle bonito —continuó Leo.

—Bueno…

—y ¿qué libro le has dejado? —preguntó como quién no quiere la cosa.

—¡Uy! Pues ya sabes. Uno de esos de amor y romance, lleno de primeras veces y tíos guais —respondió Alicia muy seria.

—Ja, ja, ja. Por supuesto. No podía ser de otra manera.

—Ya me conoces. Me pierden las primeras veces de chicas guapas y populares con chicos duros y buenorros.

—Y, tú, chica seria —dijo Leo riéndose—. ¿Has tenido ya esa bonita y esperada primera vez, de la que hablan los libros?

—No —contestó Alicia sin preámbulos.

—¿Y eso? ¿Tu amor de Bilbao no era el «adecuado»? —preguntó Leo entrecomillando sus palabras con un gesto de las manos.

—Creo que sería más exacto decir que en Bilbao no estaba ni el chico adecuado ni el inadecuado.

—Entiendo —dijo Leo desviando la mirada hacia la carretera unos segundos.

—¿Y, tú? —preguntó Alicia—. ¿Has tenido esa romántica primera vez?

—No sé si fue romántica, pero sí.

—¿Era «la adecuada»?

—Sí.

—Y, ¿dónde está? —Abrió los brazos, mostrando la soledad que les rodeaba.

—Era la adecuada en aquel momento —contestó Leo con una sonrisa triste.

Alicia no supo qué responder. Había sido una conversación corta e inesperada, pero, quién lo iba a decir, no incómoda. La pregunta de Leo le había cogido desprevenida pero no dudo en contestar, de la misma manera que Leo también fue sincero y directo. Las respuestas de ambos, aunque diferentes, le parecieron, en cierta manera, igual de tristes.

34 ¿QUÉ PLANES TIENES PARA SEMANA SANTA?

—Pareces cansada. —Leo miraba a Alicia con el ceño fruncido.

—Tú también —respondió Alicia con sinceridad—. Te lo digo en serio. Por una vez no solo busco disfrutar del placer de meterme contigo.

—Sí, puede ser —admitió Leo sonriendo ante el último comentario de Alicia.

—Y ¿eso?

—No he dormido bien.

—¿Otra vez?

—Eso parece —respondió alzando los hombros.

—Y supongo que no tienes intención de ir al médico.

—Supones bien.

—Pero, ¿por qué? —Era fácil percibir la preocupación en su voz.

—No voy a ir al médico porque el suavizante nuevo que usamos para lavar las sábanas sea una mierda y ahora me raspen, Alicia.

—¿Te raspan las sábanas? Con… ¿Cuántos años tienes? ¿diecisiete, dieciocho?

—Diecisiete.

—Oh, soy mayor que tú.

—¿Sí? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. Los cumplí en febrero.

—Pues felicidades —dijo Leo con una gran sonrisa mientras le daba un suave toque en el hombro—. Y cuéntame, chica seria; ¿Qué hiciste para celebrarlo?

—Ir al médico, que es lo que deberías hacer tú para que te vea esas cosas tuyas —respondió Alicia alzando las cejas y dejando claro que no iba a permitir que cambiase de conversación tan rápido.

—¡Por Dios, Alicia! Que pesada eres… —se quejó poniendo los ojos en blanco.

—Vale, dejémoslo.

—Sí, muchas gracias.

—Si te quieres comportar como un niño pequeño, no puedo hacer nada para evitarlo.

—Ya iré. De verdad. Pero después de semana santa. Déjame que disfrute de estas cortas y merecidas vacaciones —pidió Leo.

—Vale… Pero sabes que me acordaré de esto.

—Lo tengo claro.

—Pues no me obligues a sacar el tema de nuevo. —Le miró esperando que entendiese que se preocupaba de verdad por él—. Oye… Estoy pensando que, si los dos estamos así, podríamos hacer algo diferente hoy.

—¿Diferente?

—Sí.

—¿Estás intentando escaquearte? —preguntó Leo divertido.

—Nooooo. Estoy pensando en que podríamos andar o pasear o, mejor aún, dedicarnos a hacer estiramientos.

—¡Oh no! ¡Estiramientos no!

—Venga ya, no seas quejica.

—No, no. En serio, me parece bien. Debería hacerlos, al menos, una vez a la semana. Vamos.

Se dirigieron a paso tranquilo hasta una extensión de césped al lado de la arena, y se sentaron uno frente al otro.

—Ya sabes cómo va —dijo Leo estirando una pierna.

Alicia se subió la cremallera de la sudadera. Hacía sol y apenas soplaba el aire, pero las nubes se empeñaban en ser las protagonistas y cuando lo conseguían, se notaba el cambio de temperatura.

—Cómo puedes ser tan friolera —observó Leo.

—¿Verdad? —reconoció Alicia—. No lo sé, pero es raro que tenga calor.

—Eso lo dices porque no has ido al sur.

—Pues seguramente. Tú ¿vas mucho?

—No, ya no. De pequeño iba todas las vacaciones, desde junio hasta finales de agosto. Volvía hecho un salvaje… —recordó Leo con un deje de tristeza en la voz.

—¿Lo echas de menos?

—Sí —dijo con nostalgia.

—Y, ¿por qué no vais?

—Cosas de padres, trabajos y discusiones familiares —respondió con resignación.

—Lo siento.

—Y, ¿tú? ¿Adónde vas de vacaciones?

—A ningún sitio.

—¿Cómo que no? —preguntó Leo sorprendido—. ¿Nunca?

—No recuerdo haber ido a un sitio concreto, como tú a tu pueblo. De vez en cuando, vamos a ver a la familia, alguna vez hemos pasado un fin de semana de casa rural… Pero lo habitual es que nos quedemos en casa y vayamos al cine o a comer por ahí de vez en cuando.

—Bueno, tienes tiempo para ir a un montón de sitios —dijo Leo guiñándole un ojo—. Pero, ahora podéis ir a Bilbao de vacaciones, en plan «pueblo».

—No creo…

—Y ¿eso?

—No sé. No creo que haya mucha diferencia entre quedarnos aquí o ir a Bilbao…

Leo la miró un momento. Su gesto más serio de lo normal hizo que Alicia temiese alguna pregunta acerca de los amigos que dejó allí. Tal vez, incluso se acordase de Iban y ella lo entendería, pero solo esperaba que no lo hiciese.

—Bueno, una diferencia sí que hay —dijo Leo cómicamente indignado—. Aquí estoy yo.

—Por supuesto —apoyó Alicia sonriendo—. Y eso es un punto claro para Gijón.

—Y ¿qué tienes pensado hacer estos días?

—No sé, no lo he pensado. Supongo que leer, ver alguna peli, entrenar…

—Entrenar, ¿eh?

—Si te parece bien.

—Me encantaría —dijo Leo animado—. De hecho, podemos aprovechar y subir el número de entrenamientos. ¿Qué te parece si empezamos a quedar los lunes, miércoles y viernes?

—Perfecto.

—El fin de semana igual te dejo descansar.

—O yo a ti —replicó Alicia—. Estás hecho una piltrafa.

Leo se rió tan alto que varios paseantes se volvieron hacia ellos.

—¿Qué tal las notas?

—¿Mi felicidad te molesta, Alicia? —preguntó Leo con un fingido gesto de tristeza.

—¿Por? —preguntó Alicia preocupada—. ¿Muy mal?

—No. Todo bastante bien, menos latín, que solo he conseguido rascar un cinco.

—Uy…

—Lo sé.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Alicia sin pensar.

—Puede ser —aceptó Leo—. De hecho, sería lo suyo, ¿no te parece? Yo te ayudo en Educación física y, tú me ayudas en latín.

Algo en la expresión de Alicia cambió de manera involuntaria, haciendo que Leo se pusiese serio al notarlo.

—¿Qué te pasa?

—Nada…

—Alicia… va.

—Es que Dani se ofreció el otro día a ayudarme a entrenar y me dijo algo parecido.

—¿Dani se ofreció a ayudarte a entrenar? —preguntó Leo sorprendido.

—Sí, pero le dije que no. Que ya entrenaba contigo y que estaba bien.

—Y, ¿por qué no me lo dijiste?

—No lo sé… No lo he pensado.

—¿Creías que me iba a enfadar?

—No, ya sé que no. —Alicia se quedó pensativa—. Pero me pareció como una especie de traición —reconoció.

—Pero sabes que no lo sería.

—Sí, lo sé.

—Y, ¿tú quieres entrenar con él? —preguntó Leo intentando no parecer nervioso y mordiéndose el labio por dentro. Un gesto del que, Alicia pensó, no era consciente.

—No —respondió antes de que terminase de hablar.

—Sabes que no me…

—No quiero, Leo. Ya está—le cortó.

—Y yo me alegro.

Alicia sonrió para sí. Se sentía mejor después de haber hablado con Leo, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Me parece que hoy tampoco es día de estirar —dijo Leo mientras dejaba de fingir que hacía algo más aparte de hablar.

—Estoy de acuerdo —apoyó Alicia—. Mañana será otro día.

—¡Por cierto! Mañana, seguramente, iremos al bar del *argentino* a cenar. ¿Te apuntas?

—¿El bar del *argentino*? No sé cuál es.

—Está cerca del instituto. Uno con cristaleras. ¿Quieres venir?

—No creo. Igual para la próxima.

—Se nos están empezando a acumular ya unas cuantas «próximas» —dijo Leo sonriendo.

—Eso parece…

35 ¿CÓMO ESTÁS? Y ME HA ESCRITO IBAN

Habían terminado de comer pronto y las dos estaban sentadas en el sofá. En realidad, ninguna estaba sentada. Alicia estaba recostada con las piernas ligeramente flexionadas y la cabeza apoyada en una desordenada torre de cojines. Su madre se había tumbado en la otra parte del sofá y no parecía hacer ningún esfuerzo por mantenerse despierta. Por eso le sorprendió escucharla.

—Cariño ¿no vas a hacer nada en todas las vacaciones?

—Como que si no voy a hacer nada.

—Que si no vas a salir por ahí con tus amigos.

—Pues no lo sé. Supongo que en algún momento sí, pero este fin de semana me apetecía estar tranquila y disfrutar de leer sin preocupaciones de tener que estudiar o hacer trabajos.

—Me parece bien.

—Mañana a la mañana he quedado con Leo —continuó Alicia—. Vamos a empezar a entrenar los lunes, miércoles y viernes.

—Qué bien. Y ¿cómo lo llevas?

—¿Los entrenamientos? Bien. Son divertidos.

—¿Divertidos? —Su madre se incorporó la altura y el tiempo suficiente para regalarle una mirada de incredulidad—. ¿Mi hija acaba de decir que hacer deporte le parece divertido? La vida no dejará nunca de sorprenderme —dijo dejándose caer de nuevo en el sofá.

Alicia pensó en protestar de alguna forma, pero su madre tenía razón. Ni ella misma hubiese imaginado que esas palabras saldrían de su boca alguna vez.

—Me gustaría conocer a Leo —dijo somnolienta.

—¿Conocer a Leo?

—Por supuesto. Alguien capaz de hacer que mi hija piense que el deporte es divertido, tiene que ser muy especial. Quiero darle las gracias. —Andrea guardó silencio unos segundos, como dejando tiempo a su hija para protestar—. Podrías invitarle a comer un día. —Casi estuvo a punto de cerrar los ojos en espera del chaparrón que le caería sobre la locura que acababa de decir, pero para su sorpresa, no llegó.

—Igual sí —aceptó Alicia.

—Estupendo —dijo su madre acomodándose aún más en el sofá.

—El otro día me escribió Iban. —La voz de Alicia quería parecer despreocupada, pero fue fácil para su madre percibir la tensión que había debajo.

—Y ¿todo bien? —preguntó con precaución.

—Sí, solo quería saber qué tal nos va todo.

—Y ¿le has contestado?

—Todavía no —contestó Alicia con calma—. Pero igual le escribo luego.

El mensaje fue corto, pero tardó siglos en escribirlo. Un simple

Alicia:
Todo bien. Liada. Un día de estos te escribo y te cuento.

La respuesta rápida y corta

Ibán:
Cuando quieras, ya lo sabes.

Y Alicia lo sabía y por eso le dolió leerlo.

36 Y ¿CÓMO FUE?

Llevaba dándole vueltas en la cabeza desde que tuvieron la conversación. Tal vez había sido demasiado corta como para llamarla conversación, pero sea como fuere, no podía quitárselo de la cabeza del todo.

—Y ¿cómo fue? —preguntó sin preámbulos.

A Leo no le sorprendió la pregunta. A pesar de que no habían vuelto a hablar del tema y de que la voz de Alicia había sonado nerviosa y precipitada. Tampoco necesitó preguntarle a qué se refería.

—Raro —contestó con lentitud.

Alicia iba a preguntar algo más, quería saber qué significaba esa respuesta, pero por la actitud de Leo se dio cuenta de que aún no había terminado, de que estaba buscando las palabras adecuadas. Cuando continuó hablando lo hizo con lentitud y la mirada perdida.

—Supongo que diferente —dijo después.

Alicia no supo qué contestar. Quería que siguiese hablando, saber a qué se refería con diferente. ¿Qué había esperado? ¿Cómo fue? Tenía cientos de preguntas, pero entendía que era algo muy personal y que no podía exigirle nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Leo con un amago de sonrisa.

—Nada —respondió Alicia acariciando con delicadeza una de las muchas margaritas que les rodeaban.

—¿Qué más quieres que te diga?

—No, nada —dijo Alicia nerviosa.

—Venga, Alicia. Que ya nos conocemos.

—No, de verdad. —Le miró a los ojos, de ese color miel que tanto le gustaba. No solía hacerlo, aun sin llegar a tocarse le parecía un tipo de contacto demasiado íntimo, pero quería que supiese que era sincera.

—Está bien —respondió Leo antes de apartar la mirada—. Pues entonces levanta y a calentar.

—Buuuf… —se quejó Alicia.

—Pero, ¿qué quieres? En algo más de un mes tenemos que enfrentarnos a «la paliza» —repuso Leo fingiendo enfado.

—Ya lo sé…

—Pues venga, anda, no seas vaga. Empieza a calentar en condiciones. Cuando termine la segunda vuelta quiero que te unas a mí —dijo acercándose al camino de tierra dispuesto a empezar a trotar—. ¡Alicia!

—¡Voy! —dijo poniéndose en pie y viendo cómo Leo corría tranquilamente a paso más bien lento. Sabía que eso no duraría, que en unos metros aceleraría y que en nada tendría que unirse a él, así que se levantó y empezó a mover distraída el tobillo derecho en círculo.

—Y, ¿tú?

Había sido un entrenamiento más duro de lo que esperaba. Se había unido a Leo en la segunda vuelta y habían ido acelerando el trote hasta encontrarse en una carrera continúa más

rápida de lo habitual. Alicia estaba cansada, pero también feliz y relajada. Posiblemente por eso le costó entender a qué se refería Leo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ya te dije que no había nada que contar. —Alicia intentó no parecer molesta por la pregunta, porque no lo estaba, pero su tono de voz había sido demasiado tenso, como si estuviese a la defensiva.

—Lo sé —dijo Leo que no había parado de estirar en ningún momento—. Pero me parece raro.

—Y eso, ¿por qué?

—La verdad es que no lo sé. Es una gilipollez suponer que por tener dieciocho años se haya tenido que tener relaciones. Como si fuese una obligación.

—Pues eres tú el que dice que le parece raro, así que, tú dirás…

—Lo sé, y ha sido absurdo por mi parte. Lo siento. —La disculpa cogió a Alicia desprevenida.

—No te preocupes. No pasa nada.

Continuaron estirando unos minutos más antes de iniciar el camino a casa.

—Creí que sería Iban.

—¿Cómo?

—Iban, mi amigo de Bilbao —dijo Alicia mirando al suelo—. Creí que mi primera vez sería con él.

—Y ¿qué pasó?

—Que éramos amigos… Para él, yo solo era su mejor amiga. Nada más.

—¿Cómo que solo eras su mejor amiga? A mí eso me parece mucho.

—Y lo es, pero no cuando la otra parte se ha enamorado como una estúpida.

—Lo siento… Y ¿qué pasó?

—Que hice un ridículo del que aún no me he recuperado y que me dolió tanto que no he vuelto a hablar con él.

—Entiendo…

—Por eso me desinstalé todas las redes del móvil y el portátil. —Leo la miró en silencio. Estaba claro que quería que continuase hablando pero que no iba a obligarla—. No podía entrar en cualquiera de mis perfiles y ver las fotos que teníamos juntos…

—Podías borrarlas —sugirió Leo con una mueca.

—Ya, lo pensé. Pero no fui capaz, así que me las quité, lo borré todo: aplicaciones, fotos del móvil… Todo.

—Ya…

—Soy tonta, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo dieciocho años y no he sabido aceptar que mi mejor amigo me quiera como amiga.

—No creo que sea una situación fácil, Alicia. No te castigues. Las cosas requieren su tiempo, y lo que hiciste, eso de pasar de redes y mierdas, me parece una pasada.

—Ya, claro —dijo Alicia frunciendo el ceño.

—Te lo digo de verdad. ¿Te crees que cualquiera podría hacerlo?

—No lo sé… Si lo he hecho yo…

—Me parece que te cuesta mucho ver las cosas buenas que tienes. —Alicia bajo la mirada

como respuesta—. Pero te lo voy a repetir: Las cosas necesitan su tiempo.

—Sí, supongo que tienes razón. Al menos ya soy capaz de hablar de ello sin ponerme a llorar. Es un paso.

—Es un paso de la leche —apoyó Leo.

—Gracias —dijo Alicia mirando al suelo.

—De nada, chica seria.

37 ¿TE VIENES AL ARGENTINO? Y ¿TE VIENES A COMER?

—Bueno, bueno, bueno… —El tono y la sonrisa de Leo hicieron que gran parte del cansancio que sentía se evaporase—. Parece que la cosa va muy bien. ¿No?

—¿La cosa? —Alicia curvó las cejas.

—Ya me entiendes. Los entrenamientos. Los estás llevando muy bien.

—¿Tú crees?

—Ya sabes que sí, si no, no te lo diría.

—Pues muchas gracias —respondió Alicia con una sonrisa.

—Cuando empezamos apenas corríamos diez minutos, quince de vez en cuando. Ahora, mírate. Cuarenta minutos corriendo a ritmo rápido y ni te has despeinado. No me tienes que dar las gracias por decirte lo que es obvio.

—Pero sí por ayudarme a pasar de esos diez minutos a paso tortuga a los cuarenta de hoy.

—Pues ha sido un placer —respondió Leo satisfecho—. Tienes la prueba controlada.

—No sé yo si diría tanto.

—¿Cómo que no? Vas a correr el kilómetro en un abrir y cerrar de ojos. Santi va a flipar.

—¿Y lo demás? ¿Flexiones, abdominales? —dijo Alicia abriendo mucho los ojos—. ¿Dominadas? —Y esta última pregunta la hizo marcando con exageración cada una de las sílabas.

—Vale, tranquila. Aún tenemos muchos días. Lo único que hay que hacer es dedicar algo más de tiempo a la parte física.

—Buuuufffff….

—No. No hagas eso… —pidió Leo.

—El qué.

—Desanimarte.

—No me desanimo. Es que…

—Sí que lo haces. Acabas de desinflarte como un globo ahora mismo.

—Es que para ti es fácil decir «solo tenemos que dedicar algo más de tiempo a la parte física», pero para mí es diferente. No soy buena en el deporte, no se me da bien. No me gusta.

—No. De eso nada —cortó Leo—. Eso te valía antes, pero ya no. Ahora corres el kilómetro a menos de cinco y disfrutas corriendo, calentando y estirando. O sea, que eso de que no te gusta el deporte, ya no vale.

—Me gusta porque lo hago contigo.

—Jo, que bonito, Alicia —dijo Leo poniéndose serio de golpe.

—Que tonto eres. —Alicia se rió de sí misma. Le costaba creer que esa respuesta hubiese salido de sus labios.

—Que no, te lo digo en serio. Es muy bonito.

—Vale ya…

—Me acuerdo de cuando íbamos a empezar a entrenar. ¡No! De cuando me dijiste cómo te hacía sentir solo pensar en la prueba. —Alicia también se acordaba de ese momento y del agobio que le acompañó varios días—. Y ahora, me dices que te gusta hacer deporte porque lo haces

conmigo. Pues igual ha parecido broma, pero en serio te digo que me ha parecido super bonito. Gracias.

—De nada…

—Entonces me merezco un premio.

—¿Qué? —La inocencia y la candidez de la expresión de Leo eran nuevas para Alicia.

—Te vienes al *argentino*. ¿No?

—¿Qué? —repitió Alicia—. ¿Cuándo?

—Cualquier día, vamos casi todas las tardes. Hoy por ejemplo estaría bien.

—Vale —respondió Alicia encogiéndose de hombros.

—¿Vale? ¿Así de fácil? Sospechoso…

—¿Por? Te dije que para la próxima y parece que ya es la próxima.

—Cierto. Pero aun así, sospechoso —replicó Leo.

—No veo por qué.

—Vale… Pues quedamos sobre las seis y media. ¿Te parece?

—Sí, está bien.

Terminaron de estirar en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Y ¿quiénes estaremos esta tarde? —preguntó Alicia más por dar conversación que por verdadera curiosidad.

—Ni idea. De momento tú y yo. Luego, cuando estemos allí, seguramente irán llegando los demás.

—¿Cómo? ¿Estaremos tú y yo solos? —preguntó Alicia sorprendida.

—En principio.

—Pensaba que habíais quedado todos allí.

—No hace falta quedar —replicó Leo con una sonrisa—. Vamos llegando más o menos a la misma hora. Siempre va alguien. ¿No quieres estar a solas conmigo? —preguntó sin perder la sonrisa.

—¡No es eso!

—Que ya lo sé —respondió dándole un toque en el brazo—. Te estaba tomando el pelo.

—Oye. Y estaba yo pensando que igual te apetece venir a comer a mi casa este fin de semana.

Leo la miró divertido. Con la sonrisa más grande que Alicia le hubiese visto jamás.

—Pues igual sí que me apetece —respondió al final.

—Oh, que bien. Muchas gracias —dijo Alicia aliviada—. Es que mi madre me ha dicho que quiere conocerte porque…

—No, no —le cortó—. Me quedo con que me has invitado a comer a tu casa. Me vale con eso.

—Pues entonces listo. Hoy cenamos juntos y el domingo comemos.

—Habrá que pensar algo para mañana —contestó Leo.

—Ja, ja, ja. Me parece bien. Pensemos.

38 VOY A CENAR FUERA Y ¿VAS A IR ASÍ?

Cerró la puerta y se encontró con el piso en silencio. No tenía nada de raro. A decir verdad, lo extraño habría sido justo lo contrario. Pero encontró algo diferente esa vez y le puso nerviosa.

—¡Hola! —Esperó unos segundos en la entrada, junto a la puerta cerrada—. ¡Ama!

—¿Sí?

La voz de su madre le llegó amortiguada por la barrera que suponían un par de puertas cerradas entre las dos. Abrió la puerta de la habitación de su madre. Dentro tenía su propio baño y, al parecer, estaba dentro con la puerta cerrada.

—¿Todo bien? —preguntó Alicia acercándose y apoyándose en la pared.

—¡¿Qué?! —Andrea abrió envuelta en toallas. Una alrededor de su menudo cuerpo y otra cubriéndole el pelo—. Hola, cariño. ¿Qué tal ha ido? —preguntó mirando a su hija de arriba abajo—. Vas a ducharte, ¿no?

—Sí —respondió Alicia desechando la inquietud que había sentido tan solo unos minutos antes—. Esta tarde he quedado. No cenaré en casa. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —respondió su madre con una sonrisa—. Además, yo también he quedado, así que parece que ninguna de las dos cenará en casa.

—¿Has quedado? Y ¿eso?

—Con algunas de las chicas de Yoga. ¿No te parece una coincidencia? No salimos nunca y justo hoy, las dos cenaremos fuera.

—Sí que lo es, sí —apoyó Alicia.

—Y, tú ¿con quién has quedado, con Leo?

—Sí, pero luego se apuntarán los demás.

—Pues muy bien, ¿no?

—Sí, muy bien.

—Y ¿a dónde vais? —preguntó su madre secándose el pelo con la toalla con movimientos enérgicos y, en opinión de su hija, demasiado intensos.

—Al *argentino*. Un bar que está cerca del instituto.

—¡No me digas! Eso sí que es una coincidencia —dijo su madre dejando caer la pequeña toalla mojada al suelo.

—No me digas que vosotras también vais ahí.

—¡No! Era broma.

—¡Venga ya! Que susto me has dado —replicó Alicia intentando parecer enfadada, pero sin poder evitar reírse junto a su madre.

—Ha estado bien —respondió su madre—. Tenías que haberte visto la cara.

—Sí, ya…

—Bueno, voy a ver si termino y comemos algo —dijo paseando la mirada por el baño como si buscase algo.

—Vale. Yo voy a ducharme mientras.

—Perfecto, cariño.

Alicia cogió la ropa y fue al baño del pasillo. Aunque pensaba que era una casa demasiado grande para las dos, la comodidad de tener un baño para cada una era una de las mejores cosas

que había experimentado jamás.

Ninguna de las dos tenía muchas ganas de cocinar así que, se decantaron por unos macarrones con verduras salteadas y una ensalada. La tarde pasó con placidez, sumergiendo a Alicia en una corta pero reparadora siesta.

—Voy a prepararme —dijo Andrea dejando en el reposabrazos del sofá un libro viejo y gastado.

—Sí, yo también. He quedado en veinte minutos.

—¡Uy! Pues igual vas muy justa, ¿no?

—¿Justa? ¿Por? Si solo tengo que ponerme las zapatillas y coger un par de cosas.

—¿Vas a ir así? —preguntó su madre, arrepintiéndose en el acto.

—Así, ¿cómo? —Alicia se miró y repasó la ropa que se había puesto después de la ducha. Un pantalón vaquero, una camiseta negra de media manga, y tenía la intención de ponerse unas zapatillas de tela verde oscuro y una chaqueta vaquera. ¿Voy mal?

—No, no es eso. Pero pensaba que igual querías ponerte algo más…

—Algo más… ¿qué?

—¡No lo sé! No me hagas caso. A veces parezco tu abuela… Lo siento cariño. Estás perfecta.

Alicia se miró de nuevo sin saber qué pensar.

—Olvídate de lo que he dicho. ¿Vale? Además, es Leo, os veis casi todos los días.

—Sí —respondió Alicia sin dejar de mirarse el pantalón y la camiseta.

—Bueno, venga. Ponte las zapatillas que al final se te va a hacer tarde.

—Sí —dijo Alicia poniéndose en marcha.

—Cariño ¿estás bien?

Alicia miró a su madre desde la puerta de la sala. Estaba preocupada, podía verlo con claridad.

—Estoy bien, ama. No te preocupes.

—Bien —respondió su madre devolviéndole la sonrisa—. Avísame, ¿vale? Y no vuelvas tarde.

—Tranquila. Cenar y para casa —respondió Alicia dándose la vuelta para dirigirse al zapatero.

—Vale. ¡Pásalo bien!

—Sí, igualmente.

—¡Ten cuidado!

—Que sí, ama —dijo Alicia sonriendo.

39 EL ARGENTINO Y MOMENTO INCÓMODO

—Pues tenías razón —dijo Alicia frente a la cristalera que cubría el frontal del bar—. Sí que sé cuál es.

—Ya te lo he dicho —dijo Leo a su lado—. Hemos pasado un montón de veces. ¿Entramos o prefieres que nos sentemos en esa mesa de ahí? —dijo señalando la única de las cuatro mesas libres de la terraza.

—No, prefiero dentro.

—Pues dentro entonces. —Leo abrió la puerta con una gran sonrisa—. Usted primero, chica seria.

Como ya habían visto desde fuera, el bar estaba casi lleno. Las tres mesas, largas y colocadas en fila frente a la puerta, estaban completas. Y varios de los taburetes, que había junto a la barra, estaban ocupados.

—Vamos ahí. —Leo se refería a una mesa más pequeña con cuatro sillas, al final del bar, entre la mesa y la cristalera.

—Vale. —Alicia aprovechó para mirarlo todo y a todos de camino a la mesa.

Las paredes estaban pintadas de color azul y decoradas con dibujos y sombras de futbolistas. En la pared que se veía de frente al entrar había una gran televisión colgada, y en la barra otra. Ambas con alguna retransmisión deportiva a la que nadie prestaba atención.

—¿Qué quieres? —preguntó Leo quitándose la chaqueta y colocándola después en el respaldo de madera de la silla—. Voy a pedir algo mientras esperamos a estos.

—No lo sé. ¿Qué vas a pedir tú?

—Un *Nestea*.

—Me parece bien. Pídeme a mí otro, por favor.

En cuanto Leo se acercó a la barra, un hombre con una reluciente calva y vestido de negro, le saludó con un claro acento argentino.

—¡Buenas, caballero!

—Muy buenas. ¿Nos pones dos *Nesteas*?

—Ahora mismo.

—¿Se afeita la cabeza? —preguntó Alicia en voz baja, apoyándose en la mesa para que Leo pudiese escucharla.

—Yo diría que sí —respondió Leo riendo—. Una cabeza tan brillante no puede ser natural.

—Ja, ja, ja. ¡Qué tonto eres!

—Hola

La voz de Dani, detrás de Alicia, les sobresaltó a ambos. Ni siquiera Leo, que estaba sentado mirando hacia la entrada, le había visto llegar.

—Hola —saludó Alicia, que se vio obligada a girarse para poder mirarle.

—Buenas —saludo Leo.

—Qué raro tú por aquí, ¿no? —Dani se sentó en una de las sillas libres.

—Sí, ¿verdad? —respondió Leo—. Lo mío me ha costado convencerla, no te creas.

—Que exagerado —dijo Alicia forzando una sonrisa.

—Pues vaya primera cita más cutre que te has montado.

El comentario de Dani les dejó sin palabras. Alicia miró a Leo que dirigió una mirada dura hacia su amigo.

—Que va —respondió clavando sus ojos color miel en los de Dani—. Este sitio mola, y tiene unos bocatas de flipar. En cuanto pruebe uno caerá rendida entre mis brazos.

—Eso es verdad —aceptó Dani—. El de lomo con pimientos es brutal —dijo guiñándole un ojo a Alicia.

—Tomo nota —respondió esta.

—Pues nada, tortolitos. Os dejo a lo vuestro —dijo Dani levantándose—. Estamos en la última mesa. —Señaló la mesa que estaba más cerca de la televisión, en la que Paula, Eva y Carlos, comían y hablaban entre ellos—. Os hemos visto al entrar y tenía que saludaros. Por cierto, Leo; dice Paula que te salude de su parte.

—Muchas gracias. Luego me acercaré un rato.

—Bueno, pareja. Lo dicho. Que lo paséis bien, luego nos vemos.

—Claro —respondió Alicia mirando hacia la cristalera—. Viene Juanfran.

—¿Ves? Ya te dije que irían llegando.

Apartó la mirada para decirle lo estúpida e incomprensible que le había parecido la actuación de Dani, pero algo la detuvo. Le costó darse cuenta de lo que era, pero de repente lo vio. Al mirar sus ojos, siempre expresivos e inquietos, vio algo que desentonaba, que no debería estar ahí. Ojeras, como las de alguien que lleva tiempo sin dormir, sin descansar. No unas ojeras de una noche movida o de estudio. Se dio cuenta de que la mirada color miel de Leo parecía agotada. Abrió la boca para preguntarle qué tal se encontraba, pero el saludo tímido de Juanfran la distrajo.

Un cuarto de hora después, separados por un par de minutos cada uno, llegaron Víctor y Saul. Alicia incluso vio a Deva, sentada en una de las mesas de la terraza con un grupo de chicos y chicas que no conocía. Leo tenía razón, poco a poco el bar terminó de llenarse por completo con gente del instituto.

Ni Alicia ni Leo se decantaron por el bocadillo de lomo. Alicia pidió uno de ternera y Leo un vegetal. Pidieron un plato de patatas fritas que dejaron en el medio y que apenas duró cinco minutos. Se rieron, se hicieron más de un selfie y hablaron durante toda la cena y cuando Alicia anunció que ya iba siendo hora de volver a casa, todos estuvieron de acuerdo en que era un buen momento para retirarse.

—Pago yo y luego me dais —dijo Saul levantándose con pereza de la silla—. Tengo que cambiar.

Alicia miró a Leo nerviosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó acercando su silla a la de ella. Al llegar los demás habían tenido que apretarse un poco para entrar todos.

—No tengo suelto. ¿Qué hago? ¿Se lo doy cuando volvamos a clase?

—Jo, que susto me has dado. Le doy yo tu parte y ya me la darás cualquier día después de entrenar.

—¿No te importa?

—No me importa, chica seria. Parece que no me conoces.

—¿Vamos? —dijo Saul frente a la mesa.

Todos se levantaron con tranquilidad, perezosos y con la barriga llena.

—Ahora voy —dijo Leo cuando estaban a punto de llegar a la puerta—. Id saliendo, que no tardo.

Alicia le vio alejarse hacia la mesa de Dani y no pudo evitar fruncir el ceño. La visita que

les había hecho a la mesa nada más llegar, había sido incómoda y no podía explicarse a qué había venido su actitud. Por suerte Leo había sabido reaccionar porque ella se había sentido tan molesta que ni siquiera quería mirarle.

—¿Qué tal la semana santa? —le preguntó Juanfran cuando estuvieron fuera, como si no llevasen toda la cena hablando, de entre otras cosas, de las vacaciones y lo cortas que se les estaban haciendo.

—Muy bien —respondió Alicia.

—Tienes que venir otro día.

—Sí, ha estado bien.

—¿Qué hace Leo? —preguntó Saul—. Tengo que marchar ya mismo o llegaré tarde y tocará discurso en casa.

—Márchate, no te preocupes —dijo Juanfran—. Nosotros nos quedamos.

—¿Víctor, tú te vienes?

—Si, voy contigo —respondió el chico, que apenas había abierto la boca en toda la cena—. Hasta luego.

—Venga, nos vemos. Ah, las fotos las subo a *Insta*, ¿vale? —se despidió Saul alejándose con Víctor a su lado.

—Vale…—dijo Alicia viendo cómo se alejaban los dos chicos por la acera—. Le caigo fatal. ¿Verdad?

—No, que va —respondió Juanfran con una sonrisa—. Él es así. Le cuesta coger confianza, pero contigo ya está en ello. Hazme caso.

—Pues quién lo diría —respondió con una sonrisa.

—Mira, ya viene Leo —dijo Juanfran señalando con la cabeza hacia el bar.

—¿Listos? —preguntó su amigo saliendo por la puerta.

—Tú dirás. Anda que no te enrollas.

—Hay que saludar a los amigos, Juanfran. No seas borde.

—Ya, ya… Bueno. Os dejo que quiero llegar pronto a casa.

—Vale. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió Juanfran—. Nos vemos, Alicia.

—Sí, adiós, Juanfran.

—Qué, ¿qué tal ha ido? —preguntó Leo subiéndose la cremallera de la chaqueta.

—Pues la verdad es que bien.

—¿Ves como tenías que haber venido antes?

—Probablemente —admitió Alicia—. Pero necesito mi tiempo.

—Me parece muy bien. —La sonrisa de Leo era contagiosa—. ¿Quieres volver andando o en autobús?

—Te dejo elegir a ti. A mí me da lo mismo.

—Pues entonces en autobús. Hoy estoy cansado —respondió Leo señalando una parada en la acera contraria—. En nada pasa el último.

—Pues en autobús —respondió Alicia mirando a ambos lados, de una calle desierta, antes de cruzar.

El autobús tardó menos de lo que anunciaba el cartel luminoso y, en cincos minutos ambos estaban sentados sin apenas compañia.

—Y ¿qué te apetece hacer mañana? —preguntó Leo mientras pulsaba el botón para bajarse en la siguiente parada.

—No lo sé, sorpréndeme —dijo Alicia poniéndose en pie.

—Jo —se quejó Leo—. Vaya presión.

—Que exagerado eres. —Alicia dirigió su atención hacia las calles desiertas, iluminadas por las farolas que aparecían y desaparecían al otro lado de la ventana. —Oye, Saul va a subir las fotos a Instagram.

—¿Quieres que le diga que no? —preguntó Leo.

—No, tranquilo. No me importa —respondió Alicia con una sonrisa triste—. Pero me gustaría tenerlas.

—Vale, sin problema. Se las pido y cuando las tenga, te las paso.

—Guay. Gracias.

Se bajaron en la parada de la plaza que Alicia veía desde la ventana de la cocina. Miró hacia su casa y vio que todas las luces estaban apagadas. Pasaban un par de minutos de las once. No era tarde, pero se le hacía raro llegar a casa y no encontrar a su madre en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo siguiendo la dirección de su mirada—. Esa es tu casa, ¿no?

—Sí. No hay nadie. Mi madre ha salido esta noche a cenar por ahí y se me va a hacer raro.

—¿El qué?

—Estar sola en casa.

—¿Te da miedo?

Alicia estudió su cara en busca de algún indicio de broma, pero no encontró nada de eso. Solo su mirada limpia y curiosa.

—No, creo que no. Solo que se me va a hacer raro. Mi madre nunca sale. Bueno, yo tampoco.

—Pues de vez en cuando ya ves que va bien.

—Sí. Toda la razón. —Empezaba a hacer frío y se abrazó a sí misma en busca de calor—. Además, desde que habló con mi abuela ha estado seria. No, seria no, pensativa, triste… Está bien que haya salido hoy, sí.

—Espero que haya desconectado.

—Sí, yo también.

—Estás helada. —Leo pasó su mano por los brazos de Alicia buscando darle algo de calor —. Vete a casa. Mañana hablamos.

—Sí —contestó Alicia mirándole a los ojos—. Hasta mañana.

Alicia le observó andar despacio. Miró el reloj y se dio cuenta de aún no tenía ganas de meterse en casa, así que, sin pensarlo, salió corriendo tras él.

—¿Qué tal, chico alegre? —dijo poniéndose a su lado.

—Pero ¿adónde vas? —respondió dando un pequeño bote—. Estoy empezando a pensar que tienes algún interés oculto en que me dé un infarto.

—No seas peliculero. Te acompaño a casa.

—Eres toda una caballera —dijo Leo sonriendo.

—Es que siempre me acompañas tú a mí, y yo ni siquiera sé dónde vives.

—Bueno. No es por quitarme mérito, pero me pilla de camino.

—Que bonito.

—La sinceridad ante todo. Te ibas a dar cuenta en cuento llegásemos al portal.

—¿Estás bien? —preguntó Alicia fijándose más en las ojeras que ya le había visto en el bar. Se acordó de que quería haberle preguntado qué tal estaba, pero dejó pasar el momento y al final se había olvidado por completo.

—Sí, ¿por? Igual algo cansado, pero nada más.

—Sí pareces cansado —corroboró.

—Tocará dormir como un cesto toda la noche.

—Más te vale.

—Bueno. Ya hemos llegado.

Alicia se sorprendió al darse cuenta de lo cerca que vivían. Tan solo tenía que cruzar la plaza, continuar andando recto unos metros y el segundo portal que se encontraba era el suyo.

—Pues nada. A descansar —se despidió con una sonrisa.

—Igualmente —respondió Leo viéndola trotar hacia su casa.

40 ESTOY CANSADO , EL ACUARIO Y DANI

El mensaje llegó a media mañana, de improviso, y le sorprendió. No habían quedado a ninguna hora en concreto, pero Alicia contaba con estar juntos en algún momento del día, suponía que por la tarde. No se enfadó ni se sintió decepcionada. Solo se preocupó.

Leo:
Chica seria no me encuentro muy bien. Estoy hecho polvo y parece que vaya a tener fiebre. Creo que será mejor que me quede hoy en casa y nos vemos mañana para comer.

Lo leyó un par de veces antes de contestar:

Alicia:
Claro, no te preocupes. Mañana nos vemos. ¡Descansa!

Sintió la necesidad de decirle algo más, pero después de darle muchas vueltas decidió dejarlo así. Si no se encontraba bien, lo mejor era que descansase. Ella aprovecharía para leer y a lo mejor, dar un paseo por la playa y visitar un lugar al que hacía mucho tiempo que no iba.

El sitio, al que había llegado tras pasear por la arena templada de la playa, ocupaba una plaza en el podio de los mejores sitios de todo Gijón. No había compartido lo que le hacía sentir estar allí con nadie, ni siquiera con Leo y, aunque no sabía el porqué, estaba bastante segura de que continuaría guardándoselo para sí. Sentada en uno de los cuatro sillones redondos, frente a la gran pecera en la que nadaban los dos tiburones toros y la enorme tortuga, Alicia podía pensar. Cada vez iba menos, pero cuando lo hacía, pasaba mucho tiempo sentada, ajena a todos los visitantes y turistas que iban pasando a su lado.

—Hola.

La voz de Dani le molestó. La había sacado de la intimidad pública que había conseguido, sin ningún pudor, sin importarle lo que ella quisiese. ¿Por qué suponía que querría verle, hablar con él? Aun así, se obligó a contestarle, aunque no a sonreír. Tenía muy presente su último encuentro en el bar del *argentino*.

—Hola.

—¿Qué haces aquí sola? —Tenía una media sonrisa tímida, casi inexistente.

—Me gusta venir de vez en cuando —respondió Alicia intentando ser cordial.

—¿Sola?

—Sí, sola. —Alzó los hombros con indiferencia—. Me gusta hacer cosas sola de vez en cuando.

—Jo, tía. De verdad que a veces eres más rara… Yo he venido para acompañar a mis primas, están de visita —continuó hablando, mostrándole que él sí era una persona normal.

—Pues muy bien. Espero que lo estén disfrutando —contestó Alicia mirando a unas niñas de, supuso, unos once o doce años, que pegaban las caras al grueso cristal que las separaba de los cientos de peces que nadaban indiferentes a ellas y a cualquier otro visitante.

—Sí, bueno…

Por un momento Alicia pensó que ahí acabaría todo. La conversación no iba a dar para más y extenderla era absurdo hasta para Dani, pero al parecer, se equivocaba.

—Si quieres podemos quedar un día y venir juntos —propuso con una sonrisa.

—No, no creo. —No se paró a pensar, la respuesta surgió sin más, se deslizó sola entre sus labios.

—Y eso por qué.

No le sorprendió el tono ofendido de la réplica. Al fin y al cabo era Dani y por lo que estaba empezando a conocerle, no llevaba bien las negativas.

—Porque no eres mi tipo, Dani —dijo intentando parecer cohibida—. Lo siento —añadió.

—Eres un poco creída, ¿no? —Alicia subió las cejas—. Sí, no te hagas la inocente. Vienes de guay, haciéndote la misteriosa y luego me invitas a tu casa y me haces pensar que te gusto.

—No te invité a mi casa, teníamos que hacer un trabajo —se defendió Alicia.

—Ya, claro. Pues no vi allí a Deva.

Alicia pensó en responderle también a eso, pero se dio cuenta de que no serviría de nada. No iba a aceptar una negativa sin dejar claro que, si alguien estaba equivocado en aquella historia, iba a ser ella.

—Es por Leo, ¿verdad?

—No, lo siento, pero no. Es por mí, Dani. No me gustas. —Se sorprendió de la sinceridad de su respuesta. No quería hacerle daño, pero tampoco iba a permitir que la manipulase.

—Ya… Vale. Que te vaya bien. —Se dio la vuelta sin decir nada más, después de dirigirle una mirada que Alicia veía por primera vez y que solo supo interpretar como una mezcla de asco y pena.

—Igualmente —respondió aun sabiendo que ya no la escuchaba.

No se giró para ver cómo salían de la sala, le daba igual. Respiró hondo un par de veces e intentó que la inquietud que había reemplazado a la calma que siempre encontraba allí, desapareciese. Tardó un tiempo en conseguirlo, y poco después decidió que era hora de volver a casa. Se levantó despacio y sacó el móvil del bolsillo con la intención de escribir a Leo y contarle lo que acababa de pasar, pero lo volvió a guardar y desechó la idea. No quería que ninguna de las futuras conversaciones con él girase alrededor de los celos de un niñato consentido.

41 DE COMIDA

El domingo por la mañana se sorprendió esperando otro mensaje de Leo en el que le dijese que todavía no estaba como para ir a comer a ninguna parte y que igual lo mejor era verse ya en clase. Pero cerca del mediodía, al ver que no llegaba, se permitió pensar que los planes seguían en pie.

—Ama ¿qué vamos a comer?

—No sé —respondió su madre con la puerta del armario abierta y la cama llena de ropa—. Me he liado con el cambio de ropa y no he pensado nada. ¿Qué te apetece?

—¡¿Qué?!

—¡Qué! ¿Qué pasa?

—Que hoy viene Leo a comer.

—¿Hoy? Y ¿por qué no me los has dicho?

—Sí que te lo he dicho —respondió Alicia enfadada.

—No, que va. De eso nada.

—¡Qué sí!

—Alicia…

—¿No te lo he dicho?

—No, hija. No me lo has dicho.

—Joooo… ¿Y ahora qué?

—No pasa nada —dijo su madre intentando tranquilizarla—. No entremos en pánico. A ver, ¿qué le gusta?

—No tengo ni idea.

—Eres una anfitriona horrible, hija.

—Ya me estoy dando cuenta —aceptó Alicia antes de dar un largo suspiro.

—Bueno, pues pregúntale. No pasa nada.

—Sí claro. Y qué le digo; «Hola, Leo. Que se me había olvidado avisar en casa de que venías a comer y no tenemos nada preparado. Por cierto, ¿qué te gusta comer?»

—Pero vamos a ver. ¿No es tu amigo?

—Sí.

—Pues ya te conocerá lo suficiente como para no sorprenderse. Tú pregúntale y listo.

—Buuuuf… Voy…

El mensaje que escribió fue bastante parecido al que le había dicho a su madre y la respuesta fue aún peor de lo que había esperado. «Ja, ja, ja. Espera que ya estoy en tu portal. Toco el timbre.» Y tocó el timbre y Andrea se asomó a la cocina con cara de preocupación.

—¿Es él?

—Sí —dijo Alicia con un mohín.

—Pero, ¿a qué hora le has dicho que viniese?

—No le he dicho hora —respondió Alicia ante la mirada incrédula de su madre.

—Una anfitriona horrible y él muy raro si ni siquiera te pregunta a qué hora tiene que venir… Tal para cual.

—Sí, lo sé, ama. Él raro y yo horrible.

La madre de Alicia abrió la puerta de la calle antes de que Leo tuviese que llamar.

—Hola, Leo. Soy Andrea, la madre de Alicia. —Alicia oyó a su madre presentarse.

—Hola —respondió Leo.

—Pasa. Alicia está en la cocina.

—Gracias.

Alicia salió al pasillo a esperarle y en cuanto le vio aparecer olvidó todas sus preocupaciones. Leo tenía una sonrisa radiante y divertida. Le pareció que incluso se había arreglado algo más de lo habitual, llevaba un vaquero y una camiseta blanca de manga larga, que a pesar de no ser ropa muy elegante, le sentaba muy bien.

—Muy buenas, chica seria. ¿Qué me cuentas? ¿No te habías acordado de que venía a comer?

—No, no, no. No ha sido eso —se defendió Alicia—. No me he acordado de avisar en casa.

—Aja. Y que estés en pijama es una manera de mostrarme tu confianza.

—¡Mierda! —dijo Alicia mirándose y encontrando el desgastado pijama de Minnie con el que había dormido esa noche—. Ahora vengo. —Pasó a su lado intentando mostrarse digna y no correr. Consiguió, tal vez, una de las dos cosas, al menos en parte—. Pasa a la sala. Está ahí.

Tardó menos de cinco minutos en cambiarse de ropa y hacerse una coleta. Cuando regresó a la sala Leo estaba sentado en el sofá junto a su madre.

—Bueno —dijo Andrea al verla entrar—. Ya hemos solucionado el tema de la comida.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió Leo—. Pizza.

—¿Pizza? —preguntó Alicia con cara de desagrado—. No soy muy fan de las pizzas.

—Ya me lo ha dicho tu madre, pero estas son diferentes.

—¿Tú sabías que en esta misma calle, cerca de donde vive Leo, hay una pizzería de esas artesanales?

—No me suena —respondió Alicia pensativa.

—Pues son una pasada. No tiene nada que ver con las que te piensas. Tienen mucha variedad y unos ingredientes que no te imaginas para una pizza. Hazme caso.

—Bueno… —aceptó Alicia a regañadientes.

—Y por si acaso. Mientras esperamos, podemos hacer una ensalada para picar con las pizzas.

—Vale. Pues pidamos.

Los tres se agacharon sobre el móvil de Leo para elegir entre la variedad que aparecía en la web. Leo tenía razón y les costó un rato decidir entre tantos ingredientes diferentes. Al final optaron por una de tamaño familiar que incluía queso de cabra, rodajas de manzana y salsa de frutos del bosque.

—¿Será suficiente? —preguntó Alicia.

—Yo creo que sí —respondió Leo—. Piensa que también tenemos la ensalada.

—No quiero que te quedes con hambre, Leo —dijo la madre de Alicia con un deje de preocupación.

—No, tranquila, de verdad. Son pizzas grandes y hoy no tengo mucha hambre.

—¿Y eso? —preguntó Alicia—. ¿Todavía te encuentras mal?

—¿Estás enfermo, Leo?

—No. Ayer estuve un poco raro. Parecía como si me fuese a subir la fiebre y estaba hecho polvo, pero al final ha quedado en nada —explicó.

—Bueno. A veces necesitamos descansar y el cuerpo nos avisa —respondió Andrea

levantándose—. Si no os importa, voy a terminar de recoger el jaleo de ropa que tengo montado en la habitación.

—Perfecto —dijo Alicia.

—Cuando llegue la pizza avisadme. Esta vez invito yo.

—Pues muchas gracias —respondió Leo.

—Que menos. Después del desastre de anfitriona que es mi hija habrá que hacer algo para que quieras volver a visitarnos.

—Ja, ja, ja —rio Leo.

—Ama…

—Os dejo —dijo Andrea saliendo de la sala.

Leo echó una ojeada a su alrededor y se puso de pie para acercarse a la gran estantería que presidía la habitación.

—¿Cuántos libros tenéis aquí?

—No lo sé. Muchos.

—Ya te digo que muchos. Y ¿los habéis leído todos?

—Yo diría que sí. Igual hay alguno por ahí que se me escapa, pero creo que los he leído todos. Más los que aún están guardados en cajas en el trastero.

—¿Y eso?

—Es que se supone que la idea era mudarnos a una casa en las afueras o algún pueblo cercano.

—No me habías dicho nada —dijo Leo cogiendo un ejemplar de tapa dura de *Drácula*.

—Bueno, es que no encontramos nada.

—Pues mejor —replicó Leo sonriente—. Que chulo es —dijo enseñándole el libro que tenía en la mano.

—Sí, es una pasada. Lo compré hace un montón de tiempo.

—Pues me encantan las ilustraciones y la letra. Todo.

Alicia sonrió y se acercó a la estantería.

—Tiene que haber por aquí una edición similar de *Frankenstein*.

Estuvieron viendo y comentando los libros de la estantería hasta que llegó la pizza. Andrea abrió la puerta sin darles tiempo si quiera a avisarle y se presentó en la sala con una enorme caja de cartón.

—Sí que es grande —dijo mirando a Leo—. Tenías razón.

—Ya os lo dije.

—Chicos —dijo la madre de Alicia recogiendo los platos de la mesa después de comer—. ¿Os importa si os dejo a solas?

—¿Por? ¿Adónde vas? —La curiosidad de Alicia fue inmediata.

—He quedado.

—¿Has quedado?

—Sí. Para tomar un café —dijo su madre mordiéndose el labio.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—¿Un amigo?

—Alicia… —La voz de Leo apenas la distrajo del interrogatorio.

—¿Qué amigo? ¿Dónde vais?

—¡Alicia! —repitió Leo a su lado—. Deja a tu madre tranquila. Pareces mi abuela. Vaya interrogatorio.

—No la estoy interrogando —se defendió.

—No que va —replicó Leo.

—Bueno. ¿Entonces? —preguntó Andrea con una sonrisa.

—No, márchate. No pasa nada —contestó Alicia—. Nosotros recogemos.

—Muchas gracias, chicos.

—¿Vas a volver tarde?

—¡Alicia! —Leo le dio un empujón.

—¿Qué? Vale… No he dicho nada —respondió Alicia—. ¡Pásalo bien! —dijo gritando hacia el pasillo por el que había desaparecido su madre—. ¿Mejor así?

—Sí. De hecho, infinitamente mejor —respondió Leo poniéndose en pie.

—¡Eh, eh! ¿Qué se supone que haces?

—Iba a coger mi plato y llevarlo al fregadero.

—Sí, claro. Y ¿qué más? ¿Es una manera de darle la razón a mi madre con lo de que soy una anfitriona pésima?

—No, que va. Además, mira. Te había dejado mi vaso para que lo recogieses tú —dijo mostrándole el vaso con un gesto exagerado de la mano.

—Anda, siéntate —dijo Alicia poniéndose en pie y empujándole para que se sentase—. ¿Quieres algo de postre?

—¿Tienes tarta?

—¿Tarta? Pero, tú qué eres, ¿un niño de siete años?

—Ja, ja, ja. Que era broma.

—Tengo fruta —dijo Alicia abriendo la nevera—. ¿Quieres un café?

—Pues si tienes descafeinado, igual sí.

—Emmm sí, pero el descafeinado es de bote.

—Me da igual.

—Y leche de avena —continuó Alicia intentando no reírse.

—Guau, viviendo al límite.

—Ya ves.

—Entonces, descafeinado de bote con leche de avena marchando. Y voy a recoger la mesa contigo. Lo siento —dijo el invitado poniéndose en pie.

—Será posible…

—Es superior a mí. Aquí sentado viendo cómo haces cosas me siento como un machote de los años setenta.

—Recoja pues, caballero —aceptó Alicia sacando dos tazas del armario—. Voy a calentar mientras la leche.

—Perfecto.

42 TENEMOS QUE HABLAR

Recogieron la mesa y fregaron los platos y vasos, antes de sentarse de nuevo en el sofá con una taza de descafeinado con leche de avena en la mano.

—¿Te apetece ver una peli o algo? —preguntó Alicia cogiendo el mando.

—Sí, guay. Supongo que de esa impresionante colección que tienes sobre la tele.

—¿Has visto? —dijo Alicia con una sonrisa—. Y que te quede claro que, todos sin excepción, son peliculones.

—Ya he visto —reconoció Leo—. Y te lo digo a pesar de que en este momento mis ojos acaban de toparse con el título de *La princesa prometida*.

—Peliculón —dijo Alicia encogiéndose de hombros—. ¿Quieres que la ponga?

—Tal vez en otra ocasión. Hoy tengo más día de *Gremlins*.

—¿Te gusta?

—Por supuesto. ¿A quién no? —respondió Leo con los ojos como platos—. Es imposible que conozcas a alguien a quien no le guste.

—¡Ja! Quién sabe —dijo Alicia poniéndose en pie dispuesta a poner la película.

—Pero primero quiero hablar un momento contigo.

Alicia se dio la vuelta. Fue el tono de voz lo que le asustó, no las palabras.

—¿Qué pasa? ¿Vas a cortar conmigo? —dijo intentando aligerar la tensión que sentía.

—Eso nunca, chica seria —respondió Leo poniendo su mano sobre el cojín contiguo al suyo —. Ven, por favor.

Alicia se sentó despacio a su lado. No quería mirarle a la cara por miedo a lo que podía encontrar en sus ojos. El recuerdo de Iban diciéndole que no sentía lo mismo que ella, que su relación no iba a llegar a ser lo que ella esperaba, le nubló la vista. A pesar de que no era la misma situación, no estaba preparada para aguantarlo de nuevo, para perderle ahora a él.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando reunió el valor.

—Nada.

—¿Nada? Y ¿entonces?

—Solo quiero contarte una cosa.

—Pues dime —dijo Alicia nerviosa.

—Hace cinco años tuve cáncer —dijo Leo mirándola.

Alicia le devolvió la mirada. Había entendido sus palabras, pero no estaba segura de comprender su significado.

—Pero ¿ahora estás bien?

—Sí —respondió Leo arrascándose la nuca.

—Bueno, entonces bien. ¿No?

—Sí —repitió Leo.

—Y si estás bien, ¿por qué me lo cuentas? —Leo miró a Alicia con el ceño fruncido—. No, perdona. Me he expresado mal —dijo Alicia preocupada por su torpeza—. Quería decir que por qué ahora, si todo está bien, ¿por qué pasar por el mal trago de hablar de algo así?

—Porque he creído que era el momento de que lo supieras. Pasamos mucho tiempo juntos, somos amigos y me parecía lo correcto. Es una parte muy importante de mi vida que no voy

contando a cualquiera.

—Te agradezco que lo compartas conmigo —respondió Alicia con sinceridad—. Y ¿puedo preguntar qué paso? ¿Cómo fue?

—Claro, pero no hay mucho que contar —respondió Leo—. Me noté algo, fuimos al médico y enseguida me envió algunas pruebas, con los resultados me derivaron a oncología infantil. La verdad es que tuve mucha suerte. El pediatra supo ver que algo no iba bien y actuó muy rápido. Después llegó la quimio, más pruebas y hasta hoy.

—Me parece que te has saltado muchas cosas en tu resumen.

—Si no lo hubiese hecho no sería un resumen —replicó Leo con una media sonrisa.

—¿Y tus padres? —preguntó Alicia intentando elegir entre todas las preguntas que se le agolpaban en la cabeza.

—Mis padres sufrieron mucho, durante todo el proceso y después. Fue hace tiempo, pero es lo que recuerdo con más claridad, los ojos hinchados de mis padres, sus noches en vela, los viajes en coche en silencio al hospital, el miedo que percibía en ellos…

—Lo siento mucho —dijo Alicia cogiéndole la mano—. Tuvo que ser horrible.

—Sí, lo fue. —Leo miró la mano de Alicia sobre la suya y la agarró, entrelazando los dedos de ambos—. Y hay más.

—¿Cómo más?

—¿Te acuerdas de mi primera vez con esa chica adecuada que ya no está?

—Sí… —respondió sin saber qué podría tener que ver una cosa con la otra.

—Pues el año pasado, a principios de curso, cuando llevábamos casi un año y nuestra primera vez estaba bastante reciente, creí que el cáncer había vuelto. No volvió, solo lo creí… Y sentí pánico, Alicia. De repente todas las imágenes, el dolor, la quimio, el miedo… Todo lo que creía tener casi olvidado volvió y me agobié. Las noches eran pesadillas en las que no podía dormir, el miedo ocupaba toda mi mente.

—¿Pero no fuiste al médico?

—Sí, sí que fui, y mis padres conmigo, y tras varias pruebas y visitas, nos dijeron que todo estaba bien.

—Pero eso es…

—Sí, ya lo sé, es estupendo —le cortó Leo con los ojos fijos en la desgastada alfombra que tenían bajo los pies.

—¿Entonces?

—Que el miedo no desapareció, la angustia, el agobio, las noches en vela… Mis padres me llevaron a un psicólogo, bueno, lo correcto sería decir que volví al psicólogo, necesité tiempo para volver a parecerme al que era antes de…

En el momento en el que se le quebró la voz Alicia se acercó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ella no lo aguantó —dijo cuando se hubo recuperado lo suficiente para continuar hablando.

—Cómo que no lo aguanto. No entiendo.

—Que no pudo continuar a mi lado y me dejó.

—¡¿Te dejó?! —Levantó la cabeza y se colocó frente a él—. ¿Cómo que no pudo continuar y te dejó?

—No le guardo rencor. Lo entendí entonces y continúo entendiéndolo ahora.

—Pues yo no —respondió Alicia indignada—. Como puede ser así de… de….

—Eh, chica seria. Tranquila. Estoy bien.

Alicia le miró y necesitó de toda su fuerza para no llorar. Tenía frente a ella sus ojos miel, su sonrisa sincera y llena de cariño, y no podía dejar de imaginarse el dolor que había tenido que pasar.

—Gracias por contármelo.

—Tú me contaste lo de Iban…

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver Iban con esto? —preguntó Alicia confusa.

—En realidad nada, pero desde que me contaste lo que te había pasado, no he podido quitármelo de la cabeza. Sé que para ti fue muy difícil y bueno… No sé.

—Gracias —repitió Alicia.

—Bueno, ¿vamos a por los *Gremlins*?

—Sí, vamos. Está claro que hoy hace día de *Gremlins*.

43 SE ACABARON LAS VACACIONES

—¡Muy buenos días!

El buen humor de Leo a esas horas de la mañana le resultaba casi ofensivo.

—¡Nooooo!

—Pero, ¿qué te pasa, tía?

—No. ¿Qué te pasa a ti? Son las ocho de la mañana, hace frío, tengo sueño y se han terminado las vacaciones. ¿Por qué estás tan contento?

—Pues la verdad es que no lo sé. Pero seguro que estando tan amargado como tú, el día se me va a hacer mucho más largo.

—Ninini ninini ninini… —respondió Alicia con tono musical.

—Ja, ja, ja, ja. Eres una cría.

—Buuuuf.

—Mira —dijo Leo dándole un empujoncito—. Tu amiga.

Alicia miró hacia el otro lado de la calle y vio a la niña en el carro con su madre. Sintió cómo todo el mal humor se evaporaba por arte de magia.

—Me encanta esa niña —dijo con una sonrisa.

—Ya sé. Por eso he querido que la vieses, porque si no me esperaba un camino al instituto lleno de quejas y lamentaciones.

—Sí, así hubiese sido —aceptó Alicia—. Pero es que no tengo ganas de ir a clase. ¿Tú sí?

—No, que va. Yo tampoco. Pero intento ser más positivo que tú.

—Pues, tú me dirás qué tiene de positivo.

—Veamos. Primero; voy a ver a mis amigos —comenzó a enumerar Leo—. Segundo; Hay algunas asignaturas que me gustan y tercero; Paso tiempo contigo.

—Vaaaale… Ya has hecho que me sienta culpable.

—¿Culpable?

—Hombre. Tú dirás. Culpable por no pensar en mis amigos y el resto de cosas tan cursis que has dicho.

—Jo, de verdad que eres de una alegría de la leche.

Alicia sonrió para sí y sin decir nada más continuó esquivando transeúntes y mobiliario urbano hasta llegar al instituto.

—Luego nos vemos —dijo a modo de despedida.

—¿No saludas a estos?

—No, quiero llegar con tiempo para hablar con Deva. Luego los veo en el recreo —respondió alejándose hacia las escaleras.

El día transcurrió lentamente, pero no de la manera insoportable que había temido Alicia. Fue más bien como dejarse llevar. Los profesores tampoco parecían agradecidos por la vuelta a clase, y todos iban a un ritmo comprensivo y pausado. La hora del recreo llegó y pasó y cuando tras Educación física Alicia salió del instituto, tuvo que admitir que no había sido para tanto. Los tres días de clase, de esa primera semana después de vacaciones, pasaron sin pena ni gloria.

Sin darse cuenta, Alicia comenzó a establecer una rutina en su día a día. Levantarse pronto,

ir a clase, deberes, trabajos, recreos, volver a casa, entrenar y el fin de semana, descansar, compartir charlas con su madre y de vez en cuando salir con los chicos. Y sobre todo, Leo, siempre ahí, constante a su lado, siendo su tótem.

Los días fueron pasando y de repente, se encontraba esperando con ansia las vacaciones de verano.

44 SUSTO Y ¿CÓMO ESTÁS?

El ladrido de un perro la sobresaltó. Bueno, en realidad les sobresaltó a los dos, pero fue Alicia la que saltó, la que dio un bote hacía Leo, y él se rio.

—¿De qué te ríes?

—Venga ya. Te has asustado —dijo con un exagerado tono de burla.

—Como que tú no —respondió Alicia separándose de él.

—Bueno, pero los «tíos guais» no lo reconocen. Si lo hiciese, tu opinión sobre mí bajaría varios puntos, y eso alguien como yo no puede permitirlo.

—Calla, idiota —respondió Alicia intentando mantener la risa bajo control—. ¿Quién te ha dicho que la opinión que tengo sobre ti podría soportar que bajases ni un solo punto más?

—¿En serio? —preguntó Leo bajando las cejas y haciendo un puchero.

—No, no es en serio —respondió Alicia dándole un suave puñetazo en el hombro—. Si no, no estaría aquí contigo. Ya lo sabes.

—Bueno. Perdona que te lo diga, pero compartimos camino de vuelta a casa, no es que vayamos juntos hacia el altar.

—Sí, pero yo no comparto mi camino de vuelta a casa con cualquiera —repuso Alicia más seria—. Y eso sí que deberías saberlo ya.

—Lo sé —respondió Leo guiñándole un ojo y regalándole una tímida sonrisa.

—¿Qué tal te ha ido el día? —preguntó Alicia recolocándose la mochila.

—Bien, tranquilo. ¿Y el tuyo?

—Pues también bien. Me parece que demasiado.

—¿Demasiado? Perdona, pero ¿cómo es eso?

—Pues que no queda nada para fin de curso.

—Bueno —aceptó Leo a regañadientes.

—Poco más de un mes —insistió Alicia—. Eso no es nada.

—Y ¿qué te pasa?

—¿Tú no estás nervioso?

—No —respondió Leo atónito—. Tú ¿por qué sí?

—Pues exámenes, trabajos de fin de curso, notas, pruebas finales de Educación física…

—¡Mujer! No puede ser que te agobies ya por eso. Date un respiro, Alicia.

—Lo intento.

—Pues inténtalo con más energía —pidió Leo.

—Ojalá fuese más como tú.

—¿Más sexy, atractivo y musculado? —preguntó Leo con fingida inocencia.

—Entre otras cosas —respondió Alicia sonriendo—. Pero sobre todo tan optimista y con esa capacidad de mantener la calma.

—Bueno. Piensa que así nos complementamos.

Alicia subió una ceja con curiosidad.

—¿Estás delirando, chico alegre?

—Madre mía. Que borde eres… —respondió Leo poniéndose una mano en la frente.

—¡Qué era una broma!

—Señor… Que cruz me ha tocado contigo.

—Oye. Y, tú ¿cómo estás? —dijo Alicia más seria.

—¿Yo? Pues bien, ¿por? —preguntó extrañado por el cambio de tema.

—No sé, tienes ojeras otra vez. Pareces cansado.

—Pues no sé, estoy bien —respondió.

—¿Has ido al médico ya? —Leo la miró de reojo—. Te dije que no se me iba a olvidar.

—Ya me acuerdo.

—¿Y?

—Y tengo cita con el especialista el jueves.

—Cómo que especialista.

—Pues que como te prometí, fui al médico después de semana santa y me mandó al especialista. Me han hecho análisis y este jueves me dan los resultados.

—Y ¿por qué no me lo habías dicho? —preguntó Alicia molesta.

—Porque aún no tengo nada que decirte. Iba a esperar a que me diesen los resultados.

—Valeee… —aceptó Alicia.

—Y, tú ¿cómo estás?

—¿Yo? Bien.

—Es que me he dado cuenta de que nunca te lo pregunto.

—Pues no te preocupes porque estoy bien —respondió Alicia alzando un poco la voz para hacerse oír por encima de uno de los muchos autobuses que pasaban a su lado.

—Te has adaptado bien, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Me alegro mucho.

—Y todo gracias a ti.

Leo la miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Si no hubiera sido por ti, todavía estaría sentada en una esquina del patio yo sola, dejando pasar el tiempo. Y los fines de semana encerrada en casa y aterrada por la prueba final de Educación física.

—Yo creo que te equivocas. Seguro que habrías empezado a hablar más con la gente de tu clase, ya has quedado alguna vez con Deva para dar una vuelta así que ahí tienes una prueba. Además, Dani te habría invitado a salir. —Alicia sacó la lengua con cara de asco—. ¿Qué te pasa con Dani? Seguro que te hubiese ayudado con la prueba de Educación física.

—Que me parece un imbécil —respondió Alicia.

—¿Pooor? —preguntó Leo mientras esquivaba a un perro diminuto con una correa demasiado larga.

—Porque no se me ha olvidado lo idiota que fue la primera vez que fui al *argentino*.

—¿Por eso? ¡Pero si ha pasado un montón de tiempo!

—Pues lo siento, pero no se me olvida.

—No es mal chaval.

—Eso creía yo. Cuando estuvo en mi casa lo pasamos bien, y el día del paseo por la playa incluso llegué a creer que podríamos… —Bajó la mirada hacia las baldosas grises de la acera.

—¿Qué? —preguntó Leo con una sonrisa pícara.

—Ya sabes.

—¡Oh, no! No tengo ni idea —replicó poniendo su mejor cara de inocente.

—Pues que podríamos haber salido juntos. No sé por qué me obligas a decirlo en voz alta.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Solo lo del *argentino*?

—No lo sé, pero desde entonces lo veo de una manera diferente. —Ni siquiera se planteó contarle el encuentro que tuvieron en el acuario. No se lo contó cuando ocurrió y no veía sentido a hacerlo después del tiempo que había pasado.

—Yo creo que simplemente le sentó mal vernos juntos y no supo controlar los celos, o algo así… —justificó Leo.

—Pues ya está, ahí lo tienes —respondió Alicia—. Si ni siquiera salimos juntos y se comporta así, ¿qué pasaría si fuésemos pareja y quedase contigo o con otro amigo?

—No lo sé —reconoció Leo—. Igual tienes razón.

—Yo tampoco lo sé, pero algo dentro de mí me dice que no sería buena idea, y voy a hacerle caso.

—Me parece bien. Nadie mejor que tú para cuidar de ti misma —dijo Leo con una sonrisa.

—Además, te tengo a ti.

—Siempre, chica seria. Eso siempre.

45 ESTOY PENSANDO EN IR A VER A LA ABUELA

—¡Alicia! —La voz de su madre desde la cocina la sobresaltó—. ¡Puedes venir!

—¡Voy! —gritó mientras se levantaba de la silla.

Se estiró y masajeó el cuello entumecido de pasar varias horas en la misma posición. Al abrir la puerta de su habitación le asaltó un ataque de tos. Cuando llegó a la cocina encontró la respuesta a lo cargado que estaba el aire. Estaba llena de un humo blanco y asfixiante y aunque las ventanas estaban abiertas y el extractor funcionaba a su velocidad máxima, no era suficiente.

—Ya lo sé —dijo su madre al verla parada en la puerta—. Es esta sartén. Nunca me acuerdo de que es una mierda hasta que se empieza a pegar todo…

—Pero ¿no compramos una nueva para evitar que pasase esto?

—Que sí, pero ya te he dicho que no me he acordado —respondió su madre molesta.

—No te enfades.

—No me enfado —replicó tirando sobre la encimera la espátula de madera que había mantenido en la mano hasta ese momento.

—Ya lo veo. Y ¿qué querías? —preguntó Alicia entrando en la cocina y moviendo los brazos como si tratase de empujar el humo hacia la ventana.

—Estoy pensando en ir a ver a tu abuela este fin de semana —dijo su madre, que ya había retirado la sartén del fuego—. Y, además, esto ya está. Vamos a cenar.

—¿Este fin de semana? —Alicia miró el calendario colgado en la pared.

—Bueno, no sería ni el fin de semana. En realidad, sería un día porque la idea es salir el sábado pronto y volver el domingo al mediodía. No sé si para comer aquí o comer allí antes de salir. —Sacó un par de platos del armario y puso una hamburguesa requemada en cada uno de ellos.

—Pero…

—¿Qué?

No necesitaba mirar a su madre para saber que algo no iba bien. Lo que no sabía era cuánto tardaría en contárselo.

—Nada.

—No, dime. ¿Qué es? ¿El viaje o esta mierda de cena?

—Ama…

—Perdona. Es que mira la que he liado en un momento, y todo para conseguir dos hamburguesas que, como ves, están carbonizadas por fuera pero casi con total seguridad también estarán medio crudas por dentro.

—No pasa nada —respondió Alicia en tono conciliador—. ¿Qué te pasa, ama?

—Estoy preocupada —admitió su madre sentándose en una de las sillas, frente a la mesa.

—Preocupada, ¿por?

Alicia colocó los dos platos en la mesa, junto a los vasos y los cubiertos.

—No lo sé. Por tu abuela supongo —respondió su madre levantándose y abriendo después el cajón del pan para sacar algo menos de media barra y dejarla sobre la mesa.

—¿Por eso vamos?

—¿Qué? No, no —respondió negando con la cabeza como si acabase de salir de un trance —. Tú no vienes.

—¿Cómo que yo no voy? —preguntó Alicia perpleja.

—Bueno, a ver. Si quieres venir puedes, ya lo sabes. Pero como va a ser como quien dice ir y venir, no veo la necesidad de que te des esa paliza estando, además, con tantos trabajos y estudiando para los exámenes.

—Ah —dijo Alicia sin saber qué más responder. Estaba segura de que el motivo por el que su madre no quería que fuese no era ninguno de esos dos, pero si había optado por ocultárselo, sería por alguna razón—. Vale.

Cogió los cubiertos y se dispuso a cortar la hamburguesa para poder mirar su interior con disimulo. Suspiró aliviada al comprobar que estaba lo suficientemente hecha por dentro como para que resultase comestible sin necesidad de una segunda pasada por la sartén.

—¿Te parece mal? —preguntó su madre, que aún no había levantado el tenedor de la mesa —. ¿Quieres venir?

—No, está bien. Es solo que se me va a hacer raro estar tanto tiempo sola.

—Bueno, en realidad será solo un día.

—Y una noche —puntualizó Alicia.

—¿Te da miedo quedarte sola?

—No, no lo creo —respondió Alicia recordando una pregunta similar de Leo la primera vez que fue al bar del argentino.

—Hay comida de sobra y si quieres podemos hacer una lista y coger lo que falta entre mañana y pasado. Para que tengas de todo.

—Vale —aceptó Alicia.

—¿Quieres invitar a alguien a dormir? —preguntó su madre más tranquila.

—No, no lo había pensado.

—Pues si quieres invitar a Leo me parece bien —dijo Andrea cortando un trozo de hamburguesa y metiéndoselo a la boca tras una somera inspección del interior—. Cada uno en una habitación y esas cosas —añadió masticando.

Alicia la miró pensativa. No había pensado en la opción de invitar a alguien a su casa, ni siquiera a Leo. Pero una vez que su madre se la había ofrecido, le pareció que podía ser divertido.

—Pues igual sí —respondió antes de meterse el trozo de hamburguesa que acababa de cortar en la boca.

—Esto está asqueroso —dijo su madre tras tragar con esfuerzo.

—Sí, parece goma…

—¿Quieres una tortilla francesa?

—Por favor —aceptó Alicia con una sonrisa.

46 INVITA A LEO Y ¿QUIERES VENIR A DORMIR?

Se sorprendió al salir del portal y no encontrar a Leo en la esquina. Miró el móvil pero no encontró ningún mensaje ni llamada de última hora, así que decidió esperarle, como mucho, cinco minutos más. Si no aparecía tendría que irse ella sola a clase o llegaría tarde. Siete minutos después Leo aún no se había presentado así que Alicia se puso en marcha demasiado preocupada en llegar a la hora y con la idea de pasar su primer fin de semana sola en casa como para pensar en nada más.

—De verdad, que tostón de hombre es Máximo —dijo Deva sentándose sobre su mesa.

Máximo, el profesor de Legado clásico, era un hombre de pequeños y somnolientos ojos castaños, que podía irse con demasiada facilidad por las ramas y apartarse tanto de un tema, que con frecuencia, al terminar las clases cerraban los libros sin haber avanzado ni un par de páginas, lo que no era inconveniente para que les enviase trabajos del tema completo.

—Pues sí —respondió Alicia molesta.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que me da rabia que siempre haga lo mismo. Se enrolla con sus cosas, no avanza y luego… ¡Toma! Trabajo al canto.

—A ver, mujer. Repito. ¿Qué te pasa? —preguntó la chica de rizos entornando los ojos.

—Ya te lo he dicho. Que me da rabia, nada más.

—Ya, pero vamos, que no es la primera vez que lo hace y tampoco es para tanto. Te pasa algo más.

—No sé. Igual estoy nerviosa. Yo qué sé —reconoció Alicia.

—¿Por? —insistió Deva—. Espera, voy a por el bocata. ¿Nos quedamos aquí en el recreo?

—Sí, bien —aceptó Alicia.

—A ver. Cuéntame —pidió Deva acercando la silla de Iker, el chico que se sentaba al lado de Alicia, para colocarse junto a la ventana.

—Pues que mi madre se marcha el sábado a ver a mi abuela y vuelve el domingo.

—¿Y? —preguntó Deva haciendo un gesto con la mano para que continuase hablando.

—Que es la primera vez que me quedo sola una noche en casa.

—¿Y? —repitió Deva dándole más énfasis al movimiento de su mano para que Alicia fuese directa al grano.

—Pues nada más —respondió Alicia pasándose de una mano a otra la manzana que había llevado para comer en el recreo—. Solo que me ha dicho que puedo invitar a alguien a dormir.

—¡Aja! Algo era ello —respondió Deva con una gran sonrisa—. Y vas a invitar a Leo y no quieres que tu madre se entere.

—¿Qué? No. De hecho, iba a invitarte a ti. Aunque mi madre me sugirió que le invitase a él.

—¿A mí? —preguntó Deva a punto de ahogarse con el último trozo de bocadillo que le quedaba.

—Pues sí —respondió Alicia divertida—. Había pensado que podríamos ver una peli y cenar cualquier cosa.

—Hombre, pues no es un mal plan, pero déjame que te diga que no te entiendo.

—¿A mí? ¿Por?

—Pudiendo invitar a Leo a dormir, ¿piensas en invitarme a mí? A ver, tía…

—También había pensado en invitarle a él, pero no sé, igual se siente incómodo o…

—¡A ver, Alicia! —replicó Deva dando una palmada en su mesa—. ¡Despierta!

—Jo, Deva. De verdad que a veces parece que estás loca.

—Igual es porque lo estoy un poco —respondió riéndose.

En ese momento comenzó a entrar el resto de la clase. Deva dejó la silla en su sitio y se acercó a Alicia hasta casi rozarle la oreja con los labios.

—Invita a Leo —le susurró antes de marcharse a su mesa sin mirar ni una vez atrás.

—¡Hola! —saludó Alicia en cuanto llegó junto al grupo de cuatro chicos que la esperaban a la salida.

—Hola —saludaron en diferente orden y bastante cabizbajos.

—Hola, chica seria —dijo Leo dándole un empujón—. Pareces contenta.

—Estoy contenta —respondió Alicia con una sonrisa.

—¿Y eso?

—Luego te cuento. Cuando estemos solos.

—De eso nada. Espera —dijo Leo dándose la vuelta—. Chicos nosotros nos adelantamos, que hoy tenemos un poco de prisa.

—Vale —respondió alguno de ellos.

Alicia se dio cuenta entonces de que había algo raro, de que al llegar junto a ellos apenas le habían prestado atención y la respuesta a su saludo había sido más bien triste. En ese momento, además, apenas habían levantado la vista hacia ellos. Algo no iba como debiera.

—Vamos —dijo Leo acelerando el paso y sacándola de sus pensamientos—. A ver. Cuéntame.

—Eso es trampa —respondió Alicia divertida, sacudiéndose de encima el sentimiento de inquietud que le había asaltado segundos antes.

—Pues igual sí. Pero como no es habitual verte tan contenta no se me tiene en cuenta. Además, no podía esperar para saber de qué se trataba así que…

—Verás. —Alicia se dio cuenta de que le daba vergüenza pensar en invitar a dormir a Leo a su casa, y ser consciente de ello hizo que se le secara la boca—. Es que mi madre…

—¿Sí? —preguntó Leo con curiosidad.

Alicia cogió aire antes de hablar.

—Se va a ver a mi abuela este sábado y volverá el domingo y me ha dicho que puedo invitar a alguien a dormir en casa el sábado a la noche y he pensado en invitarte a ti —soltó de carrerilla.

—¿Y a tu madre le parece bien?

—Sí, de hecho, me lo propuso ella —respondió Alicia nerviosa— En habitaciones separadas y esas cosas.

—Sí, claro.

—Y ¿bien?

—Y ¿bien?

—Que qué te parece.

—¿Ir a dormir a tu casa el sábado?

—Sí…

—Pues estupendo. ¿Qué otra cosa me va a parecer? —dijo Leo sonriendo.

—¿En serio?
—Claro. ¿Por qué no? —preguntó extrañado.
—No lo sé. Igual no te apetecía y te sentías obligado a venir y…
—A ver, Alicia. Ya nos conocemos. ¿No?
—Sí.
—Y ¿crees que yo haría algo así?
—No —reconoció.
—Pues listo.
—Pues listo —repitió Alicia con una sonrisa.

47 PREGUNTAS IMPORTANTES Y LA EX DE LEO

—Oye, ¿qué querrás cenar mañana? —preguntó Alicia mientras esperaban a que el semáforo se pusiese en verde.

—Ni idea. Podemos hacer cualquier cosa.

—Vale. Pero qué quieres.

—Y ¿tú?

—No lo sé —reconoció Alicia.

—Pues da igual. Hacemos lo que sea.

—Sí, pero habrá que tener ese lo que sea en casa antes.

—Vale… Tienes razón —aceptó Leo pensativo—. ¿Un revuelto de algo? ¿Carne con verduras?

—Bien, sí. Me parece buena idea.

—¿Has visto? No hay que preocuparse tanto, chica seria. Además, tengo una pregunta más importante que hacerte que la de qué vamos a cenar.

—¿Sí? ¿Cuál? —Había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Qué película vamos a ver mientras acabamos con las existencias de palomitas de tu casa?

—A ver. Creía que eso estaba claro —respondió Alicia.

—Más te vale decirme que *La princesa prometida*.

—Por supuesto —respondió Alicia poniendo las palmas de las manos hacia arriba.

—Otra pregunta importante —dijo Leo—. ¿Puedo llevar pijama corto?

—Y esa, ¿qué clase de pregunta es?

—Pues una muy importante. Solo has visto este cuerpazo vestido de calle. Quiero, no. Necesito saber si estarás preparada para verlo en su máximo esplendor.

—¿Máximo esplendor? Estás fatal —respondió Alicia riendo.

—Sí, tú ríete, pero yo ya te he avisado.

Alicia bajó las escaleras todo lo rápido que su miedo a caer rodando le permitía. La profesora de inglés le había parado cuando iba a salir de clase para hablar de su último examen, y apenas le quedaban diez minutos de recreo.

—¿Y Leo? —preguntó haciendo girar su mirada alrededor sin prestar atención a nada en concreto.

—Allí —respondió Saul señalando a una pareja sentada en las escaleras.

Alicia no pudo explicarse cómo no le había visto al entrar en el patio. Leo y Paula estaban sentados muy juntos y ella tenía una mano sobre su rodilla y con la otra se cogía el pelo por detrás de la nuca. Se hablaban muy cerca, con las caras juntas, casi tocándose, y Alicia no supo cómo reaccionar. Al mirar a Saul, este tuvo que leer con claridad la confusión en su cara.

—Ya sabes cómo es —dijo con una sonrisa a la vez que subía los hombros—. Se lleva bien con todo el mundo, incluso con sus ex.

—¡¿Ex?! —exclamó Alicia sorprendida—. ¿Paula es su ex?

—Sí —respondió Saul con la clara intención de dar por terminada ahí su explicación.

Alicia esperó a que Saul continuase hablando, pero parecía que ninguno de los dos tenía nada más que añadir. En su caso porque no sabía que decir. No podía exigir a Leo que le contase todo, pero ¿cómo no le había dicho eso? Después de todo lo que habían hablado, ¿por qué? Bajó la mirada y se sentó junto a los chicos en el banco, entre Saul y Víctor. No dijo nada, se limitó a esperar a que el tiempo pasase hasta la hora de volver a clase. ¿Qué podía decir? Se sentía como una tonta, ¿qué creía que tenía con Leo? ¿Qué pensarían de ella Juanfran, Saul y Víctor?

Sintió un escozor familiar en los ojos y se forzó a no llorar. Ni siquiera sabía por qué tendría que hacerlo.

Cuando sonó el timbre tras la última clase ya estaba preparada para salir. Lo hizo tan rápido que al llegar a las escaleras del instituto los chicos aún no habían salido, así que por el momento no iba a necesitar inventar ninguna excusa, solo caminar rápido, lo suficiente como para volver sola a casa y no tener que mirar a Leo a los ojos.

Cerró la puerta de casa despacio, intentando no hacer ruido. No habían pasado ni cinco minutos cuando empezó a sonar su móvil. Estaba sobre la encimera de la cocina y lo miró como si de un animal mitológico se tratase. Solo oír el característico ruido de la silla de su madre al levantarse le hizo reaccionar y bajó el volumen hasta silenciar la llamada. El nombre parpadeaba iluminando la pantalla «Leo»

—Cariño. —Su madre asomó la cabeza por la puerta de la sala—. No te he oído llegar. Que pronto, ¿no?

—Sí, tenía hambre —mintió Alicia.

—Pobre Leo. Le habrás traído con la lengua fuera —dijo su madre sonriendo.

—No, que va —continuó mintiendo Alicia—. Es un deportista.

—Bueno. Dame cinco minutos y comemos —pidió su madre antes de desaparecer de nuevo en la sala.

La luz que indicaba la entrada de un mensaje brillaba con insistencia. Sabía que sería de Leo y se obligó a mirarlo.

Leo:
¿Todo bien, chica seria?

Lo miró sin saber qué hacer. Estaba en línea así que ya sabría que le había leído y siendo sincera, él no había hecho nada.

Alicia:
Sí, todo bien.

Y la respuesta fue casi inmediata.

Leo:
Me habías preocupado.

Alicia:
Perdona. He venido corriendo a casa. Una urgencia.

Leo:

¡Ah vale! Y ¿todo solucionado?

Alicia:
Sí.

Leo:
Y lo de mañana, sigue en pie, ¿no?

¿Qué podía decirle? ¿No, porque tu ex es Paula y no me lo habías dicho? Sabía que no tenía ningún sentido.

Alicia:
¡Claro!

Leo:
¡Genial! Nos vemos luego. Voy a comer.

No se acordaba de que se verían a la tarde. Era viernes y los viernes tocaba entrenamiento. ¿Qué iba a decirle?

Alicia:
Que aproveche. Hasta luego.

Escribió antes de dejar el móvil con desgana.
—Mierda…

48 ¿ME VAS A DECIR QUÉ TE PASA? Y NO TENÍA QUE HABER SIDO ASÍ

Intentó sonreír cuando le vio esperando en el portal, vestido con un pantalón, una camiseta de manga corta y con una de sus mejores sonrisas.

—Bueno, bueno, chica seria. No sé yo si a alguien tan rápido como tú le hace falta entrenar más.

—Que tonto eres —respondió Alicia olvidando que apenas un minuto antes creía que se sentiría demasiado incómoda con la situación.

—¿Te apetece que hoy echemos una carrera por el parque?

—Sí, ¿por qué no?

—Y bueno —dijo Leo en cuanto llegaron al parque y encontraron un banco junto al que poder calentar—. Me vas decir qué te pasa ya o tendré que esperar hasta que terminemos.

—No…

—No me digas que no te pasa nada porque es mentira.

—Está bien. Hoy te he visto en el recreo hablando con tu ex novia.

—Vale… Lo siento, Alicia —dijo Leo dejándose caer en el banco, como si de repente le faltase el aliento—. Lo siento muchísimo. No tenía que haber sido así…

Alicia se alertó al ver la expresión de Leo. Los ojos llorosos y el temblor de sus labios.

—No pasa nada —dijo sentándose a su lado—. Yo soy la que lo siente. Me hubiese gustado enterarme de otra manera de que Paula era tu ex, pero no tenía derecho a ponerme así. Yo…

—No, no es eso, Alicia.

—Cómo que no es eso.

—Estaba hablando con Paula porque… —Leo levantó la mirada del suelo e intentó mirarle a los ojos, aunque desvió de nuevo la mirada, esta vez a sus propias manos, que mantenía juntas entre las piernas—. Verás. Su madre y mi madre son amigas desde hace muchos años y…

—Pues les debió de hacer mucha ilusión que empezaseis a salir juntos —le cortó Alicia con un retintín que pareció no percibir.

—Sí, la verdad es que sí —reconoció este con una sonrisa débil—. Cuando rompimos no fue fácil para ellas.

—Normal, y más por el motivo por el que te dejó —dijo Alicia sin ocultar su enfado—. Bueno, y qué ha pasado. ¿Qué ibas a decirme?

—¿Qué? —preguntó Leo ausente.

—Que qué ha pasado.

—Sí… Pues supongo que su madre y la mía estuvieron hablando ayer por la tarde o a la noche, no sé, y … —Intentó reunir de nuevo el valor para mirarle a los ojos y eso asustó a Alicia. Tuvo un escalofrío que le recorrió toco el cuerpo—. Y esta mañana le ha dicho que el cáncer ha regresado… Y… y ha venido a hablar conmigo en el recreo y…

—¡¿Qué?!

—Alicia…

—¿Qué significa eso de que el cáncer ha regresado? Y ya que estamos ¿cuándo ibas a decírmelo?

—Quería habértelo dicho ayer a la tarde, pero estabas tan contenta con lo de ir a tu casa a dormir que…

—Joder —dijo Alicia sintiéndose estúpida por todo el tiempo que había gastado preocupándose por algo que no tenía la menor importancia mientras Leo intentaba decirle que tenía cáncer de nuevo—. Joder, joder… Y qué significa que ha regresado… Y no me vengas simplemente con que ha vuelto, porque esta vez eso no me va a valer. Quiero que me expliques qué está pasando. En qué grado o estadio o cómo narices se llame eso, estás. Quiero todo. Por favor…

—Vale, de acuerdo. El martes me ingresarán en el hospital para hacerme algunas pruebas. Creo que una biopsia y algunas más, pero no estoy seguro —apuntó ante la mirada de Alicia—. Pero según los primeros análisis y la exploración que me hicieron en la consulta todo indica que se trata de un linfoma de Hodgkin recidivante. ¿Eso es lo que quieres saber? —preguntó al final, mirándole fijamente a los ojos.

Alicia le miró incrédula. Y ¿qué tenía que decir ante esa información que ella le había exigido pero que no comprendía, y que ni siquiera ocultaba una pequeña parte de lo único que había entendido y le importaba? Leo tenía cáncer. Ese cuerpo atlético y fuerte que ella admiraba, no lo era tanto. Esas piernas grandes, que parecían capaces de sostener un edificio, esos brazos fuertes y seguros, estaban agotados, como el resto de su cuerpo. Y él sonreía, y le odió por eso. Quería gritarle para que borrará esa mierda de sonrisa de su cara, decirle que si era una broma también era una mierda y sin gracia. Pero sabía que no lo era y fijó su mirada en sus piernas morenas y musculadas y le pareció imposible que algo tan maligno y desagradable pudiese estar creciendo dentro de él. Dentro de Leo.

—Alicia… —Leo le cogió las manos y las envolvió con las suyas.

—No pasa nada —dijo Alicia recomponiéndose, buscando la fuerza para apartar los ojos de esa maldita pierna, de su cuerpo.

—Me he dado cuenta de que muchas veces siento que vivo una vida prestada, que no me pertenece, que en algún momento el puto cáncer vendrá a buscarla y me la arrebatará. —Alicia intentó apartar las manos sin convicción, pero Leo las apretó un poco más entre las suyas—. Pero yo estaré preparado porque en el fondo, creo que llevo todos estos años esperándole.

—¿Qué mierda dices? ¿Qué…? —dijo Alicia mirándole a los ojos sin ocultar su enfado.

—No, escúchame, Alicia —dijo Leo atrapándole con su mirada color miel—. He sido feliz. Continúo aquí, y sigo siendo feliz.

—Por eso sonríes… —susurró Alicia sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Sí, sonrío, hablo, disfruto de mis amigos, de mi familia, de lo que me gusta hacer —continuó con una sonrisa casi imperceptible—. Pero no siempre ha sido así, me ha costado mucho llegar a este momento, he pasado y paso mucho miedo, Alicia. A pesar de todo, no quiero morir, me gusta mi vida prestada, lo que me ha traído y lo que me puede traer. Mírate —dijo con cariño—. Tú hace nada que has llegado y ya formas una parte importante de ella, no quiero perderte, Alicia.

—No vas a perderme, no voy a ir a ninguna parte.

—Eso ya lo he escuchado antes —respondió Leo con amargura.

—Yo no soy Paula —replicó Alicia de inmediato—. Yo nunca haría algo así.

—No la culpo, Alicia. No estoy enfadado con ella.

—Pues yo sí —dijo con fiereza, no podía soportar que la defendiese, no después de lo que le había contado.

—Estaba asustada y...

—¡Y yo! —gritó Alicia soltándole las manos y apartando la mirada—. Estoy aterrada o es que no lo ves…

—Alicia…

—Pero no me iré, estaré aquí, contigo.

—Lo sé.

Alicia le miró con cariño, sin saber qué podía o debía hacer.

—No quiero entrenar hoy —dijo mordiéndose el labio por dentro.

—Y ¿qué quieres hacer? —preguntó Leo con una sombra de sonrisa.

—Estar aquí, así —dijo tumbándose en el banco y apoyando la cabeza sobre sus piernas.

—Me parece bien —respondió Leo acariciándole el pelo que aún llevaba suelto.

—He pensado que me apetecen setas.

—¿Cómo?

—Mañana, para la cena —dijo Alicia cerrando los ojos—. Un revuelto de setas.

—Perfecto.

49 HABLANDO CON ANDREA Y ESTARÉ AHÍ PARA ÉL

Cerró la puerta de casa y entró a su habitación sin quitarse si quiera las zapatillas, de prisa, necesitando llegar a algún lugar seguro en el que poder desahogarse. No llegó a sentarse en la cama, ni a cerrar la puerta, solo se dejó caer en el suelo con las piernas dobladas y la espalda apoyada en uno de los armarios.

No escuchó a su madre llamándole ni tampoco mientras se acercaba a la habitación con paso rápido. No oyó lo que le decía desde la puerta, solo sintió sus manos llevándola hacia ella y se dejó caer hasta sentir su abrazo.

—Qué ha pasado, Alicia —dijo su madre con voz suave—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó cuando fue capaz de hablar.

—¿Leo está bien?

—No…

—¿Habéis discutido? ¿Ha tenido un accidente?

—No, no, no… Tiene cáncer… otra vez.

—Oh no… —Andrea la abrazó con más fuerza—. Cuanto lo siento, cariño.

Alicia quiso contestar, decir algo más, pero las lágrimas apenas le dejaban respirar.

—Y él, ¿cómo está?

—Bien… Asustado.

—¿Qué significa eso de otra vez?

—El primero lo tuvo con doce años.

—Oh Dios mío, que difícil le tiene que estar resultando esto ahora, y sus padres… No puedo ni imaginarlo. —A Alicia no le sorprendió darse cuenta de que su madre intentaba no llorar.

—Pero sigue sonriendo —respondió Alicia enfadada.

—No puedes hacer eso, Alicia —dijo su madre separándose de ella para poder mirarle a la cara—. No puedes enfadarte con él por intentar afrontarlo cómo quiera.

—Pero no está contento, no está bien… No hay nada bueno.

—No digas eso nunca más.

—¿Qué? —Necesitó parpadear varias veces seguidas para conseguir ver con claridad la imagen de su madre.

—No vuelvas a decir que no hay nada bueno y menos a él. Si sonríe es porque puede y sobre todo porque quiere hacerlo y si tiene o no motivos para ello no es asunto tuyo.

—Tienes razón. Yo…

—Tú no sabes qué hacer, estás enfadada con Leo y con el mundo.

—Sí —reconoció Alicia.

—Pero eso no hará que las cosas sean diferentes.

—Pero no puedo…

—Escúchame, Alicia. Tomate esta tarde y esta noche para llorar, gritar y enfadarte, y a partir de mañana vuelve a ser tú y haz lo único que de verdad quieres hacer, que es...

—Estar con Leo —dijo Alicia terminando la frase.

—Eso es —apoyó su madre con cariño—. Pero antes date tiempo, saca esa rabia y ese dolor y permítete llorar y odiar a quien necesites, a pesar de que sepas que no tiene sentido.

—No voy a dejarle solo.

—Lo sé, cariño.

—Mañana vamos a cenar setas.

—¿Quieres que vayamos ahora a por ellas? —preguntó su madre aceptando así el cambio de conversación.

—Sí, por favor.

—Venga, pues dúchate mientras yo termino de hacer la mochila para mañana.

—Vale.

—¿Quieres que me quede, Alicia?

—No, ama —respondió Alicia en el acto—. Quiero estar sola. Creo que me vendrá bien.

—Pero sabes que solo tienes que decirlo. ¿Verdad? En cualquier momento.

—Lo sé. Gracias.

Alicia se puso en pie en cuanto su madre salió por la puerta. Abrió el armario y sacó la ropa como si estuviese caminando entre nubes. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente le cayese por el cuerpo. Movió la maneta del grifo hasta que no pudo soportar la temperatura y cuando sintió que se abrasaba lo cerró.

—Qué se supone que tengo que hacer… —susurró frente al espejo empañado, con la toalla enrollada alrededor del cuerpo—. Voy a comprar unas estúpidas setas y, tú, mientras, estás en tu casa, solo, sabiendo que tienes esa mierda dentro…

Cerró los ojos y se obligó a respirar hondo tres veces, los abrió y continuó con lo que debía hacer. Secarse, vestirse, peinarse y después de todo iría a por la cena de mañana y volvería a ser ella.

—Y estaré ahí para ti. Te lo prometo.

50 ¿ESTARÁS BIEN? Y MIS PADRES QUIEREN CONOCERTE

Se despertó pronto, con la sensación de no haber dormido en toda la noche. Sabía que no era así, que en realidad se había sumergido en una serie de sueños incongruentes que parecían durar segundos y de los que despertaba sobresaltada y empapada en sudor. No recordaba con claridad ninguno de ellos, pero si cerraba los ojos podía ver imágenes de Leo y de ella que poco a poco se volvían más difusas.

Cuando entró en la cocina su madre ya estaba desayunando. No tenía ningún libro frente a ella, solo una taza de café humeante.

—¿No comes nada? —preguntó Alicia extrañada.

—No, no tengo hambre.

—¿Nerviosa?

—Puede ser —reconoció su madre.

—¿Por el viaje?

—Por todo —respondió su madre tras mirarla unos segundos—. Mi ofrecimiento de quedarme contigo sigue en pie.

—¿Y la abuela?

—Seguirá allí la semana que viene, incluso apostaría a que la siguiente también.

—No hace falta, de verdad —respondió Alicia agradecida—. Creo que me vendrá bien estar sola. Si necesito hablar te llamaré. Te lo prometo.

—Bien.

—Y ¿a qué hora tienes pensado salir?

—Estaba esperando a que te levantases para marcharme.

—Pero come algo antes conmigo. ¿Unas tostadas? —preguntó Alicia abriendo el cajón del pan.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —dijo Alicia deseando que fuese verdad.

—Bueno, pues si vas a hacer para ti hazme una a mí, por favor.

—Claro.

A las diez se asomó a la ventana de la cocina para ver salir el coche de su madre del parking, bajo el edificio, y perderse calle arriba. Miró el reloj y se dio cuenta de que aún le quedaban muchas horas de día por delante y de que no sabía qué hacer con ellas. Cogió el móvil y lo miró unos segundos antes de decidirse a escribir.

Alicia:
Buenas. ¿Estás despierto?

Dejó el teléfono sobre la mesa y comenzó a lavar los platos y las tazas del desayuno. No se había acordado de poner sonido y se sorprendió al ver el mensaje de Leo esperando en la pantalla.

Leo:
Buenos días. Más o menos.

Alicia:
¿No has dormido bien?

Leo:
¿Y tú?

Alicia:
No.

Leo:
Yo tampoco.

—Y ahora ¿qué?

Pensó en lo todo lo que había sentido el día anterior, en la noche llena de sueños vívidos y confusos y en lo único que quería de verdad.

Alicia:
Oye, ¿qué te parece si en lugar de pasar la noche pasamos todo el día?

Volvió a escribir antes de recibir una respuesta.

Alicia:
¿Puedes venir ya? ¿Quieres?

Leo:
Voy a hablar con mis padres.

Alicia se recriminó lo estúpida que estaba siendo. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que a los padres de Leo no les hiciera gracia que su hijo se marchase a las diez de la mañana para volver al día siguiente.

Leo:
Vale, pero a mis padres les gustaría conocerte.

Alicia miró la pantalla del móvil como si la intensidad de su mirada fuese suficiente para borrar aquel mensaje. Era normal, de hecho, tenía bastante lógica que los padres de Leo quisieran conocerla. Su madre ya le conocía a él…

Leo:
Lo siento…

Alicia:
Claro. No hay problema.

Escribió llenando los carrillos de aire y dejándolo salir después de golpe.

Leo:
Gracias, chica seria.

Alicia:
En nada estoy ahí.

Leo:
Hasta ahora.

—Buufff….

51 ESTA ES ALICIA Y HOY NO

Aún tuvo que escribir un mensaje más cuando se dio cuenta, frente al portal de Leo, de que no sabía qué timbre debía pulsar. Subió las escaleras despacio, intentando respirar con tranquilidad y diciéndose que no tenía ningún sentido estar nerviosa. Iba a conocer a los padres de Leo, si su hijo era como era, en parte se debía a ellos así que…

—Hola, chica seria. —Leo la esperaba junto a la puerta abierta de su casa—. ¿Estás bien?

—Claro, ¿por?

—Que mal se te da mentir, Alicia —dijo Leo sonriéndola—. Gracias.

—Buufff… Estoy de los nervios —reconoció Alicia—. ¿Estoy bien?

Leo la miró de arriba abajo antes de contestar. Tras pasar un par de minutos frente al armario abierto, Alicia se había decidido por un pantalón vaquero y una camisa blanca fina y holgada.

—Estás perfecta. No te preocupes. —Leo le guiñó un ojo y le cogió de la mano para hacerla pasar con suavidad—. ¿Vamos?

—Vamos.

Los padres de Alicia esperaban sentados en la cocina, en cuanto la vieron aparecer se pusieron en pie y se acercaron para darle dos besos. Los de su padre, un hombre bajo y de constitución fuerte, apenas le rozaron las mejillas, pero le apretó los brazos con afecto antes de apartarse de ella. Los de su madre, morena y de grandes ojos miel, como su hijo, estuvieron llenos de cariño y los sintió delicados en su cara.

—Mamá, papá, esta es Alicia —dijo Leo cuando ambos la habían besado ya. A Alicia se le antojó graciosa la situación—. Alicia, estos son mis padres.

—Encantada —dijo con timidez.

—Teníamos muchas ganas de conocerte. —La voz del padre de Leo era suave y Alicia pensó que no correspondía del todo con un hombre de esa corpulencia.

—Sí —apoyó su madre—. Siéntate. Ya hemos desayunado, pero si te apetece ha sobrado café.

—No gracias. Yo también he desayunado —respondió Alicia con una sonrisa.

—Bueno…

—Alicia se ha adaptado muy bien a Gijón —dijo Leo consciente de que el momento amenazaba con volverse incómodo.

—Es verdad —dijo el padre de Leo—. Leo nos ha dicho que os habéis mudado desde Bilbao. Y ¿qué tal el cambio?

—Bien, la verdad es que muy bien.

—A veces los cambios pueden ser un poco duros —dijo la madre de Leo con una leve sonrisa—. Nos alegramos mucho de que estés tan contenta.

—Gracias —respondió Alicia.

—Dice Leo que te va muy bien en los entrenamientos —continuó su madre—. Que se te da muy bien eso de correr.

—Bueno, yo no diría tanto —respondió Alicia azorada—. Si no hubiese sido por él, estoy segura de que suspendería la prueba final de Educación física.

—Ah, la prueba final… El profesor ha sido muy amable con Leo —respondió su madre.

—¿Qué? —preguntó Alicia sin entender.

—Ayer estuve hablando con Santi —respondió Leo mirando a su madre de reojo—. Le he dicho que probablemente no pueda hacer la prueba y me ha dicho que no me preocupe, que mis notas del curso son suficientes para ponerme un notable sin hacer la prueba…

—¿No vas a hacer la prueba? —preguntó Alicia sorprendida.

—Me gustaría, pero…

—Para entonces, esperamos estar ya con la quimio —le interrumpió su padre.

—Ah…

—La última vez no la llevó mal del todo, pero aun así… —La mirada de la madre de Leo descendió hasta sus manos, apoyadas sobre las piernas—. Esta vez, además, será más dura y…

—Cariño —le cortó su marido con suavidad.

—Sí, lo siento —se disculpó la madre de Leo alternando la mirada entre Alicia y su hijo.

—Y bien. —Alicia sintió un nudo en el estómago al notar como el padre de Leo se esforzaba por parecer más alegre—. ¿Ya tenéis plan para hoy?

—Bueno —dijo Alicia intentando sonar animada—. Algo se nos ocurrirá.

—Me parece perfecto —respondió el padre de Leo—. Pasadlo bien, eso es lo importante.

—Eso haremos, papa —dijo Leo—. Nos vamos a ir ya, ¿vale?

—Claro. Pasadlo bien —repitió su padre.

—Alicia. —La voz de la madre de Leo no ocultaba las lágrimas que Alicia vio al girarse—. Gracias.

—Bueno. Y ¿qué tal la experiencia? —preguntó Leo cerrando la puerta de su casa con la mochila en el hombro.

—Bien —respondió Alicia con una sonrisa.

—No suelen ser así, es que estos días están…

—Es normal, Leo. Y ha ido bien, ya te lo he dicho —repitió Alicia—. ¿Vamos a casa y dejas la mochila? No hace falta que vayas andando por ahí con ella a cuestas todo el día.

—Sí, me parece bien —aceptó Leo—. Y a todo esto. ¿A dónde vamos?

—A comer bizcocho de chocolate y a comprar libros —respondió Alicia con una enorme sonrisa.

52 ME ENCANTA ESTE LUGAR Y SOLO OPTIMISTAS

—No tengo perdón. —Alicia no podía contener la risa—. ¿Cómo puede ser posible?

Llevaban algo más de cinco minutos en la librería y Leo no había dejado de repetir lo mismo una y otra vez, mirando embobado a su alrededor.

—¿Sabes que eres un poco pesado? —dijo Alicia dándole una palmadita en la espalda.

—Pero, ¿tú has visto este sitio? Es maravilloso. Así de claro. Cómo puede ser que tú lo conozcas y yo no. Si es que no lo entiendo. No me entra en la cabeza…

—No te mortifiques más —dijo Alicia deteniéndose en una estantería e inclinando la cabeza para leer los títulos de los libros—. Es cuestión de prioridades. Siempre que llego a un sitio nuevo busco todos los lugares interesantes que tengan que ver con libros.

El sitio en cuestión se trataba de una librería cafetería, acogedora, no muy grande, pero si lo suficientemente amplia para pasear por ella y rebuscar, entre sus estanterías y mesa principal, el libro perfecto. En la esquina izquierda, junto a un sofá en tonos blancos, unas escaleras subían hasta la planta superior, más pequeña y con algunas mesas y sillones.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Alicia con un libro en la mano—. Hacen un bizcocho de chocolate vegano que está… —Alicia subió los ojos hasta casi ponerlos en blanco, en una supuesta expresión de deleite—. Y tienen leche de avena, además.

—No tengo perdón… —repitió Leo—. ¿Cómo, pero cómo puede ser posible?

—Ja, ja, ja.

—Pídeme un trozo de bizcocho y un descafeinado, por favor —dijo con resignación.

—Las raciones suelen bastante grandes —dijo Alicia acercándose a la barra—. ¿Compartimos?

—Sí, bien —aceptó Leo—. Te espero en el sofá.

La propietaria, una mujer madura de pelo cano y sonrisa sincera, le partió, como Alicia había predicho, una generosa porción de bizcocho. Alicia la dejó en la mesa y fue a buscar las dos tazas.

—Madre mía, qué bueno está esto —dijo Leo en cuanto Alicia se sentó a su lado.

—¿Has empezado sin mí? —preguntó Alicia entre perpleja y divertida.

—Sí. Lo siento, pero es que… ¿Tú has probado esto?

—Este en concreto, no —respondió Alicia sonriendo—, pero sí otros, y tienes razón. Están buenísimos.

—¿Vas a cogerte alguno? —preguntó Leo dirigiendo su mirada a los libros que Alicia había dejado entre los dos, en el pequeño sofá.

—Casi que seguro el cuento.

—¿Te gustan los cuentos?

—Me encantan —declaró Alicia—. Sobre todo los de este tipo. Mira que dibujos tan maravillosos.

Leo ojeó el cuento, de tapa dura y una cuidada edición, y asintió al dejarlo de nuevo a su lado.

—Te lo regalo.

—¿Qué? De eso nada.

—¿Por qué no?

—Porque no hace falta. Lo he cogido yo y…

—Quiero hacerlo, Alicia —le cortó—. Tú me has traído a este sitio tan increíble, me has invitado a un café y a un trozo del mejor bizcocho de chocolate que pueda comer en ningún lugar del planeta Tierra y, me vas a invitar a cenar, y probablemente comer, en tu casa —dijo Leo con una sonrisa—. Quiero hacerlo. Por favor.

—Está bien —aceptó Alicia—. Gracias.

—No. Gracias a ti. Oye. —Leo cambió el tono de voz—. Me he dado cuenta de que todos los libros que he visto aquí los han escrito mujeres. ¿Es cosa mía o …?

—¡Ah, no! Eso es lo que más me hizo flipar de este sitio. Solo tienen obras escritas por mujeres.

—¿De verdad?

—Aja —respondió Alicia mirando a su alrededor con admiración—. Cuando sea escritora, espero que mis libros estén aquí.

—¿Cómo? ¿Quieres ser escritora? —Leo la miraba con una gran sonrisa.

—Sí… —admitió Alicia con timidez.

—Eso es… ¡Una pasada! —respondió Leo—. Voy a tener una amiga famosa. ¡Toma ya!

—Hombre, no creo que llegue a tanto, pero…

—Y eso por qué. A ver.

—Pues no lo sé. Porque no es algo fácil. ¿Tú has visto la cantidad de libros que hay aquí? ¿Y en el mundo en general?

—Sí.

—Pues eso.

—Eres muy negativa, chica seria. Habrá que cambiar eso.

—No es verdad. No soy negativa, soy realista.

—Pues te voy a decir una cosa —dijo Leo mirándole a los ojos—. A partir de ahora no quiero a mi lado a nadie pesimista o realista. Quien esté conmigo tiene que ser optimista. No hay más opción.

Alicia le respondió alzando una ceja.

—Sí. Te voy avisando desde ya —continuó Leo—. No tiene que ser inmediato. Te doy tiempo para que el cambio sea progresivo, pero no te duermas en los laureles.

—No sé si podre.

—Claro que sí. Si yo puedo superar un cáncer por segunda vez, seguro que tú puedes ser más optimista.

Alicia le miró intentando que sus ojos no reflejaran la tristeza que le había invadido al escucharle. Por un momento se había olvidado de todo. De su cáncer, de su madre en un viaje exprés porque, aunque no quisiera admitirlo estaba algo más que «un poco preocupada» por su abuela, del miedo a perder a Leo.

—No parece que me vayas a dejar mucha opción —respondió Alicia.

—Te quiero a mi lado, así que voy a ser especialmente insistente contigo —dijo guiñándole un ojo—. Además, no te voy a pedir que sonrías, solo que intentes ver el lado bueno de las cosas.

—Vale —aceptó Alicia—. Puedo hacerlo.

—Esa es mi chica seria —respondió Leo acariciándole con suavidad la mejilla—. Gracias —dijo antes de apartar la mano.

—Buufff. No me las des todavía. No vas a poder librarte de mí ni aunque lo intentes.

—Eso espero.

—¿Nos vamos? —preguntó Alicia al darse cuenta de cómo había aumentado el número de visitantes de la librería y de que varios de ellos les miraban de reojo.

—Vale, voy a pagar esta obra de arte.

—Te acompaño —dijo Alicia colocando los platos uno encima del otro para poder dejarlo todo en la barra.

53 LA SIESTA

No se dio cuenta de que tenía un mensaje en el móvil hasta que al llegar a casa lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—Mi madre ya está en casa de mi abuela —anunció al mismo tiempo que respondía al mensaje.

—Es verdad. Y ¿qué tal todo?

—Parece que bien —respondió Alicia dejando de nuevo el teléfono sobre la mesa.

—¿Pero?

—Pero estoy esperando a que me diga qué es lo que le pasa de verdad.

—¿Por? ¿Qué quieres decir? —preguntó Leo—. ¿No había ido a ver a tu abuela?

—Sí, pero no me creo que haya ido porque está solo preocupada. Bueno, a ver —puntualizó —. Sí que sé que está preocupada, pero hay algo que no me está contando. Es como si fuese una preocupación diferente.

—Bueno. Dale tiempo. A ver qué te cuenta mañana, cuanto vuelva, o en unos días.

Alicia asintió con la cabeza y se sentó en una de las sillas.

—¿Tienes hambre? Porque yo no.

—No, yo tampoco. Igual en un rato.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Alicia dándose cuenta de que sus planes, para el resto de la tarde noche, de cenar un revuelto de setas, comer palomitas y ver *La princesa prometida*, no iban a ser suficientes para todo el tiempo que aún tenían por delante.

—Pues estoy un poco cansado —respondió Leo—. ¿Queda muy cutre si te digo que descansar?

—No. Me parece aceptable.

—¿Y si subo la apuesta y añado que no puedo descartar el echarme una siesta involuntaria? —dijo Leo casi disculpándose.

—¿Tan cansado estás? —Disimular nunca había sido lo suyo, pero se obligó a ocultar la preocupación que sentía por él.

—Sí, lo siento.

—¿Lo sientes? Y eso por qué. Yo no veo ningún problema.

—Yo sí. Por ejemplo, así de primeras, se me ocurre que no soy el alma de la fiesta precisamente.

—Ja, ja, ja—rió Alicia con ganas—. ¿Lo dices porque yo sí?

Ambos rieron y a Alicia le gustó ver que eso ayudaba a que Leo se relajase.

—Vamos al sofá o prefieres ir a la habitación donde vas a dormir —preguntó Alicia.

—Si a ti no te importa el sofá estará bien —respondió Leo con una sonrisa—. Echarse la siesta en la cama es para enfermos.

—Cuando tienes razón, tienes razón.

Llevada por la costumbre, Alicia se sentó en «su» parte del sofá y Leo se recostó en el otro lado.

—¿Quieres que encienda la tele? —preguntó Alicia con un libro en las manos.

—Sí, por favor. Puede que haya algo interesante y no me duerma en los próximos tres

minutos.

—Veamos —dijo Alicia distraída mientras pasaba de un canal a otro—. No me lo puedo creer.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Pero, ¿tú has visto la peli que están dando o estás ya dormido como un cesto?

—¡Vaya! *El último mohicano*.

—¡Me encanta! —Alicia dejó el mando en el reposabrazos sin apartar la mirada de la pantalla.

—Parece que tenemos ganadora —dijo Leo divertido.

—¿No te gusta? ¿Quieres que cambie?

—No, por favor. Además, va muy bien con una chica tan poco romántica como tú —repuso Leo guiándole un ojo.

—Oye, ¿por qué no te estiras? —dijo Alicia mirando las piernas dobladas de Leo en una postura en la que era imposible que estuviese cómodo.

—Porque no quiero ponerte los pies encima.

—No me importa.

—Pero a mí sí —objetó Leo con un tono que no admitía réplica.

—Pues así no vas a poder dormite.

—Pues será que no tengo tanto sueño.

—Madre mía, que cabezota eres. A ver, déjame sitio.

Leo la miró sin entender hasta que vio cómo tras levantarse del sofá, se sentaba a su lado.

—A no ser que te moleste que me tumbe contigo —dijo Alicia mirándole a los ojos y alzando las cejas divertida.

—No. En absoluto.

Y se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo del sofá. Alicia se tumbó a su lado, mirando la televisión.

—¿Ves bien?

—Sí, lo suficiente —dijo Leo en la curva de su cuello.

—Pues listo entonces. Estira las piernas de una vez y descansa.

—A sus órdenes, chica seria —respondió Leo provocando una sonrisa en Alicia que no pudo ver—. ¿Te importa si paso el brazo por debajo de tu cabeza? Es que no sé qué hacer con él —dijo a continuación con timidez.

—No, tranquilo.

Y así se quedaron ambos dormidos. Alicia mucho más tarde que Leo, sintiendo su respiración suave y acompasada en el cuello. Al dormirse, Leo apoyó el otro brazo sobre su cintura y Alicia le cogió la mano y la colocó debajo de su cara.

En algún momento, entre sueños, Leo fue consciente de la imagen de ambos dormidos en el sofá, como si pudiese observarse desde arriba. Sintió la respiración de Alicia, su calor, el peso de su cuerpo apoyado en el suyo, y sonrió mientras se dejaba caer de nuevo en brazos del sueño.

54 BELLA DURMIENTE Y COMO DESEES

Se despertó poco a poco, perezosa, sintiendo la boca seca y un hormigueo en el brazo izquierdo que tenía bajo el cuerpo, pero con una sonrisa en los labios.

—Buenas tardes. A partir de ahora no sé si llamarte chica seria o bella durmiente —dijo la voz de Leo a su espalda.

Alicia se sentó lo más rápido que pudo, que teniendo en cuenta el estado de sopor en el que se encontraba, no fue demasiado.

—Joder, Leo… Lo siento mucho —dijo echando una mirada rápida a la ventana. Las cortinas estaban cerradas, pero se podía apreciar con facilidad que ya había atardecido.

—¿Qué hora es? —preguntó buscando el viejo reloj blanco que siempre estaba en la estantería sobre la televisión, pero que en ese momento no veía por ningún lado—. Dime que no son las seis todavía.

—Vale… —respondió Leo divertido—. Entonces, no te lo digo.

—Nooooo. Lo siento mucho, Leo —repitió volviéndose hacia él, que continuaba tumbado en el sofá, con las cejas levantadas y una sonrisa en la boca—. Vaya mierda de tarde.

—Eso lo dirás tú. —Leo se incorporó hasta sentarse—. A mí me hacía falta descansar y eso he hecho. Y me ha encantado dormir contigo.

—Ya —dijo Alicia frotándose la frente.

—Ya ¿qué?

—Que qué me vas a decir tú. Ya nos conocemos, Leo.

—Pues yo pensaba que sí, pero parece que no nos conocemos tanto—replicó molestó.

—No te enfades. Es que cuando me despierto soy un poco cascarrabias.

—Ya veo, ya.

—Venga, no te enfades, anda.

—No me enfado, pero tengo hambre—respondió Leo—. Y el que se vuelve un gilipollas cuando tiene hambre soy yo.

—¡Ja! Pues vaya dos nos hemos ido a juntar. —Alicia se puso en pie y le miró desde arriba —. ¿Qué te parece si preparamos una merienda-cena? —propuso.

—Creo que la última vez que hice una merienda-cena tendría como unos diez años.

—Con ese comentario no estarás insinuando que son para niños.

—En absoluto. Más bien diría que es una estupenda costumbre que no sé por qué motivo dejé que terminase en mi infancia.

—Te entiendo.

—Aunque te diré que ya son las siete así que tampoco me parece tan pronto para cenar, teniendo en cuenta que no hemos comido nada desde media mañana.

—¡¿Las siete?! No me digas eso… Se nos ha ido toda la tarde —dijo Alicia con tristeza.

—Eso no es verdad. Te voy a decir una cosa y no te lo voy a repetir más. No porque no sea cierto, sino que porque lo es y no va a hacer falta que le des más vueltas. Ha sido una tarde estupenda en la que he descansado lo que necesitaba y en la que, además, he disfrutado de dormir contigo entre mis brazos. Y si vuelves a repetir lo de que ha sido una tarde perdida, voy a pensar que no has dormido a gusto a mi lado.

—Eso no es verdad —replicó Alicia—. Es solo que…

Leo la miró frunciendo el ceño muy serio.

—¿Qué?

—Que no considero que dormir conmigo sea… Nada —dijo Alicia al ver como se ensombrecía aún más la mirada de Leo—. Y que me parece que tengo que trabajar mucho lo del optimismo.

—Sí. No es por desanimarte, pero a mí también me lo parece.

—¿Hacemos el revuelto?

—¡Es verdad! Revuelto de setas, ya no me acordaba. Qué bueno… —dijo Leo recuperando el buen humor.

—Pues a ello, que a mí también me está entrando el hambre.

Devoraron el revuelto de setas y verduras. Ni siquiera llegaron a sentarse a la mesa, lo echaron todo en un gran plato y ambos fueron comiendo de él mientras buscaban las palomitas y las metían después en el micro ondas. Por supuesto sin olvidar la tradición de mover la bolsa y meterla de nuevo en el micro ondas otros cinco segundos, según Leo, muy necesarios.

—Me apetece algo dulce —dijo Leo con un gran bol de palomitas en una mano y una botella de agua en la otra.

—Sí, a mí también —apoyó Alicia—. Creo que en algún lugar puede haber una tableta de chocolate con leche y almendras.

—Oh, sí… Se me hace la boca agua.

—Vale. Pues ve poniendo la peli mientras la busco.

—¡Hecho!

—¿Ya te sientes más optimista? —preguntó Leo una vez estuvieron sentados cada uno con su bol de palomitas y un par de onzas de chocolate y almendras con un trozo de pan.

—Sí —respondió Alicia con una sonrisa antes de meterse un pedazo de chocolate en la boca.

—Ya me lo parecía, sí. —Leo la imitó y dio un mordisco a su trozo de chocolate con cara de deleite—. Me encanta el chocolate.

—Pues quien lo diría —respondió Alicia mirándole—. No debes de tener ni dos gramos de grasa en el cuerpo.

—Es verdad —aceptó Leo—. Me cuido, como de manera saludable, hago ejercicio, ya sabes. Todas esas cosas que recomiendan los médicos —dijo alzando los hombros.

—¿Y no te preocupa todo el dulce que estamos comiendo hoy? —preguntó Alicia sintiéndose culpable de golpe.

—¿A ti sí?

—No, bueno… Un poco.

—Pues relájate y disfruta del día.

—Es lo que intento, pero luego ya sabes.

—¿Mañana vas a comer bizcocho de chocolate para desayunar?

—No.

—¿Y pasado?

—No.

—Pues eso —dijo Leo alzando los hombros.

—Como envidio tu manera de ver las cosas. La facilidad para entenderlas como realmente son, sin agobios innecesarios.

—Alicia. Posiblemente en unas tres o cuatro semanas estaré inmerso en un tratamiento de

quimioterapia con unos efectos secundarios que, al menos la primera vez, apenas me dejaron comer. Perdí un montón de kilos. Creo que el chocolate de hoy me va a venir incluso bien —dijo Leo guiñándole un ojo—. ¿Qué te pasa?

La expresión de Alicia había cambiado. La sonrisa había desaparecido de golpe y los ojos que antes miraban divertidos los de Leo, habían pasado a contemplar fijamente algún punto inespecífico de la alfombra.

—Alicia, ¿qué te pasa? —repitió Leo.

—Nada…

—Alicia…

—Es eso de la quimio.

—Qué le pasa.

—Pues que cuando estamos así, hablando de nuestras cosas, se me olvida que estás enfermo y cuando dices esas cosas, me pone triste darme cuenta de todo lo que va a pasar.

—¿Preferirías que no lo dijese?

—No. Sí, no… —Alicia levantó la mirada para encontrarse esos ojos color miel que tanto le gustaban—. Quiero que digas lo que te apetezca.

—Pero yo no quiero que estés mal —replicó.

—Y yo no quiero que no puedas decir lo que se te pase por la cabeza cuando estés conmigo. Además, eres tú el que tiene cáncer y el que va a tener que pasar de nuevo por toda esa mierda. ¿Quién soy yo para ponerme melancólica?

—Mi amiga —respondió Leo cogiéndole la mano—. Alguien que me quiere y que no tiene ni idea de cómo afrontar todo lo que va a sentir al verme sufrir.

—Supongo —dijo Alicia intentando no llorar.

—Te puedo dar un consejo. Piensa que cada sesión de quimio que pase estaré más cerca de curarme, y que lo que me va a hacer vomitar y no dejar que me levante de la cama los días siguientes, será lo mismo que estará terminando con ese bicho asqueroso.

—Es verdad…

—Sí que lo es. Y además, no siempre estaré mal. Según vayan pasando los días, recuperaré el hambre y tendré ganas de salir, pasear… Te prometo que no todo será horrible.

—Joder, soy lo peor. —Alicia rompió a llorar sin poder controlarse.

—Eh, tú, ¿qué pasa?

—Que tú me estás consolando a mí y no debería ser así. —Alicia le cogió la otra mano y le apretó ambas con fuerza—. Que mierda de amiga soy, ¿eh?

Leo le soltó las manos y se arrodilló en el suelo, frente a ella. Le separó las rodillas con delicadeza para colocarse entre sus piernas. Le cogió la cara con las dos manos y con un suave movimiento de los pulgares, le secó las lágrimas. Después le besó con suavidad. Un beso cálido con sabor a sal y a chocolate. Un beso corto, cargado de cariño y que, cuando sus labios se separaron, les dejo una sonrisa a ambos.

—Te quiero tanto, chica seria. —Le limpió la cara con delicadeza—. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Alicia no supo qué decir, solo podía mirarle y pensar que la afortunada era ella.

—Y bueno —dijo Leo sentándose de nuevo en el sofá—. ¿Te ves con ganas de visitar el *Reino de Florín*[4]?

—Por supuesto —respondió Alicia cogiendo el bol de palomitas y colocándolo sobre sus piernas—. Dale al play, chico alegre.

—*Como desees*[5] —respondió Leo pulsando el botón y sentándose después a su lado.

Vieron la película mientras comían palomitas sin preocuparse de si las cogían del bol de uno o del otro, riéndose, compartiendo codazos y miradas divertidas e incluso aplaudiendo en los momentos cumbre. Y cuando terminó, dejaron las botellas y los boles vacíos en la cocina y se pusieron los pijamas y lavaron los dientes. Leo no le había mentido y le obsequió con un pase de modelos en el que lució un pijama azul de manga corta y pantalones también cortos a cuadros amarillos. Alicia se rió e hizo lo propio, pero con el pijama de Minnie que Leo ya conocía. Después se miraron y no necesitaron hablar para decidir que compartirían cama. Hablaron mucho sobre muchas cosas, Alicia con la cabeza sobre el brazo de Leo y, en algún momento, las risas dieron paso a conversaciones más pausadas y después al silencio y al sueño.

55 POR LA MAÑANA Y UNA CARRERA

Cuando Leo apareció por la puerta de la cocina Alicia ya había desayunado y se acababa de rellenar su taza por segunda vez. Le quedaban solo unas páginas para terminar el libro de una de esas Lecturas conjuntas que su madre no entendía pero que a ella le encantaban.

—Termina —dijo Leo al ver que Alicia iba a cerrar el libro—. A mí no me importa. Me voy haciendo algo de desayunar.

—Gracias. Solo son seis páginas —dijo Alicia agradecida—. Tienes pan en ese cajón si te apetecen unas tostadas.

—Uy sí, que ricas. ¿Tú quieres?

—Ya he comido, pero igual te robo alguna. Ya veremos.

Antes de que Leo se sentase con las tostadas recién hechas y una taza de descafeinado, Alicia había terminado el libro satisfecha.

—¿Sabes algo de tu madre? —preguntó Leo dejando una tostada con mermelada de melocotón frente a ella.

—Sí. —Alicia aceptó la tostada con una sonrisa—. Parece que vendrá después de comer.

—¿Y algo más?

—Nada más.

—Bueno. Dale tiempo —aconsejó Leo comprensivo.

—Sí, eso haré. Pero espero que no tarde mucho en contarme qué está pasando. Me preocupa.

—Imagino.

—¿Y cuál es el plan para hoy? —preguntó Alicia cambiando de tema.

—Yo debería volver a casa en algún momento de la mañana.

—Ya, claro. —A pesar de entenderlo, Alicia se mostró desilusionada.

—A mí también me da pena, pero es pronto para que me instale aquí definitivamente —bromeó Leo antes de atacar la segunda tostada con satisfacción.

—Hoy había pensado en salir a entrenar. ¿Te apetece?

—Sí, por qué no.

—Ya no queda nada.

—Pues exactamente —levantó la mirada pensativo—, doce días.

—Madre mía. Se me están pasando los días volando —dijo Alicia sorprendida.

—A mí me pasa igual.

—Quedamos como siempre.

—¿Cuatro y media en tu portal?

—Sí. Mi madre saldrá de casa de mi abuela sobre las tres, así que no llegará hasta la seis, más o menos, nos da tiempo a correr un poco, luego ducha y bienvenida.

—Buen plan —apoyó Leo.

—¿Has dormido bien?

—Como un tronco. Y ¿tú?

—Síííííí.

—Ja, ja, ja. Me alegro, chica seria, me alegro. —Leo se puso en pie y dejó el plato en el

fregadero.

—No te preocupes —dijo Alicia levantándose—. Ya lo friego yo luego. No tengo nada que hacer.

—¿Seguro? Queda también lo de ayer a la noche.

—Sí, no te preocupes. Recoge las cosas y vete a casa antes de que tus padres me denuncien por secuestro.

—Vale, tienes razón. Gracias.

Alicia le observó dirigirse a paso rápido hacia su habitación .

—¿Te apetece ducharte? —preguntó subiendo la voz—. Te doy una toalla si quieres.

—¡No, tranquila! —respondió Leo desde el final del pasillo—. Ya me ducho en casa.

—Vale.

Diez minutos después estaba frente a ella, despidiéndose y agradeciéndole de nuevo el día que habían pasado juntos. En cinco horas volverían a verse así que Alicia aprovechó para adecentar la casa antes de que su madre llegase. Abrió las ventanas para ventilar, barrió, cambió las sábanas, puso la lavadora y todo lo hizo sin dejar de pensar en el calor de los brazos de Leo rodeándola, en su beso dulce y salado, en sus ojos color miel, en su pecho bajando y subiendo al ritmo de su respiración y bajo todo ello, luchando por buscar un sitio que Alicia no pensaba dejarle conquistar, apareció el miedo. Miedo a perderle, a no estar a la altura, a no saber acompañarle, a que luchase y perdiese. Eso, sobre todas las demás cosas, le aterraba.

—¿Lista?

—Lista.

Leo, como siempre, esperaba en el portal con una sonrisa en la cara.

—Jo, tío. De ahora en adelante me vas a torturas con la visión de tus piernas peludas. ¿Verdad? —dijo Alicia al verle en pantalón corto.

—Y probablemente dure hasta mediados de septiembre —puntualizó Leo ensanchando su sonrisa.

El entrenamiento fue tranquilo. Alicia estaba preparada para la prueba y lo sabía. Estos encuentros con Leo se habían convertido en una rutina agradable, dejando de ser una necesidad hacía ya tiempo.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —dijo Leo en el camino de vuelta a casa.

—Qué.

—Apuntarnos a una carrera.

—Uy, no sé. —A Alicia la mención de la palabra carrera le imponía demasiado como para no pensarlo muy seriamente.

—Hazme caso. No hace falta salir a ganar. Solo correr con otra gente que lo disfruta como tú, y la haríamos juntos. ¿Qué me dices? —preguntó Leo esperanzado.

—¿Y cuándo sería?

—¿Qué te parece si buscamos una para cuando me haya recuperado del todo?

—Para celebrarlo —dijo Alicia con una sonrisa.

—Para celebrarlo.

—Me parece perfecto.

—Tienes una cita —dijo Leo extendiendo la mano.

—Una cita muy larga —respondió Alicia sonriendo y aceptando su apretón de manos para cerrar el trato.

56 ¿COMO HA IDO?

Andrea llegó más tarde de lo que Alicia y ella misma habían esperado. Condujo despacio, parando un par de veces para poder abrir la puerta del coche y tomar aire fresco. Por la autovía era imposible conducir con la ventana bajada y el aire del coche la estaba asfixiando.

Su hija la esperaba en la cocina, por supuesto con un libro entre las manos. Andrea sonrió al verla. Sentía que era de las pocas cosas buenas que le había dejado, su afición por la lectura, aunque en el caso de su hija a veces parecía más una necesidad.

—¿Qué tal? —preguntó Alicia mirándola con curiosidad.

—Bien, pero estoy cansada.

—Has tardado un montón.

—Ya lo sé. He venido despacio. Había mucho coche en la carretera —mintió su madre.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alicia preocupada. Había algo en la mirada y en la manera de hablar de su madre que la inquietaban—. Estaba pensando en hacerme un sándwich.

—No tengo mucha hambre, cielo.

—Iba a echarle huevo cocido y lechuga —dijo Alicia con una sonrisa, intentando tentar a su madre.

—Venga, vale —aceptó Andrea—. Así me ahorro levantarme a media noche a asaltar la nevera muerta de hambre.

—Tú no haces esas cosas —objetó Alicia divertida.

—Nunca se sabe qué puede provocar que ocurra una primera vez de algo.

—Venga. Pues dúchate mientras yo los preparo.

—Gracias, hija.

—Ama. —Andrea se dio la vuelta y se dejó caer en el marco de la puerta—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy cansada, cielo. Tengo ganas de dormir y ordenar un poco las ideas. Después, cuando yo misma tenga las cosas algo más claras, te lo cuento todo. ¿Te parece?

—De acuerdo.

Uno de los pensamientos que más había atosigado a Andrea durante el viaje de vuelta había sido el de mentir a su hija. No para siempre, eso no era posible. Solo el tiempo necesario para centrarse y hacerse una idea de cómo iba a arreglar todo aquello. Pero Alicia era como ella, sabía leer en los ojos de los demás y en los de su madre había visto que algo no iba bien. No tenía sentido ocultarle la verdad, hacía tiempo que había dejado de ser una niña y si llegado el momento debían regresar a Bilbao, tenía derecho a saberlo. Pero no todavía. Primero trataría de digerir ella misma todo lo que estaba pasando. Después sería el momento de hablar con su hija.

—¿Qué tal con Leo?

Habían cenado en un agradable silencio y llevaban un rato en el sofá, esperando a que llegase el momento de acostarse. Alicia ni siquiera había llegado a abrir el libro que había empezado esa mañana. Sabía que no iba a poder concentrarse y odiaba verse obligada a releer una y otra vez los mismos párrafos.

—Muy bien —respondió sin apartar los ojos de la televisión.

—¿Cómo se siente? —En el fondo no quería pensar en lo que Leo significaba para su hija porque tendría que pensar después en lo que iba a sentir al tener que dejarle por su culpa.

—Cansado.

—Supongo que es normal, ¿no? —preguntó Andrea mirando el perfil de su hija.

—Sí. —Alicia apartó la mirada de la pantalla para centrarla en su madre—. Y lo curioso es que llevaba ya mucho tiempo sintiéndose así y yo no me había dado cuenta de que algo iba mal.

—Y ¿cómo pretendías tú saber que tenía cáncer, Alicia?

—No lo sé. No digo saber qué tenía exactamente, pero sí insistir más en que fuese al médico, preocuparme más, estar más…

—No hagas eso, Alicia —le cortó su madre.

—¿Hacer qué?

—Culparte de lo que le pasa a Leo.

—No me culpo. —Alicia devolvió la mirada a la televisión, dejándose llevar por la necesidad que sentía de dar por terminada la conversación ahí. Aun así, debía decir algo más, algo que la quemaba por dentro—. Solo digo que mientras yo estaba preocupada por esa tontería de prueba de Educación física, Leo estaba empezando a estar enfermo. Enfermo de verdad.

Andrea miró a su hija con tristeza, consciente de que aún quedaba mucho tiempo para que volviese a ser la misma Alicia de antes y sabiendo que, era posible que nunca volviese a serlo. Y eso tampoco estaba mal. Su vida iba a cambiar, iba a madurar en unos meses lo que tendría que haber hecho en años.

—Creo que me voy a la cama —dijo Alicia dándole el mando a distancia y poniéndose en pie.

—Muy bien, cariño —respondió su madre—. Descansa.

—Hasta mañana.

57 LEO ESTÁ EN EL HOSPITAL

El martes se levantó cansada. La noche había sido muy larga. El sueño no la atrapó hasta casi el amanecer.

Las últimas horas del lunes no había podido parar de dar vueltas a todo lo que había hecho ese día. Había intentado mostrarse tranquila con Leo, pero siendo sincera consigo misma, estaba bastante claro que no lo había conseguido. No sabía cómo comportarse, cómo ayudarle. Al día siguiente ingresaría en el hospital para que le hiciesen varias pruebas que deberían darle, por fin, un resultado sobre cómo de avanzada estaba la enfermedad, o si era lo que pensaban. ¿Cómo iba a estar tranquila? Incluso Leo estaba nervioso, a pesar de que lo disimulase mejor que ninguno de sus amigos.

Aunque sabía que no estaría esperándole, el estómago le dio un vuelco al salir y ver el portal vacío. Caminó hacia el instituto ensimismada en mil pensamientos diferentes y en ninguno. Sentía que la cabeza podía estallarle en cualquier momento. Y entonces las vio. La madre y la niña, sin carro, y eso le hizo sonreír, ver cómo el tiempo no solo pasaba para ella y para Leo, si no que al resto del mundo también le afectaba.

La pequeña la miró con curiosidad, agarrada con la mano izquierda a su madre y sujetando un trozo de plátano con la derecha. Alicia, que no había perdido la sonrisa, de repente sintió miedo. Ella, que nunca había tenido un interés especial por los niños, que no les hacía carantoñas ni gestos, se dio cuenta de que necesitaba que esa niña, la pequeña vecina de Leo, le devolviese la sonrisa. Era algo absurdo, pero se le antojaba una señal de que todo iría bien y no podía apartar la mirada de esa niña a la que veía crecer casi día a día, pero con la que no tenía nada que ver. El semáforo se puso en verde y su madre tiró con suavidad de ella, obligándola a dar un paso vacilante y Alicia sintió ganas de llorar, porque su estúpida fantasía de que con una sola sonrisa de esa niña todo saldría bien, se había convertido de repente en una realidad, en una certeza, y se le iba a escapar entre los dedos. La niña la miró de nuevo y la saludó, movió su pequeña manita con el trozo de plátano sujeto y le sonrió antes de darse la vuelta.

A Alicia no le importó que la gente que la adelantaba con prisa la viese llorar, porque eran lágrimas de alegría y porque todo iba a salir bien.

Cuando llegó al instituto, apenas unos minutos antes de que sonase el timbre que anunciaba el inicio de las clases, se sorprendió al ver a los chicos en la esquina de siempre.

—Hola —saludó al llegar a su altura—. ¿Cómo estáis?

—¿Sabes algo? —preguntó Víctor nervioso.

—No. Pero supongo que todavía es pronto.

—Ya se lo he dicho —dijo Saul mirando a Víctor de reojo—. Está de los nervios.

—Yo también —admitió Alicia paseando la mirada por los tres chicos—. ¿Vamos?

—Sí, vamos —respondió Juanfran.

—Seguro que para el recreo ya nos ha dicho algo —dijo Alicia subiendo el primer escalón de la entrada.

—¿Tú crees? —preguntó Víctor.

—No lo sé —contestó Alicia con sinceridad—. Pero espero que sí.

Víctor, el chico de piel oscura y siempre silencioso que apenas le había dirigido una mirada

en todo el curso, le sonrió y Alicia le devolvió la sonrisa y estuvo aún más segura de que todo iría bien. Porque no había ninguna otra opción. Era así de sencillo.

El mensaje llegó mientras preparaba la cena con su madre. Solo unas palabras que permitieron que Alicia pudiese respirar de nuevo

Leo:
Acabo de llegar a casa. Todo bien. Ha sido un día muuuy largo y estoy agotado. Nos vemos mañana.

58 ESPERAR

Cuando le vio esperando en el portal, con los ojos hundidos y una sonrisa apagada en los labios, Alicia intentó que el aire que había recuperado la tarde anterior no empezase a desaparecer de nuevo.

—Buenos días, chica seria —saludó con voz suave.

—Que mala cara tienes, chico alegre. Parece que te haya pasado un camión por encima.

—Pues genial, porque así es como me siento —replicó Leo.

—Jo, tío, lo siento. Perdona. Soy una imbécil —se disculpó Alicia nerviosa, incapaz de explicarse cómo podía haber dejado que esas palabras saliesen de su boca.

—No te preocupes. Ya nos conocemos —respondió Leo.

—Bueno. Y ¿ahora qué?

—Ahora queda esperar.

Alicia caminó en silencio a su lado. Pensando en la respuesta de Leo, en cómo algo que parecía tan simple podía ser tan difícil.

—Y ¿sabes cuándo te dirán algo?

—En un par de semanas más o menos.

—Buuuuf…

—Lo sé, pero no es tanto. El tiempo pasa volando.

—Tienes razón. —Alicia recordó la sonrisa de la vecina de Leo y sonrió—. Y hablando de lo rápido que pasa el tiempo. ¿Sabes a quién vi ayer?

—No. ¿A quién? —preguntó Leo con interés.

—A tu vecina.

—Ah, pues entonces como casi todos los días.

—No, que va. Ayer iba andando de la mano de su madre.

—¡No me digas! —Una sonrisa iluminó la cara de Leo—. Y ¿cómo es que yo no la he visto desde la ventana?

—Estaba muy graciosa. Iba comiéndose un plátano y me saludó.

—Y supongo que, tú como chica seria que eres, no le devolviste el saludo.

—Por supuesto que no —confirmó Alicia intentado poner una voz mucho más grave.

—Así me gusta —respondió Leo sonriendo—. Pero no es en serio, ¿verdad?

—¡Claro que no! —contestó Alicia riendo—. ¿Qué tipo de tía chunga te crees que soy? Le devolví el saludo y, encima, le sonreí.

—Esa es mi chica seria.

Llegaron al instituto sumergidos en conversaciones sencillas, de pequeños momentos del día a día que nada tenían que ver con pruebas o análisis.

—Buenas —saludó Leo en cuanto estuvieron cerca del grupo de chicos, que les miraba con atención desde que aparecieron por la esquina de la calle.

—Hola —saludaron casi al unísono.

—¿Cómo estás? —preguntó Víctor acercándose a él y dándole una palmada en el hombro.

—Chicos yo voy subiendo —dijo Alicia despidiéndose—. Nos vemos en el recreo.

Leo le sonrió antes de que las preguntas de sus amigos y sus palmadas y empujones

cariñosos reclamasen toda su atención.

Entró en clase conservando la sonrisa que le había provocado ver el recibimiento que los chicos habían hecho a su amigo. Saludó con la cabeza a Dani y Eva y miró hacia su mesa, al lado de la ventana. Sería un día de sol, y a ella, a pesar de que a veces le embotaba y hacía que le costase mantenerse atenta, le encantaba sentir el calor de los rayos sobre la piel.

—Alicia. —La voz de Deva la sobresaltó. Estaba tan distraída que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a su lado.

—Hola —saludó.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por? —preguntó extrañada.

—Por lo de Leo —respondió Deva con tristeza—. Lo siento mucho.

—¿Cómo que por lo de Leo? —Alicia se dio cuenta de que en realidad no sabía si Leo le habría contado a alguien más lo de las pruebas. No lo creía, pero estaba bastante segura de que, de ser así, Deva no habría sido una de las personas con las que hubiese hablado.

—Lo del cáncer…

—Y, tú ¿cómo lo sabes? —preguntó Alicia enfadada.

—Lo sabe Paula —respondió Deva señalando con la cabeza la mesa que estaba frente a la de Alicia—. Sabiéndolo ella lo sabe el resto del instituto…

Alicia sintió cómo el calor y la rabia nacían en su estómago y empujaban para abrirse paso hasta su garganta.

—¡Será…!

—No, Alicia —dijo Deva poniendo una mano sobre su antebrazo—. Es una cotilla y bastante tonta.

—Me parece que te quedas corta, en cuanto la vea le voy a…

—No le digas nada, no hagas nada.

—No voy a dejar que vaya hablando por todo el instituto de algo que no le incumbe, contando cosas de Leo y…

—Si le dices algo montará el espectáculo —le interrumpió Deva por tercera vez—, y en el recreo irá donde Leo y se lo contará.

Alicia apretó los labios con fuerza. Deva tenía razón. Si hablaba con Paula —aunque en realidad no quería hablar con ella, se imaginaba más bien agarrándola de alguna de sus llamativas y delicadas camisetas y gritándole a la cara—, en el recreo iría corriendo a contárselo a Leo y Alicia sabía que eso no le gustaría. No se enfadaría y puede que incluso no le dijese nada, pero no le gustaría.

—Tienes razón —admitió mirando a Deva con impotencia.

—No le des más vueltas.

—Es que Leo…

—Leo es un tío fuerte y la conoce mejor que nadie. Seguro que no le pilla por sorpresa —dijo Deva sonriendo.

—Supongo.

—Y, tú ¿cómo estás?

Alicia miró los grandes y expresivos ojos marrones de su amiga y vio en ellos preocupación, y algo más, algo que no le gustó.

—Estoy bien. Preocupada, pero bien.

—¿Y él?

—Bueno, tú lo acabas de decir —respondió Alicia—. Leo es fuerte.

—Cualquier cosa, si quieres hablar o… no sé, lo que sea.

—Sí, gracias —dijo Alicia.

Deva se dio la vuelta hacia su mesa, que estaba casi al final de la clase. Paula se sentó cuando Teo, el profesor de filosofía, aparecía por la puerta. Alicia la miró y se mordió el labio por dentro. Tenía ganas de llorar, pero no iba a hacerlo en clase, rodeada de chicos y chicas que, aunque eran sus compañeros, no iban a entender el significado de sus lágrimas. Creerían que estaba triste, que estaba preocupada o asustada, pero se equivocarían, serían lágrimas de rabia e impotencia, por el egoísmo y la estupidez de Paula, que no la dejaban entender que no era quién para ir hablando de la vida de otra persona, pero, sobre todo, por lo que había visto en la mirada de Deva, por eso que en un principio no había sabido leer; pena. Deva sentía pena por Leo, tal vez ni ella misma se diese cuenta, pero Alicia lo había visto con claridad en su mirada, no creía que Leo fuese a superarlo, solo veía el sufrimiento que tenía por delante, la enfermedad. Pero se equivocaba, ella y todos los que le mirasen de esa manera. No tenían ni idea. En realidad, ninguno de ellos le conocía. Leo era mucho más fuerte de lo que pensaban.

En latín, la sonrisa de Leo casi volvía a ser la misma y en el recreo, cuando se sentó junto a los chicos en uno de los bancos del patio, estaban hablando de la siguiente competición de surf de Saul, todo parecía casi normal.

—¿Qué tal va la mañana? —le preguntó Leo en voz baja.

—Bien, y ¿la tuya?

—Una mierda —respondió Leo para su sorpresa—. La gente es muy cotilla y muy pesada —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé —admitió Alicia.

—Es porque es la novedad —dijo Juanfran a su lado.

—¿El qué? —preguntó Saul.

—La gente que está cotilleando y hablando —respondió Juanfran mirando a Leo—. Ya sabes.

—La gente es tonta, que se vayan todos a la mierda.

La respuesta de Víctor cogió por sorpresa a todos y les provocó un ataque de risa que llamó la atención de varios grupos de chicos cercanos.

—Se les pasará —dijo Leo mirando a Alicia—. Tú no les hagas caso.

Alicia le sonrió a modo de respuesta y se acordó del pequeño bocadillo que descansaba sobre sus piernas. No tenía hambre, pero lo abrió y le dio un mordisco. Leo le sonrió e hizo lo propio con el suyo.

Los días fueron pasando y la predicción de Juanfran se hizo realidad, o al menos eso le parecía a Alicia. Aunque también cabía la posibilidad de que la gente se hubiese dado cuenta de que no iban a conseguir nada acercándose a ella buscando cotillear y hablar de Leo. Decidió mantenerse alejada de Paula y su grupo y evitar así cualquier tentación de cantarle las cuarenta. Iban a clase, hacían exámenes, se comían juntos el bocadillo en el recreo, volvían a casa y entrenaban por las tardes. Los días simplemente pasaban mientras ellos hacían lo único que se podía hacer. Esperar.

59 NERVIOSO Y YA TIENE LAS NOTAS

—Buenos días —saludó Alicia en cuanto llegó a la esquina de la calle donde le esperaba Leo.

—Hola —respondió seco y malhumorado.

—¿Qué te pasa?

—Nada…

—Anda que no —replicó Alicia—. Se te nota.

—Y ¿qué quieres que te diga? —contestó Leo alzando la voz enfadado.

—¿Qué…?

Alicia le miró sorprendida. Era la primera vez que Leo le hablaba así. En todo el tiempo que habían pasado juntos, nunca le había hablado en ese tono. Se habían enfadado y discutido más de una vez, pero ese tono duro y cortante en Leo le había dejado sin palabras.

—Leo…

—Qué quieres.

—Nada, lo siento —respondió intentando apaciguarle.

—No… Yo lo siento —dijo cogiéndole la mano y haciendo que se detuviese junto a él—. Perdóname.

—No pasa nada —dijo Alicia intentando sonreír.

—Sí que pasa, he pagado contigo toda esta mierda y, tú no tienes la culpa —respondió Leo soltándole la mano y comenzando a andar de nuevo.

—¿Qué ha pasado? ¿Han llamado ya del hospital? —Se guardó para sí el resto de preguntas que le habían asaltado ante la posibilidad de que supiese ya algo sobre las pruebas.

—No, ojalá… Eso es lo peor, no saber nada. Tener que esperar —dijo Leo bajando la voz.

—Venga, que ya no queda nada —dijo Alicia intentando animarle—. Tú mismo lo dijiste, el tiempo pasa rápido.

—Lo sé, sé que lo dije, pero entonces no pensaba en que iba a tener que ver las ojeras de mi madre y los ojos cansados y hundidos de mi padre cada mañana. Están pasándolo tan mal, Alicia…

—Lo siento mucho, Leo.

Fue ella quien le cogió la mano para ofrecerle algo de consuelo, para que supiese que estaba a su lado y que allí se iba a mantener pasase lo que pasase. Leo aceptó su contacto y le apretó la mano con fuerza antes de relajarse, pero no la soltó, ni cuando llegaron al instituto, ni cuando se encontraron con los chicos en las escaleras. Alicia se estaba convirtiendo en su tótem.

—¿Y Leo? —preguntó Alicia extrañada al llegar al patio y no verle sentado con el resto del grupo.

—En el despacho del director —respondió Saul torciendo el gesto.

—¡¿Qué?! ¿Leo está en el despacho del director? —No podía pensar en nadie al que le costase más imaginar metido en líos que a Leo—. ¿Pero qué ha hecho?

—Nada —respondió Juanfran.

—¿Entonces? —preguntó Alicia sin entender.

—No lo sabemos —dijo Saul—. Justo cuando salíamos de clase para venir al patio, le ha parado el tutor y le ha pedido que le acompañase al despacho del director. No parecía enfadado ni nada…

—Qué raro, ¿no? —dijo Alicia preocupada.

Los tres le respondieron encogiendo los hombros y con la misma cara de incomprensión que la suya.

Pasaron el recreo esperando a que Leo apareciese por las escaleras, pero se fueron a clase sin tener ninguna noticia suya, lo que hizo que las tres últimas horas se convirtiesen en una pesadilla para Alicia.

Al salir por la puerta del instituto y ver a los cuatro riéndose al pie de las escaleras, notó como se quitaba un gran peso de encima.

—¿Pero se puede saber qué has hecho para que quiera verte el director? —dijo Alicia en cuanto estuvo junto al grupo.

—¡Calla! —exclamó Saul—. Nosotros preocupados y a este le estaban diciendo que no tiene que seguir estudiando.

—¿Cómo? —preguntó Alicia incrédula.

—Pues eso, que ya sabe que pasa de curso y que no tiene que hacer ningún examen ni trabajo más —le explicó Saul.

—Si quiere no tiene ni que venir a clase —apuntó Juanfran.

—¿Qué? —preguntó Alicia mirando a Leo.

—Voy a venir —le respondió su amigo con una sonrisa cansada.

—¿Te lo puedes creer? —dijo Saul dando un empujón a Alicia—. Le dicen que no hace falta que haga más exámenes ni que venga a clase y va el atontado de tu amigo y dice que él quiere seguir viniendo… Si es que…

—¿Me lo vas a explicar? —pidió Alicia cuando estuvieron solos.

—El director me ha dicho que tras hablar con mi tutor y el resto de profesores, y dado lo especial de mi situación, han decidido hacer mi media con las notas que ya tenían de los exámenes que he hecho hasta ahora y de los trabajos que he entregado.

—Y ¿por qué no pareces contento? —preguntó Alicia con precaución.

—Pues no lo sé —dijo Leo mirándole a los ojos.

—Bueno, ¿igual necesitas tiempo para asimilarlo?

—¿Qué? —preguntó Leo sonriendo—. Y eso, ¿qué significa?

—Y yo qué sé. Eres tú el que no está contento después de que le hayan dicho que ha aprobado el curso y no hace falta que vuelva al instituto con tres semanas de clase aún por delante. —Alicia alzó los hombros y subió las manos con incomprensión.

—Ja, ja, ja —rió Leo—. Tienes razón.

—Eres más raro…

—Es que … No quiero que «esto» lo cambie todo.

Alicia miró como movía las manos con impotencia, como sus ojos miel le pedían que entendiese, que le comprendiese. Y lo hizo.

—Es normal —dijo sonriéndole.

—¿Sí? Estos no lo entienden. Tenías que haber visto la cara que han puesto cuando les he dicho que voy a seguir viniendo a clase.

—Me la imagino —respondió Alicia sonriendo—. Pero dales tiempo y lo entenderán. Además, estarán encantados de seguir viéndote en clase. No veas que pesados estaban el martes pasado.

—¿Mucho?
—Muuuuucho —dijo Alicia alzando las cejas.
—Menos mal que te tengo a ti, chica seria.
—Y que lo digas, chico alegre.

60 LA ABUELA TIENE DEMENCIA Y ¿NOS VAMOS A IR?

Pasó delante de la puerta abierta de la sala antes de entrar en la cocina. Se paró esperando encontrar la mirada de su madre. Así era siempre, ella pasaba, miraba a su madre y se saludaban. Pero en esa ocasión, su madre ni siquiera había levantado la mirada de la pantalla del portátil.

—Hola —dijo Alicia desde la puerta.

Su madre le respondió con una sonrisa apagada.

—¿Qué te pasa? —Para Alicia, y para cualquiera que conociese mínimamente a su madre, saltaba a la vista que algo no iba bien.

—Nada —contestó su madre intentando convertir su sonrisa en algo que no era.

—Ama…

—De verdad que no pasa nada, cariño.

Alicia la miró preocupada y su madre lo notó. Andrea sabía que pasaría, de hecho, esperaba que así fuera.

—¿Es por el trabajo?

El trabajo de su madre podía ser estresante en ocasiones, según tenía entendido Alicia, muchas veces lo era, pero su madre era capaz de dejarlo a un lado cuando acababa su jornada. Cierto que esa jornada podía alargarse en ocasiones demasiado, pero nunca la había visto tan afectada como lo estaba en ese momento. Tenía los ojos hundidos y, gracias a Dios, había borrado el intento de sonrisa de su cara.

—No, cielo. De verdad que…

—¿Vas a volver a decirme que no te pasa nada? ¿De verdad, ama? —preguntó Alicia con tono cansado—. Me parece que tú no te has visto.

Su madre la miró y en algún momento decidió que no quería o no podía continuar con la farsa, apoyó los codos sobre la mesa y se tapó la cara con las manos. Después de varios segundos en esa posición se frotó los ojos con cansancio y la miró.

—Tu abuela tiene demencia.

—¿Qué? —La simpleza de la declaración de su madre la desmontó.

—Demencia por cuerpos de Lewy lo ha llamado la neuróloga. —Se miraron en silencio, Alicia no sabía qué sentir ni qué decir—. He hablado con ella hace un par de horas.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé, Alicia. —La voz cansada de su madre le asustó.

—¿Nos vamos a marchar? —La pregunta salió de sus labios sin permiso, llevada por un miedo que había decidido tomar el control.

—No lo sé.

—¡¿Cómo que no lo sabes?!

—No lo sé, Alicia. ¿Qué quieres que te diga?

—Que no. Porque es que igual no te has dado cuenta, pero acabamos de llegar —respondió Alicia enfadada.

—Lo sé.

—Conozco gente, tengo amigos, tengo… a Leo. No puedo…

—Ya lo sé, Alicia…

—No, ¿tú qué coño vas a saber?

—¡Alicia! —gritó Andrea, aun sabiendo que las palabras de su hija nacían de una impotencia y una rabia que ella entendía.

—¡No, ni Alicia ni mierda! No me voy a ir.

—No sé qué vamos a hacer aún. Tengo que pensarlo…

—Claro que lo sabes, a mí no me vengas ahora con tonterías porque ya nos conocemos. —Su madre guardó silencio y la observó con los labios formando una línea fina y dura—. Contigo las cosas van así. Tú decides lo que quieres, me lo dices y haces como que lo piensas un poco, como que de verdad importa lo que yo quiera, pero es mentira. Solo te importa lo que tú quieres.

Alicia miró a su madre con gesto desafiante. Sabía que había sido dura con ella, que aunque había una parte de razón en lo que acababa de gritarle, la otra no era cierta, pero estaba demasiado asustada para reconocerlo.

—No quiero irme. Por favor.

—Lo sé —respondió su madre con la voz rota.

—Leo…

—Cariño…

—No. No sabes nada… Le prometí que no me iría, que me quedaría a su lado. —Las lágrimas por fin nacieron en silencio, llevándose parte de la rabia y la impotencia que apenas le dejaban pensar.

—Es mi madre, Alicia. —Y de nuevo, después de los gritos y los reproches, esa simple declaración, algo que ya sabía, la calló—. No sé lo que vamos a hacer. Necesito pensar.

Y así fue como terminó la conversación. Alicia se dio la vuelta y regresó a su habitación. No se acordó de que iba a la cocina ni de que le apetecía comer algo antes de entrenar. Se sentó en la cama y cogió el móvil de la mesa. Buscó el número de Leo y comenzó a escribir. Cuando las lágrimas le nublaron la vista borró el mensaje y se tumbó en la cama con el teléfono a un lado.

61 NOTICIAS

—No sé si quiero preguntar qué te pasa.

Alicia había salido del portal a paso rápido colocándose bien la camiseta con gestos bruscos, cómo si la hubiesen tenido retenida y esperase el momento de poder marcharse, pero al levantar la cabeza y mirarle, Leo pudo ver que tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Me lo vas a contar?

—Sí, claro que sí, pero necesito algo de tiempo para asimilarlo primero. —Alicia se sentía inmersa en un torbellino de sentimientos que le estaba resultando muy difícil controlar.

—Venga. Dónde te apetece ir hoy. ¿Parque o playa?

—Al parque —respondió Alicia tras darse unos segundos para pensarlo—. Al menos allí tenemos sombra.

Mayo se había despedido con varios días seguidos de sol y temperaturas cada vez más altas. Y junio había cogido el relevo subiendo la apuesta. El día había sido más bien caluroso y no se veía ninguna nube en el cielo.

—Y, tú ¿estás bien? —preguntó Alicia cuando llegaron al parque—. Te noto diferente. Más… ¿tranquilo, relajado?

Los últimos días habían sido duros para todos, en especial para él. Cada vez le costaba más controlar los nervios.

—Sí, tienes razón.

—¿Estás mejor? —preguntó esperanzada.

—Tengo que contarte dos cosas.

—No me digas eso de «una buena y una mala» porque siempre me ha parecido mucho más importante la mala…

—En realidad son tres, y yo diría que hay dos buenas y una meramente informativa —respondió Leo tranquilizador.

—Eso suena bien. —Alicia se permitió sonreír y olvidar por un momento la conversación que acababa de tener con su madre—. Cuéntame.

—¿No prefieres que trotemos primero un poco? —Su expresión dejaba claro que conocía de antemano su respuesta, pero de vez en cuando, aún le divertía picarla un poco.

—¡Y una mierda!

—¡Hala! —La sonrisa de Leo animó a Alicia—. Está bien. Ven, vamos debajo del árbol y calentamos un poco a la sombra.

—Bueno. A ver, cuéntame —pidió Alicia apoyando una mano en el tronco del árbol para no perder el equilibrio mientras doblaba la rodilla.

—Me han llamado del hospital.

—¿Ya? Creía que hasta el martes que viene no tendríamos ninguna noticia. Que pronto, ¿no? ¿Eso es buena señal? Si, tiene que serlo porque si no, no estarías así de tranquilo.

Leo la miró con la boca abierta, sorprendido de la velocidad con la que Alicia había dejado escapar todo lo que le venía a la cabeza.

—¿Me vas a contar o no? —preguntó nerviosa.

—Empecemos por la meramente informativa —comenzó a hablar Leo—. Ya sabemos que

es un Linfoma de Hodgkin y que lo tengo en más de un lugar, por lo que tendrán que darme quimio.

—Joder, tío… ¿Y eso es una buena noticia? —preguntó Alicia con un hilo de voz.

—No. Esa es la meramente informativa —le recordó Leo.

—¿Y en qué sitios está? —continuó Alicia, que parecía no haber escuchado la respuesta de Leo.

—En los ganglios linfáticos y, aunque menos, también en los pulmones.

Alicia bajó la mirada al suelo, a las margaritas que rodeaban el tronco del árbol. No sabía dónde estaban los ganglios linfáticos ni para qué servían, pero sí sabía lo que eran los pulmones y que eran importantes. Le asustaba pensar que pudiese estar en más de un lugar.

—Escúchame —dijo Leo acercándose a ella—. Quedan las buenas. ¿No quieres oírlas?

Alicia levantó la cabeza y le miró intentando sonreír.

—El lunes empiezo con la quimio. —Sabía que era bueno, que como decía Leo, sería dar un paso para comenzar a curarse, pero no era capaz de sonreír, de mostrarle lo que esperaba y necesitaba de ella—. Y la segunda es que mañana haré la prueba de Educación Física.

—¿Qué? —El anuncio le sorprendió tanto que Leo se rió ante la expresión de su cara—. Pero ¿no tenías ya las notas?

—Sí.

—¿Entonces?

—Bueno. Me apetece mucho hacerla. Llevamos tiempo preparándola juntos y me hace ilusión. Supongo que necesito sentir que todo sigue siendo más o menos normal —admitió mientras miraba a Alicia a los ojos.

—Pues sí que son buenas noticias —dijo Alicia antes de poder sonreír al fin.

—Ya te lo había dicho.

—Sí. Como casi siempre tienes razón. Pero eso no hace que me entren más ganas de correr con el calor que hace.

—Bueno, pues estiremos tranquilamente y si en un rato hace algo menos de calor, damos un par de vueltas al parque a paso rápido, sin correr —ofreció Leo—. Y, tú ¿me vas a contar qué te pasa?

—No —respondió Alicia—. Todavía no.

—Y ¿cuándo? —quiso saber Leo con curiosidad.

—No lo sé…

—¿Tan malo es?

—Sí.

—Seguro que no es para tanto —replicó con seguridad—. A veces te pones nerviosa y te agobias. No te das tiempo para pensar las cosas con tranquilidad y montas el drama...

—Mi abuela tiene demencia —dijo Alicia sin pensar.

—Joder. Lo siento mucho, Alicia. —La ternura y la sinceridad en las palabras de Leo la conmovieron.

—¿Te acuerdas de que había algo que mi madre no acababa de contarme? Pues eso, por fin he conseguido sacárselo.

—Y ¿cómo está ella?

—Mal. Bueno, no hemos hablado mucho porque ha sido más una discusión con gritos de por medio, pero supongo que triste, preocupada…

—¿Por qué habéis discutido? —preguntó Leo confuso.

—Porque no sabe si nos marcharemos.

—Bueno, pero eso es normal.

—¿Normal? —Alicia sintió cómo toda la rabia e impotencia que la había inundado al escuchar a su madre, regresaban de nuevo.

—Sí, me parece normal que quiera volver para estar cerca de su madre —replicó Leo con el mismo tono pausado y tranquilo.

—¿Te parece bien que me vaya, que desaparezca y no esté contigo ahora? —preguntó Alicia furiosa.

—No. Yo no he dicho eso. —La respuesta de Leo la desarmó, le hizo bajar los hombros y suspirar—. Pero, aunque a mí no me guste, entiendo que es lo que tenéis que hacer —terminó de decir con tristeza.

—No quiero marcharme —reconoció Alicia antes de romper a llorar.

—Ni yo quiero que te marches, chica seria. —Le cogió de la barbilla y le levantó la cara con delicadeza—. Pero tu madre te necesita y yo voy a seguir aquí, no pienso marcharme a ningún lado.

Alicia le abrazó para que no la viese llorar, pero sobre todo para acallar su propio miedo.

62 ¿LISTA?

—¡Buenos días por la mañana!

—Jo, que contento estás —refunfuñó Alicia como respuesta al saludo de Leo—. No te enfades, pero es casi molesto a estas horas de la mañana.

—Qué difícil es no enamorarse de ti, chica seria.

—Ja, ja, ja. Eres un afortunado —respondió Alicia—. Me tienes para ti solo —añadió al ver cómo Leo, interrogante, alzaba las cejas.

—¿Estás lista?

—Listísima.

Sabía de sobra a qué se refería. Le había dado muchas vueltas durante la noche. Había pensado en todo lo que había entrenado, en cómo gracias a ello, su relación con Leo había cambiado y en lo que había supuesto para ella. En algún momento la angustia quiso hacer su aparición estelar pero no se lo permitió. Estaba preparada y lo sabía.

—Música para mis oídos. ¡Sí señor!

Cuando llegaron al instituto, muy a su pesar, Alicia comenzó a sentir cómo los nervios se abrían paso poco a poco. Intentó controlarlos, pero se le escapaban entre los dedos. Para cuando llegó el momento de despedirse había abandonado cualquier intento de controlar algo.

—¡Chicos! Hoy tenemos la prueba final de Educación física —dijo Leo guiñando un ojo a sus amigos.

—¡Ánimo! —gritó Saul con una sonrisa.

—Gracias. Estoy nerviosa —reconoció Alicia.

—Que vaya muy bien —le animó Víctor con una sonrisa tímida.

—Muchas gracias.

—Disfrútalo, chica seria —Leo le dio un apretón en la mano.

—Luego te cuento —dijo Alicia antes de darse la vuelta para subir las escaleras.

—¡Pues ya estamos aquí! —Santi, el profesor de Educación física les recibió con una gran sonrisa.

—¡Pues ya estamos aquí! —repitió Deva al oído de Alicia—. ¿Cómo lo llevas?

—Muy bien —dijo Alicia sonriéndole.

—¡Claro! Aquí la señorita. «he entrenado todos estos meses con mi amigo el *mazado*», va sobrada. ¿No?

—Algo así —reconoció Alicia.

—Joder, pues me alegro un montón —respondió Deva—. ¿Y estás, aunque sea, un poco nerviosa? Porque yo estoy atacada.

—Sí, un poco sí —dijo Alicia.

—Jo, menos mal. Ya sé que no está bien alegrarse por las desgracias ajenas y esas cosas, pero a la mierda, no veas como me relaja saber que no soy la única. Oye —dijo Deva mirando más allá de Alicia—. ¿Esos no son tus colegas?

—¿Qué? —Alicia se dio la vuelta sin entender de qué hablaba su compañera de clase.

Varios grupos de chicos y chicas se acercaban a ellos. Enseguida distinguió a Leo hablando

con Víctor y Juanfran. Buscaba algo o a alguien con la mirada y en cuanto se encontró con la de Alicia sonrió y le saludó con la mano.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó en cuanto estuvieron a su lado.

—La prueba de Educación física —explicó Leo con naturalidad.

—¿Vosotros también la hacéis ahora? —preguntó Deva, tan sorprendida como Alicia.

—Sí. Nos lo dijo Santi la semana pasada —respondió Juanfran.

—¿Cómo? —Alicia miró a Leo entornando los ojos—. ¿Ya sabías la semana pasada que haríamos la prueba juntos?

—Sí —reconoció Leo con una sonrisa enorme cubriéndole la cara

—¿Y no me lo habías dicho?

—Era una sorpresa. ¿Te gusta?

—Sí, me encanta.

—¡A ver, chicos! —Santi elevó la voz para que todos pudiesen escucharle—. Como ya os habréis imaginado, y algunos ya sabíais, este año las tres clases haréis la prueba a la vez. Será más rápido y fácil para mí y menos cansado para vosotros porque las dos clases que acaban de llegar, tendrían que haberla hecho en las horas de más calor. Así que, todos al lío. —Hizo una pasada rápida por todos sus alumnos antes de continuar hablando, para confirmar que conservaba aún su atención—. Colocaos de tres en tres. ¡Antes de que hagáis los grupitos de siempre! —advirtió—, quiero que os juntéis uno de cada clase. ¡Vamos!

—¿Quieres que empecemos nosotros? —preguntó Leo chocando su hombro con el de Alicia.

—¿Los primeros?

—Sí —respondió Leo—. ¿No estarás preocupada? Solo tienes que disfrutar. El trabajo duro ya lo hemos hecho antes —le animó Leo.

—Y ¿quién será el tercero?

—No sé, podemos decirle a Iker —ofreció Leo.

—No sé quién es —respondió Alicia alzando los hombros.

—Espera. —Leo se acercó a un chico bajo y de pelo corto que daba pequeños saltitos. En unos segundos los dos estaban a su lado—. ¿Vamos?

—Vamos —dijo Alicia sonriendo al nuevo componente del grupo.

—¿Estáis listos? —preguntó Santi—. No podemos perder toda la mañana en hacer los grupos.

—¡Santi! —La voz de Leo se escuchó con claridad por encima de los murmullos del resto —. Empezamos nosotros.

—¡Así me gusta! A ver si el resto tomáis nota —dijo sonriéndoles—. Cuando terminen de dar la vuelta quiero aquí al siguiente grupo. ¡¿Estamos?!

Alicia miró alrededor y vio como varios grupos estaban ya formados, pero la mayoría de los chicos andaban de un lado a otro. Lo que más le gustó fue ver separado al trio formado por Dani, Eva y Paula. Se sintió un poco culpable pero enseguida se centró en lo que tenía delante.

—¿Habéis calentado?

—Sí —respondieron los tres.

—Bueno, pues ya sabéis cómo va. Cuando suene el silbato salís. Es una vuelta de poco más de un kilómetro. Quiero que lo deis todo. ¿Vale, chicos?

—Hecho —respondió Leo sonriendo.

—Perfecto —dijo Santi mirando a Leo con afecto—. Venga, cada uno en su línea.

El sonido del silbato cogió a Leo y a Alicia mirándose a los ojos. Los dos salieron a la vez.

Al principio Alicia creyó que no sería capaz, había salido demasiado rápido, no podría mantener ese ritmo todo el kilómetro.

—¡Vamos, chica seria! —Leo corría a su lado con una enorme sonrisa.

—¡Corre! —respondió Alicia.

—No. Juntos —replicó Leo.

—¡No! —pidió Alicia—. Quiero verte correr. Recíbeme cuando llegue. Por favor… —Alicia notaba como empezaba a faltarle el aliento.

Leo la miró una vez más, sonrió y comenzó a correr mucho más rápido. Mucho más rápido de lo que Alicia le hubiese visto correr nunca. Adelantó a Iker y llegó. No paró en la línea, avanzó aún unos metros decelerando. Cuando Alicia cruzó la meta y, exhausta, recorrió unos metros más, Leo le cogió de la cintura y la elevó dando vueltas con ella en el aire.

—¡Toma ya, chica seria! ¡Toma ya!

Cuando la dejó en el suelo Alicia estaba mareada y cansada. Más cansada de lo que hubiese estado en toda su vida, pero también feliz, radiante. Por ella; porque sabía que lo había hecho bien, muy bien. Pero sobre todo por él, por Leo; porque le había visto correr, disfrutar, reír… Porque en ese instante ambos eran felices.

Cuando todos corrieron el kilómetro llegó el momento de los abdominales y las flexiones. Santi les pidió un mínimo de 10 flexiones y 30 abdominales. Todos lo consiguieron con mayor o menor esfuerzo. Las dominadas resultaron ser un espectáculo del que no todos salieron victoriosos. Alicia apenas pudo con la segunda y Leo hizo cinco sin problema. La sorpresa la dio Deva con sus tres dominadas y media, en la última apenas había podido subir.

—¡Conseguido, chica seria! —dijo Leo cuando se dirigían al vestuario.

—¡Conseguido! —respondió Alicia exultante.

Los chicos, el resto de su clase, todos estaban agotados, y casi todos con una sonrisa en los labios.

—Conseguido —repitió Alicia para sí misma mirando a Leo—. Conseguido…

63 ¿UNA SORPRESA?

—¡Alicia! —Juanfran la esperaba unos pasos por delante del resto, junto a las escaleras.

—Dime —dijo buscando a Leo con la mirada—. ¿Y Leo?

—Aún no ha salido —respondió Juanfran nervioso—. Estamos pensando en hacerle una fiesta sorpresa, pero Víctor cree que no es buena idea. ¿A ti qué te parece?

—No sé…

—¿Tampoco te parece buena idea?

—No mucho —reconoció Alicia—, lo siento.

—Es para que disfrute, que se ría y lo pase bien antes de todo eso de la quimio…

—Ya imaginaba, pero… Igual podemos quedar por ejemplo para cenar. Algo más tranquilo.

—Bueno. Eso también podría ser. Lo comentó con estos a ver qué les parece.

—¿Qué hacéis? —preguntó Leo a sus espaldas.

—Esperarte. Tardas un montón. —respondió Juanfran como si tal cosa. Alicia le miró sorprendida y fue testigo, una vez más, de cómo su mirada era la culpable de que el color de la piel de Juanfran se elevase unos tonos hasta el rosa fuerte—. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

—Tú también lo notas, ¿verdad? —susurró Leo mirando a sus amigos, cuando habían avanzado unos metros—. ¿Los ves?

—Sí —respondió Alicia sonriendo.

No sabía si estaban intentando disimular de alguna manera, pero si era así no lo estaban consiguiendo. Los chicos iban por delante, hablando muy pegados entre ellos.

—Quieren darte una fiesta sorpresa —confesó Alicia.

—No… No me apetece nada.

—Creo que entre Víctor y yo podemos convencerlos para cambiarlo por una cena tranquila los cinco.

—Mucho mejor, sí.

Alicia le miró de reojo, estaba cansado. Andaba más despacio que otros días y aunque sonreía, no era su sonrisa de siempre, esta no le llegaba a los ojos. Había algo que le preocupaba.

—¿Estás bien?

—Estoy muy cansado —reconoció Leo—. Solo tengo ganas de llegar a casa y echarme un rato. Me parece que podría saltarme hasta la comida.

—¡No! —respondió Alicia.

—No. No voy a hacerlo, pero es una idea que me tienta ahora mismo.

—Oye, podemos hacer cualquier otra cosa —dijo Alicia mirando a los chicos, que continuaban hablando entre ellos.

—Les hace ilusión, no sé…

—Más ilusión les hará saber que estás bien —respondió Alicia con franqueza—. Tú lo sabes.

—Supongo que sí, pero no quiero ser un aguafiestas.

—¿Se puede ser un aguafiestas de tu propia fiesta? —Alicia se puso una mano bajo la barbilla pensativa.

—Vale, vale… ¡Chicos! —llamó Leo—. He tenido una idea. Como el lunes empiezo con la quimio y ya sabemos que es bastante probable que no me encuentre muy bien, he pensado en invitaros mañana a cenar a todos en casa. ¿Qué os parece?

Alicia miró a los chicos y estos le devolvieron la mirada perplejos.

—Por mí guay —contestó Saul en primer lugar.

—Por mí también —apoyó Alicia.

Primero Víctor y después Juanfran, aceptaron con una sonrisa.

—Y ¿os apetece algo en particular? —preguntó el anfitrión.

—Patatas fritas —dijo Víctor.

A Alicia le costaba acostumbrarse a oír la voz de Víctor. Siempre se había mostrado reservado y silencioso, pero los últimos días parecía que algo estaba cambiando.

—Yo también voto por patatas fritas —dijo Alicia.

—Genial, ya tenemos el primer plato —dijo Leo mirando a Alicia con complicidad.

64 CENA DE CHICOS

—Hola, preciosa. —La madre de Leo abrió la puerta con una sonrisa que Alicia devolvió en el acto. En seguido se dio cuenta de que Leo tenía razón al decir que no descansaba ni dormía. Parecía agotada.

—Hola. ¿Llego pronto? —preguntó preocupada.

—De hecho, eres la última, pasa.

—¿La última? Pero si son las seis…

—Sí, hija, sí. Pero han llegado después de comer y llevan desde las cuatro, más o menos, jugando a la consola.

Alicia se quedó parada en la puerta del salón, Leo y Juanfran estaban sentados en el sofá y Víctor y Saul en el suelo. Tenían puesto un juego de baloncesto en la *Play* y parecían entusiasmados.

—¡Ya estás aquí! —dijo Leo al verla—. ¿Juegas?

—No he jugado nunca, pero bueno —aceptó.

Una sola partida fue suficiente para Alicia.

—Yo me retiro.

—¿Por? —Saul estaba entusiasmado.

—No es lo mío —se excusó Alicia.

—De todas formas, va siendo hora de apagar —dijo Leo exponiéndose a las quejas del resto —. No sé vosotros, pero yo tengo hambre.

—Yo también, pero es pronto para cenar —se lamentó Juanfran.

—Podemos hacer una merienda-cena —sugirió Leo mirando a Alicia con disimulo.

—¡Ja! Me parece perfecto. —Saul se puso de pie y se desperezó en el centro del salón—. ¿Sabemos ya que vamos a cenar?

—No sé a vosotros, pero a mí me está apeteciendo mucho un bocadillo de esos del *argentino* —dijo Leo—. Tienen servicio a domicilio —añadió ante la mirada interrogante de Alicia.

—¿Ah, sí? —Parecía que Alicia no era la única sorprendida. Víctor se mostró tan extrañado como ella—. No lo sabía. Y eso ¿desde cuándo?

—Y qué más da —replicó Saul con una sonrisa—. No cuestiones las alegrías que te da la vida.

Cada uno eligió un bocadillo, incluidos los padres de Leo que, aunque declinaron el ofrecimiento de su hijo y sus invitados, de cenar juntos, sí aceptaron sumarse al pedido.

—¿Os apetece ver una peli mientras cenamos? —ofreció Leo una vez tuvieron los bocadillos en su poder.

—Claro. —Juanfran fue el único en contestar, el resto se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Sugerencias?

—*La jungla de cristal*.

Todos miraron a Juanfran sorprendidos. Sobre todo, Leo.

—Y ¿de dónde quieres que saque ahora *La jungla de cristal*?

—¿De mi mochila? —respondió el aludido con una gran sonrisa—. La he traído por si

acaso os apetecía verla.

—¡Cómo mola, Juanfran! —Saul le dio un par de palmadas en la espalda.

Pasaban de las diez cuando comenzaron a salir por la puerta de casa de Leo. Había sido una cena muy divertida y agradable. Rieron, vieron la película, comieron y volvieron a reír. Alicia no podía dejar de mirar a Leo. Le notaba cansado y algo nervioso, pero estaba indudablemente feliz, y se dio cuenta de que ella también. Antes de marcharse, con Leo apoyado en la puerta despidiéndose de todos, le dio un suave beso en los labios. Nadie dijo nada.

65 LA PRIMERA SESIÓN

El camino al instituto fue largo. Las mismas calles flanqueadas por los mismos edificios, casi los mismos coches y las mismas personas a su alrededor, pero todo parecía más gris, más lento, más irreal. No vio a la pequeña vecina de Leo ni a su madre, pero no quiso buscar ningún significado a su ausencia.

—¿A qué hora lo tenía? —preguntó Alicia en cuanto se sentó en el banco que los chicos ocupaban en el patio—. ¿Lo sabéis?

—No. Solo sé que tenía que estar allí muy pronto para los análisis —contestó Juanfran.

—¿Qué análisis? —preguntó Alicia.

—Primero tienen que hacerle unos análisis y si todo está en orden, pueden empezar con el tratamiento.

—No tenía ni idea —admitió Alicia un tanto avergonzada.

—Llevo un tiempo informándome —dijo Juanfran.

—Yo no he mirado nada…

—Yo tampoco —dijo Saul a su lado.

—Ni yo —se unió Víctor.

—Bueno… Yo quería saber cómo iba a estar y… —Alicia sonrió con pena ante el tono de disculpa de Juanfran.

—Has hecho bien. Así todos sabemos un poco más —le dijo—. Y ¿sabes cuánto durará?

—No, a tanto no he llegado…

—O sea, que solo nos queda esperar.

—Eso parece.

—Yo había pensado en mandarle un mensaje —dijo Víctor en voz baja.

—Sí, yo también —admitió Alicia.

—Yo creo que lo mejor es que le escriba uno y luego nos diga a los demás cómo está. Por lo menos al principio —sugirió Juanfran—. Si no, vamos a marearle con tanto mensaje.

—Sí, tienes razón… —apoyó Alicia.

—¿Por qué no le escribes tú, Juanfran? —sugirió Saul.

—¿Sí? ¿Os parece bien?

—Sí, claro —dijo Alicia intentando ocultar el pinchazo que sentía en el pecho—. Es lo mejor. Luego nos lo cuentas.

—Vale. Pues metemos a Alicia en el grupo de la fiesta sorpresa —dijo Juanfran mirando a Alicia con una sonrisa tímida—. Es que hicimos un grupo para…

—Seguro que ya se lo imagina, Juanfran —le cortó Saul poniendo los ojos en blanco.

—Sí, claro…

—Gracias, Juanfran —dijo Alicia—. Creo que voy a ir subiendo a clase, chicos —se despidió Alicia—. ¿Nos vemos a la salida?

—Claro. Hasta luego —se despidió Saul con un movimiento de la cabeza.

Subió las escaleras despacio, buscando hacer tiempo hasta que sonase el timbre que anunciaba la vuelta a las clases. No quería estar sola, no quería pensar. Pero tampoco podía

seguir junto a los chicos, ver lo nerviosos que estaban no le ayudaba en nada. Solo quedaba esperar a que Juanfran les dijese algo.

Notó la vibración del móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Lo cogió esperando ver el mensaje que le informaba de que la habían incluido en un grupo. La foto de una edición de bolsillo de *Drácula* ocupaba toda la pantalla.

Leo:
Parece que va para largo. Menos mal que me he traído un libro.

Sonó el timbre y Alicia se obligó a acelerar el paso.

Alicia:
Gran historia y gran libro. A ver si voy a tener que empezar a llamarte chico romántico.

Leo:
Ja, ja, ja. Tú puedes llamarme lo que quieras.

Alicia:
Ja, ja, ja. ¡Voy a clase!

Leo:
Que te sea leve. Hablamos.

Alicia respiró profundamente antes de guardar el móvil en la mochila y sentarse.
—Está bien —dijo en apenas un susurro—. Estará bien.

66 ES UNA MIERDA

El mensaje de Juanfran llegó a media tarde y Alicia sintió como el suelo se rompía bajo sus pies.

Juanfran:
No está bien.

Solo tres palabras escritas en la pantalla del móvil, pero que significaban muchísimo más de lo que cualquiera podría pensar al ver el poco espacio que ocupaban.

Juanfran:
No puede hablar. Mañana os cuento, pero no hay mucho más.

Alicia:
Vale… Gracias.

Saul:
Ok. Vaya mierda.

Víctor:
Joder.

Dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina. No sabía qué hacer, así que optó por no hacer nada. Se quedó cómo estaba, de pie, apretando los dientes y mirando el móvil con impotencia.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó su madre asomándose por la puerta de la sala.

A pesar de la discusión y los gritos de la última bronca, la normalidad se había instalado, de nuevo, casi por completo entre ambas.

—No —respondió Alicia intentando contener las lágrimas—. No está bien.

—Perdona, cielo, pero no entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Leo. Hoy tenía la primera sesión de quimio y no está bien.

—Oh, cariño. Lo siento… —Andrea se acercó a su hija y le dio un abrazo—. Creía que ya sabías cómo sería.

—No… —respondió Alicia separándose—. Lo he visto en películas, pero pensaba que no era así de verdad. ¿Tú sí lo sabías?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de Nuria? Era una vecina que tuvimos hace un tiempo.

—Sí, creo que sí. Vivía enfrente, ¿no?

—Sí. Superó un cáncer de mama.

—No lo sabía —dijo Alicia sorprendida.

—Bueno, es normal. Tú eras pequeña, no creo que tuvieses más de cinco años.

—Y ¿qué pasó?

—Pues había días, sobre todo los primeros después de la quimio, que su hija se quedaba con nosotros. A cenar, a dormir… ¿Te acuerdas de eso?

—¡Sí! —respondió Alicia—. La recuerdo, era más mayor que yo...

—Sí. Os poníais a jugar, veíais películas, ella te hacía peinados… Tú estabas encantada —recordó Andrea con una mezcla de nostalgia y tristeza.

—Y su madre…

—Su madre lo pasó muy mal. Recuerdo días en los que no podía levantarse de la cama. Estaba sola y hasta que una tía suya pudo mudarse, nosotros la ayudamos. A medida que los días pasaban se iba recuperando poco a poco, podía volver a comer, las náuseas iban desapareciendo, recobraba las fuerzas…

—Entonces, ¿cuando se le pase ya estará bien? —preguntó Alicia esperanzada.

—Probablemente, hasta la próxima vez —respondió su madre con delicadeza.

—No… ¿Y cuantas veces tendrán que darle esa mierda? —Alicia se sentía impotente, llena de rabia.

—No lo sé, cariño. Eso se lo tendrás que preguntar a él. No es el mismo tratamiento para todo el mundo.

—No quiero agobiarle, no quiero ser pesada, no quiero hablarle solo de su enfermedad, de la quimio… Quiero…

—Te entiendo, cielo —le cortó su madre—. Pero estoy segura de que a Leo no le importará explicarte lo que sabe. Además, igual así puedes ayudarle mejor. ¿No crees?

—Sí, puede ser —aceptó Alicia.

Andrea miró a su hija con atención. Observó sus grandes ojos, siempre indecisos, sin saber si eran verdes o marrones. En ese momento, llenos de dudas y lágrimas contenidas, se mostraban decididamente verdes.

—Tengo que terminar un par de cosas del trabajo. No creo que me lleve más de diez minutos.

—Vale —respondió Alicia ausente.

—Después podríamos hacer algo.

Alicia la miró con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados.

—¿Algo como qué?

—Pues no lo sé —respondió su madre—, pero llevamos viviendo aquí todo el año y estoy segura de que no conozco casi nada. Me podrías hacer un tour por la ciudad.

—¿Yo?

—Sí. No se me ocurre nadie mejor.

—Leo —respondió Alicia con una sonrisa triste—. Él nos enseñaría un montón de sitios.

—Pues cuando se encuentre mejor ya le estás diciendo que tiene una cita con las dos.

—Y ¿cuándo será eso? —preguntó Alicia con miedo—. ¿Mañana, pasado?

—Creo que tendremos que esperar un poco más para que nos haga de guía. —Los ojos de su hija volvieron a empañarse con rapidez—. Pero no tendrás que esperar tanto para estar con él —añadió Andrea.

—Gracias, ama—dijo Alicia.

—De nada, cariño —respondió su madre con una sonrisa—. Termino eso y vamos.

—De acuerdo —aceptó Alicia más tranquila.

Cogió el móvil y buscó a Leo entre sus contactos. No esperaba una respuesta, pero necesitaba decirle algo.

Alicia:

Estoy aquí, chico alegre.

67 POCO A POCO

Pero no estuvo mejor ni al día siguiente ni al siguiente, y cuando el viernes, Alicia se sentó junto al resto de los chicos en el recreo, ni siquiera se dio cuenta de que la esperaban con una sonrisa.

—¿Cómo estamos? —preguntó Saul en cuanto estuvo sentada en una esquina del banco.

—Bien… —Alicia le miró con curiosidad. No por la pregunta, que era la misma cada día, si no por el tono de voz—. ¿Por? ¿Vosotros bien? —preguntó haciendo un repaso por las caras, definitivamente más animadas que esa misma mañana y desde luego que cualquiera de los días anteriores.

—Sí, muy bien —respondió Saul.

—Me alegro.

—¿Sabes quién está bien, también? —Juanfran la miraba con una gran sonrisa.

—¿Está bien? —preguntó Alicia ilusionada—. ¿Has hablado con él?

—Bueno, a ver. No es que esté bien del todo, pero está mucho mejor —aclaró Juanfran.

—Joder, menos mal —dijo Alicia con un suspiro.

—Eso mismo he dicho yo.

Alicia miró a Víctor con cariño. Todavía había veces en las que se sorprendía al oírle hablar. Había cambiado tanto cómo se relacionaba con ella que parecía un chico diferente.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Poca cosa; que se encontraba algo mejor, que por fin parecía que las náuseas habían empezado a desaparecer y que iba a probar a comer algo. —Juanfran la miró con una sonrisa triste.

—Bueno, poco a poco. ¿No? —dijo Alicia mirando al resto.

—Sí, poco a poco —concedió Saul.

Lo que quedaba de recreo transcurrió como lo que faltaba de día, tranquilo y sin ninguna novedad. A pesar de ello, Alicia se sentía animada y cuando llegó a casa fue a hablar con su madre sin quitarse las zapatillas o dejar la mochila en la habitación.

—¡Hola! —saludó animada desde la puerta de la sala.

Su madre levantó la cabeza sobresaltada. En cuanto la miró, una sonrisa le iluminó la cara.

—Hola, cariño. ¿Qué ha pasado?

—¡Leo está mejor! —respondió Alicia.

—Cuánto me alegro, Alicia —dijo su madre con sinceridad— Ya te lo dije. Poco a …

—Sí —le cortó Alicia—. Poco a poco. —Y se dio la vuelta camino a su habitación para dejar sus cosas sabiendo que todo saldría bien.

68 Y YO AQUÍ

Alicia se levantó con hambre, con mucha hambre en realidad. Hacía días que no se hacía tostadas y se sentaba con tranquilidad a leer mientras desayunaba. Su madre se tomó su tiempo para observarla desde la puerta de la cocina con una sonrisa.

—Ah, hola —saludó Alicia cuando se percató de su presencia—. ¿Qué haces?

—Mirarte —dijo su madre con naturalidad.

—Sí, eso ya lo veo —replicó Alicia—. Pero das un poco de yuyu, ahí de pie en plan señora mayor rara.

—¿Señora mayor? —dijo su madre frunciendo el ceño—. De eso nada.

—No, la verdad es que no, ama. Señora mayor no, pero lo del yuyu y rara sí —dijo Alicia riéndose.

—Iba a desayunar, pero me acabas de dar tal disgusto que voy a tener que ir a darme un baño de espuma y ponerme música relajante.

—Ja, ja, ja —rió Alicia con ganas.

—Vale, un baño con espuma no, pero una ducha y música de fondo sí.

—¿Quieres que te prepare algo? —se ofreció Alicia.

—No, tranquila. Tú desayuna tranquila.

—Vale.

Una vibración llamó su atención. Miró el móvil que había dejado cargando sobre la mesa de la cocina.

Leo:
Y yo aquí, chica seria.

Alicia se puso tan contenta que se levantó de la silla de un salto.

Alicia:
¿Estás bien?

Leo:
Estoy mejor.

Alicia:
Eso es algo. Como dice mi madre: poco a poco.

Alicia esperó ansiosa su respuesta, estaba nerviosa e insegura. No sabía qué decirle, era como si llevasen siglos sin hablar.

Leo:
Te apetece dar un paseo con un enfermo.

Alicia:

¡Claro!

Leo:
¿A las 18:00 en tu portal?

Alicia:
Ahí estaré.

Leo:
Eso espero.

Alicia miró el móvil sintiéndose feliz y relajada.

—Hola, chica seria —saludó Leo apoyado en la pared.

Alicia le abrazó tan fuerte que, de no haber estado apoyado en la pared, los dos se habrían caído al suelo.

—Vaya… —dijo cuando Alicia se separó despacio de él.

—¿Te he hecho daño? —preguntó asustada. Estaba muy pálido y por su cara y expresión corporal, parecía agotado—. ¿Estás bien?

—Estoy mejor —dijo Leo con voz pausada—. Pero estoy muy cansado.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por la playa? —ofreció Alicia.

—Yo pensaba más en sentarnos tranquilamente en uno de los bancos de la plaza —dijo Leo con una leve sonrisa—. Si no te importa.

—Claro que no, lo que quieras.

Caminaron despacio hasta uno de los bancos libres, el que estaba bajo el enorme árbol que tapaba parte de la visión de Alicia desde la ventana de su cocina.

—Bueno, y ¿qué me cuentas? —dijo Alicia en cuanto ambos estuvieron sentados.

—Prefiero que me cuentes tú —respondió Leo.

—Pues no hay mucho que contar. Instituto, clases, recreos, exámenes y el miércoles que viene las notas. Creo que eso es todo.

Leo la miraba con una sonrisa.

—¿Y los chicos?

—Ya sabes, como siempre.

—¿Y, tú?

—Pues también, como siempre.

La sonrisa de Leo no desapareció, pero Alicia pudo ver en sus ojos que no se creía ni una palabra de lo que decía.

—Vale… Los chicos preocupados, pero más o menos como siempre. Haciendo sus cosas. Saul preparando sus competiciones de surf, Juanfran con sus libros y cosas y Víctor me habla —dijo Alicia con una sonrisa.

—¡No me digas! Ya sabía yo—dijo Leo—. Es muy buen tío, solo necesita tiempo.

—Sí que es buen tío, sí —respondió Alicia con una sonrisa.

—¿Y, tú? —quiso saber Leo de nuevo.

—Yo… Preocupada —reconoció bajando la mirada—. Y triste y preocupada otra vez…

—Estoy mejor —dijo Leo cogiéndole la mano.

—Pero no bien.

—No, bien no. Pero en unos días estaré mejor.

—Pero entonces volverás a estar mal, porque te tocará volver a empezar.

—Sí —reconoció Leo—. Lo siento mucho, chica seria.

—¿Cómo que tú lo sientes? —preguntó Alicia sintiéndose un desastre—. Yo lo siento. Soy lo peor... Estoy aquí sentada quejándome de que estoy preocupada por ti…

—No pasa nada —dijo Leo apretándole con delicadeza la mano.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo que estás haciendo —respondió Leo—. Estar ahí, hablarme, esperarme, tener paciencia, pasear, preocuparte, contarme cómo van las cosas, los últimos cotilleos… Ser tú.

—Eso puedo hacerlo —dijo Alicia intentando no llorar.

—Qué haría yo sin mi chica sería.

—Y, tú sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad?

—Sí —respondió Leo con sinceridad—. De hecho, hay algo que me gustaría pedirte.

—¿Sí? —dijo Alicia sorprendida—. Pues dime.

—Me gustaría que me dejases leer algo de lo que hayas escrito.

—¿Cómo…?

—He pensado mucho en lo que me dijiste de que en el futuro te gustaría ver tus libros publicados.

—Sí —respondió Alicia recordando la mañana en la librería, el bizcocho de chocolate, el cuento, la sonrisa de Leo…

—Creo que las sesiones serán bastante largas —continuó hablando Leo—. Y me gustaría aprovechar y leer algo tuyo. Estoy seguro de que tienes maravillas escondidas por ahí.

—Hace mucho que no escribo —respondió Alicia cohibida—. Desde que estoy aquí no he escrito nada —reconoció.

—¿Y eso?

—No lo sé.

—Bueno, pues supongo que entonces me quedaré con las ganas —dijo Leo intentando ocultar la decepción de su voz.

—Lo siento.

—No pasa nada. Faltaría más.

—Para una cosa que me pides y no soy capaz de dártelo.

—No, Alicia. No digas eso.

Durante unos segundos ambos se miraron en silencio. Alicia sintió cómo un nudo le oprimía el pecho.

—¿Te apetece acompañarme a casa? —dijo Leo sonriéndola.

—¿Ya?

—Sí, estoy un poco mareado. Si quieres, mañana podemos quedar otra vez un rato.

—Claro. ¿Quieres que les diga a los chicos también?

—Uuuff, eso vamos a dejarlo para el lunes, dame algo más de tiempo —respondió sonriendo—. De momento prefiero un poco de tranquilidad. Luego les escribiré y hablaré un rato con ellos.

—Pues entonces eres todo mío —respondió Alicia guiñándole un ojo.

—Siempre, chica sería.

69 MIRA LO QUE HE ENCONTRADO

Comenzó a buscar en cuanto llegó a casa, sin necesidad de pensarlo. Lo dejó solo el tiempo necesario para cenar algo rápido junto a su madre y después volvió a la búsqueda. No le preguntó si sabía dónde estaba porque estaba segura de que lo tenía ella en su habitación. Nunca lo habría dejado en una caja en el trastero. Lo encontró en la segunda ocasión que miró en el último de los cajones del escritorio. Le pareció increíble haberlo pasado por alto la primera vez, aunque pensando en lo nerviosa que había estado y en la manera en que lo había mirado todo a la vez, tampoco era tan raro que le hubiese pasado inadvertido.

Una carpeta roja de cartón. Muy vieja y desgastada por el tiempo. Sabía que tenía un archivador negro mucho más grueso y nuevo, pero ella quería esa carpeta. Lo que contenía.

Sacó con cuidado un taco de folios unidos por un clip. Sonrió con nostalgia y pena al pasar las hojas escritas a mano y después, algunas menos, impresas. Era la misma historia, a Leo le dejaría la impresa, dudaba de que pudiese entender su letra. A ella misma le resultaba imposible a veces. Lo dejó encima de la mesa y volvió a guardar el resto de folios en la carpeta antes de meterla de nuevo en el cajón.

Esperó pacientemente a que llegase el mensaje de Leo. Podría haberle escrito ella, pero no quería que se sintiese obligado a salir si no se encontraba con ganas. El móvil vibró a media mañana.

Leo:
¿Qué tal si hoy nos lanzamos a pasear por el parque?

Alicia
¡Toma ya! ¿A la misma hora de ayer?

Leo
Si puedes, un poco antes. ¿Sobre las 17:00?

Alicia:
Por mí perfecto.

Leo:
Nos vemos en un rato, chica seria.

Pensó en adelantarle que tenía algo que darle, pero prefirió no hacerlo por el mismo motivo por el que no le había escrito; No quería que se sintiese obligado a ir si después se encontraba peor.

—Muy buenas tardes, caballero —saludó Alicia en cuanto salió del portal y vio a Leo esperándole.

—Buenas tardes tenga usted, señorita.

Alicia le miró con una sonrisa. Seguía estando algo pálido, pero se notaba que se sentía

mejor. No parecía tan cansado, y los ojos le brillaban de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo con una sonrisa.

—Nada, que parece que estás mejor.

—Estoy mejor —afirmó Leo—. Hoy he desayunado y luego he podido comer algo. Estoy muy contento.

—Cuanto me alegro.

—Necesitaba empezar a remontar —admitió Leo—. Me estaba cansando de las náuseas constantes.

Alicia le miró con pena.

—No me habías dicho que estabas tan mal…

—Porque no me sentía con fuerzas para hablar y cuando ayer me encontré mejor, no me apetecía hablar de lo mal que estaba. Pero ya estoy mejorando. Si puedo empezar a comer de nuevo, significa que podré ir cogiendo fuerzas y hacer más cosas.

—Genial —dijo Alicia.

—¿Vamos?

Caminaron con tranquilidad hasta el parque.

—¿Te apetece que demos un paseo o prefieres sentarte? —ofreció Alicia recordando la tarde anterior.

—No, un paseo está bien —aceptó Leo sonriendo—. Además, si necesito descansar aquí hay un montón de bancos, o si no, en la hierba.

—Perfecto.

—Y, tú ¿cómo estás? —preguntó Leo mirando a su alrededor y empapándose del sol con una sonrisa.

—Pues muy bien —contestó Alicia.

—¿Muy bien? Eso es mucho decir, eh.

—Es que ayer encontré una cosa. —Leo la miró con curiosidad—. Toma —dijo Alicia después de quitarse la mochila y sacar un pequeño taco de hojas.

—¿Y esto?

—Cuando llegué a casa estuve buscando y encontré una historia que escribí antes de venir aquí.

—¿En serio? —Leo estaba entusiasmado.

—Sí. La escribí para un concurso en el instituto.

—Y ¿qué tal te fue?

—No lo presenté.

—¿Por qué no? —Leo ojeaba las páginas entusiasmado.

—No hagas eso —dijo Alicia incómoda—. No lo leas delante de mí, por favor.

—Está bien —aceptó Leo—. Lo leeré en casa. ¿Por qué no lo presentaste?

—Supongo que porque nos íbamos a mudar y no tenía sentido…

—Y ¿de qué va?

—Uuuff… es una tontería de seres fantásticos.

—No digas eso.

—De hecho, seguro que no te gusta —continuó Alicia haciendo oídos sordos a la petición de Leo—. No te preocupes, no me voy a enfadar. Si no fueses tú, ni siquiera lo habría buscado. Creo que eres la primera persona que va a leer algo mío.

—Jo… Que honor… —Alicia le miró de reojo, pero la sinceridad de Leo era evidente.

Leo había vuelto a colocar las hojas y descansaban apoyadas en su pecho.

—¿Quieres que las guarde en la mochila otra vez?

—No, esto se queda conmigo. No vaya a ser que te arrepientas y luego no quieras dejármelas de nuevo.

—¡Qué tonto eres!

—No, que va. Que ya nos conocemos.

Siguieron caminando unos minutos más antes de que Leo comenzase a aproximarse a uno de los bancos que salpicaban el parque.

—¿Te importa? —preguntó preocupado.

—Para nada. Bastante hemos corrido ya por aquí. No está mal verlo desde otra perspectiva.

—A ver, a ver. Que parece, por tu manera de hablar, que no tengas intención de volver a correr. Y te recuerdo que tú y yo tenemos una carrera pendiente.

—No lo he olvidado —dijo Alicia sonriendo.

—Además, tú puedes seguir corriendo. No me necesitas a mí para eso.

—Eso lo dices tú —dijo Alicia—. Soy demasiado vaga para ponerme a correr si alguien no me obliga.

—Ja, ja, ja. —Alicia subió los hombros y le enseñó las palmas de las manos con inocencia —. Pues mejor. Así empezaremos los dos de cero —dijo Leo guiñándole un ojo.

—Me parece perfecto.

—¿Volvemos tranquilamente?

—Claro —dijo Alicia antes de levantarse.

—Mañana he pensado en quedar con los chicos por la tarde.

—Genial.

—¿Te vendrás?

—Creo que esta vez os dejaré a solas. Ya sabes, para que habléis de cosas de hombres.

—Oh, que considerado por tu parte.

—Lo sé.

Recorrieron el camino de vuelta a paso tranquilo, sin prisas, hablando de todo y de nada y con Leo sujetando las hojas contra su pecho, sin soltarlas ni un segundo.

—Hablamos, chica seria.

—Cuando quieras —dijo Alicia despidiéndose en su portal.

—Cuando lo termine ¿quieres que te diga qué me ha parecido? —preguntó Leo moviendo las hojas frente a él.

—No lo sé. Ya veremos —respondió Alicia—. De momento no.

Leo sonrió antes de darse la vuelta. Alicia le miró caminar despacio, pero con paso resuelto y seguro. Parecía más delgado y cansado, pero era él, pasase lo que pasase seguiría siendo él.

70 TARDE DE CHICOS Y LO SIENTO

—Esto no tiene ningún sentido. —Deva se quejó a su lado con tono dramático. Había salido con ella de clase cuando sonó el timbre que anunciaba el final de la jornada lectiva, y parecía dispuesta a acompañarla hasta la salida del instituto—. No tiene ningún sentido, ¿a que no?

—No, la verdad es que no —apoyó Alicia resignada.

—¿Para qué tenemos que venir si no van a dar clase? Un sin sentido…

Alicia estaba de acuerdo con Deva, tener que ir a clase sabiendo que no iban a dar materia era absurdo. A falta de dos días para las notas ya había varios profesores que les habían dicho que por ellos el curso había terminado. Y lo peor era que aún después de la entrega del boletín les quedaban dos semanas más de clase, que en el caso de tener que recuperar alguna asignatura aún podía tener algo de lógica, pero si se habían aprobado todas era, como decía Deva, un sin sentido.

—Qué quieres que te diga, Deva —dijo Alicia subiendo los hombros—. Yo tampoco le veo la lógica la verdad…

—Claro, porque no la tiene —continuó Deva, sobre la que parecía estar formándose un espeso nubarrón negro—. Mira, tus amigos.

—Sí. Nos vemos mañana —se despidió Alicia.

—Y mañana y mañana y mañana…

Alicia no pudo evitar sonreír al ver alejarse a Deva negando con la cabeza gacha y haciendo que sus rizos saltasen ofendidos de un lado a otro.

—¿Qué le pasa a tu amiga? —preguntó Juanfran.

—Está enfadada porque tenemos que seguir viniendo a clase después de las notas.

—¡Es que, venga ya, tío! ¡No tiene ningún sentido! —respondió Juanfran alzando la voz con indignación.

—No sabes lo que has hecho —dijo Saul—. No veas que pesadito está. Cómo si nosotros pudiésemos cambiarlo.

—Vaya por dios, lo siento —respondió Alicia intentando aguantar la risa.

—¿Te vienes esta tarde a visitar a Leo?

—No, estuve ayer con él. Os dejo que paséis una tarde de «hombres» —dijo Alicia poniendo voz grave.

—¡Ja! —Saul la miró con una sonrisa—. Tú te lo pierdes.

—Soy consciente —replicó Alicia—. Por esta vez me voy a arriesgar.

—¿Qué pasa? —preguntó Juanfran a su lado.

—Alicia, que dice que hoy no viene a ver a Leo con nosotros.

—Pues ella se lo pierde —respondió Juanfran haciéndose el ofendido.

—Te lo dije. —Saul la miró triunfante provocándole una sonrisa.

Entró en casa y escuchó cómo le sonaban las tripas a causa del hambre. Se alegró de no estar ya con los chicos porque ese sonido hubiese sido imposible de ocultar y el ataque de risa habría sido inevitabe. A la propia Alicia le provocó una carcajada.

Dejó la mochila en su habitación, se quitó las zapatillas y se dispuso a saludar a su madre

antes de poner la mesa para comer las dos juntas. Pero en cuanto llegó a la puerta de la sala sintió como el mundo se congelaba a su alrededor. Su madre estaba llorando con la cabeza apoyada en las manos. Tenía la pantalla del portátil bajada y algunos papeles desperdigados de cualquier manera entre la mesa y el suelo de la sala, como si los hubiese tirado lejos de ella.

—Ama…

Andrea no se movió, no levantó la cabeza ni habló. Continuó con la cabeza apoyada entre las manos y dejando que las lágrimas cayesen sobre la mesa de madera.

—Ama…

Levantó la mirada y Alicia pudo ver los ojos hinchados y enrojecidos de su madre. Tenía tanto miedo de lo que pudiese decirle que, aunque quería hablar, las palabras no salían de su boca.

—¿Qué pasa, ama? Me estás asustando.

—Tu abuela está en el hospital. —A pesar de que había dejado de llorar, aún tenía la voz ronca—. Le han ingresado esta mañana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alicia alarmada.

—No se encontraba bien y la vecina le acompañó al médico, de allí la llevaron a urgencias. Al parecer lleva varias semanas sin tomarse las pastillas de la tensión.

—Pero ¿está bien?

—Está ingresada a la espera de que la estabilicen…

—Pero…

—Esta vez se ha olvidado de tomar las pastillas de la tensión, la próxima puede equivocarse y tomar varias veces la misma o… Si no llega a tocar el timbre la vecina para pedirle un huevo, ahora podría estar diciéndote que está muerta.

—Lo siento mucho, ama —dijo Alicia traspasando el umbral de la puerta y acercándose a su madre.

—Todo esto es culpa mía…

—¿Por qué dices eso?

—Porque soy su hija, Alicia. Está sola allí porque yo decidí cambiar de trabajo y empezar una vida nueva, y la dejé sola… Necesita que esté a su lado.

Sabía a dónde iba a llegar la conversación, Alicia se dio cuenta de que llevaba esperándola desde que Leo le dijo que lo normal era que su madre quisiese volver, y había llegado el momento. El problema era que no se veía capaz de discutir porque sabía que tenía razón.

—¿Vamos a volver? —dijo Alicia intentando mantener la calma.

—No lo sé… —Su madre rompió a llorar—. No quiero alejarte de tus amigos ni de la vida que te estás construyendo aquí. Tienes planes, tienes a…

—Ama… Te entiendo.

Andrea miró a su hija con los ojos llenos de lágrimas.

—No me siento capaz de obligarte a hacer algo que no quieras hacer. No voy a poder luchar, Alicia, pero es que no puedo dejar que te quedes aquí sola, no puedo pagarlo, no…

—Ama —le cortó Alicia—. No te preocupes. —Alicia sintió las primeras lágrimas cayendo por sus mejillas—. Sé que no quieres hacerme daño y que te gustaría poder dejar que me quede, pero no es posible…

—Lo siento —sollozó Andrea—. Lo siento tanto, cariño…

Alicia se agachó para poder abrazar a su madre, recordó las palabras de Leo, su mirada color miel y su contacto. Respiró hondo y cerró los ojos con fuerza.

71 NO ESTÁS BIEN

La tarde fue muy larga y la noche eterna. Alicia no era capaz de pensar en nada, sentía un peso enorme en el pecho. Un peso que no le dejaba respirar y que le ahogaba la voz cuando intentaba hablar. A media tarde recibió un mensaje de Leo invitándola «por última vez» a su tarde de chicos, pero no insistió cuando Alicia le dijo que no. Intentó contestar con un mensaje alegre y despreocupado, pero parecía que sus dedos tampoco pudiesen escribir, así que se conformó con un simple «para la próxima».

Cuando su madre se encontró algo mejor, las dos se sentaron en el sofá y hablaron sobre cómo podrían hacer las cosas. No iba a ser fácil para ninguna. Ambas habían empezado una vida nueva en la que se sentían a gusto, habían hecho planes, amigos, eran felices. A Alicia, el cambio que significaría volver aún se le escapaba de las manos, solo podía pensar en Leo. En Leo enfermo, en Leo con la quimio, vomitando, encontrándose mejor y saliendo a pasear, en Leo feliz, sonriendo, haciéndole bromas, entrenando, escuchándola, diciéndole que le dolía pero que entendía que tuviesen que marcharse…

El mensaje le llegó de camino al instituto.

Leo:
Buenos días, chica seria.

Alicia:
¿Qué haces despierto tan pronto?

Leo:
¡Desayunar!

Alicia:
Eso está bien.

Leo:
¿Te apetece pasear por la playa esta tarde?

Alicia:
Me parece perfecto.

Leo:
A las 17:00 en tu portal.

Alicia:
Hasta luego.

Le sorprendió haber podido mantener una conversación tan normal con él, y aunque sabía que no era así, se sintió una traidora y una mentirosa. ¿Qué podía decirle? Contuvo las lágrimas

y respiró hondo. Miró a su alrededor sin saber qué esperaba encontrar. ¿La niña y su madre? Hacía varios días que no las veía y de una manera extraña las echaba de menos. Cuando se fuese, ¿se darían cuenta ellas de que se había ido?

Al llegar al instituto se sintió incapaz de sonreír a los chicos, tampoco sabía qué decirles, no podía quitarse de encima la sensación de traicionar a todos los que conocía.

—Alicia. —Juanfran se acercó a ella en el recreo—. ¿Qué pasa? Nos estás preocupando —dijo señalando con la cabeza a Saul y Víctor que les miraban desde uno de los bancos.

—No pasa nada, Leo está bien —dijo Alicia.

—Eso ya lo sé. He hablado con él esta mañana.

—Ah… Pues no te preocupes, todo en orden.

—¡Qué va! No estás bien ni de coña.

Alicia le miró y no pudo evitar sonreír. Unas semanas antes hubiese sido incapaz de hablar con ella sin ponerse rojo como un tomate y en ese momento estaba sentado a su lado, mirándola fijamente y diciéndole que sabía que le estaba mintiendo.

—No, no estoy bien —reconoció Alicia—. Pero es que todavía no sé cómo deciros lo que me pasa.

—Vale —dijo Juanfran con una sonrisa—. Están siendo unos días muy difíciles, al final todo se junta y bueno…

—Sí, supongo que sí.

—Pues cuando quieras estamos ahí, ¿vale? —dijo Juanfran antes de levantarse.

—Gracias.

—Oye, todavía no he podido empezar el libro que me dejaste. —Juanfran parecía avergonzado.

—No te preocupes —dijo Alicia.

—Es que me da rabia, siempre devuelvo los libros, pero es que esta vez no he sacado el tiempo. Entre los exámenes, lo de Leo… No he sido capaz de centrarme.

—Bueno, pues te lo regalo —dijo Alicia con una sonrisa.

—¿Por? —preguntó Juanfran sorprendido.

—Porque quiero. Para que te acuerdes de mí.

—Eeem..., ya veremos —respondió Juanfran antes de darse la vuelta y caminar hacia sus amigos.

Alicia le observó alejarse, saludó con la mano a Saul y a Víctor y se puso de pie dispuesta a subir a clase y sentarse en su mesa junto a la ventana. Solo quedaban tres clases para volver a casa y después… Después no tenía ni la menor idea de qué o cómo le iba a decir a Leo todo lo que tenía que decirle.

72 EL CONCURSO Y LA DISCUSIÓN

—Necesito más tiempo —se dijo así misma.

Se acercaba la hora de estar con Leo y no encontraba el valor para hacer frente a lo que tenía que decirle.

Alicia:
¿Te parece si quedamos directamente en la playa?

Leo:
Vaaaaale… Pero esto es raro hasta para ti.

Alicia:
Gracias.

—Y ¿de qué va a servir, Alicia?

Le vio enseguida, sentado sobre una toalla, cogiendo arena y dejándola caer entre los dedos. Cuando se giró y le sonrió, Alicia le devolvió la sonrisa sin necesidad de forzarla. Había descubierto que tenía ese poder sobre ella.

—Hola —dijo Alicia sentándose a su lado.

Leo se volvió y la miró a los ojos. Alicia sabía que iba a llorar, intentó que él no se diese cuenta, al menos no tan pronto.

—Tengo que decirte una cosa. —La amplia sonrisa de Leo hizo que por un momento se olvidase de todo lo demás.

—Qué cosa.

—Te vas a enfadar.

—¿Yo? ¿Por?

—Sí.

—Me estás asustando… —dijo Alicia echándose hacia atrás y apoyando las manos en la arena.

—He presentado tu relato a un concurso.

—¡¿Qué?! ¿Por qué narices has hecho eso? —Se había equivocado. Se había enfadado mucho.

—Porque es buenísimo.

—De eso nada. —Alicia se incorporó molesta.

—Que sí, Alicia, hazme caso.

—Aunque así fuera, da igual. A ti ¿quién te da derecho a hacer algo así sin consultármelo primero?

—Me habrías dicho que no.

—¡¿Y?!

—No te enfades, por favor.

—Sí me enfado, Leo.

—Es muy bueno, puedes ganar.

—¡Que eso no me importa! ¿No lo entiendes? —dijo Alicia enfadada—. Es mi relato, lo he escrito yo y es mi decisión presentarlo o no. Te lo dejé a ti, solo a ti.

—¿No has oído lo que te he dicho? ¡Creo que puedes ganar!

—¿No entiendes tú que a mí eso me da igual? ¿Que igual no quiero ganar? ¿Que eres la primera persona a la que le dejo leer algo mío? Quiero que lo retires —dijo Alicia furiosa.

—No sé si se podrá… Pero es que es muy bueno. Podrías ganar, sería un paso para que se te conozca, para el futuro —explicó girándose hasta quedar frente a frente.

—No me importa. Quiero que lo retires —repitió Alicia.

—¿Por qué eres así? —dijo Leo impotente, alzando la voz hasta casi convertirla en un grito —¿Por qué no entras en razón?

—Así, ¿cómo? —replicó Alicia—. ¿Tan difícil es entender que alguien no quiera ser como tú, que no quiera destacar ni ser el puto centro de atención?

—¿Por qué te ocultas? ¿Por qué te escondes? —continuó Leo ignorando la puya—. ¿Por qué no dejas que te vean?

—Porque entonces me verían, «me verías», sabrías cómo soy, verías que siempre me equivoco, que no soy capaz de hacer nada a derechas, que soy un fracaso tras otro… Verías cómo soy… —repitió Alicia bajando la voz.

—¿No entiendes que ya te he visto? —repuso Leo buscando su mirada—. ¿No entiendes que por eso mismo no puedo dejar de mirarte?

—Déjame. —Alicia levantó los ojos y se encontró con los de él, claros y brillantes. Cogió aire y lo retuvo unos segundos antes de hablar—. No entiendes nada.

Se puso de pies y se dio la vuelta, como si fuese algo fácil, como si los pies no se le hubiesen convertido en plomo, como si las lágrimas le dejasen ver. Y él se quedó unos segundos mirando cómo se alejaba, apretando los dientes con fuerza y conteniendo las ganas de gritar con rabia al vacío. Después se puso de pie y fue tras ella.

—¡Alicia!

Le escuchó, pero no le importó, solo quería llegar a su casa y llorar, olvidarse de Leo y de todo.

—Alicia por favor. No puedo correr, no me hagas esto.

—Mierda —dijo deteniéndose al llegar al paseo de cemento.

—Lo siento. —Tenía la voz entrecortada—. De verdad que lo siento, soy un imbécil.

—No lo entiendes —respondió Alicia.

—No, tienes razón, no lo entiendo. Yo…

Alicia le miró y sintió miedo. Miedo a lo que iba a decirle, a lo que ella también sentía, a lo que no iba a poder ser.

—Nos vamos —dijo cortándole.

Leo cerró los ojos unos segundos y se mordió el labio por dentro.

—Mi abuela está en el hospital, se olvidó de tomar unas pastillas y… No puede estar sola y mi madre quiere estar con ella, yo no…

—Tú no puedes quedarte.

—No —dijo Alicia dejando que una lágrima cayese por su mejilla.

—Lo entiendo…

—Lo sé.

—Y ¿ahora?

—Ahora me voy y te dejo solo —dijo Alicia apartando la mirada de esos ojos color miel

que tanto iba a echar de menos—. Te abandono…

—No digas eso —dijo Leo cogiéndole de las manos.

—¿No es eso lo que voy a hacer?

—No. No lo es.

—No puedo, Leo. No sé qué hacer, qué decir, qué pensar…

—Está bien, chica seria —dijo abrazándola con fuerza.

—No quiero dejarte, Leo. —Ya no podía ni quería contener las lágrimas. Sentía que el peso de su pecho comenzaba a desaparecer poco a poco y que su lugar lo ocupaba una pena inmensa.

—No me estás dejando, no estás haciendo nada mal —susurró acercando la boca a su oído —. No puedes hacer otra cosa. Lo entiendo.

Permanecieron así mucho tiempo, sin importarles la mirada de los que pasaban a su lado, centrados el uno en el otro, en respirar juntos, en recobrar el aliento. Cuando por fin Alicia se vio capaz de separarse de él, Leo se lo permitió y le miró con dulzura.

—¿Cuándo os vais? —preguntó con delicadeza.

—No lo sé, a finales de mes, creo. Mi madre ya ha hablado con el dueño del piso y nos devolverá la fianza así que contrataremos un camión para la mudanza.

—Buufff… Que pronto…

Los dos se quedaron en silencio sin saber qué decir.

—¿Quieres que vayamos yendo poco a poco? —dijo Leo.

—Sí, poco a poco —respondió Alicia agarrándole la mano—. ¿Cuándo tienes la próxima sesión?

—Dentro de seis días —respondió Leo apretándole la mano.

—Todavía estaré aquí— dijo Alicia con alivio—. Y todavía me quedarán unos días para que podamos estar.

—No sé si quiero que estemos juntos esos días, Alicia.

—¿Qué? —Alicia se detuvo y le miró sorprendida—. ¿Por qué dices eso?

—Porque no sé si quiero que las últimas veces que me veas sea…

—No, no hagas eso, Leo. No me alejes.

—No te alejo, es solo que para mí tampoco va a ser fácil. No sé…

—Está bien —dijo Alicia mirando al frente—. Lo entiendo.

Llegaron a la esquina agarrados de la mano y en silencio.

—¿Quieres que mañana…? —dijo Alicia.

—Mañana hablamos, ¿vale?

—Vale.

—Hasta mañana, chica seria.

—Hasta mañana —respondió Alicia mirando como sus manos se separaban.

73 LA HE CAGADO Y NO ESTARÉ SOLO

Salió de casa incapaz de levantar la mirada del suelo, con la cabeza gacha, sin importarle con quién se cruzaba o a quién obligaba a cambiar de camino para esquivarla. Sentía que le invadía un peso tan grande y profundo que ni siquiera le permitía fingir. Y no lo hizo. Ni cuando llegó al instituto y se encontró con los chicos esperándola en la acera, frente a la entrada, ni cuando a ante última hora Ruth, la tutora, repartió las notas y le felicitó tanto por sus calificaciones como por su actitud. Para cuando salió del instituto, el peso era ya tan grande que casi le impedía caminar.

—Alicia. —Juanfran se acercó a ella sin dejar de mirarla, con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa? —preguntó sin ningún tipo de conversación previa, nada para romper el hielo, solo la pregunta cruda y directa.

—Hola —respondió Alicia mirándole con expresión triste.

—Qué te pasa, Alicia —dijo Saul al lado de Juanfran.

Alicia miró a Víctor, que permanecía en silencio al lado de sus amigos. Los tres la miraban con gesto de preocupación.

—La he cagado —declaró Alicia.

—No sé de qué hablas —dijo Saul—, pero estoy bastante seguro de que no será para tanto.

—A finales de mes nos volvemos de nuevo a Bilbao. No quiero hacerlo, pero mi abuela no está bien y nos necesita a su lado. Ayer se lo dije a Leo y me ha dicho que no sabe si quiere volver a verme antes de que me vaya.

—Joder… —Juanfran estaba perplejo.

—Vaya palo —dijo Saul—. Para los dos —añadió con gesto triste.

—No sé qué puedo hacer —empezó a decir Alicia con impotencia—. No puedo obligarle a verme. Por mucho que yo quiera estar a su lado, no puedo hacer nada…

—No, creo que no —dijo Saul.

—La próxima sesión es el lunes y después estará mal de nuevo y después yo me iré y él… Él no quiere verme… Le prometí que estaría a su lado, que no le dejaría y ahora tengo que marcharme y no me va a dejar estar a su lado todo el tiempo que me queda. No entiendo, no sé…

—No quiere sufrir —dijo Juanfran.

—Ni yo quiero que sufra —replicó Alicia a punto de llorar.

—Sí, pero te vas a ir. —Como siempre, la voz de Víctor le sorprendió.

—Pero no puedo hacer nada.

—Te entendemos, Alicia —dijo Saul intentando tranquilizarla—. Pero eso no puede evitar que Leo lo pase mal.

—Lo sé, pero… ¿Qué puedo hacer? —preguntó, casi suplicó Alicia, pasando la mirada de uno a otro.

—No lo sé —dijo Saul—. Nada.

—Esperar. —Juanfran parecía triste—. Y respetar lo que él decida hacer.

—Sí, supongo que sí —aceptó Alicia—. Prefiero ir sola a casa —dijo sin poder contener a penas las lágrimas.

—Vale —aceptó Juanfran con una sonrisa triste.

—Pero, te despedirás de nosotros, ¿verdad? —preguntó Saul.

—Claro. —Alicia consiguió esbozar un amago de sonrisa—. Prometido.

—Está bien. Nos vemos mañana —se despidió Saul.

—Sí, hasta mañana. —La mirada de Juanfran continuaba siendo la de alguien incapaz de entender una situación desagradable.

—Hasta mañana, chicos.

Alicia caminó despacio y realizó el recorrido a casa de la misma manera en que lo había hecho hacia el instituto.

—Estás demasiado seria incluso para ser tú.

La voz de Leo la sobresaltó. Alicia parpadeó varias veces y movió la cabeza como si se quitase algo de encima. Él la observaba, parado en la acera, frente a ella.

—¿Qué…? —No sabía qué podía decirle, ni si quería decirle algo.

—Me apetecía salir a dar un paseo —respondió ante la pregunta muda de Alicia—. Y he pensado que a lo mejor no te importaba tener compañía el último trozo del camino.

—No, claro que no —respondió Alicia con un hilo de voz.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. Mal —dijo Alicia con sinceridad.

—Lo siento.

La voz sonaba tan cansada como él. Alicia quería decirle que no tenía nada que sentir, que era ella la que de alguna manera la había cagado y se lo había cargado todo, la que se iba y le abandonaba. Pero no dijo nada porque estaba demasiado dolida como para fingir que las cosas iban bien.

—He sido un idiota. Ayer me comporté como un crio egoísta.

—No pasa nada —acertó a responder Alicia.

—¿Me perdonas? —preguntó intentando sonreír.

—Claro.

—¿Y querrás seguir saliendo a pasear conmigo hasta la próxima sesión?

—Ya sabes que sí —respondió Alicia—. Y si pudiese estar después a tu lado, también lo estaría.

—Creo que aún no estoy preparado para eso, pero lo sé —dijo Leo cogiéndole de la mano con miedo—. De verdad.

Alicia aceptó su contacto y continuaron andando en silencio hasta llegar casi a la esquina que daba a su calle.

—¡Oye! —dijo Leo de repente—. ¿Qué tal las notas?

—Bien —respondió Alicia.

—¿Estás contenta con ellas?

—Sí, supongo que sí. Aunque ya da igual.

—¿Cómo que da igual? ¿Por qué dices eso?

—Porque el próximo curso no estaré aquí —respondió Alicia apesadumbrada—. Será como antes de venir.

—No digas eso.

—Seré otra vez la chica callada, la rara que apenas habla con nadie y que se pasa el fin de semana encerrada en casa, en compañía de su madre. Bueno, a partir de ahora también de su abuela.

—No tiene por qué ser así —replicó Leo.

—No sé cómo hacer las cosas de otra manera.

—Eso no es verdad —dijo Leo obligándola a detenerse—. Mírate.

Alicia no apartó los ojos de él. Sabía a dónde quería llegar, de la misma manera en que sabía que estaba equivocado.

—¿Qué quieres que te diga, Leo?

—Nada. Solo que reconozcas que no tiene por qué ser así. Aquí no eres así.

—Sí que lo soy.

—Aquí sales con nosotros, hablas con la gente del instituto, vienes a cenar al *argentino*, entrenamos…

—Esa no soy yo.

—¿Qué dices? Claro que eres tú.

—No —dijo Alicia llorando—. Esa Alicia no es la de verdad. Es la versión que estaba construyendo gracias a ti. Aún está sin acabar.

—Pues continúa haciéndola.

—No lo entiendes. No puedo sin ti…

—Claro que sí.

—No entiendes nada —repitió Alicia cansada.

—Estás tan equivocada —dijo Leo con tristeza—. Ojalá pudieses verte cómo te veo yo. Cómo te vi el primer día que hablé contigo, y cuando comenzamos a entrenar, y cuando supiste que estaba enfermo… No sé quién o cómo eras antes de venir aquí, pero sí que ya no eres esa persona de la que hablas. Y si dejas que se acerquen a ti, verás lo equivocada que estás.

—Pero no estarás tú.

—Eso no importa, Alicia —dijo Leo sonriendo—. Tú no necesitas a nadie para ser tú. Ni necesitas hacer nada especial para que los demás se den cuenta de cómo eres. Solo permitir que se acerquen a ti. —Le secó una lágrima con el dorso de la mano y mientras le apretaba con suavidad la mano comenzó a andar de nuevo—. Además, tienes que hacer un montón de cosas para contármelas. Porque…, me contarás qué tal van las cosas por allí, ¿no?

—Claro. ¿Cómo puedes dudarlo si quiera?

—Y… ¿Vas a volver? —Alicia le miró sorprendida—. Cuando arregléis todo lo de tu abuela. ¿Volveréis?

—No lo sé —reconoció Alicia.

—Y ¿podremos ir a verte?

—¿Podremos? —repitió Alicia subiendo una ceja.

—Claro. O acaso te crees que estos no se apuntarán a un viaje a Bilbao.

—Sí, podréis venir a verme —dijo Alicia sonriendo—. De hecho, tú estás obligado a hacerlo.

—Cuando esté bien del todo —dijo Leo chocando su hombro contra el de ella.

—Cuando te cures…

—Todo irá bien, Alicia.

—Lo sé.

—Y no estaré solo.

—También lo sé, pero yo no…

—Uy, sí que estarás —le cortó Leo convencido—. Podemos hablar por teléfono, vernos por video llamada, escribirnos, mandarnos fotos…

—Eso no…

—¡Ya estamos! —le cortó Leo de nuevo—. Tienes que estar muerta de hambre.

—Sí, sí que tengo hambre —reconoció Alicia, aceptando así que cambiase de tema—. ¿Nos vemos luego?

—¿A la misma hora de siempre?

—Cuando quieras —dijo Alicia antes de darse la vuelta para entrar al portal.

74 MÁS TE VALE

Se vieron todos los días hasta la siguiente sesión de quimioterapia. Como las clases ya habían terminado, Alicia pudo quedarse en casa y junto a Leo y su madre, organizar todas las cajas y trastos para la mudanza. Incluso los chicos se unieron y el último día, gracias a su rapidez y entrega, terminaron cenando, todos juntos, pizza directamente de la caja al no haber ni un solo plato en la casa.

La despedida fue complicada y triste. Alicia no evitó llorar y los abrazó a todos, incluso a Víctor, y todos le devolvieron el abrazo, incluso Víctor.

—Chica seria.

Leo estaba más delgado. A pesar de que parecía haber tolerado mejor la segunda sesión, las náuseas había sido constantes los tres días siguientes y aún necesitó un par de días más para empezar a sentir algo de hambre en lugar de ganas de vomitar al pensar en comida. Dejó que Alicia le visitase a pesar de que al conocer la noticia de que volvería a Bilbao se había planteado no volver a verla. La idea de que el último recuerdo que Alicia tuviese de él debía ser de cuando estuviese sano y feliz, fue cayendo poco a poco, hasta que comprendió que lo único que ella quería era estar a su lado.

—¿Estás muy cansado? —preguntó Alicia.

—Un poco, pero estoy bien.

—¿Seguro? —insistió frunciendo el ceño.

—Te lo prometo —respondió Leo con solemnidad poniéndose una mano en el pecho.

—Leo, yo…

—Pues parece que ya está —le cortó mientras miraba las cajas que les rodeaban.

—Sí.

—No creo que mañana venga.

—Me parece bien.

El camión de la mudanza llegaría a primera hora de la mañana y los trabajadores de la empresa se encargarían de subir y colocar todas las cajas. Alicia y su madre les seguirían en el coche.

—¿Vas a llorar? —preguntó Alicia mirándole con una sonrisa triste—. Porque es muy probable que yo lo haga.

—Cuando estés allí no te olvides de mí.

Alicia se sorprendió al oír las palabras de Leo.

—¿De verdad crees que podría?

—Puede que al principio no, pero…

—¿Pero?

—Volverás a encontrarte con tus amigos, empezarás a salir y quedar con gente, a hacer cosas y…

—Lo que estás diciendo es absurdo y lo sabes.

—Déjame terminar por favor —pidió Leo—. Necesito soltarlo.

Alicia movió la cabeza asintiendo para que continuase.

—Volverás a salir y a divertirte y yo estaré aquí, lejos. Y habrá días en los que ni siquiera

podremos hablar porque estaré tan hecho polvo que no seré capaz de levantarme de la cama ni para vomitar.

—Leo…

—Seré tu amigo enfermo, el de la quimio, al que se le caerá el pelo y con el que ibas al instituto.

—¿Has terminado?

Leo no respondió, solo bajó la mirada y cogió aire para soltarlo después en un suspiro entrecortado.

—Te quiero, Leo. Puede que aún no te hayas dado cuenta, pero eres tan importante para mí que el pecho parece que se me vaya a romper cada vez que pienso en que a partir de mañana no tendré la posibilidad de verte cada día. Pero lo soportaré porque tú vas a superar esa mierda de cáncer y luego vendrás a verme y después vendré yo y, no sé cómo lo haremos, pero volveremos a vernos cada día, y todo esto se convertirá en un recuerdo que guardaremos junto a mucho otros más. ¿Estamos?

—Estamos —respondió Leo mirándola con sus enormes ojos color miel—. Te quiero, chica seria.

—Mas te vale, chico alegre.

FIN

EPÍLOGO

—Ya está bien, Alicia —se recriminó frotándose las manos con fuerza—. No seas tonta.

El movimiento del tren le había gustado desde pequeña, siempre que podía lo elegía como medio de transporte. Su mirada se centró en el paisaje que cada vez se movía con más lentitud. Estaba a punto de llegar. Se puso en pie en cuanto entraron en la estación, se dirigió a la puerta y esperó a que el tren se detuviese por completo y una luz verde rodease el pulsador que debía presionar para salir.

Una vez en el andén se subió la cremallera del chaquetón hasta arriba del todo, tapándose hasta la barbilla. El frio convertía su aliento en una nube blanca. Se había puesto varias capas de ropa, pero aún echaba de menos alguna más. Suspiró hondo y retuvo un par de segundos el aire antes de dejarlo escapar. Estaba nerviosa de un modo absurdo y, aunque lo sabía, no podía hacer nada por evitarlo.

—Venga, va … —Se obligó a caminar o llegaría tarde. La parada de autobús estaba bastante cerca de la estación del tren, pero, aunque la distancia que separase ambos lugares fuese mínima, necesitaba moverse para llegar a su destino.

Hacía seis meses que se habían marchado. Medio año que no le veía. «Eso no es cierto» se dijo, «que no se veían en persona», rectificó. Habían hablado por video llamada dos días a la semana, a excepción de las pocas veces en las que la quimio le había dejado tan hecho polvo que se habían visto obligados a sustituirla por breves mensajes de texto.

Cuando le invitó a pasar las navidades con ellas no tenía ninguna esperanza de obtener una respuesta afirmativa. La quimio no estaba funcionando como esperaban, pero Leo no iba a permitirla caer en la desilusión, y aprovechó el momento para comunicarle la buena noticia de que tenían donante para un trasplante de médula ósea. Entonces no lo pensó, las palabras salieron de sus labios sin previo aviso y le invitó a pasar las navidades con ellas. Esa fue su respuesta a una noticia que, sin apenas entenderla, solo sabía que le aterraba, y que él recibió con una sonrisa cansada y agradecida. La confirmación llegó un par de horas después, Alicia supuso que el tiempo que Leo necesitó para hablar con sus padres y convencerles. Y allí estaba, apenas dos semanas después, esperando a que su autobús llegase a la estación.

Andrea se sorprendió cuando le informó de que tendrían un invitado la semana del veinte al veintisiete, el veintiocho se vería obligada a despedirse de él de nuevo. Alicia le cedería su habitación y ella dormiría con su madre ya que, la tercera habitación del piso la ocupaba su abuela, a la que habían explicado ya varias veces que un chico muy simpático pasaría las navidades con ellas. Aunque los últimos días parecía que su estado se había estabilizado, tanto Alicia como su madre eran conscientes de que, por mucho que ellas lo quisieran, no podrían hacerse cargo de ella por mucho más tiempo. La enfermedad de su abuela avanzaba a pasos agigantados y cada vez era más evidente que necesitaría del cuidado de profesionales. Habían recabado información sobre varias residencias, pero esperarían al nuevo año para empezar a buscar más en serio, de momento, querían disfrutar juntas de las fiestas navideñas.

Miró el reloj, en apenas un par de minutos volvería a ver esos ojos color miel, que tanto echaba de menos, frente a ella, sin pantallas ni móviles de por medio. De repente los nervios se hicieron más intensos, ¿de qué hablarían? Se lo habían contado todo… De los cotilleos del

instituto, el más jugoso había resultado ser la inesperada relación entre Deva y Juanfran. Alicia había sufrido un ataque de risa al ver como Leo ponía los ojos en blanco al contárselo. ¡Juanfran pidiendo una cita a Deva! La idea de verles juntos le provocaba siempre una sonrisa. Por su parte, no había habido grandes sorpresas. Había vuelto al mismo instituto, con casi los mismos compañeros y profesores que ya conocía. Su relación con Iban se parecía algo más a la que recordaba antes de su fallida declaración de amor e intentaba ser más abierta con sus compañeros. A petición de Leo seguía entrenando y corriendo, de hecho, le estaba cogiendo gusto a recorrer unos kilómetros al atardecer. Pero en lo único que pensaba era en acabar bachiller y llevar a cabo el plan que habían trazado juntos de estudiar en la misma universidad, por supuesto no lo mismo, eso iba a ser imposible, pero sí en el mismo lugar. Todavía no lo habían compartido con sus respectivos padres, pero lo tenían todo pensado. Se asegurarían de que nadie pudiese objetar nada.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que un autobús había ocupado el espacio vacío que había frente a ella. Sintió un vuelco en el estómago, y un nudo en la garganta al verle bajar tras un grupo de chicas somnolientas, abrigadas casi tanto como ella misma. Apareció en la puerta del autobús con una gran sonrisa, no podía ser de otra manera.

—Chica seria —saludó dejando a su lado una bolsa de deporte azul.

—Chico alegre. —Sentía las lágrimas en los ojos, sabía que estaba llorando, pero no le importaba.

—¿Puedo? —dijo alargando los brazos, esperando su permiso para abrazarla.

—Ya estás tardando —respondió Alicia sonriendo sin poder dejar de llorar.

—*Como desees.*

El abrazó la envolvió, la transportó a un lugar diferente en el que solo estaban ellos dos, en el que nadie más importaba, en el que nada podría alcanzarles. Deseó que el tiempo se detuviese.

—Te he echado de menos, chica seria.

AGRADECIMIENTOS

En esta novela en particular tengo mucho que agradecer y a muchas personas. Pero entre todas ellas destaca una muy especial.

Alicia Rico; Gracias por estar ahí, por contestar todas y cada una de mis preguntas, por muy absurdas que fueran o incluso a las que probablemente eran inapropiadas. Gracias por reunir las fuerzas para leerme después y darme tantos consejos. Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco.

A mi familia, siempre. Ellos están a mi lado, respetan mis tiempos y tienen una paciencia infinita.

A mis lectoras cero: Gara, por darme tantos buenos consejos y leerte esta historia más de una vez, por tu paciencia y tu cariño. A Kress por sacar tiempo de donde no lo tienes. A Isabel, por tu entusiasmo y tu sinceridad. A mi hermana Raquel, por tener tiempo para mí incluso en momentos muy difíciles.

A Aritz, mi *chico alegre* particular, por estar siempre ahí, sin fisuras, respondiendo cualquier pregunta, por muy loca o extraña que sea, siempre sin dudar, y sospecho que con una sonrisa en los labios.

A mis compañeras de Alas negras: Esther, Veca, Merce y Maca, por escuchar mis miedos y mis dudas, y apoyarme siempre.

A Verónica Sevilla, por estar al otro lado del teléfono siempre, dispuesta a escuchar mis podcasts interminables y responderme con algo que siempre me hace sonreír.

A Janira, constantemente a mi lado, para todo.

A C.J. Bonn, porque es una grandísima mujer que siempre está dispuesta a ayudar.

A Katya y Ana por su paciencia y sonrisa sin apenas conocerme.

Y por supuesto, a todas y todos los que me leéis y seguís. Vuestro apoyo es mucho más importante de lo que creéis.

Todos los personajes de la novela y la historia de la que son protagonistas son ficticios. No así las localizaciones en las que transcurre, todas ellas pertenecientes a la gran ciudad que es Gijón, cuyos habitantes nos han regalado tanto a mi familia y a mí.

Estoy segura de que, como siempre, me dejo a alguien, y será alguien muy importante, pido perdón por ello.

UNA ÚLTIMA COSA

Si has disfrutado de la lectura de esta novela, valora el dejar tu opinión en redes sociales y en Amazon. Ese gesto, nos ayuda muchísimo a los que, como yo, somos autores autoeditados.

Si quieres conocerme un poco más y saber más sobre mi trabajo, te espero en:

www.amayaysushistorias.com
Instagram: @amayaysushistorias
Twitter: @Amayahistorias
Facebook: Amaya y sus historias

GLOSARIO

[1] Frase de la famosa saga literaria y serie televisiva Juego de tronos.

[2] Superhéroe que aparece en los comics, películas y series Marvel.

[3] Protagonista de El guardián entre el centeno.

[4] Lugar en el que se desarrolla la mayor parte de la acción de la novela y posterior película de La princesa prometida.

[5] Frase célebre de uno de los protagonistas de La princesa prometida cuyo significado real es «Te quiero»